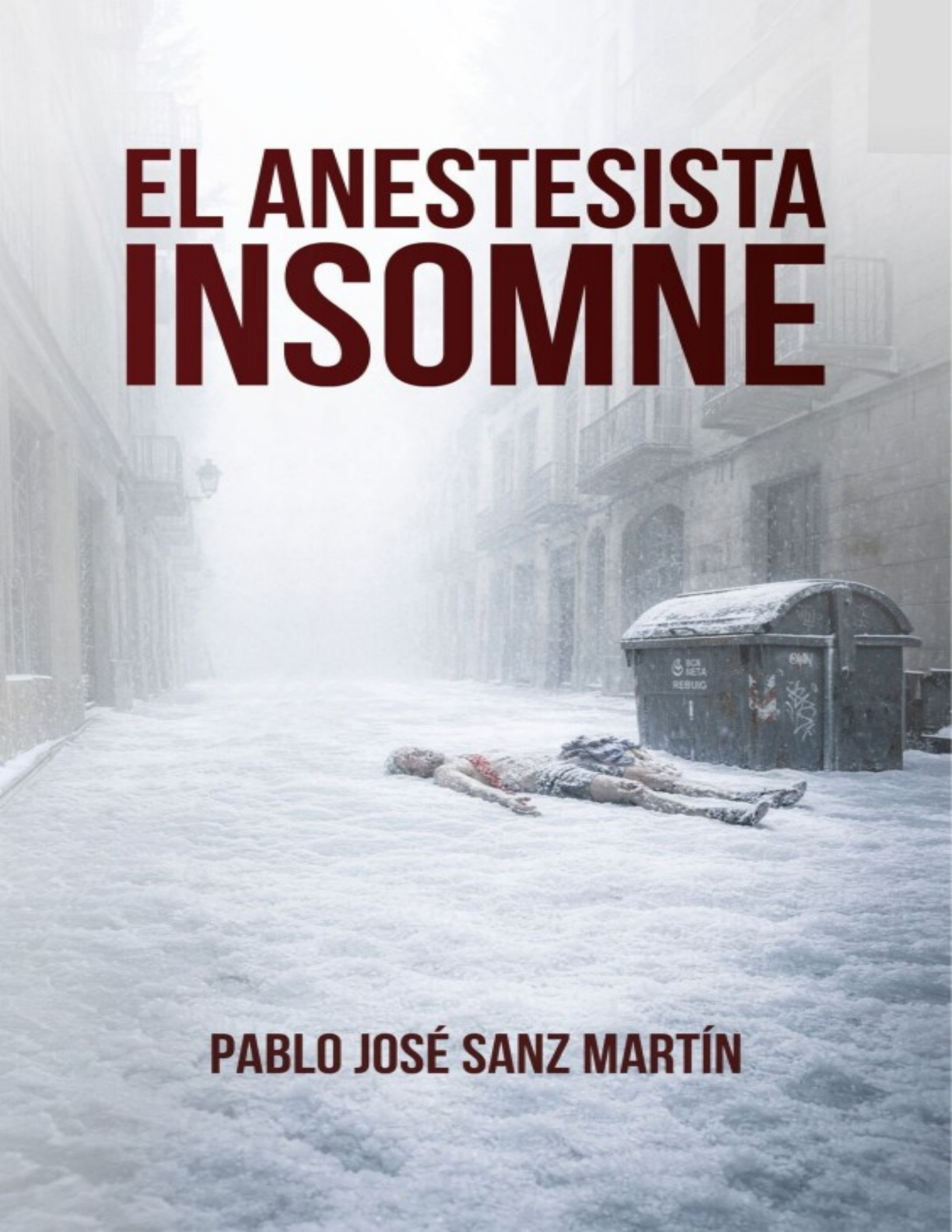
EL ANESTESISTA INSOMNE



PABLO JOSÉ SANZ MARTÍN

EL ANESTESISTA INSOMNE

PABLO JOSÉ SANZ MARTÍN



EL ANESTESISTA INSOMNE

Pablo José Sanz Martín

© Junio de 2026

Corrección y edición: Daniel Zaragoza

Maquetación: Daniel Zaragoza

Diseño de portada: Òscar Cusidó

(Reservados todos los derechos para la edición en audiolibro, ebook y papel).

Ningún fragmento de este libro puede ser reproducido, transmitido ni digitalizado sin la autorización expresa del autor. La distribución de este libro a través de Internet o de cualquier otra vía sin el permiso del autor es ilegal y perseguible por la ley.

INTRODUCCIÓN

Tras varios años acumulando información e ideas desordenadas, finalmente, en enero de este 2026, recibí el impulso que necesitaba para poner en orden lo que a continuación les presento.

Los hechos relatados tienen lugar en el año 2020, en plena pandemia por el COVID'19, pero me he permitido la licencia de restringir el uso de las mascarillas y las medidas preventivas al lugar del que nunca hubiera sido deseable que salieran, las U.C.I.s y los quirófanos.

En esta novela solo he pretendido dejar volar mi imaginación y crear un relato basado principalmente en situaciones irreales y, en una pequeña proporción, también en otras que verdaderamente han sucedido, pero en ningún momento he querido estigmatizar ni señalar a nadie en concreto ni a ningún colectivo relacionado con la salud. La sanidad es mi vida, mi mundo, el hábitat que conozco y de ahí que la acción se haya centrado básicamente en un hospital imaginario.

Mi condición como médico especialista en Anestesiología y Reanimación ha hecho que mis dotes de escritor se hayan centrado en el mundo hospitalario y que los acontecimientos hayan involucrado a muchos compañeros ficticios.

Cualquier parecido de los personajes principales de esta novela con la realidad tiene una parte de coincidencia y otra, de voluntariedad. Para crear a la mayoría de ellos he tomado fragmentos de diferentes personas que conozco, que no tienen por qué ser médicos, y las he unido entre sí concibiendo unos personajes Frankenstein. De mí también he extraído ciertas partes para crear los engendros finales y en uno de los casos, el rol definitivo es la consecuencia de tomar a

mi persona como referencia y haberme realizado únicamente algunos trasplantes. Si por aquellas circunstancias de la vida algún lector se ve reflejado completamente en alguno de los personajes, será por pura casualidad, no porque haya sido mi intención y le pido mis más sinceras disculpas.

Este thriller lo completan diversos personajes secundarios que son completamente reales, incluso con nombres y apellidos, pero están presentes con su expresa autorización.

Espero que podáis deleitaros leyendo esta novela tanto como yo he disfrutado escribiéndola.

Pablo José Sanz Martín
Lleida, junio de 2026

1

Lunes, 23 de noviembre de 2020

El sol despuntaba en esa fría mañana de noviembre. La nieve caída durante la noche había cubierto casi por completo su cuerpo semidesnudo. Únicamente portaba uno lujoso zapato italiano hecho a medida y una corbata de rayas rojas y negras que había sido confeccionada con la mejor seda que unos gusanos pudieran secretar, gusanos que se hubieran avergonzado de haber sabido quién llevaba la seda que tanto esfuerzo les había costado producir. El resto de su exclusivo atuendo estaba desparramado sobre su cuerpo.

Ahí, al lado de un contenedor de basuras, yacía el cadáver de uno de los más reconocidos cirujanos del país. Sus manos, otrora calientes y sudorosas por el estrés de las vidas que bailaban en el filo de su bisturí, estaban irremediablemente frías por el tiempo que llevaban sin recibir la sangre que ya no impulsaba ese corazón que se había parado bruscamente horas atrás. Unas manos que nunca más empuñarían el escalpelo y que ya no serían el instrumento que obra el milagro de salvar una vida que fluye inexorablemente hacia el descanso eterno.

Un sintecho araba la nieve con las raídas y pesadas botas que le habían dado en un centro de caridad, mientras buscaba algo que pudiera aliviar su frío y su hambre.

Se acercó al contenedor que vigilaba al cadáver casi desnudo, abrió la tapa y se inclinó hacia su interior. Removió el contenido con sus sucias y agrietadas manos cubiertas con unos guantes hechos jirones y, tras unos segundos buceando en los escombros, salieron tristemente vacías y descendió del contenedor. Retomaba ya el camino hacia su siguiente objetivo cuando algo llamó su atención

entre la nieve. Era un zapato que parecía de los buenos. Se acercó hacia él y lo observó constatando que era de mucha calidad. Él sabía de esas cosas porque no siempre había sido un vagabundo.

Extrañado por su hallazgo miró a su alrededor un par de veces antes de atreverse a cogerlo. No vio a nadie que le hiciera sentir intranquilo y se decidió a hacerse con el zapato. Lo asió fuertemente e intentó esconderlo bajo su viejo abrigo, una de las pocas cosas que conservaba de su antigua vida, pero no pudo hacerlo. Ese zapato todavía estaba en el pie de su dueño. Se asustó y dio un salto hacia atrás, pero la necesidad era más fuerte que su miedo y volvió hacia el cuerpo.

Esta vez fue más cauteloso. Inspeccionó el cadáver y le dio la sensación de que estaba demasiado pálido. No había visto muchos muertos, pero creía recordar que tenían algo más de color. Resiguió el cuerpo hacia arriba, estudiándolo y retirando lentamente los ropajes del finado. Cuando llegó al cuello, vio que este presentaba dos puntos oscuros a nivel de la yugular izquierda. Dos puntos como si sobre ese cuello se hubieran clavado dos incisivos. Dos puntos como si… Horrorizado salió corriendo calle abajo al grito de ¡VAMPIROS!

2

Tras conducir su Audi Coupé con ciertas dificultades por las inusualmente nevadas calles de Barcelona, la inspectora Laura Sans aparcó justo en la puerta de aquel vetusto edificio situado en el Eixample, el cual había sido reconvertido en comisaría de los Mossos d'Esquadra. La inspectora tenía un aspecto juvenil a pesar de rondar ya la cuarentena. A ello ayudaba que se cuidaba mucho, hacía ejercicio casi a diario y siempre llevaba vestimenta deportiva. Era soltera y, muy a su pesar, el único cuerpo con el que tenía algún compromiso era con el de los Mossos d'Esquadra. Tras subir las escaleras del coloso de piedra accedió al edificio y, al pasar por la recepción, el agente allí ubicado, un hombre con sobrepeso, frente despejada y de una edad próxima a los sesenta, reclamó su atención.

—¡Inspectora! —le llamó saliendo del mostrador —¡Buenos días!

—¡Buenos días, Fausto! —le contestó girándose hacia él.

—Permítame que la felicite por su condecoración. Hizo usted un gran trabajo en la investigación y detención del asesino del crucigrama.

—Muchas gracias, Fausto —le respondió con una amabilidad forzada—. Es un honor cuando se reconocen los esfuerzos realizados, pero lo más importante es haber sacado de la circulación a ese indeseable.

—En eso tiene usted razón, inspectora —ambos asintieron con la cabeza.

—Cambiando de tema, Fausto. Vaya nevada que ha caído esta noche en Barcelona, ¿no? Yo pensaba que en esta ciudad eso no

pasaba. En mi Lleida natal no nieva mucho, pero pensaba que aquí no lo hacía nunca.

—Tiene razón, inspectora. No es nada habitual que nieve, pero de vez en cuando lo hace. Además, hemos estado a punto de batir el récord de precocidad en una nevada en Barcelona. La vez que más pronto ha nevado fue el 21 de noviembre de 1999 y además no fue moco de pavo, se acumularon hasta diez centímetros en algunas zonas elevadas de la ciudad —comentó orgulloso el agente de tener esa información.

—*Déu-n'hi-do!* —exclamó la inspectora al conocer los datos—. ¿Qué buena memoria tienes, Fausto? «Lo ha escuchado en la radio, seguro» pensó.

—Gajes del oficio, inspectora. La memoria es una cualidad indispensable para un buen policía —comentó con cierta altivez y orgullo.

—Estoy completamente de acuerdo contigo.

—Por cierto, el Comisario Pou la está esperando en su despacho.

—De acuerdo, Fausto. Ahora mismo subo. Y, haz el favor de tutearme. Me incomoda que un compañero de trabajo me trate de usted por el solo hecho de tener un rango superior al suyo.

—Disculpe, perdón; disculpa, Laura, pero es la costumbre de un veterano del cuerpo policial y de la vida. Que tengas un buen día.

—Igualmente, Fausto. Otra cosa, esta mañana, a las nueve en punto, vendrá a presentarse el subinspector David Palau que será nuestro nuevo compañero en la comisaría. ¿Serías tan amable de indicarle dónde se encuentra mi despacho?

—Por supuesto, inspectora. Descuide que así lo haré —respondió el agente tratándola de usted de nuevo, como si la noticia de la llegada de un nuevo miembro a la comisaría no le hubiera gustado en absoluto.

La inspectora se dirigió hacia las escaleras para acceder al tercer piso, donde estaba ubicado el despacho del Comisario Pou. Siempre subía por las escaleras. Ella era una persona atlética, enamorada del trekking y no se fiaba mucho de los ascensores. Su vestimenta, tejanos, zapatillas deportivas Salomon, camisetas de

montaña y otros complementos revelaban su amor por las rutas de senderismo.

Tras subir las tres plantas, sin el más mínimo signo de fatiga, saludó a la secretaria y se plantó delante de la puerta del Comisario Pou. Con los nudillos de su mano derecha dio tres golpes a la puerta.

—Adelante —una voz profunda la invitó a entrar.

La inspectora accedió al despacho con el ímpetu que la caracterizaba.

—¡Buenos días, comisario! —saludó a su superior sin ningún matiz que indicara una diferencia de rango.

—Adelante, Laura. Pasa y siéntate —le respondió indicándole la silla que había frente a su mesa.

La inspectora se sentó relajadamente, denotando una gran confianza y complicidad con su superior.

—Veo que no has seguido mi consejo, y casi orden, de tomarte dos semanas de vacaciones después de la detención del asesino del crucigrama —le dijo con cierto paternalismo.

—Jordi, ya sabes que mi trabajo lo es todo para mí y cuando acabé de cubrir las etapas del GR-11 que no había hecho todavía, decidí que era momento de volver al trabajo. Además, hoy se incorpora el nuevo subinspector y prefiero estar aquí. No me gusta dejar las cosas en manos de los demás y menos si son desconocidos.

—Por mí no hay ningún problema, si realmente crees que estás recuperada del estrés que supuso la investigación y que has cargado las pilas para lo que venga.

—Gracias, Jordi. Sí, estoy recuperada y deseosa de volver a la acción.

—Pues no se hable más. Bienvenida de nuevo —dijo a modo de despedida.

—Muchas gracias, Jordi —respondió levantándose de la silla y dirigiéndose hacia la puerta.

—Otra cosa, Laura. Cuando se presente el subinspector me gustaría conocerlo. ¿A qué hora está previsto que llegue?

—Por supuesto, Jordi. Mi intención era subir con él después de darle la bienvenida y charlar un rato para conocerlo. Su llegada está prevista a las nueve. Quería tener tiempo para organizarme las cosas y hacer el briefing sin distracciones.

«Y hacerle tu famoso test» pensó el comisario.

—Hasta luego entonces.

Laura se dirigió hacia las escaleras para bajar al primer piso, donde estaba su despacho y la sala común en la que su "*escamot*" trabajaba.

Entró en sus dependencias y empezó a organizar el desorden que había después de sus pequeñas vacaciones.

3

El subinspector David Palau era un joven de 35 años, de aspecto atlético, 1,80m y unos 75 kilos. Nacido y residente en Girona, en cuya comisaria estaba destinado hasta su ascenso y nuevo destino en Barcelona. Era su primer día en la Comisaria dels Mossos d'Esquadra de l'Eixample donde llegó tras ir caminando desde la estación de Sants. Allí le había dejado el AVE con el que había venido desde su ciudad. Lo que en principio tenía que ser un agradable paseo de tres cuartos de hora, iba a alargarse bastante más debido a la nieve caía la noche anterior en Barcelona, pero el tiempo no era un problema, estaba citado a las nueve de la mañana y él había preferido tomar el tren que llegaba a Sants a las 07:15 en lugar del que llegaba a las 08:04. Era su primer día y por nada del mundo quería llegar tarde y dar una mala primera impresión.

Supuso que no tenía mucho sentido que llegara a la hora del cambio de turno cuando nadie pudiera estar pendiente de él y por eso le esperaban a las nueve. Debía presentarse ante la Inspectora Sans. Había oído hablar de ella y se decía que era una mujer muy dura y de difícil trato, cosa que le hizo pensar que tenía que ser cauteloso.

Cuando llegó a la puerta de la comisaría se detuvo y observó el añoso edificio que albergaba a su futuro lugar de trabajo. Le gustó lo que vio y eso le animó a no perder más el tiempo y afrontar su nuevo destino. Sin pensárselo, subió las escaleras que le llevaban a la puerta de entrada y accedió al interior. Se dirigió hacia el mostrador donde se encontraba un agente de segunda actividad.

—Bon dia! Soy el subinspector Palau y hoy es mi primer día en esta comisaria —dijo dirigiéndose al agente, el cual no hizo ningún gesto y mucho menos le respondió.

«¿Qué le pasa a este hombre? ¿Tendrá dificultades de oído?» pensó.

—La inspectora Sans me está esperando —insistió el subinspector Palau—. ¿Sería usted tan amable de indicarme dónde puedo
encontrarla?

—Primera planta, por esas escaleras —le indicó con la cabeza sin levantarla del ordenador en el que estaba jugando al solitario.

—Menuda nevada, ¿no? —el subinspector intentó de nuevo que hubiera un mínimo de comunicación, pero el agente de recepción ni se inmutó.

El subinspector Palau subió por las escaleras que daban acceso a un único pasillo. Se detuvo un instante y como no tenía más opciones continuó andando por el corredor hasta una salita donde había cuatro agentes uniformados sentados cada uno en una mesa con su respectivo ordenador a los que saludó sin dirigirse a nadie en concreto.

Los cuatro agentes le respondieron casi con la compenetración de un coro.

—Soy el subinspector Palau y voy a ser vuestro nuevo compañero.

—Bienvenido, subinspector. Yo soy el agente Puig, Jaume Puig —se presentó uno de ellos. Uno tras otro se acercaron al subinspector dándole la bienvenida.

—Muchas gracias por vuestro recibimiento, compañeros. Cuando he visto el trato que me ha dispensado el agente de recepción he estado a punto de darme media vuelta y volverme a Girona. ¿Qué cojo…? —se detuvo y decidió que esa no era la palabra más adecuada en su primer día de trabajo—. ¿Qué le ocurre a ese hombre?

—¿Al agente López? —le preguntó el *caporal* Joan Martínez—, nada, que es un amargado. Bueno, le pasa que preferiría estar patrullando, pero por su edad y estado físico le han obligado a pasar a segunda actividad y no lo lleva muy bien.

—Además, su mujer le pone los cuernos y él, como sigue enamorado de ella, no la quiere dejar —le dijo el agente Víctor Pérez.

—Está loquito por ella y la mitad de sus vecinos también —apostilló el caporal Lluís Lluch «y seguro que se masturba pensando en su mujercita».

—¡Qué bruto eres, Lluís! —le espetó el agente Puig.

—Pero si es así y todos estaréis de acuerdo conmigo.

—Seguramente tengas razón, pero no debemos entretener al subinspector. No quedaría bien que en su primer día llegara tarde y menos si debe presentarse a la inspectora Sans, que es de armas tomar. Con ella sí que es amable Fausto. Debe ser que le recuerda a su mujer.

—He oído rumores sobre la inspectora. Que es una mujer muy dura y de carácter muy fuerte.

—Has oído bien. Seguramente por eso sigue soltera y sin compromiso, aunque ella busca candidato.

—Ah, ¿sí? —preguntó sorprendido.

—Nosotros es lo que creemos —dijo el agente Pérez.

—Cuando tiene bajo su mando a alguien nuevo ella le hace un test —continuó el agente Puig—. Seguro que tras la presentación te dirá que tiene que hacerte unas preguntas. Te dirá que es un test para conocerte mejor, para saber qué tipo de compañero eres, cuál es tu personalidad. Es una prueba para mejorar la comunicación y que ella pueda facilitar tu integración en el tándem que tenéis que formar.

—Pero eso son paparruchas. Nosotros sabemos que lo que hace es un test de compatibilidad porque está buscando novio —rieron todos.

—Gracias por la información. Lo tendré en cuenta, pero ahora debo ir a su encuentro. No quiero llegar tarde mi primer día. Causar una buena primera impresión es muy importante y eso solo lo puedo hacer una vez. ¿Dónde está su despacho?

—Cierto, una primera impresión, buena o mala, solo se puede causar una vez —apuntó el *caporal* Martínez por si sus compañeros no habían pillado el chiste del subinspector—. Sigue por el pasillo

que te ha traído hasta aquí y la segunda puerta a la izquierda es su despacho.

—Muchas gracias. Nos vamos viendo y cuando podamos quedamos para tomar una cerveza. Yo invito.

—Te tomamos la palabra, que aquí no invita nadie.

El subinspector se despidió de ellos y se dirigió hacia el despacho de la inspectora.

Tras recorrer unos escasos cinco metros llegó hasta el despacho y se detuvo un breve instante. Hizo una inspiración profunda, alzó su mano derecha y golpeó firmemente la puerta con sus nudillos. «Una buena impresión es muy importante y mejor ser enérgico que tibio».

—Adelante —una voz que desprendía seguridad se oyó al otro lado de la puerta.

El subinspector Palau hizo girar el redondo pomo de la puerta y la abrió lo suficiente como para poder introducir su cabeza en el despacho.

—¿Da usted su permiso? «qué retrógrado ha sonado eso» —dijo dirigiéndose a la mujer que había sentada a una gran mesa de despacho.

—Entra, entra. Tú debes ser el subinspector Palau. Te estaba esperando. Pasa y siéntate —le indicó la inspectora tuteándole, cosa que le sorprendió. «Me tutea y ni siquiera me conoce. Esta quiere marcar terreno rápidamente y que quede claro quién es el superior aquí».

—Bon dia! Soy el subinspector David Palau. Usted debe ser la inspectora Sans, ¿cierto? —preguntó amablemente, aunque sabía sobradamente la respuesta.

—Efectivamente. Inspectora Laura Sans —le dijo mientras se levantó de la silla y se acercó hacia él para estrecharle la mano.

—Mucho gusto, inspectora.

—Lo mismo digo. Siéntate y así podremos charlar más cómodamente —le indicó la silla situada delante de la enorme mesa metálica en la que solo había un ordenador portátil y un teléfono de escritorio. Ninguna foto de un esposo o hijos. Ningún adorno. Nada

que no fuera estrictamente necesario. Lo que hoy en día dirían, minimalista—. Bienvenido a tu nueva comisaría.

—Muchas gracias. Estoy muy ilusionado con mi ascenso y con mi nuevo destino, además me han hablado muy bien de usted. Su fama de buena policía le precede.

—Gracias, David, pero no hace falta que me dores la píldora.

—No era esa mi intención, inspectora. «Mierda, eso te lo podías haber callado».

—Bueno, de cualquier manera, razón no te falta. Quiero decir que mi último caso fue muy sonado. Salía cada día en la prensa y eso me hizo tener una fama que nunca busqué ni deseé. Por cierto, ahora que vamos a trabajar juntos será mejor que nos tuteemos. Por el hecho de que yo sea tu jefa no tienes por qué tratarme de usted. Eso genera una barrera que dificulta la comunicación e impide que nos conozcamos bien, nos podamos compenetrar y obtener mejores resultados.

—Por supuesto, estoy de acuerdo contigo. «Nos tuteamos, pero que quede bien claro que yo soy tu jefa». Tutearse facilita el entendimiento y siempre he pensado que el tratar de usted a alguien no significa que se le tenga más respeto.

—Vaya, David. Creo que nos vamos a llevar bien. Por cierto, ¿te importa si te hago un test? Siempre lo hago con mis nuevos compañeros. A mí me sirve para conocer mejor a la persona con la que trabajo, facilitar el trato e integrar mejor a la nueva incorporación en el equipo. ¿Te parece bien?

—Por supuesto. Todo lo que sea por el bien del grupo, bienvenido sea. «Aquí tenemos el famoso test de la inspectora Sans».

—¿Te apetece tomar algo mientras empezamos con el test?

—Un café estaría bien, gracias. «No esperaba ese gesto de amabilidad».

—Pues ahí, en el pasillo, seguro que la has visto cuando venías hacia aquí, hay una máquina de café. Yo lo tomo con leche y sin azúcar. Te espero aquí preparando el test.

—Enseguida vuelvo —respondió sorprendido con la jugada de la inspectora.

El subinspector Palau se levantó de la silla y se dirigió hacia el pasillo. Cuando salió del despacho se paró un momento y se dijo a sí mismo: «Joder, cómo le gusta marcar territorio. Seguro que se ha meado en todos los rincones de la comisaria». Levantó la cabeza y divisó la cafetera. Cuando pasó por delante antes estaba tan imbuido en sus pensamientos que ni siquiera la había visto. Retomó la marcha y al pasar por delante del despacho del *escamot* el agente Pérez le dijo riendo, pero sin maldad:

—¿Qué, a buscar café para hacer el test?

—Efectivamente. Con leche y sin azúcar.

—No te lo tomes como algo personal. Es así con todo el mundo. Se tiene que hacer la dura. Inspectora a su edad y en un mundo de hombres no debe ser fácil.

—No, seguro que no. Hasta luego.

—Ciao.

El subinspector sacó dos cafés con leche sin azúcar y entró en el despacho sin llamar a la puerta. Él también quería marcar territorio.

—Aquí tienes tu café, Laura. Con leche y sin azúcar —le dejo el café sobre la mesa y se sentó en la silla esperando con curiosidad las preguntas que le iba a formular la inspectora.

—Muchas gracias, David —tomó la taza y dio un pequeño sorbo, pero como todavía estaba muy caliente la volvió a dejar sobre la mesa. Tomó el ratón de su ordenador y se preparó para anotar en un Excel las respuestas del subinspector.

—A ver, primera pregunta. Esta es muy sencilla, ¿diestro o zurdo? —le preguntó mirándole a los ojos.

—Diestro —respondió David sin titubear.

—Perfecto. Esta era fácil, pero ya me da información sobre ti.

—De acuerdo.

—Vamos con la segunda. ¿Prefieres ducharte por la noche antes de irte a dormir o por la mañana cuando te levantas?

—Bueno, depende del día y de las circunstancias. No es lo mismo un día que trabajo, que seguramente me duche cuando me levante si tengo tiempo, que un día que no trabajo. Al igual que puedo ducharme por la tarde si el día ha sido intenso y estoy

cansado o mi olor corporal es más fuerte de lo que debiera ser —contestó pensando que esa pregunta no tenía mucho sentido.

—Puede que tengas razón, pero si tuvieras que responder una de las dos opciones, ¿cuál sería?

«Puede que tenga razón, dice». —Pues prefiero ducharme por la mañana.

—Siguiente, que es ya la tercera —cuando iba a formular la pregunta David la interrumpió.

—Perdona, Laura —dijo con la mayor suavidad posible ya que no quería enfadar a su superiora el primer día—, supongo que sabes que soy licenciado en Psicología por la Universitat de Barcelona, ¿verdad?

—Sí, eso he visto en tu currículum. ¿Por qué me lo preguntas? —dijo algo sorprendida.

—Porque un buen test de personalidad es algo que no es fácil de hacer para que realmente mida lo que queremos conocer de la persona a la que se le realiza.

—Agradezco tu preocupación por la validez o utilidad de mi test, pero puedo decirte que lo he creado junto con los especialistas en psiquiatría forense de los Mossos y, ayudada por nuestros informáticos, he creado un algoritmo que, utilizando las respuestas introducidas, nos indica la idoneidad de la persona para cubrir el puesto —dijo algo molesta con la observación del subinspector.

«Espero que no se haya enfadado, pero eso que dice me suena a cuento chino, a que ha hecho un "Juan Palomo"». —Discúlpame, Laura. He olvidado que en Girona no tenemos tan fácil acceso a los especialistas del cuerpo.

—No te preocupes, ya te digo que entiendo que no te fíes de mi test.

—No es eso, es que —en ese momento le sonó el teléfono móvil a Laura y le hizo un gesto con la mano para que esperara y permaneciera en silencio. La inspectora escuchó lo que le decían desde el otro lado de la línea telefónica con gran atención al mismo tiempo que su cara iba adquiriendo un semblante de seriedad cada vez mayor.

—Sí, Jordi. Ahora mismo vamos para allá. No te preocupes, estoy preparada para un nuevo caso. Me voy con el subinspector Palau que está en mi despacho. Ya te lo presentaré en otro momento —Laura cortó la comunicación mientras se levantaba de la silla.

—¿Todo bien?

—Era el inspector Pou. Han encontrado un cadáver en los bunkers del Carmel y tenemos que ir para allá —le comunicó mientras se dirigía hacia la puerta—. Venga, ¿a qué esperas? Trabajas aquí, ¿no?

—¡Voy! —exclamó David saliendo a la carrera detrás de la inspectora.

4

Unos minutos antes…

Un coche patrulla de los Mossos d'Esquadra había llegado a los contenedores de basura situados al final del carrer Labèrnia, muy próximos a los bunkers del Carmel, en el Turó de la Rovira. Habían acudido alertados por la llamada de los empleados del camión de recogida de basuras que cuando se dirigían hacia la parte superior de la colina se habían cruzado con un vagabundo que descendía corriendo desesperadamente y gritando como un loco: "¡vampiros!"

Allí les aguardaban los dos empleados del servicio municipal de limpieza.

—¿Han sido ustedes los que han encontrado el cadáver?

—Sí, agentes, hemos sido nosotros —respondió el encargado de los contenedores.

—Bueno, en realidad el primero ha sido un vagabundo que nos ha dicho que había un muerto cuando bajaba corriendo por la calle como alma que lleva el diablo gritando "¡vampiros!"—dijo a su vez el conductor del camión.

—No habrán tocado nada, ¿verdad? —preguntó el primer agente.

—¡Nooo! Ni "jarto" de vino toco yo un muerto, y menos si es cosa de vampiros, que no me quiero convertir en uno de ellos.

—Ni yo, que tocar un muerto trae muy mal fario.

—Está bien. Han hecho ustedes lo correcto. Ahora si son tan amables, colóquense por allí que vamos a acordonar la zona y enseguida vendremos a tomarles declaración —les dijo el agente invitándoles a abandonar el escenario del hallazgo del cadáver para evitar su contaminación.

—Pero, agente, nosotros tenemos que seguir con la recogida de la basura. Esto nos está generando mucho retraso y en teoría

nuestro turno ya ha acabado —dijo el conductor con cierto mal humor.

—No se preocupen, será solo un momento.

—Frederic, yo voy acordonando la zona y tú ves tomando declaración y así ellos pueden marchar y nosotros pasamos la descripción del sintecho para que las patrullas lo busquen —propuso el otro agente.

—Me parece perfecto —le respondió a su compañero.

5

La inspectora Laura Sans y el subinspector David Palau habían llegado a la puerta de la comisaría tras un descenso vertiginoso por las escaleras.

—¿Qué coche cogemos, el tuyo o el mío? —preguntó la inspectora con la esperanza de que el subinspector se ofreciera a conducir él su coche y no tener que hacerlo ella sobre la ya menguante capa de nieve que cubría el asfalto.

—¿Y por qué no cogemos uno camuflado de los que tiene el cuerpo? —preguntó sorprendido.

—Pues porque esos coches no me gustan nada. Los han querido camuflar tanto que parecemos unos quinquis cuando los conducimos.

—Pues entonces tendrá que ser con el tuyo, Laura. El mío está en Girona. Hoy he venido en el AVE. No me he querido arriesgar a tener cualquier problema y no ser puntual en mi primer día —respondió aliviado por no tener que conducir.

—Está bien, cogeremos el mío.

Ambos se dirigieron a buscar el Audi Coupé. La inspectora se puso al volante y condujo en silencio concentrándose en el pavimento ligeramente cubierto de nieve. Cuando habían pasado unos minutos y ya controlaba la situación retomó su test.

—¿Fumas?

—¿Perdón?—respondió el subinspector sorprendido por la naturaleza de la pregunta y por la súbita ruptura del silencio.

—¿Que si fumas?

—¿Es curiosidad o parte del test psicológico de bienvenida? —le replicó con cierta sorna.

—Pues ambas cosas. Es parte del test porque ser fumador o no es un aspecto psicológico importante que define la personalidad de los individuos, y también por curiosidad porque odio el humo del tabaco y no me gusta que se fume en mi presencia.

—Pues por la parte de relación personal vas a estar de suerte porque ni fumo ni me gusta que se fume en mi presencia. Ahí coincidimos. Por la parte del test entiendo que no fumar es algo favorable, aunque eso depende de cómo esté planteado el algoritmo.

—Pues me alegra mucho saber que no fumas, por lo de la relación como compañeros. Una última pregunta, que ya estamos llegando a nuestro destino. ¿Mar o montaña?

—Siento ser un poco "*torracollons"*, pero es una pregunta que está planteada de un modo dicotómico, pero creo que en realidad no debería ser así. A uno le pueden gustar las dos por igual. A mí me puede encantar ir a esquiar en invierno y hacer *trekking* en verano por los picos del Pirineo y al mismo tiempo puedo disfrutar como un enano de hacer windsurf, tomar el sol y bañarme en el mar en mis vacaciones estivales. «Vaya test más de estar por casa que ha creado ella sola. Ni psiquiatría forense, ni informática, ni nada».

—Bueno, pero si tuvieras que inclinarte por ir al mar o la montaña, ¿qué elegirías? —dijo mostrando un nivel creciente de irritación.

—Pues si no tuviera más remedio que elegir una cosa u otra «que parece que no lo tengo», elegiría la montaña.

—Anotado. Como ya estamos llegando al lugar de los hechos…

—Al lugar del hallazgo del cadáver —dijo interrumpiendo a su compañera, la cual no pareció tomárselo muy bien.

—Sí, al lugar del hallazgo del cadáver —respondió con cierto enfado y mordiéndose la lengua.

En esos momentos llegaron al lugar donde los Mossos habían establecido un perímetro de seguridad. La inspectora detuvo el coche, descendieron y se dirigieron hacia el policía que custodiaba el acceso.

—Somos la inspectora Sans y el subinspector Palau —se dirigió hacia el agente mostrando su placa, a lo que el subinspector sacó la

suya del bolsillo y también se la mostró.

—Soy el agente Ramírez. El cadáver ha sido hallado por un vagabundo que, al observar la palidez extrema del finado y dos marcas que parecían dos heridas de mordedura en el cuello, ha huido del lugar y está en paradero desconocido, pero ya hemos pasado su descripción para que sea buscado por nuestros compañeros. Cuando corría calle abajo se ha cruzado con los operarios del camión de la basura a los que ha advertido del hallazgo. Ahí están por si quieren interrogarlos —dijo señalando hacia donde estaban los trabajadores de la limpieza.

—Muchas gracias, agente. Eso lo dejamos para más tarde. ¿Ha llegado ya el forense?

—Sí, está examinado el cadáver y sus compañeros de la científica están preparándose para realizar la Inspección Ocular Técnico Policial.

—Gracias de nuevo. Si nos deja pasar —le dijo la inspectora señalando con la mano la cinta policial que delimitaba el espacio.

—Oh, claro. Disculpen.

Ambos se adentraron en el perímetro policial y se dirigieron hacia el fiambre, que en esos momentos estaba custodiado por el Dr. Mur, el forense de guardia y jefe del departamento forense.

—Buenos días, Dr. Mur.

—Inspectora Sans, ¡qué alegría volver a verla!

—Lo mismo digo, Jesús. Es una lástima que siempre que nos vemos haya un cadáver de por medio —dijo con cierta picardía, pero al mismo tiempo inocencia ya que el Dr. Mur sobrepasaba la sesentena y estaba a punto de jubilarse.

—Bueno, bueno. Ya será menos —respondió siguiéndole la broma—. Y, ¿quién es el joven que te acompaña?

—Discúlpame, es el subinspector David Palau, la nueva incorporación de la comisaría. No lleva ni una hora con nosotros y ya está metido en el primer asesinato.

—Subinspector Palau, bienvenido —le dijo alargándole la mano.

—Muchas gracias, Dr. Mur. Es un placer conocerle.

—Igualmente. Pero, vayamos al grano, que la inspectora debe estar ansiosa por conocer los detalles —dijo guiñándole un ojo.

—Qué bien que me conoces, Jesús.

—Pues empecemos por el principio. La víctima ha sido encontrada casi completamente desnuda. Solo portaba su zapato derecho, italiano y de muy alta calidad, y el calcetín correspondiente. También llevaba una horrible corbata de seda natural aún ligada al cuello. El resto de la ropa estaba cubriéndole el cuerpo —la inspectora Sans hizo un gesto de impaciencia —ya voy con la causa de la muerte. Pues parece ser que el finado murió desangrado.

—¿Desangrado? —preguntaron ambos policías al unísono.

—Sí, exangüe. Completamente desangrado, ni una gota de sangre, como si lo hubieran escurrido —comentó haciendo el gesto de retorcer un trapo para quitarle todo el líquido y secarlo al máximo.

—Y, ¿sabes cómo lo desangraron? —interrogó la inspectora al forense.

—Pues es muy fácil y muy difícil al mismo tiempo. Fácil porque quedan señales de que le han canalizado diversas venas y arterias, es decir, le habían introducido unos catéteres, unos tubitos, para que saliera el "oro rojo" —dijo entrecomillando sus palabras—, pero difícil porque no sabría decirte a simple vista cuáles han sido utilizadas y cuáles no.

—Vaya, eso nos indica que el asesino seguramente tenga conocimientos médicos —sugirió el subinspector.

—Coincido con usted.

—Contigo. Tutéeme, por favor.

—Coincido contigo, Jesús.

—Bueno, pues el hecho de que haya muerto desangrado dificulta la respuesta a la siguiente pregunta que me iba a formular la inspectora: hora aproximada del fallecimiento.

—Me has leído el pensamiento.

—Eso o que me conozco el procedimiento —sonrieron los tres —. El hecho de que no haya sangre impide la formación de livideces, herramienta muy útil para determinar el tiempo que una persona lleva muerta.

—Vaya, pues eso nos dificultará un poco la investigación.

—Sí, un poco, la verdad. Hay otra cosa que también dificulta mi trabajo: el inusual frío que ha hecho esta noche en Barcelona, pero creo que podré apañármelas.

—Y en cuanto a la víctima, ¿ha sido trasladada o murió aquí? —solicitó el subinspector.

—Por las señales *post mortem* que hay en el cuerpo todo apunta a que fue trasladado.

—Y sobre las dos heridas que tiene en el cuello, ¿qué puedes decirnos? ¿Son mordeduras?

—A simple vista no lo parecen, dan la impresión de ser unas quemaduras.

—¿Quemaduras?

—Sí, como si le hubieran disparado con una de esas pistolas eléctricas modernas.

—O sea que, de vampiros, nada —afirmó la inspectora.

—Nada de nada.

—¿Sabe si entre la ropa hay algún documento que identifique a la víctima? —cambió de tema el subinspector.

—No, entre la ropa no hay nada que pueda ayudaros a identificar al cadáver, pero…—dejó en suspenso su respuesta.

—¿Pero? —cuestionó inquisitoriamente la inspectora.

—Pero sí había algo que puede ayudar a identificar a la víctima. De hecho, si uno de tus compañeros del coche patrulla no lo hubiera retirado, nada más llegar habrías visto que el cadáver sujetaba algo entre los dientes de su entreabierta boca.

—¡Joder, Jesús! ¿Qué llevaba en la boca? —exigió enérgicamente la inspectora.

—Llevaba el carné de colegiado médico.

—¿Cómo? ¿Que alguien con conocimientos médicos ha pelado un médico?

—Eso parece lo más probable.

—Y, ¿cuál es el nombre del médico?

—Dr. Eugeni Torres Blanco. Cirujano especialista en cirugía cardiovascular, a quien no tenía el gusto de conocer. Es paradójico que un cirujano cardiovascular muera desangrado.

—Jesús, muchas gracias por la información. En cuanto tengas tu informe completo háznoslo llegar y si hay alguna cosa que consideres importante no dudes en llamarme.

—Así lo haré, inspectora. No sufras.

—Adiós, Doctor, ha sido un placer —se despidió el subinspector.

—Una cosa más, Laura—la inspectora se detuvo y se giró para ver al forense—, enhorabuena por la detención del asesino del crucigrama y por la condecoración.

—Muchas gracias, Jesús. El mérito en parte te corresponde a ti, ya que sin tu colaboración hubiera sido imposible. Estamos en contacto.

Ambos Mossos se dirigieron hacia donde les estaban esperando los empleados de la recogida de la basura a los que no pudieron sacar más información de la que habían obtenido los agentes.

Antes de abandonar el lugar, la inspectora Sans caminó hacia uno de los agentes del coche patrulla.

—Agente.

—Dígame, inspectora.

—Supongo que no han tenido tiempo de hablar con los vecinos de la zona.

—No, la verdad es que no —respondió sintiéndose cuestionado por la inspectora.

—Cuando se haya producido el levantamiento del cadáver quiero que vayan a preguntar a los vecinos si han visto u oído algo. Ya sabemos la respuesta, pero hay que intentarlo y seguir los protocolos.

—No se preocupe, inspectora, así lo haremos y si obtenemos alguna información nos pondremos en contacto con su departamento. Adiós y buenos días.

—Adiós. Vámonos, David, que el caso no se va a resolver solo — se dirigió al subinspector, quien se encontraba realizando una inspección ocular de la zona.

—Voy «será borde la tía». Estaba buscando cámaras de seguridad que hubieran podido grabar alguna cosa— dijo excusándose por no haber visto que la inspectora había iniciado la vuelta al coche.

—Si fueras de Barcelona sabrías que no hay muchas cámaras de seguridad en las zonas alejadas del turismo y que las pocas que hay no suelen funcionar.

La inspectora Sans hizo una llamada para poner al corriente al comisario Pou de la información obtenida hasta ese momento.

—En breve llegamos, Jordi y te hago un resumen de la situación, que es un poco particular. Ninguna pista, pero sabemos quién es la víctima.

—Bon dia! Soy el subinspector David Palau —le dijo a la inspectora extendiéndole la mano.

—¿Perdón?

—Creo que no hemos empezado con buen pie nuestra andadura y quizá sería bueno iniciarla de nuevo. Soy el subinspector David Palau —extendió nuevamente la mano.

—Creo que tienes razón, subinspector. Soy la inspectora Laura Sans y te doy la bienvenida al equipo —respondió chocándole la mano.

—¿*Tabula rasa*?

—*Tabula rasa* «no sé qué habrá querido decir».

Ambos subieron al coche y mientras conducían hacia la comisaría analizaron la situación.

—Resumiendo: tenemos un cadáver que tiene nombre y apellidos, Eugeni Torres Blanco. No tenemos ningún testigo. Los del camión de la basura no saben nada, el vagabundo está en paradero desconocido y no creo que nos pueda ayudar mucho. Los vecinos seguro que estaban durmiendo y no habrán visto nada tampoco. Las cámaras de seguridad son inexistentes en esta zona. Las huellas de neumáticos que hubiera podido haber en la nieve se han evaporado como la propia nieve.

—Bueno, siempre le podemos preguntar al espía ruso que conduce ese coche —dijo el subinspector señalando al vehículo que tenían delante esbozando una ligera sonrisa.

—¿Cómo? —respondió sorprendida la inspectora.

—Sí, mira las letras de la matrícula del coche, "KGB", un espía ruso —comentó casi iniciando una risa.

—Ah, ¿que aparte de psicólogo y subinspector eres humorista?

—Y muchas otras cosas más que irás descubriendo con el tiempo. Lo de las matrículas es un pasatiempo que adquirí cuando tuve que permanecer varios días haciendo guardia delante de un domicilio, y la verdad es que le cogí cierto gustillo y sigo practicando. Me divierte. Esta es muy sencilla. Las tengo mucho más elaboradas.

—Bueno, cada uno pasa su tiempo como quiere o como puede.

—Efectivamente. Por cierto, aunque esto de las matrículas no está dentro de tu test, quizá podría servirte para analizar mi perfil psicológico y determinar si voy a ser un buen compañero.

—Quizá tengas razón.

Con la conversación de las matrículas llegaron sin darse cuenta a la comisaría y subieron al tercer piso donde el comisario Pou les estaba esperando.

—¿Se puede?

—Adelante —indicó la fuerte voz del comisario.

Ambos compañeros entraron en el despacho al tiempo que el comisario se levantó de su butaca y se acercó hacia ellos extendiendo la mano hacia el subinspector Palau.

—Tú debes ser el subinspector Palau. Benvingut!

—Moltes gràcies! —respondió encajando la mano del inspector.

—Enhorabuena por el ascenso. Es un honor que un policía con tu currículum haya decidido unirse a nosotros.

—Muchas gracias de nuevo. Para mí es un placer poderme unir a su grupo. Su fama y la de la inspectora les precede y su buen hacer es bien conocido en el resto de las comisarías de Catalunya.

—Aquí tendrá la oportunidad de crecer como persona y como profesional y podrá aprender mucho de la inspectora Sans, la mejor policía con la que he trabajado nunca.

A la inspectora se le iluminó la cara al oír las palabras que le dedicaba su superior y pensó que la estrategia de piropearlos a ambos había sido todo un acierto para generar unión y hacer equipo.

—Pero, no os quedéis ahí de pie. Sentaos y explicadme qué sabéis para ver cómo orientamos la investigación.

Ambos se sentaron en las sillas que había delante de la mesa del comisario y le expusieron con pelos y señales lo que habían descubierto hasta ese mismo momento.

—¿Y decís que hemos identificado al fallecido porque el asesino le ha puesto en la boca el carné del colegio de médicos? —intentó aclarar ese punto el comisario.

—Así es, Jordi. El Dr. Eugeni Torres Blanco.

—¿Qué os sugiere todo esto? ¿Subinspector? —dijo haciendo una señal a la inspectora para que entendiera que su intención era probar la audacia del nuevo compañero.

—Que el asesino haya dejado el carné de médico de la víctima en su boca me indica que quería que supiéramos sin duda alguna quién era el cadáver porque no es un asesinato al azar. Ha matado al doctor porque tenía algún motivo para hacerlo. Quería matarlo a él y a nadie más y que el hecho de ser médico es importante ya que no ha dejado su D.N.I.

—Bien, prosigue —le invitó el comisario a profundizar en su teoría.

—Que haya muerto desangrado siendo cirujano cardiovascular tampoco es aleatorio o *random,* como dice la juventud hoy en día*.* Creo que el modo de asesinarlo está vinculado con la profesión del fallecido.

—Por ahora vas muy bien. Concuerdo contigo.

—El Dr. Mur, el forense…

—Es casi como un hermano para mí —expuso el comisario interrumpiendo al subinspector —disculpa, continúa.

—El forense, el Dr. Mur, nos ha expuesto que la víctima tenía canalizadas diversas arterias y venas…

—Bueno, que quedaban las señales de haber sido canalizadas diversas venas y arterias —puntualizó la inspectora.

—Efectivamente, muchas gracias, inspectora —agradeció sinceramente el subinspector. Parecía que el *reset* en su relación estaba funcionando—, lo cual hace sospechar que el asesino…

—O asesinos —añadió la subinspectora.

—O asesinos. No sé por qué he pensado intuitivamente que el asesino era una única persona —argumentó el subinspector—, el

modo de matar hace sospechar que quien cometió el asesinato tiene conocimientos médicos. Por lo tanto, creo que deberíamos encaminar nuestra investigación hacia personal sanitario que tenga alguna relación laboral con la víctima. Tendremos que averiguar dónde ejercía el difunto.

—David, acabas de hacer un fantástico resumen de la situación y creo que estás dirigiendo muy bien el foco hacia donde más probabilidades hay de encontrar al culpable.

—Muchas gracias, Sr. Comisario.

—Laura, te dejo al mando de la investigación. Confío plenamente en ti y en tus cualidades. Ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —le dijo invitándoles a salir.

—Gracias, Jordi. Te mantendremos informado de nuestros avances.

—No tenía ninguna duda. Suerte y trabajo, que ambas cosas son necesarias.

6

La inspectora y el subinspector salieron del despacho del comisario y se dirigieron por las escaleras hacia el de la inspectora situado dos plantas más abajo. Una vez instalados empezaron a organizar las tareas que tenían por delante.

—Bueno, el primer paso será localizar a la familia de la víctima para realizar la comunicación del suceso e intentar obtener alguna información que nos sea de utilidad.

—Si tenían conocimiento de que el Dr. tuviera algún enemigo, alguien que pudiera tener algún motivo para desear su muerte hasta el punto de cometer un asesinato—añadió el subinspector.

—Otro paso será saber dónde trabajaba.

—Supongo que el colegio de médicos podrá ayudarnos con eso. Yo me encargo de llamar —se ofreció el subinspector.

—Entonces yo voy a bucear en la base de datos para localizar a sus familiares, pero antes necesito un café. ¿Te traigo uno?

—Sí, muchas gracias. Con leche y…

—Sin azúcar —le interrumpió la inspectora.

—Efectivamente, muchas gracias. «Joder, qué cambio».

Cuando regresó la inspectora con los cafés, ambos se dedicaron a llevar a cabo su parte de la tarea. Pasados unos minutos y otro café, parecía que tenían algo.

—David, ya he localizado a la esposa, Carme Bitrià, la Dra. Carme Bitrià. Es especialista en cuidados intensivos y trabaja en…

—¿En el Hospital del Mediterrani? —se le adelantó el subinspector.

—Efectivamente. ¿Igual que la víctima?

—Igual que la víctima. Acabo de saberlo a través del colegio de médicos de Barcelona. ¿Tienes la dirección y el teléfono de la

esposa?

—Sí, lo tengo todo, hasta su número de la seguridad social, pero creo que con el teléfono y la dirección será suficiente.

La inspectora le mostró a su compañero la hoja de papel reciclado en la que lo había anotado todo. Si no contenían información importante, aprovechaba todos los folios y les daba una nueva vida. La salud del planeta le preocupaba.

—Como la comunicación de la defunción debe ser en persona, ¿dónde vamos? ¿A su domicilio o a su lugar de trabajo?

—Teniendo en cuenta la hora que es, lo más probable es que esté trabajando. Vayamos al hospital.

—Pues Vamos.

Ambos tomaron sus abrigos y descendieron hacia el coche de la inspectora, quien se vio obligada a conducir de nuevo.

—Mira, uno al que le gusta el zumo de cereales —dijo el subinspector rompiendo el silencio que se había creado en el coche.

—¿Cómo dices?

—Mira la matrícula de ese coche, ¿qué letras tiene?

—CVZ —respondió la inspectora mientras pensaba a qué podían hacer referencia esas letras.

—Pues eso, que le gusta la…

—CerVeZa, que le gusta la cerveza —se adelantó con celeridad la inspectora para que no le diera tiempo al subinspector a completar la palabra y que quedara así muy claro que la había acertado.

—Muy bien, Laura. Lo has pillado rápido. Creo que vas a ser muy buena en este juego, aunque esta era de las fáciles.

—Se me dan bien los juegos y ahora que has sacado una de tus manías…

—Costumbres —le indicó el subinspector—. Si dices manía tiene cierto sentido peyorativo, si dices costumbre es mucho más neutro, no ofendes a la persona y estás diciendo exactamente lo mismo.

—No lo había visto nunca así, pero creo que tienes razón. Pues ahora me toca a mí proseguir con una de mis costumbres. ¿Te parece bien?

—¿Seguimos con tu test? —preguntó con una sonrisa en los labios.

—Premio para el caballero.

—Pues nada, "a jugar" que decía Joaquín Prat.

—¿Quién?

—Cuando era muy pequeño cada tarde me sentaba a ver la tele con mi abuela y había un programa…nada, es igual, dispara. Son cosas de mi infancia.

—De acuerdo. Esta es fácil. ¿ColaCao o Nesquik?

—¿Cómo?

—¿Te la repito?

—No, no. He entendido la pregunta, pero, así a bote pronto me ha sorprendido.

—Pues si lo piensas tiene mucho sentido. La gente que prefiere el Nesquik, por lo general, vive en la inmediatez de las cosas, tiene más prisa por conseguir sus objetivos y no disfruta del proceso. En cambio, los que prefieren el ColaCao no son tan ansiosos —entrecomilló la palabra con sus manos alzadas—, pueden esperar a conseguir sus resultados y disfrutan del proceso de remover los grumos con la cucharilla —explicó la inspectora sumida en un halo de seriedad y profundidad.

—¿Perdón? Creo que esa reflexión la ha debido hacer un psicólogo leyendo los mensajes de las galletas de la suerte de un restaurante chino —ambos rieron con el comentario.

—Puede que no sea lo más científico del mundo, pero tiene su lógica.

—El Nesquik.

—Perfecto, gracias. Te hago una más que ya estamos llegando al hospital.

—Sorpréndeme —dijo esbozando una sonrisa.

—¿Carnívoro o ictiófago?

—Pues si estabas pensando que no había entendido la pregunta, te has equivocado. Prefiero la carne al pescado —le aseguró a la inspectora con aire de suficiencia.

—¡Vaya! Eres la primera persona a la que paso el test que entiende esta pregunta —comentó sorprendida.

—Como ya has podido apreciar, me gusta jugar haciendo palabras con las letras de las matrículas y también me gusta conocer la etimología de los vocablos que utilizo. Haber estudiado una carrera de ciencias despertó en mí esa curiosidad. Tener que aprender tantas palabras con origen latino y griego era mucho más fácil a medida que conocía su etimología y además así podía adivinar el significado de otras nuevas. En la facultad jugábamos a inventarnos términos usando raíces griegas y latinas.

—Eres un poco rarito tú, ¿no? —le soltó la inspectora.

—La verdad es que un poco sí.

En ese momento llegaron al aparcamiento del Hospital del Mediterrani y se introdujeron en él tras coger el tique y esperar a que se levantara la barrera. Buscaron el acceso al edificio, aparcaron justo al lado de la puerta y se dirigieron al mostrador de recepción.

—Bon dia! Somos la inspectora Sans y el subinspector Palau. Buscamos la U.C.I. —dijo al mismo tiempo que enseñaba la placa.

—Bon dia! Sexta planta —respondió la recepcionista haciéndose eco de la amabilidad de la inspectora.

—¿Las escaleras?

—¿No prefieren saber dónde están los ascensores?

—No. Si hubiera querido saber dónde están los ascensores se lo hubiera preguntado. Quiero saber dónde están las escaleras —afirmó con brusquedad la inspectora.

La recepcionista, sin abrir boca, le señaló la ubicación de las escaleras.

—No te importa que subamos a pie, ¿verdad?

—No, la verdad es que no me importa, es más, lo prefiero.

—Pues subamos.

—Tú delante. «¿Hace falta ser tan borde?»

Ambos subieron las escaleras hacia el sexto piso con paso firme y sin que se les acelerara la respiración.

—Laura, ¿te puedo decir una cosa sin que te enfades? —ambos se detuvieron.

—Eso me lo preguntas porque sabes que me voy a enfadar.

—Seguramente, pero no te lo tomes a mal, mi intención es buena.

—A ver, dispara.

—¿No crees que has sido muy poco amable con la señora de recepción? —le preguntó algo temeroso de su reacción.

—¿Dices poco amable por no decir borde?

—Eh, bueno, sí —titubeó—, quería decir borde, pero no quería ser borde yo también.

—Quizá tengas razón. No soy consciente de que suelo ser agresiva en los primeros momentos hasta que ya lo he sido y no hay remedio. Para mí no es fácil ser una mujer de mi rango en un mundo de hombres y debe ser mi manera instintiva de reafirmarme y de crear una barrera de protección —respondió con aflicción.

—Pensaba que el psicólogo era yo —le guiñó un ojo.

—No soy psicóloga, pero he visitado más de uno y, aunque no lo parezca, estoy intentando mejorar mi carácter.

—Parece un gran paso «eso te ayudará a encontrar pareja sin necesidad de hacer tantos test de estar por casa». ¡Enhorabuena!

—Gracias. Que alguien reconozca tus esfuerzos ayuda a seguir con la lucha.

Cuando llegaron al sexto piso se dirigieron hacia la puerta de la U.C.I. e intentaron abrirla. Estaba cerrada con llave.

—Seguramente, por motivos de seguridad, haya que llamar al portero para que nos abran —indicó el subinspector pulsando el botón de comunicación.

Pasados unos segundos alguien respondió al otro lado del telefonillo.

—Sí, ¿quién es? No son horas de visita —una voz varonil les informó de que no eran bienvenidos.

—Policía, abran —respondió la inspectora al mismo tiempo que aproximó su placa a la cámara del intercomunicador.

—¡Laura! —le llamó la atención dándole un pequeño golpe con el codo.

—Buenos días. Somos la inspectora Sans y el subinspector Palau de los Mossos d'Esquadra y es necesario que hablemos con la Dra. Bitrià de manera urgente.

—Mucho mejor —le susurró el subinspector.

—Adelante, les abro. Ahora vengo a buscarlos —dijo la voz varonil al mismo tiempo que se oyó el zumbido que desbloqueaba el cierre de la puerta.

El subinspector empujó la pesada puerta y accedieron al interior de la U.C.I. Tras un par de minutos, llegó hasta ellos un celador de casi dos metros de altura ataviado con un traje azul, patucos, gorro y mascarilla y que llevaba en sus manos un par de batas y el resto de los complementos para que los policías pudieran acceder a la zona reservada a los médicos.

—Vístanse —les indicó secamente el celador haciéndose a un lado —cuando acaben los acompañaré a la sala de visitas donde se podrán quitar la mascarilla si lo desean.

—Gracias —respondió el subinspector.

—Es que hay algunos que me ponen muy difícil ser amable —le susurró la inspectora a su compañero.

—Hay mucha gente a la que le molesta que los saquen de su rutina y si encima es la policía…

Una vez uniformados el celador los acompañó a la sala de visitas y les invitó a sentarse. En unos minutos hizo acto de presencia una espectacular mujer de metro setenta, larga cabellera rubia recogida bajo un gorro y deslumbrantes ojos azules.

—Hola. Soy la Dra. Carme Bitrià. Espero que sea algo muy importante para que me interrumpan en el trabajo —dijo malhumorada.

«Es que me lo ponen muy difícil» —Somos la inspectora Sans y el subinspector Palau, y sí, el asunto es muy importante. Su marido…

—Exmarido —puntualizó la Dra. interrumpiendo a la inspectora.

—¿Exmarido? No sabíamos que estuvieran divorciados —comentó el subinspector.

—Y no lo estamos. Hacemos vidas separadas y lo único que nos une es nuestro hijo y el lugar donde ejercemos la medicina. Pero ¿cuál es el motivo de su visita?

—Sentimos mucho comunicarle el fallecimiento de su ma… de su exmarido —se corrigió la inspectora.

—Vaya, tarde o temprano tenía que llegar. Llevaba muy mala vida —respondió sin el más mínimo gesto de dolor o sorpresa.

—¿No siente nada por la muerte de alguien con el que ha compartido una etapa de su vida y con el que tiene, tuvieron un hijo en común? —dijo sorprendido el subinspector.

—Sí que siento algo, por supuesto, ¿por quién me toma? Siento alivio y descanso por la muerte de ese hijo de puta. Y, ¿cómo ha muerto? ¿Sobredosis de alcohol o cocaína? ¿Un accidente conduciendo borracho?

—Ha sido asesinado. Han encontrado su cuerpo exangüe tirado al lado de unos contenedores —dijo la inspectora.

—El lugar perfecto para una basura de persona. No me extraña que lo hayan asesinado. Tenía deudas de juego, debía dinero a sus camellos, ha sido un cabrón con muchas personas. Ha acosado sexualmente a todas las enfermeras con las que ha coincidido y se ha portado fatal, dejando con el culo al aire a la mayoría de los compañeros con los que ha trabajado. Les va a resultar difícil encontrar al asesino. Hay cientos de candidatos —se despachó a gusto la doctora.

—Y a usted, ¿qué le ha hecho? ¿Por qué se han separado?

—Inspectora, a mí me ha hecho muchas cosas. Me ha sido infiel con la mitad de las enfermeras del hospital, la mitad de las vecinas del edificio donde vivíamos y hasta con las que se suponía que eran mis amigas y, encima, se regodeaba de ello y me hacía quedar como una cornuda delante de todo el mundo. Cada vez que viene a buscar a su hijo para pasar algún rato juntos, muy de tanto en cuanto porque parece que el niño le molesta, viene con una fulana nueva para restregármela por la cara —explicaba cada vez más acalorada—, y cada dos por tres viene con un coche nuevo, y el muy hijo de puta dice que no tiene dinero y no me pasa ni un euro para la manutención de su hijo.

—Y eso, claro, la saca de sus casillas —le insinuó el subinspector.

—Por supuesto que lo hace. ¿A usted no le sacaría de sus casillas esa situación?

—¿Tanto como para asesinarlo? —la acusó la inspectora obviando la pregunta que le había formulado la doctora.

—¿Me está acusando de asesinar a mi marido, inspectora?

—¿Ahora vuelve a ser su marido? —dijo aumentando el tono acusador.

—Motivos no me faltan, inspectora. Por cómo me ha tratado cuando hemos estado juntos y cómo me ha tratado después de separarnos. Y ahora podríamos decir que tengo otro motivo más —planteó la doctora.

—¿Qué motivo es ese?

—Ahora cobraré la pensión de viudedad y será la manera de que aporte algo para mantener a su hijo. Hará muerto lo que no ha hecho estando vivo —dijo sonriendo.

—Doctora, no nos dé más motivos para sospechar de usted.

—Hagan lo que quieran. Gente interesada en su muerte o que se alegraría por ella, hay mucha. ¿Quieren preguntarme algo más?

—Sí, ¿dónde estuvo el fin de semana?

—En casa con mi hijo.

—¿Hay alguien que pueda corroborarlo?

—Sí, por supuesto. Mi hijo.

—¿Nadie más?

—No, nadie más.

—De acuerdo. Es todo por el momento. Por favor, esté localizable y no abandone el país.

—Si me disculpan, hay pacientes cuya vida corre peligro que necesitan de mi trabajo y no los voy a abandonar —dijo mientras salía de la sala de visitas sin más dilación.

—Joder con la viuda —exclamó la inspectora.

—O exviuda —bromeó el subinspector.

—Muy afectada no parece.

—La verdad es que no, pero motivos para estar contenta sí que tiene.

—Habrá que vigilarla de cerca —sugirió la inspectora.

—Seguramente, pero no creo que sea ella la asesina.

—Bueno, en estos casos no hay que descartar a nadie tan pronto. Vamos, salgamos de aquí que este lugar me incomoda y me

estoy agobiando con estos ropajes. Vayamos a ver al director médico.

7

Tras descender a la primera planta se acercaron a un mostrador donde preguntaron a una joven la localización del despacho del director médico quien les dio las indicaciones pertinentes.

La inspectora llamó a la puerta.

—Adelante —respondió el Dr. Vidal, director médico del centro.

Ambos policías accedieron al despacho y se presentaron.

—Pasen y siéntense, les estaba esperando. El comisario Pou me anunció su visita y me solicitó que colaborara con ustedes en todo lo que pudiera. ¿Qué puedo hacer para ayudarles? —preguntó sinceramente.

—Como usted ya sabrá, esta mañana han encontrado muerto a unos de sus médicos, el Dr. Eugeni Torres —el Dr. Vidal asintió con la cabeza— y todo parece indicar que ha sido asesinado.

—Sí, eso me ha comentado el comisario Pou, pero es algo que no me ha sorprendido. Bueno, entiéndame, sí me ha sorprendido que lo hallaran muerto, pero una vez sabes que ha fallecido la idea de que alguien haya acabado con su vida te viene rápidamente a la mente.

—¿Por qué no le sorprende que lo hayan podido asesinar?

—Subinspector Palau, el Dr. Torres tenía muchos enemigos. Era un magnífico cirujano cardiovascular, tenía unas manos de oro, podía resolver los casos más complicados que pudiera haber. Él decía que sus padres habían acertado bautizándolo como Eugeni porque era un "*geni"* y tenía razón, era un genio, pero era una mala persona. En el trabajo despreciaba a sus compañeros, a las enfermeras, a los anestesistas, a todo el mundo. Era un mujeriego y un jugador empedernido. El póquer era su perdición y tenía muchas deudas con

gente muy peligrosa. También se rumoreaba que flirteaba con las drogas y que sus camellos estaban hartos de que no les pagara. A la que no pagaba tampoco era a su mujer la manutención de su hijo. Por cierto, la Dra. Bitrià, su mujer, ¿es conocedora de la muerte de su marido?

—Sí, venimos de hablar con ella y no parece muy afectada ni muy sorprendida por su muerte.

—No me extraña. Cuando estaban juntos, ahora llevan un tiempo separados —ambos policías asintieron— él le era infiel con toda mujer que se le ponía por delante y no se ocultaba, es más, se vanagloriaba de sus conquistas y eso le hizo mucho daño.

—Podemos decir que era un auténtico cabronazo y que hay centenares de personas que se alegran de que ya no esté entre nosotros —resumió la inspectora.

—Hablando en plata, así es.

—Doctor, tras la primera inspección del cadáver, el forense nos ha sugerido un perfil del asesino más reducido que todo ese abanico de posibilidades que usted nos sugiere. El Dr. Torres ha muerto desangrado y le habían canalizado diversas arterias y venas por las que supuestamente perdió toda la sangre de su cuerpo, lo cual nos hace pensar que el asesino sea alguien relacionado con la medicina, que tenga esos conocimientos, y dado que el Dr. Torres sólo trabajaba en este hospital, lo más probable es que sea un trabajador suyo.

—Tiene mucha lógica esa deducción.

—Además, hay otro aspecto que apoya esta teoría, le pedimos sea muy discreto en este punto, y es que el Doctor Torres fue hallado con su carné del colegio de médicos entre sus dientes.

—¡Santo Dios! ¿El carné en la boca? —exclamó sorprendido—. No se apuren que ese detalle no saldrá de este despacho.

—Se lo agradecemos.

—Eso parece indicar que su muerte está más relacionada con asuntos laborales que externos al hospital y reduce el número de sospechosos —apuntó el Dr. Vidal.

—Y por eso estamos en el hospital, porque creemos que el asesino es uno de sus empleados, pero el hospital es tan grande que

querríamos que usted nos ayudara a reducir el cerco. ¿Hay algún perfil de trabajador que se acerque a lo que estamos buscando?

—Como muy bien dice, el hospital es muy grande, hay más de dos mil empleados, pero con la habilidad de canalizar venas, muchos menos, y si le habían canalizado arterias y venas centrales, los sospechosos se reducen más todavía.

—¿A qué tipo de profesionales se refiere?

—Los sanitarios que realizan habitualmente este tipo de maniobras son por un lado las enfermeras, pero no todas, suelen hacerlas las enfermeras de la U.C.I. y las de la reanimación posquirúrgica. Con ello no quiero decir que no haya otras enfermeras capacitadas para ello, pero no forma parte de su rutina.

—Y, ¿por el otro lado?

—Por el otro lado algunas especialidades médicas. Los más acostumbrados son los anestesistas, los especialistas en cuidados intensivos y algunos cirujanos.

—Por lo tanto, la Dra. Bitrià cumple con los requisitos para considerarla sospechosa.

—Eso deben decidirlo ustedes —afirmó el Dr. Vidal.

—Doctor, necesitaríamos que nos ayudara a organizar los interrogatorios. Sería genial, «genial igual no es la mejor palabra dado el nombre de la víctima», sería magnífico que nos reuniera el personal para poder concentrar los interrogatorios en tiempo y espacio y así agilizar el trabajo de la investigación —solicitó el subinspector.

—Lo que ustedes digan. Si quieren lo preparo todo para mañana por la mañana, pero deben tener en cuenta que muchos de esos profesionales trabajan por turnos y no todos van a estar presentes. Intentaré que el turno de tarde venga un par de horas antes y así quizá puedan hablar con la mayoría del personal mañana mismo, si les parece bien.

Si quieren ir adelantando trabajo podrían empezar esta misma tarde con la U.C.I. y mañana por la mañana con el quirófano, que es cuando se concentra la mayoría del personal, y el turno de mañana de cuidados intensivos. Los turnos de noche ya miraríamos de organizarlo cuando más les conviniera. ¿Lo hacemos así?

—Nos parece perfecto.

—Entonces ahora llamaré a la supervisora de la U.C.I. para que después del pase de turno, sobre las 15:30, lo tenga organizado para que les atiendan.

—Muchas gracias, Dr. Vidal —ambos policías le estrecharon la mano y se dirigieron hacia la puerta del despacho.

—Si necesitan cualquier cosa más ya saben dónde localizarme. Aquí tienen mi tarjeta por si les resulta más fácil llamarme. Si tienen hambre pueden ir a la cafetería del hospital a comer algo. Está en la octava planta.

—Muchas gracias. Eso haremos.

Ambos policías salieron del despacho y por el pasillo llegaron al vestíbulo de la primera planta.

—¿Ascensor o escaleras? —preguntó la inspectora dirigiéndose hacia las escaleras sin darle opción a que eligiera el ascensor.

—Yo también prefiero las escaleras —sonrió mientras seguía a la inspectora.

8

Tras llegar a la octava planta y hacerse con el menú del día, se sentaron a una mesa situada en un enorme ventanal con unas vistas espectaculares del mar Mediterráneo y empezaron a degustar su comida.

—Recapitulemos —inició la conversación la inspectora—, tenemos el cadáver de un médico que, presuntamente, ha sido asesinado por su profesión, de ahí lo del carné de colegiado en la boca.

—Correcto.

—Que ha sido desangrado como un vil cochino por alguien con conocimientos médicos. Una enfermera especializada, un anestesista, un uciólogo «¿se dirá así?» o algún cirujano.

—Así es, porque la opción de haber contratado a un sicario para llevar a cabo este tipo de crimen me parece harto difícil y absurda. Ah, y creo que el término es intensivista.

—Gracias, me has leído el pensamiento. Concuerdo contigo, David. Y, según nos han indicado su exesposa y el director médico, la lista de candidatos es enorme.

—Bueno, podría ser peor. Si le hubieran clavado un cuchillo ahora estaríamos hablando del triple de candidatos a justiciero del año.

—No, si el que no se consuela es porque no quiere —le dijo la inspectora guiñándole un ojo—. Dado que hasta las tres y media no podemos avanzar en la investigación, ¿qué te parece si seguimos con mi test?

—¿De verdad, Laura? —preguntó con cara de disgusto.

—David, para ti puede parecer una tontería, pero para mí es muy importante. Dices que mis preguntas no tienen ningún rigor

científico, y puede ser, pero a mí me ayudan mucho a conocer a mi compañero. Ten en cuenta que los policías ponemos nuestras vidas en manos de nuestros colegas y no siempre son lo que parecen. Los hay que cuando más los necesitas se esconden y te dejan a merced de los peores peligros —explicó aceleradamente y con gestos de dolor en su rostro.

—Perdóname, Laura. No sabía que fuera tan importante para ti. Lo siento mucho —se disculpó sinceramente.

—Es normal que pienses que se me va la olla con lo del test, porque seguro que los del "*escamot*" te han dicho que lo paso porque estoy buscando novio, pero la verdad es la que te acabo de explicar. No quiero que me vuelva a pasar esto por no conocer bien a mi compañero —la inspectora se levantó disimuladamente la camiseta y le mostró una cicatriz que iba desde el esternón hasta el pubis y rápidamente se tapó.

—Pero ¿qué te pasó? —preguntó muy sorprendido.

—Nada que me guste recordar ni explicar.

—De acuerdo. Respeto tu intimidad. Si alguna vez quieres hablar de ello, recuerda que además de tu compañero soy psicólogo.

—Muchas gracias, lo tendré en cuenta. ¿Ahora puedo continuar con el test? Y si quieres lo analizamos juntos.

—Me parece perfecto. Adelante.

—Pues ahí va. Esta pregunta me viene que ni pintada por el lugar en el que estamos. Imagina que estás en una celebración en la que hay un buffet libre. Coges un plato y te sirves lo que quieras de todo lo que hay preparado y luego vas a sentarte a dar buena cuenta de todo ello. Tú, qué tipo de persona eres, ¿de los que empiezan por lo que más les gusta y dejan para el final lo que les gusta menos? «como la perra que tuve de pequeña», o, en cambio ¿eres de los que empiezan por lo que menos les gusta y dejan sus manjares favoritos para el final?

—Vaya, muy buena pregunta. De aquí se puede sacar mucho juego y análisis psicológico. Soy de los que empieza por lo que menos les gusta y dejo para el final lo que más me gusta. ¿Qué dice tu test sobre eso?

—Las respuestas por sí solas no dicen nada. Tienen que analizarse en la globalidad de los ítems que forman parte del algoritmo. Una persona que empiece por lo que menos le gusta siempre estará comiendo lo que menos le satisface del abanico de posibilidades que tiene delante de sí, pero al mismo tiempo podría interpretarse como que es una persona paciente, que no tiene prisa por llegar a su objetivo y que va disfrutando del viaje. Por otra parte, una persona que empieza por lo que más le gusta siempre estará disfrutando de su mejor opción, siempre elige lo que más le aporta, pero al mismo tiempo podría interpretarse que es una persona impaciente, que necesita una satisfacción inmediata.

—Joder, Laura. Veo que tu test está muy elaborado, que has pensado y razonado las preguntas «al menos esta».

—Así es, David. Soy una persona muy concienzuda y que medita mucho las cosas. La última y acabo, ¿te parece?

—Me parece bien.

—Tú vas conduciendo tu coche y el lugar donde quieres aparcar es una zona de aparcamiento en batería; si las circunstancias te lo permiten, ¿aparcas de culo para luego estar ya encarado y salir de frente o aparcas de frente y luego tendrás que hacer la maniobra para incorporarte a la circulación?

—Yo, si puedo, aparco de culo y ya estoy preparado para salir corriendo cuando vuelva a coger el coche.

—Perfecto. Anotado —dijo dándose pequeños golpecitos con el índice derecho en la sien.

—¿Ya tienes suficiente información para saber si te puedes fiar de mí?

—Dos últimas preguntas. Te lo prometo.

—Pero, si me habías dicho que esta era la última.

—Tienes razón, pero ahora va en serio —dijo con media sonrisa.

—¿Y no habrá dos más después?

—No, seguro que no.

—Venga, dale.

—¿Nutella o Nocilla? ¿Coca-Cola o Pepsi?

—*Really*, George? —dijo sorprendido, como si le hubieran roto los esquemas.

—Naaah! Estas son de relleno —rieron a carcajadas los dos—. Ya sabes que si no hay un número mínimo de ítems las estadísticas no son fiables y el algoritmo necesita ese "relleno".

—Nocilla y Pepsi. Sé a qué te refieres. No puedes decir que un jugador de baloncesto es muy bueno porque haya metido un tiro libre. Si no ha lanzado un número mínimo de ellos, la estadística no es valorable.

—Efectivamente, así es. Cosas de los números.

—Me alegra saber que ya tienes todo lo necesario para que tu algoritmo sepa que seré un buen compañero.

—Y yo también. Se acabaron las preguntas algorítmicas de mi manía de hacer un test a mi nuevo compañero, pero quiero que tú continúes con tu jueguecito de las matrículas. Quiero ver hasta qué punto puedes ser retorcido en tu manía —le guiñó un ojo.

—Laura, veo que vuelves a la terminología negativa. Si en lugar de manía dices costumbre y en lugar de retorcido lo expresas como nivel de elaboración, la cosa adquiere un cariz mucho más positivo y enriquecedor —rieron ambos.

—Tienes razón, me gustaría saber a qué nivel de elaboración puede llegar tu costumbre de hacer putos jueguecitos con las matrículas —estallaron en carcajadas.

—Venga, vamos a comer que en breve nos esperan en la U.C.I.

9

Tras haber dado buena cuenta del menú y del enésimo café, descendieron a la sexta planta y realizaron el mismo ritual que habían hecho unas horas antes cuando habían hablado con la Dra. Bitrià. Ahora con la que hablaban era con la enfermera jefe del turno de tarde de la Unidad de Cuidados Intensivos.

—Sra. Ferragut, no sé si lo sabe, pero estamos investigando la muerte del Dr. Torres —le comunicó la inspectora.

—Sí, ya nos ha llegado la noticia. Un hospital es un patio de vecinos gigante. Aquí las noticias vuelan.

—Vaya, no me gustaría tener ningún secreto que ocultar si trabajara aquí —añadió el subinspector.

—Dos telediarios le duraría.

—Estamos investigando personal sanitario que pudiera tener motivos para asesinar al Dr. Torres, ¿sabe de alguien que los tuviera?

—Inspectora Sans, el Dr. Torres era la persona más odiada que conozco. Gente con motivos para desear su muerte hay a patadas, otra cosa es tener el valor para hacerlo.

—¿Podría hacernos una pequeña lista con la gente que trabaja aquí y en su turno que tuviera problemas con el Dr. Torres?

—Mire hacia allí, hay ocho enfermeras. Todas tienen motivos. A todas las ha acorralado en un rincón y ha intentado propasarse con ellas. Cada vez que sube, subía —se corrigió— a visitar un paciente que hubiera operado sucedía lo mismo. De vez en cuando conseguía engatusar a alguna y tener una relación consentida, pero eso era las menos de las veces. ¿Ven aquella enfermera pelirroja de allí? —ambos asintieron—. A aquella la dejó embarazada y en cuanto lo supo no quiso saber nada más de ella.

—Y, ¿sólo ha tenido problemas con enfermeras?

—No, que va. Los ha tenido con todos los intensivistas del servicio. Si un paciente no evolucionaba como él deseaba o incluso fallecía, les montaba un buen espectáculo, los acusaba de negligentes y matasanos y les amenazaba con denunciarlos. Decía que su reputación como cirujano estaba en juego y que ellos le creaban mala fama.

—¿Podría decirnos el nombre de alguno de esos intensivistas? —solicitó el subinspector.

—Por supuesto, pero para ir un poco al grano les diré dos con los que casi llegaron a las manos: el Dr. Josep Feliu y el Dr. Enric Costa. Casualmente están los dos hoy de guardia y podrán hablar con ellos si el estado de sus pacientes se lo permite.

—Eso sería estupendo. ¿Sabe de alguien más, ya sea de turno de tarde, noche o mañana en el que debiéramos poner más atención?

—Los médicos hacen su turno de mañana y luego, los que están de guardia, siguen hasta el día siguiente, 24 horas, por lo que yo los conozco a todos y, sin ser policía, no creo que ninguno tuviera razones más importantes que estos dos para asesinar al Dr. Torres. A parte de su mujer, la Dra. Bitrià.

—Sí, ya hemos hablado con ella. Eso en cuanto a médicos, pero ¿y en cuanto a enfermeras?

—Miren, ya les digo, todas las enfermeras de los tres turnos están en el mismo saco, pero yo no perdería el tiempo y me centraría en esos dos doctores. Y en la Dra. Bitrià.

—Eso tendremos que decidirlo nosotros, ¿no cree? —le increpó la inspectora.

—Por supuesto, ese es su trabajo. Yo solo intentaba que no perdieran el tiempo —respondió a la inspectora sin la más mínima acritud, acostumbrada a las situaciones de estrés y las presiones de los médicos—. Si les parece voy a ver si los doctores Feliu y Costa pueden dedicarles unos minutos —se alejó hacia la zona de los boxes.

—Laura, la enfermera sólo quería ayudar.

—Lo sé, lo siento, pero no me gusta que me digan lo que debo y no debo hacer en mi trabajo.

Tras varios minutos de espera apareció un doctor de metro noventa, musculado y de rostro atractivo que se presentó a los policías.

— Soy el Dr. Josep Feliu, intensivista. Me ha dicho Marta que querían hablar conmigo.

—Así es. Estamos investigando el asesinato del Dr. Torres.

—Sí, ya me ha llegado la noticia. Estas cosas vuelan a la velocidad de la luz. ¿En qué puedo ayudarles?

—Por el modo de acabar con la vida del Dr. Torres su asesino probablemente sea un médico o una enfermera.

—Supongo que una doctora y un enfermero también serán sospechosos, ¿no? —se defendió ante la diana que sentía llevar en la frente.

—Por supuesto, es solo una manera genérica de hablar —puntualizó la inspectora— ¿Ha tenido usted algún problema con el Dr. Torres? ¿Algún enfrentamiento con él?

—¿Quién no ha tenido un problema o un enfrentamiento con él? Era una mala persona, un…

—Mujeriego, jugador, drogadicto…—le interrumpió el subinspector.

—Así es —afirmó con rotundidad el Dr. Feliu.

—Pero el Dr. Torres ha sido asesinado, lo que significa que uno o una de esos o esas —dijo la inspectora marcando bien las palabras para englobar ambos sexos —al final ha decidido que ya tenía suficiente y se lo ha hecho pagar. Ahora responda a la pregunta, ¿ha tenido usted algún enfrentamiento con el Dr. Torres?

—Pues la verdad es que sí, para que voy a engañarles. Además, fue aquí mismo y hubo muchos testigos.

—Cuéntenos.

—Pues fue hace unas dos semanas. El Dr. Torres había hecho una complicadísima cirugía cardíaca que le había llevado más de diez horas. El paciente era pluripatológico y de avanzada edad, por lo que las posibilidades de supervivencia eran bajas. Tras dos días ingresado aquí, en la U.C.I., parecía que empezaba a remontar, pero luego su salud cayó en picado y, desgraciadamente, falleció. Cuando el Dr. Torres lo supo vino gritando, pidiendo explicaciones de por qué

había fallecido su paciente. Que él había hecho un magnífico trabajo, que le había dedicado más de diez horas de su valiosísimo tiempo para que ahora nosotros lo dejáramos morir.

—Y eso a usted le molestó mucho.

—Claro que me molestó mucho —respondió alzando la voz—, a nadie le gusta que le acusen de hacer mal su trabajo y menos si no es así. Nosotros nos desvivimos por nuestros pacientes, ya sean jóvenes o ancianos. Cada fallecimiento es un duro golpe…

—Y llegaron a las manos —no le dejó proseguir la inspectora.

—Cuando quise explicarle cómo había sido la evolución del paciente se abalanzó sobre mí e intentó agredirme. Yo sólo intenté sacármelo de encima. Por suerte vino el resto del personal y lo sujetaron.

—Y supongo que después del altercado ya no se sentía solo molesto con el Dr. Torres. Supongo que se sentiría muy enfadado, incluso lleno de ira y si hubiera podido lo hubiera matado allí mismo, pero como había testigos prefirió dejarlo para otro momento, ¿no es así, Dr. Feliu? —le increpó con dureza la inspectora.

—Pero ¿qué dice? ¿Está usted loca?

—¿Me acaba de llamar loca? —dijo con suavidad la inspectora.

—Usted me acaba de acusar de asesinato.

—Motivos parece tener para estar muy enfadado con el fallecido y hay gente que por mucho menos ha matado —comentó el subinspector.

—Piensen lo que quieran, pero yo no maté a ese despojo humano. Seguramente se lo merecía, pero yo no voy por la vida de justiciero. Mi labor es mantener con vida a la gente, no matarla.

—Está bien, doctor, cálmese que sus pacientes le necesitan centrado. Una última cosa, ¿dónde estuvo usted todo el fin de semana?

—Este fin de semana he hecho muchas cosas. He ido al gimnasio, a correr por Collserola, a comer y cenar con amigos…

—Y entre toda esa actividad, ¿no habrá tenido un ratito para matar al Dr. Torres? —le soltó la inspectora con una sonrisa en la cara intentando suavizar la situación.

—Inspectora, ya sé que su obligación es apretar en los interrogatorios para intentar solucionar sus casos, pero no se lleve una mala impresión de mí. Yo no soy un asesino y yo no maté al Dr. Torres.

—De acuerdo, Dr. Feliu. Vuelva a su trabajo y permanezca localizable. Muchas gracias.

El Dr. Feliu abandonó la sala de visitas y se acercó la enfermera Marta Ferragut quien les comunicó que el Dr. Costa les podría atender en unos minutos.

—¿Qué opinas, David?

—Hay dos cosas que me han llamado la atención: la primera es lo bien que has encajado que el doctor te llamara loca.

—Gracias, estoy intentando seguir tus consejos —le dio una palmadita en el hombro—. ¿Y la segunda?

—Lo mal que ha encajado el doctor la acusación. Una persona acostumbrada al estrés, a tener la vida de otros en sus manos debería haber mantenido el control. Seguro que ha vivido situaciones mucho peores.

—Quien se pica, ajos come.

—¿Crees que ha podido ser él?

—Por el momento no tenemos mucho contra él, pero mientras no avance la investigación no podemos descartar nada ni a nadie. Yo lo pondría en el grupo de los sospechosos principales junto con la Dra. Bitrià.

—Estoy de acuerdo contigo, Laura. Mira, ese que se acerca debe de ser el Dr. Costa —ambos se levantaron de sus sillas para recibir al siguiente sospechoso.

—Bona tarda! Soy el Dr. Enric Costa, intensivista.

—Mucho gusto —el subinspector fue quien hizo las presentaciones tras el saludo—, siéntese, por favor.

—Doctor, vayamos al grano, que usted tiene trabajo y nosotros ya nos vamos haciendo una idea de cómo era la víctima ya que todo el mundo relata lo mismo. Nos consta que usted ha tenido algún problema grave con el Dr. Torres. ¿Qué podría explicarnos sobre lo ocurrido? —le preguntó la inspectora sin rodeos.

—Mire, inspectora. Ya le habrán dicho que el Dr. Torres era…

—El mismísimo Belcebú —le cortó el subinspector.

—No es broma, era la peor persona que he conocido nunca y con él he tenido no uno sino varios encontronazos y siempre por lo mismo: pacientes que no han evolucionado como él esperaba. Nosotros no hacemos milagros, la gente muere a pesar de todos nuestros esfuerzos, pero él no lo entendía, era incapaz de comprender que una cirugía no es solo suturar, poner los injertos y endoprótesis. Todo eso se realiza sobre una persona, un ser vivo que tiene sus patologías, sus debilidades y que en medicina las cosas no siempre son dos más dos cuatro.

—Pero, explíquenos lo que pasó.

—Pues que si no es porque le sujetan me hubiera dado una paliza. El Dr. Feliu hubiera podido defenderse, pero a mí me hubiera costado un poquito más. Como pueden ver soy bajito y débil.

—¿Y eso cuándo ocurrió?

—La primera hará un par de años y la segunda vez que intentó agredirme hará cosa de un par de meses.

—¿Y usted cómo se sintió? ¿Supongo que se enfadaría mucho? ¿No tuvo ganas de hacerle pagar por su osadía?

—Inspectora, claro que tuve ganas de darle una paliza, pero míreme, no soy gran cosa y me hubiera costado mucho llegar a causarle daño físico por mí mismo.

—Le entiendo, doctor «las pistolas eléctricas ayudan mucho en estos casos». Una última cosa.

—Dígame, inspectora.

—¿Dónde ha estado usted este fin de semana?

—En mi casa de Castelldefels. Ha sido una lástima el frío que ha hecho. No he podido salir a pasear por la playa y nos hemos quedado mi esposa y yo todo el fin de semana encerrados, leyendo y mirando series en la tele.

—¿Su esposa lo corroborará?

—Por supuesto, subinspector.

—Pues no le robamos más tiempo. Permanezca localizable por si necesitamos conocer más detalles.

—Así lo haré.

El intensivista abandonó la sala de visitas.

—¿Qué opinas, Laura?

—Este hombre no me da buena espina. Demasiado frío, demasiado calmado. Un autocontrol que me escama.

—Y para disparar un *táser* no hace falta ser un atleta olímpico.

—Eso mismo he pensado yo cuando nos ha querido hacer ver que con su cuerpo le hubiera resultado imposible hacerle daño a la víctima.

—Otra cosa es movilizar un cuerpo sin conocimiento o un cadáver, pero yo no lo descartaría por ahora.

—Completamente de acuerdo.

Mientras analizaban la entrevista con el Dr. Costa hizo acto de presencia de nuevo la enfermera Ferragut.

—¿Cómo ha ido?

—Bien, gracias.

—¿Quieren hablar con alguien más? ¿Con alguna enfermera?

—Creo que por el momento no necesitamos hablar con nadie más. Le agradecemos la ayuda que nos ha prestado.

—De nada, ha sido un placer. ¿Quieren que los acompañe a la salida?

—No se moleste, ya nos conocemos el camino.

Los dos policías salieron de la U.C.I. y tras tomar las escaleras accedieron al aparcamiento del hospital con la intención de coger el coche y volver a comisaría. La inspectora se dispuso a introducir el tique en la máquina de autopago cuando el subinspector la detuvo.

—¡Espera! —le dijo sujetándole la mano.

—¿Qué pasa?

—No pagues todavía, que creo que podemos avanzar un poco más en la investigación antes de irnos.

—¿De qué se trata?

—No hemos preguntado a nadie cuándo fue la última vez que habían visto con vida al Dr. Torres porque hemos dado por sentado que el viernes había venido a trabajar y que seguramente los hechos habían tenido lugar fuera del hospital.

—Difícilmente se hubiera podido dar de otra manera. Matar a alguien en el hospital y sacar su cadáver fuera sería algo muy difícil de ejecutar sin ser visto.

—Efectivamente, pero no hemos establecido cuándo fue el momento que se le perdió la pista a la víctima. He pensado que podíamos ir a la oficina del aparcamiento porque allí deben tener imágenes grabadas y quizá se vea al doctor subirse en su coche y marchar.

—O quizá nos pueden decir si su coche todavía permanece aquí y eso nos podría hacer pensar que fue secuestrado en el hospital y trasladado en el coche del asesino.

Ambos se dirigieron sin perder más tiempo hacia la oficina del aparcamiento donde les atendió el supervisor de tarde.

—Bona tarda! Somos la inspectora Sans y el subinspector Palau.

—¡Ah! Han venido por el asesinato del Dr. Torres. ¿En qué puedo ayudarles?

—«Joder, las noticias corren como la pólvora» Así es y nos gustaría, si es posible, revisar las cámaras de seguridad por si se viera algún detalle que nos pudiera aportar alguna información útil para el caso.

—Subinspectora…

—Inspectora —le interrumpió—, el subinspector es él.

—Disculpe, inspectora. En este aparcamiento tenemos cámaras, pero están tan bien colocadas que no tenemos ángulos muertos, está casi todo el parquin muerto. Vamos, que no se ve casi nada.

—Vaya, pero se podría revisar lo que tienen, ¿no?

—Claro que se podría, pero sería mucho trabajo y supongo que necesitarían una orden judicial.

—¿Qué sistema de control de acceso tienen? —intervino el subinspector.

—¿Qué quiere decir?

—¿Queda constancia de qué coches entran y salen? ¿La cámara que registra las matrículas de los coches que entran al aparcamiento guarda la información en un disco duro?

—Sí, claro. Cuando el coche se acerca a la barrera de la entrada la cámara registra la matrícula y emite un tique. Antes de salir se debe pasar por una máquina de autopago y cuando se acerca el vehículo a la barrera la cámara detecta la matrícula y, si ha pagado la estancia, la levanta.

—¿Y este sistema es igual para los trabajadores del hospital?

—No, los trabajadores del hospital tienen registrada la matrícula de su vehículo. Cuando llegan a la barrera, tanto de entrada como de salida, la cámara la lee y les permite el paso automáticamente.

—¿Y todos esos movimientos quedan registrados?

—Por supuesto.

—¿Y nos podría decir si el coche del Dr. Torres sigue en el aparcamiento o ha salido?

—Y si ha salido ¿cuándo lo ha hecho?

—Sí que podría, pero…

—Venga, hombre. Si solo le va a costar unos minutos mirarlo —le dijo amablemente la inspectora.

—Está bien —dijo el empleado mientras se giraba hacia su ordenador.

—Veamos. Dr. Torres. Me salen cuatro, ¿no sabrán el segundo apellido?

—Blanco.

—Aquí está. Eugeni Torres Blanco, Porsche Cayenne matrícula 4370 y tres letritas más —bromeó como si fuera un concurso de la tele en el que no puede dar más pistas.

—Disculpe, pero esto es serio —le llamó la atención el subinspector.

—Lo siento, pero es que este trabajo es muy aburrido. El vehículo salió del aparcamiento del hospital el viernes 20 de noviembre a las 15:45 de la tarde.

—Y la cámara que registra las matrículas, ¿conserva las imágenes?

—Sí que se conservan esas imágenes, pero solo se ve el morro del coche, pero ya que estamos, si quieren se las enseño.

—Por favor —le instó la inspectora a ello.

Tras teclear unos instantes en el ordenador aparecieron en pantalla las imágenes de la matrícula y poco más.

—Como les había dicho, solo se ve el morro del coche.

—Bueno, al menos esto puede servirnos de algo.

—¿Puedo ayudarles en algo más?

—Creo que por el momento es todo. Si se aburre y, por pasar el rato, quisiera revisar las imágenes del viernes 20 sobre las 15:45, y si encuentra algo sospechoso nos avisa para que pidamos una orden judicial para que podamos revisarlas, le estaríamos muy agradecidos.

—Esta tarde creo que no voy a tener mucha faena y revisaré unos archivos que tengo pendientes, inspectora —le dijo guiñándole un ojo.

—Pues que tenga suerte con esos archivos.

—Gracias, inspectora. Otra cosa antes de que marchen. Si quieren les puedo introducir la matrícula de su coche en el sistema para que puedan entrar y salir gratis y sin perder tiempo teniendo que ir a la máquina de autopago. Supongo que van a tener que venir más veces al hospital para su investigación.

—Pues es usted muy amable —la inspectora le dio el número de su matrícula y tras despedirse se dirigió junto al inspector a recoger su coche.

—Creo que le has gustado.

—¿Seguro? —respondió la inspectora al mismo tiempo que su cara tomaba una tonalidad rojiza.

—Seguro —sonrió el subinspector—. Si quieres ya conduzco yo, eso sí, me tienes que guiar que todavía no conozco mucho Barcelona.

—Deja, ya conduciré yo. Todavía no confío tanto en ti como para dejarte conducir mi coche.

Ambos se subieron al automóvil y salieron del hospital siendo ya noche cerrada. La inspectora tomó rumbo a la comisaría.

—Mira, ese coche es de una rubia tonta —interrumpió el subinspector el silencio en el que se habían sumido tras abandonar el aparcamiento.

—¿Cuál? —preguntó sorprendida la inspectora.

—Ese de ahí —indicó con la mano el subinspector.

—Pero si lo conduce un señor que podría ser mi padre.

—Pues el coche debe ser de su hija.

—A ver, David, que no sé por dónde vas.

—Un coche amarillo y la matrícula DMB.

—Sigo sin pillarte. Explícate, por favor, que a estas horas empiezo a estar un poco cansada.

—¿Te suena le expresión en inglés "dumb blonde"?

—¿Rubia tonta?

—Pues eso, coche amarillo-blonde y DMB-dumb. Rubia tonta.

—¡David, por favor!

—Ya te dije que las tenía más elaboradas —ambos rieron.

—En fin. Puede que acabe acostumbrándome a tu juego de las matrículas y, quién sabe, igual me aficiono yo también.

—Pruébalo, a mí me divierte y me distrae.

—Mientras no nos quite el foco del caso.

—No será así, verás. A mí también me sirve para recordar matrículas de sospechosos y me ejercita la memoria.

—Volviendo al caso, voy a llamar al Dr. Mur a ver si nos puede aportar algo.

La inspectora cogió su teléfono y tras elegir el número del forense entre los favoritos apretó el botón verde de llamada y puso el manos libres. Tras doce tonos descolgaron el teléfono al otro lado.

—Inspectora, buenas tardes o buenas noches, que ya no sé ni qué hora es. Lo siento, pero no he podido responder antes porque estoy con la autopsia del Dr. Torres.

—Disculpa, Jesús. Si quieres te vuelvo a llamar más tarde.

—No, no te preocupes. Mi ayudante ha respondido la llamada y me ha acercado el aparato al oído. ¿Qué se te ofrece?

—Solo llamaba por si habías realizado ya la autopsia y tenías información concluyente que darme, pero veo que te pillo con las manos en la masa.

—Nunca mejor dicho. Pues por ahora solo puedo decirte lo que hemos hablado esta mañana en el Carmel, pero mañana por la mañana a primera hora redactaré el informe, pero si te quieres pasar por el Anatòmic te haré un resumen de viva voz.

—Pues quedamos así. Mañana tenemos que ir al Mediterrani, pero antes pasaremos a verte y con la información que nos aportes quizá podamos afinar más los interrogatorios.

Se despidieron hasta el día siguiente.

—Es un trabajador incansable el forense, ¿verdad?

—Sí que lo es. Hablando de cansancio. Yo empiezo a necesitar un descanso y tú creo que para ser tu primer día ya has tenido bastante. ¿Te quedas en Barcelona o vuelves a Girona?

—Sí, yo también empiezo a acusar la fatiga. Por ahora iré y vendré cada día desde Girona. Allí tengo un piso en propiedad y la mitad de mi sueldo se va en pagar la hipoteca, por lo que no me da para pagar también un alquiler aquí. Buscaré alguna cosa por Barcelona y cuando encuentre algo que esté bien y pueda pagar, pondré mi piso en alquiler.

—Pues te deseo suerte. Para encontrar algo bueno, bonito y barato vas a tener que peregrinar antes a Lourdes y con el caso recién iniciado no va a poder ser.

—Gracias por los ánimos.

—De nada. Si quieres te llevo a Sants y yo me paso un momento por la comisaría y redacto el informe del día.

—Pues te estaría muy agradecido. Mañana ya vendré con mi coche, así no dependo de horarios y puedo hacer de chófer.

—Me parece perfecto.

Tras dejar al subinspector en la puerta de la estación de Sants la inspectora tuvo la intención de ir a la comisaría unos minutos para poner en papel lo que había acontecido durante el día. Cuando pasó por delante del edificio vio que en la puerta estaba Mònica Cardós apostada y continuó conduciendo sin detener el coche.

—¡Mierda! —exclamó furibunda— ¿Cómo coño se ha enterado la prensa? La madre que parió a la periodista esa de los cojones. Debe tener algún infiltrado en el cuerpo.

Tomó el teléfono y marcó otro de sus números favoritos.

—Jordi, acabo de pasar por delante de la comisaría y ya tenemos a la prensa carroñera esperando su carnaza.

—¡Joder! Otra vez no.

—Pues sí. Esperemos que esta vez no se metan por el medio y nos dificulten la investigación como pasó con el asesino del crucigrama.

—Ni que hagan cundir el pánico entre la población. Si sale en toda la prensa que hay un vampiro en acción vamos a tener un problema.

—¿Qué hacemos, Jordi?

—Tú por el momento irte a casa y que no te vea la prensa. Yo bajaré en breve e investigaré qué saben. Si "la información es poder", la frase se aplica en ambos sentidos.

—De acuerdo, Jordi. Cualquier cosa me avisas y mañana por la mañana nos vemos en tu despacho.

—De acuerdo, Laura.

—Hasta mañana, comisario. «Mierda, no sé si estoy preparada para lidiar con esto de nuevo».

La inspectora malhumorada condujo velozmente por las calles de Barcelona, ya oscuras, hacia su pequeño apartamento. Una vez allí se dirigió directamente hacia su habitación y se desvistió. Se puso delante de un espejo de cuerpo entero y observó su desnudez. Sus preciosos ojos verdes eran incapaces de admirar la belleza de su escultural figura. La visión de su atlética anatomía se veía eclipsada por una enorme cicatriz que le había marcado el abdomen y la confianza. El miedo a que algo así se pudiera repetir lo ocultaba mostrándose distante y dura con los que la rodeaban, pero no sabía hacerlo de otra manera. Su nuevo compañero le había causado muy buena impresión y tenía la esperanza de que fuera el apoyo que necesitaba para olvidarse para siempre de sus heridas, de las internas y de las externas. Después de mirarse en el espejo con ojos llorosos y de acariciarse la cicatriz durante un tiempo en el que parecía estar hipnotizada, recobró la consciencia de dónde estaba y se dirigió al cuarto de baño. Llenó la bañera con agua caliente y le añadió un kilo de sal y pasó en ella la siguiente hora. Después comió algo rápido y se fue a descansar. Tenía por delante un nuevo caso que resolver.

10

Martes, 24 de noviembre de 2020

A primera hora de la mañana el comisario Pou había convocado en su despacho a la inspectora Sans y al subinspector Palau. Los tres estaban sentados a la mesa de reuniones asiendo sendas humeantes tazas de café en sus manos.

—Comisario, ¿qué vamos a hacer con la prensa?

—Laura, por ahora está bajo control. Ayer hablé con el jefe de la Sra. Cardós, el magnate de la comunicación Joan Cardedeu, y me aseguró que mantendrá bajo control a su empleada, al menos durante unos días, pero no nos podemos fiar de que no se salte las órdenes, por ello vamos a llevar este caso con la mayor discreción posible. Desde este momento la información relevante que consigamos no va a salir de nosotros tres. Vamos a llevar la investigación con mucha cautela.

—En algún escalafón parece ser que hay un topo y no podemos permitirnos el lujo de que interfiera en la investigación —se atrevió a sugerir el subinspector.

—Efectivamente, David. Es posible que haya alguien en la comisaría que se esté yendo de la lengua y eso es muy preocupante. Por otra parte, ayer la inspectora, como no podía dormir, me llamó y me puso al corriente de todo lo que habéis descubierto y de que ahora volvéis al hospital para seguir con los interrogatorios.

—Así es, pero antes pasaremos a ver al Dr. Mur, que esta madrugada ha debido concluir la fase inicial de la autopsia y nos podrá aportar datos que nos focalicen el trabajo con los sospechosos.

—Perfecto. Una cosa más; envié unos agentes para que avanzaran en la investigación con los turnos de noche de quirófano y

U.C.I. Nada que aporte algo de valor. El Dr. Torres tenía poca relación con ellos ya que prácticamente no hacía guardias.

—Muchas gracias, Jordi. Eso nos ahorrará mucho tiempo que podremos dedicar a profundizar en los otros sospechosos.

—Pues si no tenéis nada más que añadir, todos tenemos mucho trabajo por delante. Que tengáis un buen día y saludad de mi parte al Dr. Mur —les dijo invitándoles a dejar el despacho.

—Así lo haremos.

—Si descubrimos algo importante me pondré en contacto contigo —añadió la inspectora.

Los dos policías descendieron por las escaleras sin detenerse en el primer piso, donde el *escamot* estaba haciendo el briefing matutino.

—¿Quieres que conduzca yo? —se ofreció el subinspector.

—No, gracias, David. Cuando te conozcas mejor la ciudad te concederé el honor de pasearme, pero por ahora prefiero ser yo la que guíe nuestros pasos.

—Amén — ambos rieron ante la respuesta del subinspector.

Subieron al coche de la inspectora que puso rumbo al Institut Anatòmic Forense, donde bien seguro que el Dr. Mur habría pasado la noche.

—Mira, ese coche lo conduce un insecto gigante.

—¿Cómo?

—Sí, que ese coche lo conduce un insecto gigante —le repitió con tono burlesco.

—Ah, que estás con uno de tus jueguecitos matriculeros.

—Vaya, ¿cómo lo has sabido? —rio ligeramente.

—Perdona, pero es que todavía no ha salido el sol y con un solo café no me he puesto a tono.

—Dicen que el primer café no debes tomártelo antes del amanecer, que eso confunde a nuestro sistema nervioso.

—Eso son tonterías. A mí me va de fábula. A ver, explícame tu jueguecito.

—Esta es de la elaboradas. Ya sé que igual no es el mejor momento, pero cuando aparece la oportunidad hay que aprovecharla.

—Vale, vale, lo que tú digas, pero ¿me lo explicas?

—Ya voy, impaciente. Las letras de la matrícula son KFK

—Sí, eso lo he visto.

—KFK, pues KAFKA, Franz Kafka.

—El escritor checo.

—Efectivamente —confirmó el subinspector.

—Voy bien.

—Y, ¿cuál es su obra más conocida?

—La metamorfosis.

—En la cual un hombre se convierte en…

—Un insecto gigante.

—¡Premio! —respondió el subinspector dando un aplauso.

—Joder, David. Si quieres jugar a esto de las matrículas espera que haya salido el sol y me haya tomado tres cafés. O al menos que sean de las sencillitas, ¿vale?

—¿Del tipo BBV…?

—Justo de ese tipo —ambos rieron.

Sumergidos en el juego de las matrículas llegaron al Institut Anatòmic Forense donde el portero les permitió el acceso al edificio. La inspectora condujo al inspector hasta el espartano despacho del Dr. Mur, conocía su ubicación a la perfección, y entraron.

—Buenos días, compañeros ¿Un café?

—Cómo me conoces —le respondió la inspectora.

—¿Y usted, David?

—Se lo agradezco, doctor. Pero, por favor, tutéeme.

Tras servir los cafés los tres se sentaron alrededor de una vieja mesita en la que el doctor tenía preparada la información que les iba a desvelar.

—El cadáver presentaba dos señales en la cara lateral izquierda del cuello compatibles, como ya suponíamos ayer, con unas quemaduras realizadas con una pistola eléctrica, hecho que nos indica que una descarga, al ser realizada directamente sobre el seno carotídeo, hizo que el Dr. Torres perdiera la consciencia…

…el sujeto se acercó hacia el coche de alta gama al que acababa de subir el Dr. Torres y con los nudillos golpeó ligeramente la ventanilla. El cirujano pulsó el botón del elevalunas y el cristal descendió suavemente.

—¿Qué cojones quieres tú, capullo? —le gritó el doctor desde su asiento.

Sin mediar palabra acercó un táser al cuello del Dr. Torres y le realizó una descarga que le hizo perder el conocimiento. Tras ello abrió la puerta y desplazó el cuerpo del galeno hacia el asiento del acompañante, tomó el lugar del piloto, arrancó el vehículo y se dirigió a la salida del aparcamiento del hospital. Al ser reconocido por la cámara de control, se elevó la barrera y se perdió por el tráfico de la ciudad condal…

…pero esas no eran las únicas señales de quemaduras eléctricas que he observado en el cadáver.

—Lo que podría indicar que la víctima, en el trayecto hacia el lugar donde fue asesinado se despertó más de una vez y el asesino le volvió a disparar para mantenerlo dormido —sugirió la inspectora.

—Eso es lo más probable —afirmó el forense.

—En base a esos datos, al número de disparos, ¿se puede calcular el tiempo que necesitó el asesino para llegar a su destino? —preguntó el subinspector.

—Las opciones de acertar son pocas porque influyen muchos factores. El primero es conocido para mí, el número de disparos: siete.

—Joder, ¿siete veces?

—Sí, siete.

—¿Y el resto de los factores?

—David, el resto de los factores son: el tiempo que puede dejar inconsciente este tipo de armas; muy diferente para cada modelo. La resistencia individual a la descarga. El lugar del cuerpo en el que se efectúa el disparo. Cada factor multiplica las combinaciones.

—Y si lo que queremos saber es la distancia que condujo el asesino, las posibilidades se multiplican en función de la hora a la que llevó a cabo el ataque, del tráfico que había en ese momento, del tipo de carretera que tomó u otras variables que desconocemos. Además, tampoco sabemos si lo secuestró en el aparcamiento del hospital o en otro lugar —añadió la inspectora.

—Y, ¿qué más revela la autopsia?

—Pues que el asesino le canalizó al Dr. Torres la vena yugular interna derecha, ambas venas subclavias, las venas basílicas de ambos brazos y las arterias y venas femorales de ambas piernas.

—O sea, que se tomó su tiempo el desgraciado.

—Eso parece, Laura.

—Y la autopsia confirma que murió desangrado, claro.

—Efectivamente, David. Lo que desconozco es…

… el Dr. Torres se despertó en una gélida y aséptica sala sin recordar cómo había llegado hasta allí. Una intensa y fría luz le cegaba como cuando pasaba horas mirando el campo quirúrgico mientras salvaba la vida de algún desgraciado que había tenido la fortuna de que él estuviera en ese quirófano. Intentó moverse, pero no pudo. Estaba atado a una glacial mesa metálica. Sus muñecas estaban circundadas por unas muñequeras de cuero que impedían el más mínimo movimiento y algún dispositivo similar tenía en sus tobillos y en sus muslos. Sobre su pelvis y su tórax desnudos se disponían unas correas que le sujetaban fuertemente a la camilla y lo mismo pasaba con su frente y su cuello. No podía moverse, casi no podía respirar.

«¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy atado?»

Cuando intentó gritar, se percató de que su boca estaba ocupada por una enorme bola de goma unida a una mordaza que le impedía cualquier movimiento. De hecho, todo su cuerpo estaba sujeto y lo único que podía mover eran sus párpados y sus ojos.

Una gran inquietud empezó a invadirle al mismo tiempo que su corazón aceleraba el galope en la estepa en la que se encontraba. ¿Dónde estaba? ¿Cómo había llegado hasta allí?

En esos momentos una voz fuerte, segura, de barítono locutor de radio, interrumpió sus pensamientos.

—Hola, Doctor. Por fin has despertado —le dijo con la amabilidad que una madre despierta a su hijo para que vaya al colegio un lunes por la mañana—. Espero que no tengas mucho frío, pero ya sabes que el calor favorece las infecciones y provoca que el cirujano sude durante las intervenciones y tú no querrás infectarte ni que yo sude, ¿verdad?

El personaje sujeto a la camilla hizo ademán de responder, pero la voluminosa mordaza que llevaba en su boca se lo impidió. Quiso responder moviendo la cabeza, pero tampoco pudo.

—¿Qué te ocurre? ¿No puedes moverte? Estás atado por tu propia seguridad, no quiero que durante los procedimientos a los que vas a ser sometido puedas moverte y eso dificulte mi trabajo y haga que el resultado no sea el esperado —comentó con cierto cinismo.

En los ojos del "paciente" apareció una expresión de terror que hubiera satisfecho al peor de los sádicos asesinos en serie si la hubiera visto.

—¿Qué te ocurre? ¿Tienes miedo? Vaya, parece ser que no te gusta estar en el otro lado de las tallas quirúrgicas, no te gusta ser el que no controla la situación, prefieres ser el que corta el bacalao.

El Dr. Torres, cirujano cardiovascular acostumbrado a las situaciones de gran estrés, empezó a desesperarse con el cariz que estaban tomado los acontecimientos.

—Supongo que te estarás preguntando por qué estás aquí y qué voy a hacer contigo, ¿verdad?

«Suéltame, hijo de puta. Te voy a matar».

—No te entiendo. Si solo gruñes me va a ser imposible comprender lo que me quieres decir. Es que no vocalizas cuando hablas —le soltó riéndose del cirujano mientras acariciaba la mordaza que le impedía hablar.

«Cabrón. Como me suelte te voy a matar».

—Creo que debemos idear un sistema para que podamos comunicarnos sin que deba soltarte. No podemos correr el riesgo de que te lesiones si intentas evitar lo inevitable. ¿Qué te parce si

usamos el movimiento de tus párpados como nexo entre tus pensamientos y los míos? Ya sé que no es muy ocurrente, pero es que me limitas mucho, no haces ningún esfuerzo para que nuestra comunicación sea fluida —le soltó con retintín.

El Dr. Torres no sabía qué pensar de las palabras de su captor. Tenía un tono amable, demasiado, pero no podía esperar nada bueno en la situación en la que se encontraba.

—¿Cómo lo hacen en las películas? ¿Un parpadeo es Sí, y dos parpadeos es No? —preguntó mientras se acercaba al Dr. y le hacía el gesto magnificado de parpadear—. ¿O lo hacen al revés? ¿Un parpadeo es No y dos es sí? Vaya, habrá que decidir qué fórmula de las dos utilizamos. ¿Tú qué opinas? —no hubo respuesta—. Hombre, intenta colaborar un poco conmigo que de otro modo no nos comprenderemos y el diálogo es básico para el entendimiento entre dos profesionales que buscan un bien común.

«¿El bien común, hijo de puta? Si tú lo que quieres es matarme».

El paciente, al oír esas palabras y con la mejora de sus capacidades visuales tras el paso del tiempo creyó reconocer a su captor.

«¡Oh, no! ¡No es posible! ¿Pero, por qué? ¿Qué te he hecho yo?»

—Ya lo he decidido —hizo un ademán de alegría, como si hubiera descubierto algo importante—. Como creo que la mayoría de tus respuestas van a ser No, facilitaremos las cosas y un parpadeo será No y dos parpadeos será Sí, ¿te parece bien?

El Dr. Torres no pestañeó, pero le cambió la cara súbitamente. Si la situación en la que se encontraba ya le generaba gran temor, al reconocer a su "colega" su miedo se multiplicó por mil.

—Pero ¿por qué me miras con esa cara? Ah, ya veo, tus ojos se han acostumbrado a la luz y ya me has reconocido a pesar de la mascarilla —se retiró el cubrebocas y lo arrojó bruscamente a un cubo de basura—. Siempre me han dicho que tengo una voz muy bonita y que debería haberme dedicado a la ópera o por lo menos a la radio o al doblaje de películas. Pues sí, Dr. Torres, soy yo, el Dr. Bartolo, palabra esdrújula porque es en italiano, no llana como si

fuera el tonto del pueblo. ¿Qué ocurre? ¿No me esperabas aquí? ¿No pensabas que pudiera ser yo tu captor? Pues ya ves qué pequeño es el mundo y qué aburrido, porque nos volvemos a encontrar en un quirófano, aunque este no sea el que habitualmente nos acoge. Pero volvamos a lo de la comunicación. ¿Has entendido el código? ¿Uno No, dos Sí? —no hubo parpadeo alguno por parte del cirujano—. No vamos bien Torres, no vamos bien —acompañó sus palabras con movimientos laterales de la cabeza—. Tú siempre dices que el diálogo es la base para que el trabajo en equipo funcione.

El Dr. Bartolo realizó una pequeña pausa.

—Te estarás preguntando qué voy a hacer contigo. Pues te lo voy a explicar. Te he canalizado la vena yugular interna derecha, las dos venas subclavias, las venas basílicas de ambos brazos y las arterias y venas femorales de las dos piernas. ¿Y para qué?...

… el Dr. Mur prosiguió con sus explicaciones sobre los resultados de la autopsia.

—Una vez canalizados todos estos vasos destapó uno de los catéteres y dejó que se desangrara. Sin más. Sin ningún tipo de violencia o golpe. La velocidad de la muerte depende de si eligió una arteria o una vena para vaciar al doctor, pero en ambos casos la muerte fue relativamente rápida y sin sufrimiento, porque la hipovolemia le causó un adormecimiento previo a la pérdida de conocimiento y el fallecimiento.

—¡Qué cruel! —exclamó el subinspector.

—Tuvo la maldad para ver cómo se desangraba y no hacer nada para evitarlo —añadió la inspectora.

—Eso lo desconozco, pero lo que sí sé es que fue una muerte rápida e indolora.

—Sí, doctor Mur, perdón, Jesús. Y justamente eso me hace pensar que su único objetivo era matarlo, que no tenía intención de ensañarse con él. Por lo que nos han explicado del Dr. Torres, alguien quiso ajusticiarlo, quiso que pagara por lo que había hecho y no hay otras motivaciones para el crimen —apuntó el subinspector.

—Y ¿por qué le metió el carné de colegiado en la boca? ¿Para que todos supieran que había matado a un médico? Si la cosa es así,

la profesión del muerto está relacionada con el motivo del crimen.

—Seguramente tengas razón, Laura, pero creo que es pronto para saberlo —le respondió el subinspector—. Jesús, ¿se puede saber cuándo murió?

—Según mis cálculos, el viernes por la noche o la madrugada del sábado. El cuerpo lo debió conservar en algún lugar fresco, no un congelador, sino una nevera poco potente o a la intemperie ya que estos días hace mucho frío en Barcelona.

—Eso refuerza la teoría de David de que el objetivo del asesino era simplemente matarlo y no torturarlo ni hacerle sufrir una larga agonía psicológica y física.

—En eso estamos de acuerdo…

…el Dr. Torres estaba en estado de shock y era incapaz de realizar ningún tipo de movimiento.

—Dr. Torres, ¿sabes por qué voy a acabar contigo?

El cirujano retornó a la realidad que vivía en esos momentos y gruñó intentando decir algo que el secuestrador no logró entender.

—Pues porque los malos actos, las fechorías y las afrentas no se deben perdonar. Y tú eres protagonista de multitud de ellas: en el quirófano y en la U.C.I., en los despachos y en la sala de enfermeras. Y yo soy uno de los que ha sufrido tus ataques y hoy vas a pagar por todo ello.

«¿De qué cojones me estás hablando?»

—Y, ¿cómo vas a pagar? Con tu sangre. En tus operaciones utilizas sangre que han donado cientos de buenas personas que se solidarizan con otros seres humanos, lo contrario que tú haces.

«¡Estás loco! ¡Suéltame!»

—Esos buenos samaritanos hicieron una donación de 450 centímetros cúbicos, pero como tú eres muy espléndido, vas a dar unos 5 litros. ¿Qué te parece?

«No, no lo hagas» —pensó mientras el pánico le invadía y su corazón empezaba a latir vertiginosamente.

—¿Arteria o vena? ¿Muslo o pechuga? —le brindó la oportunidad de decidir por qué vaso quería desangrarse.

El Dr. Torres no se movió paralizado por las ataduras y por un miedo que nunca había sentido cuando era él quien estaba de pie ante una camilla quirúrgica.

—Pues si no lo decides tú, lo haré yo —le dijo liberando el tapón de uno de los catéteres que canalizaba una arteria al mismo tiempo que empezó a cantar con su aterciopelada voz de barítono el aria "Cortigiani, vil razza" del primer acto de la ópera "Rigoletto" de G. Verdi a la que había personalizado la letra en honor a su invitado.

Cirujanos, vil raza, enferma
¿A qué precio vendéis a la gente?
Por la fama vendéis a cualquiera
A los pacientes y a un servidor.

—Ya sé que esto no lo canta el Dr. Bartolo, pero con un pequeño retoque de la letra, es muy conveniente para dedicártela a ti…

… bueno, ahora que ya sabéis cómo murió el Dr. Torres debéis descubrir el porqué.

—Tienes razón, Jesús. Los resultados preliminares de la autopsia nos ayudarán con los interrogatorios.

—Eso espero, Laura.

—Doctor, ¿cuánto tiempo tardará en tener los resultados definitivos?

—En breve os podré dar más información, pero los resultados definitivos, que incluyen toxicología, tardarán aún unas semanas.

—Muchas gracias, Jesús. Cualquier novedad que tengas comunícanosla rápidamente. Nos irá muy bien saberla.

—Así lo haré, Laura y si vosotros descubrís alguna cosa que me ayude a interpretar los datos que pueda obtener de la autopsia, ya sabes que casi vivo aquí.

—Sé que esta es tu primera casa. Estamos en contacto.

11

Después de las explicaciones del forense tomaron el Audi Coupé de la inspectora y pusieron rumbo al Hospital del Mediterrani donde les esperaba una mañana de interrogatorios. Cuando accedieron al aparcamiento el encargado les saludó muy amablemente a lo que ambos respondieron con un pequeño movimiento de la cabeza.

—¿Habrá encontrado tu amiguito algo entre los vídeos que se ofreció a revisar? —le preguntó el subinspector a su superiora con algo de sorna.

—No es mi amiguito y luego lo averiguarás porque serás tú quien vaya a verlo —respondió simulando estar ofendida por el comentario.

—Sí, jefa. Como usted ordene, jefa —ambos sonrieron forzadamente ya que aún tenían en mente el asesinato del Dr. Torres.

Una vez aparcado el coche subieron hasta la segunda planta del hospital, donde estaban ubicados los despachos del servicio de enfermería y de anestesiología. Cuando localizaron el de la coordinadora de enfermería llamaron a la puerta y oyeron un chasquido seguido de un zumbido que indicó que podían acceder al interior.

—Bon dia! Les estábamos esperando. Pasen al despacho de la Sra. Teresa Biosca y ella les atenderá con mucho gusto —les dijo la secretaria que los recibió.

—Pasen y siéntense. Soy Tere Biosca, la coordinadora de enfermería del hospital. El Dr. Vidal me comunicó ayer que vendrían hoy para interrogar a mi personal sobre la desgraciada muerte del Dr. Torres.

—Efectivamente, así es.

—Es que no me lo puedo creer. No sé cómo hay gente capaz de esas cosas. Por muy mala persona que fuera no creo que se mereciera ser asesinado.

—Pues según parece no todo el mundo opina lo mismo, empezando por el asesino y siguiendo por todo el personal del hospital con el que hemos hablado hasta ahora —puntualizó el subinspector.

—Tienen razón en que no era una buena persona, pero…

—Disculpe, Teresa —la interrumpió la inspectora —en su departamento hay mucho personal y nos gustaría poder hablar con todos lo antes posible.

—Disculpe, inspectora. No quisiera demorar su trabajo. Si quieren pueden utilizar mi despacho para hablar con mis enfermeras. Si les parece bien, he pensado que la primera con la que podrían hablar es con la supervisora del área quirúrgica, que les podrá ayudar a seleccionar, si lo creen conveniente, el personal que más información les podría aportar.

—Me parece una buena idea. Muchas gracias, Teresa. Pues aquí la esperamos.

—Joder con la jerarquía en los hospitales. Nos quejamos de la nuestra, pero aquí, *Déu-n'hi-do*.

—Laura, son servicios con mucho personal y no es fácil gestionarlo desde un único referente.

En esos momentos entró en el despacho una enfermera de unos cincuenta años, ataviada con un elegante vestido cubierto por una bata blanca.

—Hola. Soy Maria Farré, la supervisora de enfermería del área quirúrgica. Díganme en qué puedo ayudarles.

—Como ya le habrán informado, el Dr. Torres fue asesinado este fin de semana y por las circunstancias de la muerte todo hace indicar que el causante es una persona con ciertos conocimientos médicos. El personal sanitario que los posee se podría reducir a cirujanos, anestesistas, intensivistas y personal de enfermería de cuidados intensivos, reanimación posquirúrgica y de quirófano.

—Y enfermería de soporte a anestesiología —añadió la supervisora.

—Desconocíamos esa figura —afirmó el subinspector.

—Pues en nuestro hospital llevan muchos años funcionando y es una parte importantísima en el manejo de ciertos quirófanos de alta complejidad. Hay cirugías en las que, por la dificultad de la intervención o del paciente, no es recomendable que las lleve un único anestesista, y es ahí donde entra la figura de la enfermera de anestesiología.

—Supongo que es más barato que tener dos anestesistas —sugirió la inspectora.

—Inspectora, no menosprecie el valor de una enfermera.

—Discúlpeme, no era esa mi intención.

—Pero en parte tiene usted razón. Hay países en los que hay un solo anestesista que supervisa hasta tres quirófanos que son llevados por enfermeras. En cierta manera es un ahorro económico, pero también da valor al trabajo de las enfermeras —apuntó la Sra. Farré.

—Nunca he discutido el valor de enfermería dentro del sistema sanitario.

—Y hace usted bien, inspectora.

—Sra. Farré, a su cargo tiene mucho personal y nos sería muy farragoso, y en muchos casos una pérdida de tiempo, entrevistarlos a todos. ¿Sería usted tan amable de hacer una selección de los que crea pueden aportar más a la investigación? Usted conocerá bien a su gente y estará al tanto de los altercados que se hayan podido producir en quirófano —sugirió el subinspector.

—Por supuesto. Me parece una buena idea. Había planeado asignar un orden a cada enfermera y que ellas mismas se encargaran de avisar a la siguiente cuando ustedes hubieran terminado, pero no es ningún problema modificar el sistema que había preparado. En quirófano una de las cualidades más apreciadas es saber adaptarse al cambio de las circunstancias.

—Les estamos muy agradecidos.

—Cuando finalicen con las enfermeras me he tomado la libertad de organizarles también las entrevistas con los anestesistas

y los cirujanos cardiovasculares del servicio que aún están vivos.

«Qué melodramática» pensaron ambos policías al unísono.

—Eso sería magnífico. Está usted en todo.

—Ese es mi trabajo, estar pendiente de todo. Si les parece oportuno podemos empezar con la instrumentista habitual del quirófano de cirugía cardiovascular, la Sra. Maria Gilart.

—Excelente —respondió la inspectora mientras la supervisora abandonaba el despacho en busca de la enfermera Gilart.

—Está bien que nos hagan un primer filtrado de los sospechosos, pero no debemos olvidarnos del resto del personal.

—Y no lo haremos, pero por algún sitio hay que empezar y siempre es mejor hacerlo por los sospechosos que tienen más probabilidades de ser los culpables.

—Completamente de acuerdo, Laura.

En esos momentos accedió al despacho una enfermera vestida con el uniforme verde de quirófano cubierto por una bata blanca. Era una mujer atractiva de unos cuarenta años que se presentó como Maria Gilart, instrumentista del quirófano de cirugía cardiovascular. Tras poner al corriente a la enfermera de la situación, la inspectora empezó con las cuestiones.

—Ya sabemos que el Dr. Torres había tenido problemas con todo el mundo, pero no todos los incidentes han sido de la misma magnitud ni todos pueden hacer pensar en que alguien pudiera querer matar al cirujano.

—Tiene usted razón, inspectora. Tuvo encontronazos hasta con la máquina de café de la salita de descanso. Era un genio con las manos, pero tenía muy mal carácter y no se llevaba bien con nadie.

—Eso ya lo sabemos, Maria, pero usted que ha pasado muchas horas con él en quirófano nos podría hacer un filtrado de las situaciones que más le hayan llamado la atención.

—Es que son tantas que no sabría por dónde empezar.

—Pues empiece con las que hacen referencia a su parcela, a enfermería —le sugirió el subinspector.

—Mire, subinspector. Ha tenido problemas con todas las enfermeras, todas. A la que no le ha tocado el culo le ha tocado los

pechos. Sin ir más lejos, a mí un día me los tocó. Yo me estaba poniendo la bata quirúrgica, que como sabrán se abrocha desde atrás —ambos asintieron, pero no parecían conocer ese hecho—, y como en ese momento el personal de enfermería estaba ocupado, él se ofreció a hacerlo. En lugar de tomar las cintas, que se encuentran en los laterales de la parte interior de la bata, él me agarró los pechos. Yo solté un grito que espantó a todo el que estaba en quirófano, incluso el paciente que aún no estaba anestesiado.

—Pero —la interrumpió la inspectora—, no creo que eso sea motivo para asesinarlo.

—No, eso no, pero lo pongo como ejemplo de que ese hombre no respetaba nada ni a nadie.

—¿Podría detallarnos alguna situación que pudiera haber creado un nivel de animadversión como para poder llevar a alguien al límite?

—Con enfermería todos los problemas han sido de este estilo, al menos en quirófano. Fuera no le podría decir. Con otras especialidades médicas sí que ha habido momentos de gran tensión.

—¿Podría relatarnos alguno de ellos?

—Déjeme hacer memoria —hizo una breve pausa.

—Tómese su tiempo, el asunto es lo bastante importante como para seguir pistas que no llevan a ningún sitio.

—Miren, sin ir más lejos, la semana pasada, en una cirugía de disección de aorta ascendente, tuvo un gran enfrentamiento con un compañero suyo. En el punto más crucial de la intervención tenían opiniones encontradas sobre cuál era la mejor opción. El uno intentaba convencer al otro de que su opción era la mejor y viceversa. La conversación fue subiendo de tono hasta llegar a los gritos y los insultos. Finalmente, como el Dr. Torres era el jefe de sección «otra vez la jerarquía» —pensó la inspectora—, se hizo lo que él ordenó, pero tras superar ese punto crítico, el Dr. Guillén se quitó los guantes, los lanzó al suelo y salió del quirófano gritando que eso no iba a acabar así.

—¿Y dice que eso fue la semana pasada? ¿Recuerda el día exacto?

—Déjeme pensar… diría que el lunes.

—O sea, que si el Dr. Guillén hubiera querido asesinar a su compañero hubiera tenido tiempo suficiente para planearlo y llevarlo a cabo —afirmó el subinspector.

—Yo creo que sí —le reafirmó la inspectora.

—¿Habían tenido algún otro enfrentamiento?

—Varios más, pero no de ese calibre.

—De acuerdo. Tendremos que hablar con el Dr. Guillén antes de marcharnos.

—Intentaré localizarlo cuando acabemos de hablar.

—Perfecto. ¿Alguna situación más que crea pueda interesarnos?

—Hace un par de meses tuvo un encontronazo también muy importante con un anestesista, el Dr. Abel Giró. Era una cirugía de poca importancia y en principio de corta duración. Era un viernes a última hora de la mañana y el Dr. Giró se las apañó para suspender la intervención. Se rumoreaba que tenía un viaje a primera hora de la tarde con su amante y no quería que se le hiciera tarde y no llegar a tiempo para tomar el vuelo.

—Y el Dr. Torres se enfadó, claro.

—Se puso como una fiera. Le gritaba al doctor que cómo era capaz de suspender por unas décimas de fiebre una cirugía que llevaba meses en lista de espera y que iba a durar treinta minutos únicamente para poder irse de viaje con una guarra.

—¿Con esas palabras?

—Sí, la llamó guarra.

—¿Entonces está diciendo que el Dr. Giró está casado y que suspendió una cirugía para llegar a tiempo para tomar un vuelo con su amante?

—De eso le acusó el Dr. Torres y eso se rumoreaba en el hospital.

—Pues también tendremos que hablar con el Dr. Giró.

—Otro sospechoso más —exclamó la inspectora—. ¿Se le ocurre alguien más?

—La verdad es que no. Bueno, hace meses tuvo un enfrentamiento bastante fuerte con otro anestesista, el Dr. Pol Martí, pero yo no le daría más importancia que a muchos otros, lo que

ocurre es que la fecha en la que ocurrió es muy señalada para mí —dijo con una sonrisa en la boca.

—Explíquenos la causa de esa sonrisa que le ha aparecido en el rostro —le invitó a contar lo ocurrido la inspectora.

—Fue el lunes 6 de abril de este año. Yo entré dispuesta a preparar el quirófano para la intervención que teníamos que llevar a cabo y me encontré al Dr. Martí y a Bruno Ferran, enfermero de anestesia, abrazados…

…—¡Hola! ¡Buenos días! ¿Hay algo que no me habéis contado y que yo deba saber? —dijo sorprendida la enfermera, tras lo que los dos amigos se separaron rápidamente e intentaron aparentar normalidad.

—No es lo que parece, Maria —le dijo el Dr. Martí, al que la cara le había tomado una tonalidad rojiza muy graciosa.

—¿Y qué es lo que parece, Dr. Martí?

—Bueno, pues parece una mariconada, pero son solo dos amigos que están celebrando una buena noticia y lo hacen con un viril abrazo —respondió Bruno a su vez.

—Yo no he querido insinuar nada. He deducido que algo bueno había pasado y eso es lo que me intrigaba.

—Pues sí, Maria. El viernes resolví un problema que llevaba mucho tiempo dándome muchos dolores de cabeza y espero poder pasar página y empezar una nueva etapa de mi vida.

—Pues me alegro mucho por usted, Dr. Martí. Es usted una gran persona y se merece que todo le vaya bien…

…—¿Y qué es lo que hace esa escena sea tan especial como para que usted la recuerde con tanta precisión?

—Pues que el Dr. Martí y Bruno son pareja.

—¿Y eso qué tiene que ver con que usted recuerde que fue el lunes 6 de abril?

—Tienen razón, qué despistada. Pues que yo tengo un hijo que es gay y casualmente su cumpleaños es el 6 de abril. Por eso me acuerdo perfectamente.

—¿Nos está diciendo que si su hijo no fuera gay, como el doctor y el enfermero, y que si ese día no hubiera sido su cumpleaños, usted no hubiera recordado el incidente y no nos hubiera dicho nada?

—Seguramente no les hubiera dicho nada. Incidentes como el que hubo ese día ha habido muchos desde el cumpleaños de mi hijo. No recuerdo exactamente qué pasó, pero sí que el Dr. Martí se enfadó muchísimo y desde ese día no ha vuelto a coincidir en quirófano con el Dr. Torres.

—Y, ¿por qué cree que no han vuelto a coincidir?

—Supongo que la manera que tuvo el Dr. Martí de que se enfriara la situación fue pedirle a su jefe que no le pusiera más en el quirófano de cardiovascular cuando operara el Dr. Torres. Y, ya les digo, incidentes como ese, en el que además no hubo consecuencias para el paciente, ha habido muchos.

—Bueno, en todo caso también querremos hablar con el Dr. Martí.

—¿Alguien más a quien crea debamos añadir a nuestra lista? —preguntó la inspectora sospechando que el cupo de candidatos a asesino no iba a aumentar por el momento.

—Pues la verdad es que ahora mismo no me viene nadie más a la memoria. Si recordara algo más ya les llamaría si me dejan su tarjeta.

—Maria, lo de dejar la tarjeta solo pasa en las películas. Si recuerda algo más, llame a la comisaría y ellos nos lo comunicarán —le dijo la inspectora con cierto tono de burla en la voz.

—Maria, si es tan amable de hacer pasar a la primera enfermera mientras va a buscar a los doctores Guillén, Giró y Martí le estaríamos muy agradecidos —le solicitó con gran amabilidad el subinspector intentando subsanar la pequeña ofensa de su compañera.

La enfermera Maria Gilart se despidió amablemente y salió del despacho al que accedió la primera de muchas enfermeras y enfermeros que no aportaron nada nuevo, nada que sirviera para aumentar la lista de sospechosos o para poder eliminar a alguno

ellos. Después de haber entrevistado a doce enfermeras era el turno de Antònia Solé.

—Bon dia! O, bona tarda! —saludó una enfermera de unos sesenta años y muy entrada en carnes—. Soy Antònia Solé y trabajo en la Unidad de Reanimación Posquirúrgica de larga estancia.

—¿Y qué unidad es esa, si se puede saber? —preguntó sorprendida la inspectora.

—Es la unidad en la que permanecen los pacientes que, tras haber sido intervenidos quirúrgicamente, no están suficientemente bien como para ir a una habitación de planta, pero no están suficientemente mal cómo para ir a cuidados intensivos, o no hay una plaza allí para poder acogerlos —les explicó la enfermera.

—Entiendo. Entonces, ¿usted tendrá contacto con cirujanos de todas las especialidades?

—Efectivamente, agente…

—Oh, disculpe que no nos hayamos presentado. Ella es la inspectora Sans y yo soy el subinspector Palau —se anticipó el subinspector a su compañera para que esta no mostrara su enfado por el hecho de que una enfermera la hubiera degradado a agente.

—Un placer. Pues sí, yo tengo contacto con casi todas las especialidades. ¿Qué es lo que desean saber?

—Pues si conoce a algún médico que pudiera tener motivos para haber asesinado al Dr. Torres, médico que no sea ni anestesista, ni intensivista ni cirujano cardiovascular.

—La verdad es que cuando escuché la noticia el primer nombre que me vino a la mente fue el del Dr. Mateu, el Dr. Andreu Mateu.

—¿Y por qué fue el primero?

—Pues porque, aunque yo no soy ninguna cotilla, por el hospital se rumoreaba que el Dr. Torres y el Dr. Mateu entre sus aficiones tenían la de jugar a las cartas y según dicen no apostaban garbanzos. En sus partidas se movía mucho dinero y el Dr. Torres podía ser muy hábil como cirujano, pero parece ser que las cartas no se le daban demasiado bien y perdía grandes sumas en las timbas.

«Joder con la cotilla ilustrada en bajos fondos» pensó el subinspector.

—Y de sus palabras se puede desprender que el Dr. Torres debía mucho dinero al Dr. Mateu y este quería cobrar, pero como el fallecido no tenía dinero, lo mató.

—¿Verdad que es una buena hipótesis? —sugirió muy orgullosa de haber llegado a esa conclusión.

—Es una hipótesis que habrá que investigar —respondió con cierta condescendencia la inspectora—. ¿Alguna otra hipótesis?

—No, ninguna —respondió la enfermera sorprendida de que después de haberles servido el culpable en bandeja aún quisieran saber más.

—Muchas gracias, Antònia, por su aportación. Si necesitamos algo más de usted no dudaremos en ponernos en contacto.

—Encantada de poder ser útil. Nuestra profesión es darnos a los demás y detener a un asesino es ayudar a la sociedad —dijo mientras salía del despacho.

—Vaya con la que no es cotilla.

—Solo le interesa la vida de los demás, mujer.

—Sí, eso debe ser. Estoy agotada y aún nos queda lidiar con los médicos. Me voy a buscar un café. ¿Quieres uno?

—Espera, que voy contigo. Necesito estirar las piernas.

Ambos se levantaron y se dirigieron a la cafetería a tomarse un descanso y a ordenar la información. Pasada una media hora volvieron al despacho donde les estaba esperando un hombre de unos 45 años, alto, rubio, de ojos azules y muy buena presencia, que se levantó y se presentó.

—Soy el Dr. Giró y me han dicho que querían hablar conmigo.

—Sí, tome asiento, por favor —el doctor se sentó mientras que la inspectora se dirigió a su compañero indicándole que fuera a pedirle a la secretaria de la coordinadora que localizara al Dr. Mateu y que lo hiciera venir al despacho.

—Dr. Giró…

—Abel, llámeme Abel, por favor —interrumpió el doctor.

—Dr. Giró, si no le importa le llamaré por su apellido.

—Como usted desee, inspectora. Siempre me ha parecido incómodo que me llamen doctor cuando no estoy ejerciendo, pero si

usted lo prefiere así.

—Lo prefiero —en esos momentos volvió el subinspector y se unió al interrogatorio.

—Dr. Giró, supongo que será conocedor del asesinato del Dr. Torres —el anestesista hizo un gesto de asentimiento con la cabeza — y su nombre ha salido entre los del personal del hospital que han tenido problemas con el difunto.

—¿Problemas? ¿A qué se refiere? —preguntó sorprendido.

—Hace un par de semanas usted suspendió el último paciente del parte del viernes y el Dr. Torres le acusó de hacerlo para irse de viaje, motivo por el cual montó en cólera.

—Eso es una acusación muy grave, inspectora —se defendió el anestesista mostrándose muy ofendido.

—Sería una acusación muy grave si, en efecto, le estuviéramos acusando de ello, pero simplemente estamos exponiendo lo que se comenta en el hospital —intentó calmarle el subinspector.

—Pues no es cierto. Si yo suspendo una cirugía es porque considero que el estado del paciente recomienda no llevarla a cabo.

—Y nosotros no lo negamos, pero el Dr. Torres interpretó que usted tenía mucha prisa por marchar y que por eso suspendió la cirugía.

—Ya le digo que no fue así —se reafirmó rotundamente.

—Y nosotros no tenemos motivos para no creerle —buscó tranquilizarle el subinspector.

—¿Dónde ha estado este fin de semana, Dr. Giró? —cambió bruscamente de tema la inspectora.

—¿Cómo? ¿De verdad piensan que porque ese gilipollas se pusiera como un energúmeno por pensar que yo le había suspendido un paciente para irme de viaje iba a asesinarlo? ¡Esto es increíble! —exclamó el Dr. Giró muy indignado.

—Doctor, hay gente que ha sido asesinada simplemente por haber mirado a la pareja de la persona equivocada.

—Miren —dijo sacando el teléfono de su bolsillo y mostrándoles unos documentos— aquí tengo los billetes de avión y la factura del hotel de Praga en el que he pasado el fin de semana. Volé el viernes

a las 16:30 y regresé el domingo a las 23:00. ¿Tienen suficiente con esto?

—¿Y su esposa podrá corroborarlo? —preguntó la inspectora sabiendo que iba a incomodar al Dr. Giró ya que lo más probable es que no fuera al viaje con su esposa.

—Eh, la verdad, es que…

—Es que no fue con su esposa —le acabó la frase la inspectora.

—No, la verdad es que no —le confirmó el doctor con cierto destello de vergüenza en la voz.

—Y esa persona con la que fue de viaje, ¿lo podría confirmar?

—Sí, podría confirmar que pasó el fin de semana conmigo, pero preferiría no involucrarla si no es necesario. Es una mujer casada y si se supiera la noticia podría causarle un daño innecesario —se expresó en un tono suplicante.

—Nosotros tampoco queremos causar ningún daño innecesario a nadie. Por el momento nos quedaremos con su versión de los hechos, pero no dude que hablaremos con esa mujer si las pesquisas nos llevan en esa dirección.

—Les agradezco que la mantengan al margen. Es una gran mujer que está pasando un infierno en su matrimonio y no se merece sufrir más —añadió el doctor.

—No hace falta que nos dé más explicaciones sobre ella. Si necesitamos saber algo más nos pondremos en contacto con usted, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Muchas gracias —el doctor se levantó de la silla y se dirigió hacia la puerta del despacho.

—Otra cosa. No salga del país sin notificárnoslo —añadió el subinspector.

—Así lo haré.

Ambos policías revisaron sus anotaciones y apuntaron algún dato más sobre el Dr. Giró.

—¿Qué opinas, Laura?

—Seguramente sea cierto lo que explica, que estuvo en Praga con su amante, pero no creo que lo debamos descartar del todo.

—Pero nos ha mostrado los billetes de avión y la factura del hotel —le replicó el subinspector.

—David, ¿te suena la web "tucoartada.com"?

—¿Cómo?

—Hay una web que se dedica a crear coartadas falsas a gente que básicamente es infiel a su pareja. De este modo pueden vivir sus aventuras sin riesgo de que les pillen. Billetes de avión, facturas de hoteles, entradas a museos, visitas a lugares como la Tour Eiffel y un largo etcétera de posibilidades.

—¡Cojones! Desconocía esa industria.

—Y el modo como el doctor ha recurrido a la coartada me ha hecho pensar en que fuera falsa.

—Y de la misma manera que se puede utilizar para tapar una aventura, también se puede usar para encubrir un asesinato.

—Eso es lo que he pensado yo.

—Y lo de que su amante es una mujer casada, a la que le haría mucho daño que su aventura saliera a la luz, es una manera de frenar nuestra investigación.

—¡Correcto! —corroboró la inspectora dando un pequeño golpe en el hombro del subinspector —veo que has pillado por donde iba mi teoría. Aunque de ser cierto, lo más probable es que no hubieran salido de Barcelona, como mucho habrán ido a algún hotel de la Costa Brava o de la Cerdanya.

—Seguramente tengas razón. ¿No habrás utilizado tú esa web alguna vez? —rieron ambos a carcajadas.

—No, hombre, no. Una vez vi un reportaje sobre ese tema en la tele y me pareció que más de un sospechoso podría querer colarnos una de ellas, pero hasta hoy no había topado con nadie que lo intentara.

En ese momento alguien dio unos toques en la puerta del despacho y pidió permiso para entrar.

—Hola de nuevo —dijo la enfermera Maria Gilart. He intentado localizar al Dr. Guillén y me han dicho que desde el viernes no le han visto por el hospital.

«Muy oportuno» pensaron ambos policías al unísono.

—Y el Dr. Martí dice que él no puede abandonar el quirófano para venir a hablar con ustedes, que si quieren hablar con él vayan al área quirúrgica de la cuarta planta y que cuando pueda les atenderá si aún siguen interesados en hablar con él —añadió la enfermera.

—¡Será capullo el tío! —exclamó verdaderamente enfadada la inspectora— ¿Quién cojones se cree que es para decir que no viene a hablar con nosotros? ¿Y encima que si queremos algo que vayamos nosotros? Pues vaya dos. Entre el que no ha venido al hospital y el que no quiere hablar con nosotros se están ganado a pulso el título de sospechosos principales.

—Gracias, Maria. No se preocupe, ya nos las arreglaremos.

—¡¿Cómo que ya nos las arreglaremos?! —dijo la inspectora fuera de sí.

—Laura, cálmate —David sujetó por los brazos a su compañera — la he invitado a salir porque no quería que te viera en este estado de descontrol. Cálmate, por favor.

—¡Suéltame! Ya me calmo —hizo una inspiración profunda y liberó el aire de sus pulmones muy lentamente—. Tienes razón, David. No debería haber reaccionado así. Quizá el comisario tenía razón cuando me decía que era pronto para reincorporarme, que debería haber agotado mis vacaciones.

—Puede ser, pero por lo que te conozco no vas a dejar el caso, por lo que intenta relajarte lo que te sea posible y yo te ayudaré en lo que pueda.

—Gracias, David. Si al final va a ser una suerte que seas psicólogo.

—No lo dudes —ambos sonrieron más relajados—. ¿Vamos a ver al Dr. Martí?

—Vamos.

Tras salir del despacho de la coordinadora de quirófano se dirigieron hacia las escaleras que les conducirían al cuarto piso. En el área quirúrgica de dicha planta les atendió un celador que les dio la ropa necesaria para entrar y les acompañó hasta una pequeña sala.

—Voy a avisar al Dr. Martí de que están aquí y en cuanto pueda vendrá a hablar con ustedes —les indicó el celador al mismo tiempo

que abandonaba la sala.

—Muchas gracias —le respondieron ambos policías.

—David, cuando hayamos acabado con los interrogatorios del Dr. Martí y del Dr. Mateu pasaremos por la U.C.I. a ver si podemos hablar con la enfermera a la que el Dr. Torres dejó embarazada.

—Me parece perfecto. Mientras esperamos al Dr. Martí voy a llamar a la comisaría para que nos faciliten la dirección del Dr. Guillén y cuando acabemos en el hospital podemos pasar por su casa a hacerle una visita de cortesía. ¿Te parece bien?

—Afirmativo.

Pasados quince minutos en los que los dos policías se dedicaron a trabajar en el caso, apareció en el despacho un doctor de más de metro ochenta de altura y complexión atlética, ojos claros y una ligera melena de pelo ensortijado que se dirigió a ellos con gran amabilidad.

—Discúlpenme, pero no podía abandonar a mi paciente. Es una cirugía muy compleja y precisa de mi atención en todo momento. Ahora estamos en una fase en la que me puedo escapar un momento, eso sí, sin alejarme mucho del quirófano.

—Muchas gracias por su tiempo, Dr. Martí —le dijo el subinspector intentando adelantarse a la respuesta de la inspectora, pero no consiguió frenarla del todo.

—Dr. Martí, por lo que veo su tiempo es más importante que el nuestro —le espetó la inspectora.

—Siento mucho si tiene esa apreciación… —dejó en suspenso la frase ya que no sabía a quién se dirigía.

—Inspectora Sans. Y él es el subinspector Palau.

—Inspectora Sans, los anestesistas no podemos dejar a nuestros pacientes casi en ningún momento. La gente piensa que anestesiar a un paciente consiste en introducir datos de la persona que tenemos en la camilla en un ordenador y que un algoritmo nos dice las cantidades de fármacos que tenemos que administrarles. Se piensan que tomamos la edad del paciente, el peso exacto hasta el milígramo, la altura, sus antecedentes médicos, el color del pelo, la matrícula de su coche, el color de sus calzoncillos y el ordenador nos indica la cantidad de hipnótico, relajante muscular, la analgesia y la

CAM del vapor que hay que seleccionar, los dormimos y ahí se ha acabado nuestra función.

—¿Y no es así? —preguntó la inspectora entre el desconocimiento y el escepticismo.

—No, pues claro que no es así. Nuestra función va mucho más allá de dormir al paciente y mantenerlo dormido. Su vida está en nuestras manos y debemos mantenerlo en las mejores condiciones posibles. Debemos administrar en cada momento los fármacos que necesitan, mantener sus constantes vitales en el rango necesario para que sus órganos no sufran daño alguno y que al mismo tiempo permitan al cirujano operar. Les administramos sangre en el caso de ser necesaria y hacemos múltiples acciones más que no viene a cuento relatar en este momento, pero la anestesia no es un algoritmo. Es un arte basado en el conocimiento y en la experiencia.

—No se lo tome así, doctor. Es la visión generalizada que se tiene de su especialidad.

—Incluso hay gente que cree que no somos ni médicos. Cuánto daño han hecho a nuestra especialidad las series de televisión como "Hospital Central".

—Vayamos con el asunto que nos ocupa que no es otro que el asesinato del Dr. Torres —recondujo la conversación la inspectora.

—Sí, estoy al tanto, bueno, todo el mundo en el hospital es conocedor de su asesinato. ¿En qué puedo ayudarles?

—Todo el mundo coincide en que el Dr. Torres no era una persona muy estimada en el hospital y que ha tenido diversos altercados con el personal de enfermería, con otros compañeros de servicio y con médicos de otras especialidades.

—¿Qué opinión tenía usted del Dr. Torres? —preguntó la inspectora intentando suavizar su interrogatorio.

—Mire, mi opinión es la misma que tendría cualquier persona que hubiera trabajado con él. En esta vida hay gente a la que se echa de menos y hay gente a la que se echa de más, y el Dr. Torres pertenecía al segundo grupo.

—¿Qué relación tenía usted con él?

—Mi relación con él era nula. Hacía mucho tiempo que no coincidíamos en un quirófano ni en ningún otro sitio.

—Desde el lunes 6 de abril de este año —puntualizó la inspectora.

—Sí, diría que desde ese día. ¿Y cómo saben eso?

—Porque saber las cosas es nuestro trabajo y lo sabemos hacer muy bien. ¿Qué ocurrió aquel día? —cuestionó la inspectora.

—Aquel día el Dr. Torres puso en peligro la vida de su paciente por no esperar a que todo estuviera preparado para iniciar la cirugía, pero como tenía unas manos divinas todo acabó bien, pero demostró un gran desprecio por el trabajo de los demás miembros del equipo y eso pudo haber acabado muy mal para el paciente. Yo me enojé muchísimo con él. Cuando acabó la intervención salí del quirófano y me dirigí al vestuario. Allí me dejé ir y solté algún grito y pegué una patada a la puerta de una taquilla…

—Y, ¿después que hizo? —le interrumpió la inspectora.

—Después de cambiarme me dirigí al despacho de mi jefe y le pedí, le exigí, que nunca más me pusiera en quirófano con el Dr. Torres. Él lo entendió y nunca más hemos coincidido.

—Por lo que veo es usted un hombre con mucho carácter.

—Subinspector, soy un hombre con un gran pronto, pero nada más. Aquel día hubo mucha tensión en el quirófano y tuve la necesidad de liberarla, pero nada más. De eso hace ya mucho tiempo y el hecho de no haber coincidido más con el Dr. Torres consiguió que todo se enfriara.

—Pero, usted sabrá que la venganza es un plato que se sirve frío.

—Para frío el que hace estos días en Barcelona, inspectora.

—¡Doctor!

—¡Inspectora!

—¿Dónde estuvo usted este fin de semana? —aprovechó el subinspector para reconducir la situación.

—Este fin de semana he hecho diversas actividades al aire libre, como correr por Collserola, pasear por la playa o comerme una paella en la Barceloneta mientras ha hecho buen tiempo. Y en casa he estado leyendo, escuchando música y tomando notas para una novela que tengo intención de escribir, pero no he tenido tiempo para matar a nadie.

—Doctor, déjese de historias y de novelas. ¿Hay alguien que pueda corroborarlo, alguna pareja? —preguntó la inspectora con algo más de intención que saber si había estado sólo o no.

—No, he estado solo todo el fin de semana. Y ahora, si me disculpan, hay un paciente que requiere mi atención.

—Por supuesto, doctor. Vaya, vaya, pero no deje el país.

—No se preocupen, no lo haré. Si necesitan algo más ya saben dónde encontrarme —abandonó la sala y se dirigió hacia su quirófano.

—Es una lástima que sea gay, porque está de muy buen ver.

—Laura, que es un sospechoso.

—Y además tiene carácter, algo que me encanta en los hombres.

—Pero si es gay y tiene pareja, Laura.

—Ha estado todo el fin de semana solo, David.

—Pero eso no implica que no tenga pareja, Laura.

—Tienes razón. Vamos a dejarlo ahí. ¿Qué opinas de él? Como sospechoso, quiero decir.

—La verdad es que de los que hemos entrevistado es el que me parece que tiene menos números para ser el asesino. Tiene los mismos motivos que los demás, pero estos se remontan a hace más de seis meses y aunque tenga mucho carácter sólo es una olla a presión que estalla y luego pierde toda la fuerza.

—Eso mismo opino yo. ¿Vamos a ver si han localizado al Dr. Mateu?

—Vamos.

Tras desvestirse y abandonar el área quirúrgica de la cuarta planta se dirigieron al despacho que les habían asignado para los interrogatorios. Allí les estaba esperando un doctor vestido con camisa y corbata y una bata por encima.

—¿Dr. Mateu?

—Sí, soy el Dr. Andreu Mateu y me han dicho que querían hablar conmigo ¿En qué puedo ayudarles? —se ofreció a colaborar con gran amabilidad.

—Supongo que es conocedor del asesinato del Dr. Torres, ¿verdad? —le preguntó la inspectora sabiendo que no iba a

sorprender al doctor.

—Sí, me enteré ayer por la tarde. Una gran pérdida. —respondió fingiendo aflicción.

—Doctor, disculpe que no crea su dolor, porque todo el mundo sabe que el Dr. Torres no era santo de la devoción de nadie que lo conocía, y por lo que sabemos a usted le debía mucho dinero. No nos haga perder el tiempo con falsos sentimientos de tristeza —le amonestó la inspectora.

—Inspectora, el Dr. Torres y yo no éramos lo que se dice amigos, pero compartíamos gustos y aficiones, por…

—El póquer y las apuestas, ¿verdad? —le interrumpió el subinspector.

—Bueno, nos gustaba jugar a las cartas y que hubiera algo de dinero de por medio le daba un poco más de emoción.

—Hay rumores en el hospital de que el Dr. Torres le debía mucho dinero y que no parecía tener intención de pagarle. ¿Cuánto dinero le debía?

—Me debía mucho dinero, más del que podía devolverme, es cierto, pero eso no es motivo para que le matara, si eso es lo que están insinuando. Que me debiera dinero era motivo para que quisiera que permaneciera con vida. Que yo sepa los muertos no pagan sus deudas —sonrió maliciosamente.

—Cierto, los muertos no pagan lo que deben, pero si uno sabe con certeza que no va a recuperar su dinero, una forma de resarcirse podría ser asesinando al deudor, ¿no cree, Dr. Mateu? —sugirió la inspectora.

—¿Me están acusando formalmente del asesinato de mi compañero de hospital y de partidas de cartas?

—Todavía no, doctor, pero como podrá entender, usted es una de las personas que más motivos podría tener para desear su muerte si estaba seguro de que no iba a cobrar la deuda. ¿Dónde ha estado este fin de semana?

—He estado muy ocupado —respondió evasivamente.

—¿Haciendo qué? —insistió el subinspector.

—Disfrutando de mis hobbies en buena compañía.

—¿Jugando a las cartas?

—¡Bingo!, bueno, ¡Póquer! —dijo riéndose claramente de ambos policías.

—No le tolero que se ría de nosotros, doctor —le increpó la subinspectora levantándose de la silla.

—Discúlpeme, inspectora, pero su acusación no se sostiene de ninguna manera.

—Todavía no le hemos acusado de nada. ¿Con quién estuvo jugando a las cartas? —exigió la inspectora elevando el tono de su voz.

—Inspectora, entre nosotros, —descendió el volumen de voz como si fuera a explicar un secreto —las timbas en las que participo son ilegales, como ya habrá supuesto, y la gente con la que comparto mesa no se tomaría muy bien que sus nombres llegaran a ser sabidos por la policía…

—Doctor, vaya al grano, por favor.

—Pues que preferiría que me condenaran por el asesinato del Dr. Torres antes que desvelar el nombre de la gente con la que me juego el dinero. De la cárcel se sale, pero de una tumba no.

—¿Tan peligrosa es esa gente?

—Peligrosa y poderosa. No sé si tienen algo más que preguntarme, pero les aseguro que yo no tengo nada más que responder si no es en comisaría y en presencia de mi abogado. Bona tarda —el Dr. Mateu se levantó de la silla y abandonó el despacho dejando a los policías con la palabra en la boca.

—Este tío tiene mucha calle, demasiada —afirmó turbada la inspectora.

—Va a ser un hueso duro de roer. Si él es el asesino nos va a costar demostrarlo —convino el subinspector.

—David, estoy hambrienta y un poco cansada. Si te parece bien podemos ir a la cafetería a comer algo mientras esperamos que llegue el turno de tarde en cuidados intensivos.

—Me parece una idea genial. Yo también estoy cansado y hambriento. El desayuno de esta mañana en Girona me parece que fue ayer de lo lejos que lo siento y de lo vacío que está mi estómago.

La inspectora Laura Sans y el subinspector David Palau se dirigieron por las escaleras a la cafetería de la octava planta, donde degustaron el menú del día sentados a una mesa situada frente a uno de los ventanales que ofrecía unas impresionantes vistas del Mediterráneo, mar que da nombre al hospital donde se centraba la investigación. Tras tomarse dos cafés cada uno y esperar para dar tiempo a que enfermería hiciera el cambio de turno, se decidieron a bajar a la U.C.I.

—Bona tarda, inspectora Sans y subinspector Palau —les saludó cortésmente la enfermera jefe.

—Bona tarda, Marta. ¿Recuerda nuestros nombres?

—Sí, inspectora. Tengo facilidad para recordar nombres y caras. ¿En qué puedo ayudarles hoy?

—Ayer nos comentó que en el turno de tarde trabajaba una enfermera que había tenido una relación con el Dr. Torres y que la dejó en cuanto supo que estaba embarazada.

—Efectivamente, Rosa Jordà. Supongo que han venido porque quieren hablar con ella.

—Exactamente, Marta.

—Ahora mismo le digo que venga.

Transcurridos unos minutos hizo acto de presencia una enfermera joven, de unos veinticinco años, alta, delgada, de una gran belleza, pero que parecía ser muy tímida.

— Soy Rosa Jordà y me ha dicho mi jefa que quieren hablar conmigo —se presentó hablando con voz baja y pausada confirmando su timidez.

—Efectivamente. Sabemos que tuvo una relación con el Dr. Torres y que la dejó en cuanto supo que estaba embarazada.

—Sí, así es.

—Disculpe, Rosa, pero me cuesta entender que una mujer de su belleza pudiera tener una relación con un hombre que acosaba a las mujeres y que era catalogado como una mala persona por todo el que le conocía.

—Eso me han dicho siempre mis compañeras —respondió bajando la cabeza avergonzada.

—Intente explicarnos qué tipo de relación tenían, cómo empezaron, cómo la trataba.

—Yo soy una mujer muy tímida «lo habíamos notado», me cuesta relacionarme con la gente y él era una persona muy segura de sí misma, desprendía autoconfianza y era tenía cierto atractivo. Un día se me acercó y fue muy amable conmigo. Me invitó a tomar una copa y eso era algo que no me solía suceder por lo que decidí aceptar.

—Y acabaron teniendo una relación.

—Así es. Estuvimos un tiempo juntos. Al principio fue muy bonito, me trataba con dulzura, me llevaba a buenos restaurantes, incluso una vez hicimos un picnic en la playa para ver la puesta de sol «¿estamos hablando de la misma persona?», pero cuando empecé a ganar algo de peso la cosa empezó a cambiar.

—¿En qué sentido cambió?

—Ya no quería llevarme a ningún sitio, no me llevaba a restaurantes ni paseábamos por la playa. Sólo quería acostarse conmigo —se quedó en silencio mientras de sus ojos brotaban las lágrimas.

—¿Está bien, Rosa? —intentó consolarla la inspectora tomándola de la mano.

—Sí, gracias, inspectora.

—¿Necesita un descanso, un poco de agua? —sugirió el subinspector.

—No, gracias, puedo continuar. Yo pensé que mi aumento de peso se debía a retención de líquidos y a que mis menstruaciones nunca han sido regulares, pero no era normal. En esta situación él empezó, o volvió a tener asuntos con otras mujeres y no hacía lo más mínimo por ocultarlo. Una vez que se lo eché en cara me dijo que él era como Don Juan y que yo no lo entendía, que lo suyo no era engaño, que era un deber que tenía con las mujeres. Incluso me recitó una poesía para justificarse.

—Por curiosidad, ¿qué le dijo?

—El muy cabrón, perdón —dijo tapándose la boca con una mano— me citó las palabras de Don Giovanni.

Todo es amor.
El que es fiel a una sola.
Es cruel con las otras;
Yo, que siento en mí.
Tan vasto sentimiento,
Las quiero a todas;
Las mujeres,
Como no saben reflexionar,
A mi buen natural llaman engaño.

«El muy cabrón. Tiene razón la enfermera» pensó la inspectora.

—Y su relación, ¿hasta cuándo duró?

—Hasta que mis sospechas de que estaba embarazada se confirmaron. En cuanto se lo dije, me abandonó.

—Y, ¿cuánto hace de eso? —quiso saber el subinspector.

—Pues mi hijo tiene ahora dieciocho meses, por lo que calculo que hará dos años aproximadamente.

—Y en este tiempo el doctor no se interesó ni por usted ni por su hijo, ¿estoy en lo cierto?

—Así es, inspectora. Nunca se preocupó por su hijo, ni siquiera llegó a conocerlo.

—Y, ¿cómo se ha sentido usted por el trato recibido, o más bien por la ausencia de relación con el doctor?

—Profundamente triste. No creí que fuera a terminar así nuestra relación. Todo el mundo me lo advirtió, pero fui incapaz de verlo hasta que sucedió.

—Y su muerte, ¿qué ha supuesto para usted?

—La verdad es que en mi estado anímico he sido incapaz de sentir nada. Ni tristeza ni alegría, ni alivio ni pesadumbre —la enfermera se expresaba cada vez con menos energía y más tristeza.

—Rosa, creo que ya la hemos hecho recordar demasiado y no le estamos ayudando mucho. Gracias por dedicarnos unos minutos. Cuídese y sea fuerte.

—Muchas gracias, inspectora. Eso intento.

Tras despedirse de la enfermera se dirigieron hacia el aparcamiento del hospital con intención de coger el coche de la inspectora e ir al domicilio del Dr. Guillén, la ubicación del cual había recibido el subinspector vía WhatsApp.

—Yo la descartaría por completo. Creo que es incapaz de haber asesinado a ese hombre.

—Así lo creo yo también, Laura. Siento que seguía enamorada de él y la pena es mucho mayor que el odio que pudiera tener hacia ese ser despreciable.

—No entiendo cómo hay personas que pueden estar tan ciegas ante las cosas y tan sordas antes las palabras de los que les rodean.

—Amor, Laura, eso es el amor. Anda, arranca que se nos está haciendo de noche.

—¿Dónde vamos?

—Sant Cugat del Vallès. Yo te guío.

12

Durante la casi media hora de trayecto hasta el próspero municipio de Sant Cugat del Vallès ambos policías analizaron los interrogatorios realizados hasta el momento y catalogaron a los sospechosos en función de las probabilidades que consideraban que tenía cada uno de ellos de haber cometido el asesinato.

Podrían casi descartar del todo a ambas mujeres, pero en esta vida, el todo y el nada, el siempre y el nunca no existen, por lo que permanecerían en el mismo saco que los demás hasta que la investigación no estuviera más avanzada. El principal sospechoso si el Dr. Guillén, al que iban a visitar en ese momento, no lo desbancaba, era el Dr. Andreu Mateu. El cirujano general tenía las habilidades necesarias para canalizar vasos y un claro móvil: las deudas de juego del finado, y al mismo tiempo carecía de una coartada que pudiera ser evidenciada. Los móviles de los demás eran muy similares, desencuentros laborales y ninguno destacaba especialmente sobre los otros. Las coartadas que esgrimían eran débiles, excepto la del Dr. Giró, la cual pecaba por exceso. Todo esto hacía que el Dr. Mateu fuera el líder de la carrera de sospechosos.

Una vez hecho el repaso a los datos obtenidos y haber llegado a esa conclusión, decidieron que una vez hubieran entrevistado al Dr. Guillén darían por finiquitado el largo día y se irían a descansar. Para despejarse un poco y relajar la mente Laura sugirió a David la posibilidad de jugar a las matrículas a lo cual el subinspector accedió con gusto.

—Parece que te ha gustado mi juego de las matrículas.

—Parece una tontería, pero te distrae la mente.

La parte final del trayecto se les hizo más corta y en ella habían detectado a un periodista inglés, BBC, a un banquero vasco, BBK y a

un conductor medio soviético, CCC. De las matrículas les llamaba la atención lo antiguas que eran para ser un municipio de alto poder adquisitivo. Casi sin darse cuenta, llegaron al chalé ubicado en las afueras y, tras aparcar en el vado del garaje para bloquear la posible huida en coche del sospechoso, se dirigieron a la puerta de acceso a la finca. Tras pulsar el botón del portero automático en tres ocasiones y no obtener respuesta alguna decidieron inspeccionar el perímetro de la residencia del anestesista. No encontraron evidencia alguna de la presencia de nadie en su interior por lo que decidieron volver al coche y dirigirse a la comisaría.

—Es muy extraño que el Dr. Guillén no haya aparecido por el hospital y que en su casa no haya nadie. Esto le catapulta a los primeros puestos del ranquin de sospechosos —afirmó el subinspector.

—Ciertamente, David. Motivos para el asesinato tiene los mismos que cualquier otro sospechoso, pero su ausencia le incrimina, pero antes de cargarle el muerto deberíamos averiguar si tiene otra residencia, no sea que esté en ella. Por el nivel económico que aparenta es posible que tenga otra y una supuesta enfermedad le hubiera obligado a permanecer en ella —sugirió la inspectora.

—Solicitaré esa información y su número de teléfono al que recurriremos si no logramos dar con él.

El subinspector era muy consciente que era mejor no alertar con una llamada telefónica a un sospechoso de que estaba siendo investigado. Eso le daría mucho margen de tiempo para destruir pruebas, montar coartadas e incluso huir del país.

—Mira, Laura. A ese conductor le gusta el "steak tartar", que no el "stick tartar", que es como lo pronuncia la mayoría de la gente.

—Pues yo lo pronuncio mal —dijo con cierta decepción.

—"Stick" es un palo y "steak" es un filete —le explicó el subinspector.

—Ok, gracias por la información, pero explícamelo porque no veo cómo partiendo de la matrícula KZN llegas a esa conclusión.

—Es que esta es de las muy elaboradas. Yo tengo ventaja ya que llevo mucho tiempo jugando.

—Venga, explícamelo porque me parece que va a ser de un retorcido de campeonato —el subinspector sonrió ante la broma de su superior.

—La palabra "tartar" hace referencia a los tártaros, los habitantes de un país cruzado por el Volga llamado Tartaristán, cuya capital es Kazan, KZN.

—Lo que yo decía, retorcimiento de campeonato —ambos estallaron en carcajadas.

Tras un par de matrículas más sencillas llegaron más relajados a la comisaría. Después de saludar al agente de recepción subieron a la primera planta y entraron en la sala del *escamot* y dialogaron con los allí presentes. Compartieron la información básica con sus compañeros, ya que la presencia de un topo en la comisaría parecía ser segura. Una vez puestos al día, subieron a la tercera planta para informar al comisario Pou de cómo se estaba desarrollando la investigación. Cuando estaban a punto de llamar a la puerta la secretaria les avisó de que no estaba. El comisario había tenido que ausentarse, pero les esperaba a primera hora de la mañana siguiente para analizar la situación y preparar la mejor estrategia para la investigación. Tras abandonar la comisaría se despidieron hasta el día siguiente.

—¿Una cerveza? —le gritó la inspectora a su compañero cuando se alejaba en dirección a su coche.

—Muchas gracias, Laura. Me encantaría, pero estoy agotado y aún tengo que conducir hasta Girona. Te lo agradezco, de veras. Te tomo la palabra y si mañana tenemos tiempo aceptaré tu invitación —se disculpó con sinceridad—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —se despidió con tristeza ya que no le apetecía estar sola.

13

Miércoles, 25 de noviembre de 2020

Durante esa noche la inspectora Sans solo había podido dormir a intervalos. Como siempre que tenía un caso de asesinato entre sus manos su cerebro era incapaz de descansar bien por las noches. Una y otra vez repasaba los interrogatorios, las pistas obtenidas, analizaba a los sospechosos, formulaba hipótesis y creaba nuevos escenarios. En esta ocasión se añadía el hecho de haber concatenado, casi sin tiempo de recuperación, un caso que la había llevado hasta la extenuación con un nuevo asesinato que tenía visos de no ser fácil de solucionar.

Con el primer café del día ya circulando por sus venas se puso al volante de su coche y se dirigió hacia la comisaría. Sin ser consciente de ello estaba jugando a hacer palabras con las letras de las matrículas: «Mira, un Hijo de la Gran … HGP» pensó y comenzó a sonreír, «anda, "jódete", JDT» —volvió a sonreír con cierta maldad, «joder, ahora en inglés…FCK» estalló en carcajadas. «Se me va a dar bien este jueguecito de las matrículas. Cualquier día le sorprendo con una bien compleja».

Unos minutos más tarde llegó a la comisaría y se dirigió directamente a su despacho dónde le estaba esperando el subinspector Palau con una taza de café.

—Jefa, aquí tienes. Recién sacado de la máquina.

—Muchas gracias, me acabo de tomar uno, pero ya necesito el segundo. Esta noche me ha costado dormir pensando en el caso. ¿Qué haces aquí tan pronto? Yo, como no podía dormir, he venido a la comisaría, ¿pero tú?

—A mí me ha pasado lo mismo. Me dormí pronto porque estaba agotado, pero sobre las 4 de la madrugada me he

despertado pensando en el caso, y como he visto que no iba a poder dormir más, he decidido ir a correr un rato y venir a Barcelona tras una ducha, un café y un par de huevos revueltos.

—Ojalá me entrara algo más que café por la mañana. Mi estómago no se activa hasta mediodía.

—La verdad es que si no hubiera corrido unos cuantos quilómetros con el café estaría servido.

—Bueno, pues aprovechando que los dos estamos ya aquí podemos analizar la situación y después subimos a ver al comisario para ponerle al día del caso, ¿te parece?

—Me parece perfecto.

En el caso anterior que había llevado la inspectora Sans, el "asesino del crucigrama", se habían producido filtraciones a la prensa que habían dificultado su resolución. No habían encontrado el topo por lo que el comisario no quería que volviera a suceder y había sugerido reducir al mínimo la información que saliera del trío que formaban él mismo, la inspectora Sans y el subinspector Palau. Con esa intención el subinspector había sido desplazado del despacho donde estaba ubicado el *escamot* y reubicado en el despacho de la inspectora, instalándole un ordenador en su enorme mesa. Una vez organizadas las anotaciones y decidido el modo de exponerle al comisario la situación abandonaron el despacho y se dirigieron a la tercera planta.

El comisario les propuso que le expusieran de un modo muy resumido sus conclusiones tras los dos días de investigación.

—El Dr. Torres fue secuestrado por alguien que le disparó una pistola eléctrica en el lado izquierdo de su cuello—inició así la presentación del caso la inspectora—. Suponemos que lo desplazó cierta distancia ya que para mantenerlo inconsciente el asesino le propinó diversas descargas eléctricas que el Dr. Mur observó en la autopsia —añadió.

—Una vez llegados al lugar del asesinato lo sujetó a una camilla, con casi total seguridad, y le canalizó diversos vasos —continuó el subinspector—. Sin demorarse en exceso, según nos indica el forense, abrió uno de los accesos y dejó que se desangrara.

El Dr. Mur data la muerte entre las últimas horas del viernes y las primeras horas de la madrugada del sábado.

—Una vez desangrado y muerto, el asesino introdujo el cadáver en una nevera o lo dejó a la intemperie hasta que el lunes muy temprano lo trasladó hasta el Carmel, donde lo abandonó, casi completamente desnudo y con el carné del colegio de médicos en la boca —finalizó la explicación la inspectora.

—Un resumen muy conciso —les agradeció el comisario—, pero deberíamos ahondar en algún aspecto más.

—Por supuesto, Jordi. Esto era a modo de introducción, esto era sólo para plantear el caso —se defendió la inspectora—. Ahora miraremos de profundizar un poco más, pero me temo que hay pocas cosas claras.

—Adelante —les invitó el comisario retrepándose en su butaca.

—El coche del Dr. Torres abandonó el aparcamiento del hospital el viernes a las quince cuarenta y cinco de la tarde y no ha sido localizado hasta el momento, por lo que esto nos hace pensar que es muy probable que el asesino disparara la pistola eléctrica sobre el doctor a través de la ventanilla del conductor, de ahí las quemaduras eléctricas del cuello, cuando este se encontraba sentado al volante de su coche. Una vez perdió el conocimiento, el asesino lo desplazó al asiento del acompañante y salió del hospital conduciendo él mismo el vehículo del fallecido.

—El hecho de que no hayan encontrado el coche del doctor en una ciudad como Barcelona no descarta que pudiera haber sido aparcado por su propietario y posteriormente sustraído por algún delincuente.

—Tiene razón, comisario, pero la opción del secuestro en el propio hospital nos parece más plausible.

—Estoy de acuerdo contigo, David. Seguid con vuestra teoría.

—El hecho de que la muerte se produjera al poco tiempo de la desaparición del doctor indica que la intención del asesino era matar a su víctima, no causarle sufrimiento innecesario —sugirió la inspectora.

—Y el hecho de que la muerte por desangre sea rápida e indolora apoya esta teoría.

—Muy bien, continuad. ¿Qué más podemos deducir con la información que tenemos?

—Como ya sabes, el cadáver fue encontrado con el carné de colegiado del doctor en la boca, lo que sugiere que no fue una muerte al azar, su condición de médico es clave en los motivos para el asesinato —indicó la inspectora.

—¿Y qué motivos podrían ser esos?

—Si no te importa, comisario, ese aspecto lo trataremos más adelante.

—Como desees, Laura.

—Gracias. El modo en el que ha sido asesinado, indica que su asesino tiene conocimientos médicos que no poseen todos los sanitarios, por lo que las sospechas nos llevan al hospital donde trabajaba el Dr. Torres —asintió con la cabeza el inspector recordando que sobre esa conclusión ya habían hablado—además parece paradójico que un cirujano cardiovascular muera desangrado.

—Allí hemos entrevistado a enfermeras y médicos y todos concluyen que el Dr. Torres tenía multitud de enemigos.

—¿Qué tipo de enemigos, David? —intentó aclarar el comisario.

—De todo tipo, Jordi —prosiguió la inspectora—, y aquí es donde entran los motivos que querías saber. El Dr. Torres tenía un gran ego profesional y había tenido encontronazos muy graves con muchos profesionales: anestesistas, intensivistas, compañeros de servicio…

—¿Qué tipo de encontronazos? —interrumpió el comisario.

—Disparidad de criterios en las técnicas quirúrgicas, acusaciones de no tratar de la mejor manera a sus pacientes durante las cirugías y en los cuidados del postoperatorio y, diversas situaciones más que en varios casos hicieron que llegaran a las manos con algunos profesionales.

—Entiendo. Él era un ser superior y los demás le hacían quedar mal porque arruinaban el éxito de sus grandes actuaciones en quirófano.

—Efectivamente, así es. Narcisismo en su mayor exponente —catalogó el subinspector apoyado en su licenciatura en psicología.

—Pero la cosa no acaba ahí. Dicen que tenía una gran debilidad por las mujeres y eso le llevaba a acosar físicamente a cualquier trabajadora que le pareciera atractiva. Tocamientos, proposiciones deshonestas, todo tipo de abuso de autoridad con connotaciones sexuales.

—Una joya el Dr. Torres lo mires por donde lo mires.

—Sí, pero seguimos para bingo. Y hablando de juegos, el Dr. Torres tenía entre sus pasatiempos el póquer, pero no a nivel partidita entre amigos un sábado noche después de una buena cena.

—¿Por qué no me sorprende?

—Según se comenta en el hospital, el doctor había perdido grandes cantidades de dinero en partidas ilegales y no había podido o no había querido hacer frente al pago de sus deudas y uno de sus mayores acreedores es un cirujano del mismo hospital, el Dr. Andreu Mateu.

—Vaya, vaya. Un motivo más para no desearle el bien a nuestra víctima —comentó jocosamente el comisario.

—Pues hay otras personas con otros motivos para no quererle bien, o más bien quererle mal. La primera y principal, su exesposa, la Dra. Carme Bitrià, a la que había sido infiel de un modo continuo, siendo conocedor de ello todo el hospital, y a la que no pagaba manutención alguna por el hijo que tenían en común.

—La humillaba públicamente y desatendía a su hijo —resumió el subinspector—, por lo que su muerte la resarciría de la ofensa continua y le haría obtener una pensión de viudedad para que ayudara muerto lo que no había ayudado vivo en el cuidado de su hijo.

—Es un buen motivo —admitió el comisario.

—Y por último tenemos a una enfermera, Rosa Jordà. Ella se enamoró locamente del Dr. Torres, él la engatusó y ella fue incapaz de ver lo que todo el mundo decía de él. La cosa fue bien hasta que la enfermera quedó embarazada y el Dr. Torres la abandonó.

—Me habéis hablado del Dr. Mateu por las deudas de juego, de su exesposa y de la enfermera a la que dejó embarazada, pero del resto de profesionales no me habéis dado ningún nombre.

—Tiene razón, comisario.

Ambos policías relataron todo lo que hasta ese momento no le habían explicado de la investigación con todo lujo de detalles: nombres de los anestesistas, intensivistas, cirujanos cardiovasculares, motivaciones que pudieran tener todos ellos, coartadas…

—El resumen es que en este caso hay más sospechosos que días tiene el año, ¿no? —concluyó el inspector.

—Así es, Jordi, pero deberíamos centrarnos en los más probables, de otro modo nos va a ser imposible llevar a cabo la investigación de una manera eficaz —admitió a su pesar la inspectora.

—¿Y cuáles son esos más probables según vosotros?

—Hay otra cosa que solo he mencionado en una ocasión y de refilón. Yo opino que por el modo en que se llevó a cabo el asesinato, lo más lógico sería que el autor del crimen fuera una única persona. No me resulta verosímil que dos o más personas se pongan de acuerdo para matarle de ese modo —afirmó el subinspector.

—Eso haría que, por sus cualidades físicas, de los tres que hemos mencionado anteriormente descartáramos a las dos mujeres —sugirió el comisario.

—En principio podría estar de acuerdo contigo, pero yo no descartaría a la exesposa. Tiene el móvil, las habilidades para el asesinato y podría tener un cómplice, una nueva pareja que le hubiera podido ayudar con el secuestro y traslado de su ex —manifestó con cierta prudencia la inspectora.

—Bien pensado, Laura. Entonces tenemos a la Dra. Bitrià y al Dr. Mateu como principales sospechosos y entre los secundarios, al Dr. Guillén que es cirujano vascular y está en paradero desconocido y según vosotros al Dr. Giró porque de un modo visionario tenía a mano unas coartadas que parecen un poco "sospechosas".

—Efectivamente, así lo creemos —afirmó la inspectora.

—Entonces volved a interrogar más en profundidad a todos los sospechosos, pero permitidme que la investigación del Dr. Giró la lleve yo personalmente —les solicitó cortésmente siendo en realidad una orden.

—¿Disculpa? —preguntó sorprendida e indignada la inspectora.

—Lo siento, Laura. No sé si la coartada del Dr. Giró es falsa como vosotros creéis, pero lo que sí sé, porque tengo conocidos en las altas esferas de Barcelona, que Abel es el amante de la esposa de uno de los hombres más poderosos de Barcelona y Catalunya y, a pesar de que él es conocedor de las infidelidades de su esposa, rodarían cabezas si fuera vox populi, por lo que os pido amablemente que me dejéis a mí esa parte de la investigación.

—Pero, Jordi…

—Es una orden —cortó tajantemente a la inspectora—. Lo siento, Laura, pero es mejor así —continuó dulcificando el tono de voz—. Si después de mis pesquisas no consigo que el Dr. Giró deje de ser sospechoso, no dudaré en que sigáis investigándolo como uno más, pero no me voy a arriesgar a que haya un terremoto en las altas esferas para que luego todo quede en agua de borrajas. ¿Me he expresado claramente, inspectora?

—Cristalinamente, comisario. Acataré sus órdenes —le respondió la inspectora intentando disimular su enfado.

—Laura, no te lo tomes a mal, pero si supieras de quién estamos hablando lo entenderías perfectamente —le dijo mientras le dio un pequeño apretón en el hombro.

—De acuerdo, Jordi. Tú sabrás mejor que yo lo que hay que hacer —aceptó la inspectora y se hizo un incómodo silencio.

Durante esta pequeña discusión el subinspector Palau había permanecido al margen. Era muy consciente de que entrometerse en situaciones como esa solo le podía traer problemas, por lo que decidió esperar a que las aguas se calmaran para seguir con el listado de posibles sospechosos a investigar. Cuando el silencio que se había creado empezó a alargarse decidió reiniciar la conversación.

—Si me lo permiten —se expresó con cautela— tras enumerar a los principales sospechosos, yo haría un resumen de los secundarios.

—Adelante, David.

—Entre los intensivistas hemos entrevistado a los doctores Feliu y Costa. Ambos tuvieron fuertes enfrentamientos con el fallecido y ninguno es capaz de ofrecer una coartada convincente,

aunque según la enfermera jefe de la U.C.I. no sólo ellos tuvieron problemas con el Dr. Torres.

—Vamos, que los doctores con los que no han hablado seguramente les responderían lo mismo que estos dos.

—Así es, comisario.

—Y en cuanto a los anestesistas, tres cuartos de lo mismo. Hemos hablado con el Dr. Martí y el Dr. Giró y nos han explicado situaciones similares y según la enfermera instrumentista titular del quirófano de vascular, Maria Gilart, ellos dos son solo un pequeño ejemplo de lo que ha sucedido con el Dr. Torres en el quirófano.

—Por lo tanto, los únicos sospechosos con algo de peso son: Bitrià, Andreu y Jordà, aunque yo quitaría a esta última de la ecuación, teniendo en cuenta todo lo que me han explicado de ella, y en su lugar introduciría al Dr. Guillén por su sospechosa situación de paradero desconocido. ¿Estáis de acuerdo?

—Coincidimos contigo, Jordi —aseveró la inspectora—. Si no necesitas nada más de nosotros iremos de nuevo al hospital para interrogar de nuevo a Bitrià y Andreu y quizá a algún otro doctor.

Sin más dilación ambos salieron del despacho del comisario y pusieron rumbo al hospital. Un silencio sepulcral llenó el vehículo, no hubo comentarios sobre el briefing, no hubo juego de matrículas, nada hasta que sonó el teléfono de la inspectora.

—¡Joder! El comisario. ¿Qué cojones querrá ahora? —dijo con un marcado tono de enfado.

—Responde y lo sabremos —le contestó su compañero en un tono conciliador con la intención de clamarla.

—Muy gracioso.

—Hola, Jordi. Dime, ¿qué hay de nuevo?

—Un par de cosas: la primera es que ha llamado el Dr. Vidal, el director médico del Mediterrani.

—Sí, lo recuerdo —le interrumpió Laura.

—El doctor sugiere que habléis con los jefes de servicio de anestesiología, cirugía cardiovascular y cuidados intensivos. Por lo visto no se han tomado muy bien que pasáramos por encima de

ellos en la investigación —lo dijo en primera persona del plural para que no pareciera una bronca a su subordinada.

—Será lo primero que hagamos al llegar al hospital. Y la segunda cosa…

—Que cuando acabéis vuestra jornada laboral quiero hablar contigo en privado, como compañeros del cuerpo de Mossos d'Esquadra, no como jefe y subordinada y si puede ser, fuera de la comisaría. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto. ¿Dónde propones quedar?

—¿En el Bar Bacoa? Así podemos comer algo, que durante las investigaciones se come poco y mal —propuso el comisario.

—Cuando acabemos te llamo y nos vemos allí. Supongo que reservas y pagas tú, ¿verdad?

—Por supuesto, Laura. Siendo tan espabilada es normal que hayas llegado a inspectora a una edad tan temprana —ambos rieron y la inspectora finalizó la llamada.

El subinspector Palau dejó pasar unos instantes antes de iniciar una conversación, creía que ella necesitaba algo de tiempo para recolocar sus emociones ya que había pasado del enfado a la risa con gran velocidad.

—Parece buen tipo el comisario —dijo para romper el silencio.

—Sí, la verdad es que lo es, pero me ha jodido mucho que me cortara las alas en la investigación.

—Es normal que te sientas así, pero ten en cuenta que Jordi —se atrevió por primera vez a llamarlo por su nombre— tiene muchos años de experiencia y atesora un gran conocimiento y una gran influencia en la sociedad barcelonesa, de otro modo no creo que te hubiera capado esa vía investigadora.

—Seguramente tengas razón, David.

—Y seguramente quiere quedar contigo en privado para explicarte lo que sabe sin que yo, un recién llegado, me inmiscuya en vuestra conversación —argumentó el subinspector—, pero eso no quita que mañana me expliques, sin detalles, lo que hayáis hablado.

—De eso puedes estar seguro. Será sin detalles —ambos rieron.

Una vez en el hospital subieron hasta la primera planta donde el Dr. Vidal, el director médico, les dio las indicaciones necesarias para que pudieran entrevistarse con los ofendidos jefes de servicio.

—No venía tanto a un hospital desde que mi padre estuvo ingresado tras un grave accidente de coche — explicó la inspectora —. Nunca me habían gustado, pero esa larga temporada hizo que los aborreciera.

—Y tu padre, ¿se recuperó bien?

—Por suerte sí. Todo acabó con la extirpación del bazo. Pudo haber muerto desangrado, como el Dr. Torres, pero pudieron salvarle la vida y la recuperación fue total —comentó con alivio.

—Esplenectomía.

—¿Cómo?

—Esplenectomía. Así es el nombre técnico de la extirpación del bazo —la aleccionó el subinspector.

—Vale, vale, pero no te hagas el chulito porque hayas estudiado una carrera de ciencias —ambos rieron, pero pararon automáticamente al recordar que estaban en un hospital.

—Mira, ese parece el despacho del jefe de anestesiología.

—Pues a qué esperas. Llama a la puerta —indicó la inspectora.

Una voz masculina y añosa les dio permiso para entrar en el despacho, un habitáculo decorado con gran austeridad. Una enorme mesa situada delante de un gran ventanal presidía la sala de unos diez metros cuadrados. No había cuadros ni títulos médicos, nada superfluo o innecesario. Un archivador de grandes dimensiones situado en un rincón, la butaca del Dr. Guerrero y un par de sillas delante de la mesa era todo el mobiliario existente.

—Dr. Guerrero, supongo que está al corriente del asesinato del Dr. Torres, el cirujano cardiovascular, y que la investigación se centra en personal sanitario que posee habilidades técnicas especiales, como las que poseen los anestesistas —introdujo el tema la inspectora del modo más suave que conocía.

—Efectivamente, inspectora. Y por eso no entiendo el motivo por el cual no se han dirigido a mí en primer lugar y han interrogado directamente a diversos de mis anestesistas. Yo les podría haber asesorado y hubieran podido conducir su investigación a sus

objetivos de un modo más certero —se dirigió a la inspectora dando la sensación de que estaba molesto por haberse saltado la cadena de mando, aunque en realidad no era así.

—Dr. Guerrero —intervino el subinspector—, quizá tenga usted razón, pero las recomendaciones que teníamos eran de que habláramos con ciertas personas seleccionadas que podrían estar más familiarizadas con el día a día del fallecido.

—Tenga en cuenta que un jefe desde un despacho no tiene una visión directa de lo que pasa en la calle —la inspectora aún tenía muy presente la conversación con el comisario— perdón, en un quirófano, y era la manera de ganar tiempo para la investigación.

—Puede que tengan razón, pero en mi caso yo conozco muy bien a mis compañeros de servicio —evitó cualquier palabra que indicara que él tenía un rango superior a los demás—, no me paso los días en este despacho. Entro en los quirófanos, me preocupo por su bienestar y su salud emocional. Atiendo en la medida de lo posible sus gustos y prioridades. No me olvido de que hace muy poco tiempo yo estaba en las trincheras con ellos, cuando el jefe era el Dr. Marrodán, y sé lo duro que puede llegar a ser nuestro trabajo —expuso con pasión y sin ningún tipo de resentimiento por haber sido relegado a un segundo plano en la investigación.

—Es usted una "*rara avis*" —dijo el subinspector—, por término general los jefes no tienen esa camaradería con sus subordinados y la necesidad de sobresalir y ser halagados es algo que los caracteriza —añadió.

—Miren, los anestesistas somos como la cara oculta de la Luna: todo el mundo sabe que existe, pero nadie la ve. Y es mejor así, porque cuando se nos ve no suele ser para nada bueno.

—Tiene usted razón, cuando se habla de los anestesistas es siempre porque ha habido un problema, nunca he oído a nadie que elevara a los cielos a ninguno —corroboró la inspectora.

—Yo siempre he dicho que nosotros tenemos que pasar desapercibidos, que nadie tiene que saber que hemos estado ahí. Cuando acaba un partido de fútbol y nadie recuerda el nombre del árbitro es porque lo ha hecho bien. Si nadie recuerda el nombre del anestesista es porque lo ha hecho bien. El anestesista que no lo

entienda así y quiera notoriedad que se dedique a ser estrella del rock. Yo en mi equipo no quiero a ninguno así y le puedo asegurar de que no hay ninguno así.

—¿Con eso me quiere decir que tendríamos que descartar a todos los anestesistas de su servicio como sospechosos del asesinato del Dr. Torres? —intentó aclarar la inspectora.

—Poner la mano en el fuego por alguien es un poco arriesgado, inspectora, pero yo diría que sí.

—¿Y me está diciendo que no pondría la mano en el fuego por todos, pero sí por la mayoría de ellos?

—Así es inspectora.

—¿Cuántos anestesistas hay en su servicio, Dr. Guerrero?

—En estos momentos, treinta y cinco —respondió sin la más mínima duda.

—¿Treinta y cinco? ¿Y todos pasan por todos los quirófanos? —preguntó preocupada por la posibilidad de tener que interrogar a tantos profesionales.

—Inspectora, este hospital y su área quirúrgica son de alta complejidad por lo que dentro del servicio hay subespecializaciones. Es decir, no todos los anestesistas se dedican a todas las especialidades quirúrgicas.

—O sea, que no todos los anestesistas pasan por todos los quirófanos.

—Así es. Le pondré algún ejemplo. Hay especialidades que por su dificultad en el manejo del paciente requieren que el paso por ellas no sea puntual. Precisan de alguien que esté allí mínimo tres o cuatro días a la semana para que el dominio sea total. Entre ellas encontramos cirugía cardiovascular. También tenemos neurocirugía, torácica…

—Nos hacemos una idea, doctor —interrumpió la inspectora—, y el resto de la semana se dedican a otras especialidades de menor dificultad.

—Efectivamente. Lo cual reduce a seis los anestesistas que en estos momentos rotan por cirugía cardiovascular y por lo que sé ya han interrogado a uno de ellos.

—A dos —le corrigió la inspectora.

—El Dr. Martí, si se refieren a él, hace meses que no forma parte del equipo de cardiovascular.

— Y, ¿por qué lo retiró del equipo?

—Subinspector, los motivos son los mismos que tendría cualquier anestesista de esa especialidad, pero él ha sido el único que me lo ha solicitado. Supongo que debía estar en un momento anímico difícil y le supondría un esfuerzo psicológico muy importante compartir quirófano con un personaje como el Dr. Torres —argumentó el Dr. Guerrero.

—Usted nos confirma lo que todo aquel con quien hemos hablado nos ha dicho, que el fallecido no se llevaba bien con nadie y que podemos descartar o inculpar a todo el mundo de la misma manera. Todos son sospechosos y no lo son con las mismas probabilidades.

—Si lo que quieren saber es si los anestesistas tendrían un motivo para matar al Dr. Torres, la respuesta podría ser sí o no, pero sería la misma para todos.

—Pues eso no nos ayuda mucho, la verdad —exclamó la inspectora.

—Lo único que puedo hacer es darles los nombres de los otros anestesistas del grupo y hablan ustedes con ellos a ver si pueden obtener alguna información que les sea útil. Si creen que les puedo ayudar en algo más, me tienen a su entera disposición —les dijo el Dr. Guerrero que se levantó de su butaca y los acompañó hasta la puerta de su despacho.

—Muchas gracias, doctor. Así lo haremos.

Tras despedirse del Dr. Guerrero con cinco candidatos a asesino más en la lista y con la sensación de que la investigación estaba bloqueada porque la muerte del Dr. Torres era deseada por todo el mundo, se dirigieron a lidiar con el siguiente jefe de servicio, que seguramente no fuera de la amabilidad del responsable de los que trabajan en la cara oculta de la Luna.

Después de diez minutos dando vueltas por el hospital lograron dar con el despacho del Dr. Rojo, cuyo apellido sería más adecuado para el jefe de hematología que para el de cirugía cardiovascular. La

inspectora hizo una inspiración intentando relajarse por si la actitud del doctor era más agresiva de lo esperado y llamó a la puerta.

El despacho era de grandes dimensiones y muy bien iluminado. Una moderna y enorme mesa de cristal estaba situada delante de una gigantesca ventana con vistas al mar. Desde la puerta hasta las dos butacas orejeras que había delante de la mesa se extendía una magnífica alfombra persa que el doctor había traído de uno de sus viajes por Oriente Medio. En uno de los laterales del despacho se ubicaba un mueble bar con una de esas cafeteras automáticas que muelen los granos de café para después obtener una espumosa bebida. Las paredes se encontraban empapeladas con todos los títulos y diplomas que el Dr. Rojo poseía, haciendo ostentación de sus méritos.

Tras las presentaciones, el Dr. Rojo, sin levantarse de su butaca les invitó a sentarse y les ofreció un café. Ambos policías aceptaron por lo que el doctor descolgó el teléfono de su abarrotada mesa para llamar a su secretaria quien entró en el despacho y preparó las bebidas.

—¿En qué puedo ayudarles, señores? —preguntó el Dr. Rojo repanchingado en su butaca con aire de suficiencia.

—Como bien sabrá han asesinado a un miembro de su equipo, el Dr. Torres —le expuso incrédula ante la actitud del doctor.

—Cómo no. Las noticias vuelan. ¿Y qué desean saber que no hayan preguntado ya a todo el mundo sin ni siquiera pedir mi autorización para hablar con mi personal? —les soltó con prepotencia y chulería mirando al uno y al otro alternativamente.

—Nos gustaría conocer su valiosísima opinión sobre los motivos que podría tener el asesino para haber acabado con la vida del Dr. Torres —respondió con cierto retintín la inspectora.

—Inspectora, espero que entienda que yo soy el jefe del servicio de Cirugía Cardiovascular de este maravilloso hospital y que, si querían hablar con alguno de mis cirujanos por cuestiones relacionadas con el trabajo, lo más adecuado hubiera sido solicitar mi consentimiento con antelación, ¿no le parece así? —le preguntó a la inspectora, ante lo cual ella reaccionó guardando unos instantes

de silencio en los que seguramente se estaba mordiendo la lengua para no responder lo que su cerebro le estaba pidiendo.

—Tiene usted razón, Dr. Rojo, deberíamos haber hablado con usted en primer lugar —se adelantó el subinspector temiendo la respuesta de su compañera.

—Si se produce un nuevo asesinato de algún miembro de su equipo usted será el primero al que nos dirijamos antes de iniciar la investigación, Doctor —respondió la inspectora con una ironía nada disimulada.

—Está bien, señores.

«Y dale con lo de señores» le emergió este pensamiento a la inspectora al mismo tiempo que unas enormes ganas de estrangular al cirujano.

—¿En qué puedo ayudarles?

—Entre la gente que trabajaba con el Dr. Torres en el hospital, ¿hay alguien que tuviera motivos para asesinarle?

—Inspectora, creo que no puedo aportarle nada nuevo a lo que ya les han explicado. No creo necesario que les repita lo que ya saben.

—¿Qué podría decirnos del Dr. Guillén? No ha venido en toda la semana al hospital, en su domicilio no lo hemos podido localizar y no responde al teléfono —informó el subinspector.

—Normal y lógico. Si hubieran hablado conmigo en primer lugar antes que con enfermeras y otros personajes de este hospital, les hubiera informado de que el Dr. Guillén es el representante de nuestro servicio en el congreso mundial de cirugía cardiovascular que se está celebrando desde el viernes en Denver, Colorado, en los Estados Unidos. No se le espera de vuelta hasta la próxima semana.

«Buena coartada. Lo eliminaremos de la lista» pensaron ambos policías al unísono.

—Y, ¿entre el resto de los miembros de su servicio no podría haber un candidato que sobresaliera sobre los demás, Dr. Rojo?

—Subinspector, si usted coge un dado y lo tira al aire, las probabilidades de salir de cada una de las seis caras, de los seis números, son exactamente las mismas. Lo mismo sucede con los candidatos a asesino del Dr. Torres. No hay ninguno que tenga más

oportunidades, el dado no está trucado —intentó evidenciar el cirujano.

—Doctor, ahora que habla de juegos de azar, ¿no jugará usted al póquer? —introdujo una nueva vía la inspectora ya que el símil empleado no le había parecido vacío.

—No es que sea muy amante de las cartas, pero alguna partidita sí que juego de vez en cuando.

—Y, ¿ha compartido mesa con el Dr. Torres en alguna ocasión?

—No sé a qué viene esa pregunta —intentó desviar la atención el Dr. Rojo.

—Pues viene a que el Dr. Torres jugaba partidas ilegales de póquer en las que perdía grandes cantidades de dinero y tenía deudas que no podía pagar —apretó la inspectora al doctor.

—¿Qué quiere decir, inspectora?

—¿Le debía dinero el Dr. Torres?

—¿Dónde estuvo usted el fin de semana, doctor? —le preguntó el subinspector sin darle tiempo a que respondiera.

—¿Qué están insinuando, que yo maté al Dr. Torres? Esto es inadmisible —respondió gritando al tiempo que se levantó de un salto de su butaca de cuero.

—Cálmese, Dr. Rojo —le invitó el subinspector a deponer su agresiva conducta.

—¡Que me calme! ¿Me están acusando de asesinato en mi propio despacho y quieren que me calme?

—No le estamos acusando de nada, solo le estamos haciendo unas preguntas, que si usted es inocente no debería tener ningún problema en contestar.

Ante el escándalo que había montado el Dr. Rojo entró por la puerta del despacho la secretaria alertada por los gritos.

—No ocurre nada, Judith. Estos señores ya se iban. ¿Puede acompañarlos, si es tan amable?

—Dr. Torres, no abandone el país sin notificarlo en comisaría —le disparó la inspectora con la mayor acidez de la que era capaz.

—Si quieren algo de mí, hablen antes con mi abogado, señores. Adiós —se despidió dándoles un portazo en la cara.

Los dos policías abandonaron el despacho del Dr. Rojo con una sensación extraña, una sensación de que igual habían descubierto algo, pero también con la sensación de que no les iba a servir para nada.

—Éntrele una tila al doctor, que la necesita —le dijeron a la secretaria al salir hacia el vestíbulo.

—Creo que ya no está acostumbrado a operar y no es capaz de controlar los nervios —añadió el subinspector.

Los dos compañeros se dirigieron hacia las escaleras para subir a la sexta planta con intención de hablar con el jefe de servicio de Medicina Intensiva, aunque no tenían apenas esperanzas de que ello les fuera a reportar ningún beneficio. La ascensión se hizo muy larga ya que en cada rellano paraban para comentar la entrevista-interrogatorio del Dr. Rojo.

—Acabamos de hablar con el típico doctor salvavidas que se ama con locura y que piensa que por el hecho de ser médico está por encima de los demás —comentó el subinspector.

—Y puede que por encima de la ley —agravó la situación la inspectora.

—¿Tú crees, Laura?

—En estos momentos ya no sé qué creer, pero tengo la clara certeza de que este caso va a ser muy complicado de resolver.

—Los sospechosos con cierto peso que tenemos siguen siendo tres. Hemos sacado de la ecuación al Dr. Guillen, pero a la Dra. Bitrià y al Dr. Mateu les hemos añadido al jefe del eliminado, el Dr. Rojo. Yo centraría la investigación en estos tres y si no conseguimos avanzar abriría el abanico a los demás candidatos de segunda. ¿Qué opinas, Laura?

—Que en realidad son cuatro, pero mientras nosotros no podamos hacer nada en el caso del Dr. Giró, estoy de acuerdo contigo; nos centramos en estos tres y luego ya se verá.

La conversación se acabó cuando accedieron de nuevo a la Unidad de Cuidados Intensivos. Allí les recibió su jefe de servicio, el Dr. Pep Llorens, quien no era capaz de aportar nada nuevo al caso.

Los mismos argumentos y las mismas explicaciones. Nada que disminuyera el elenco de sospechosos, pero al menos esta vez no había aumentado. Aprovechando su estancia en cuidados intensivos decidieron volver a hablar con la Dra. Bitrià y con la enfermera Jordà. A la primera le sugirieron la posibilidad de que tuviera una nueva pareja que hubiera ocupado el lugar del Dr. Torres y que le hubiera podido ayudar en el asesinato de su ex, pero tal y como fue el interrogatorio, no parecía lo más probable, de hecho, se les rio en la cara. Además, con esas acusaciones consiguieron enfadar a la doctora y que les remitiera a su abogado para cualquier otra cuestión que hiciera referencia a la muerte del Dr. Torres. En cuanto a la enfermera, nada nuevo que aportar. La descartarían por completo si no aparecía ninguna evidencia nueva.

Cuando salieron de la U.C.I. el rugido de sus estómagos delataba que llevaban muchas horas a base de café y nada más. Se les habían hecho las seis de la tarde y no se habían dado ni cuenta. Laura propuso que fueran a comer algo y que después pasaran por la comisaría con la intención de redactar lo descubierto durante la jornada. David le recordó a su compañera que ella había quedado con el comisario para hablar y comer algo en el Bar Bacoa. No es que la inspectora lo hubiera olvidado, pero no estaba muy segura de querer reunirse con su jefe; aún estaba molesta con él por haberle bloqueado una parte de la investigación. El subinspector la animó para que escuchara lo que su jefe tenía que decirle. Estaba seguro de que sus explicaciones la convencerían. El comisario Pou parecía una buena persona, respetable y muy íntegra.

La inspectora tomó los mandos de su Audi y telefoneó al comisario para informarle de que estaban de regreso. Por lo visto ambos se habían saltado la comida del mediodía y decidieron, aprovechando que el Bar Bacoa hacía brasa las veinticuatro horas del día, que ese era buen momento para tener la conversación que tenían pendiente desde la mañana.

Cuando llegaron a la comisaría la inspectora dejó al subinspector, se despidieron y se dirigió hacia el restaurante. Cuando entró vio que el comisario ya la esperaba sentado a una mesa para dos en una zona tranquila del local.

—Hola, Jordi —saludó cuando llegó a la mesa.

—Siéntate, Laura, por favor —la invitó a sentarse al mismo tiempo que se levantaba de su silla por cortesía—. Te he citado aquí, fuera de la comisaría porque quería explicarte una cosa sin que nadie pudiera escucharnos; ni tu nuevo compañero, del que me he llevado una muy buena impresión, ni el posible topo que pudiera haber en nuestro departamento.

—Tú dirás, Jordi, soy toda oídos —dijo sintiendo la necesidad de saber el motivo por el cual su compañero, pero jefe de todos modos, la había apartado de esa parte de la investigación.

—Te he pedido que no investigaras al Dr. Giró por un motivo de peso. No ha sido por azar o por un capricho mío. Como tú bien sabes, Barcelona es una ciudad en la que hay mucha gente con poder infinito —la inspectora asintió con la cabeza —y uno de esos personajes es un gran amigo mío.

—Y, ¿eso qué tiene que ver con nuestra investigación? —le interrumpió la inspectora.

—Laura, por favor, déjame que te lo explique con calma y lo entenderás.

—Discúlpame, Jordi. Continúa.

—Ese amigo mío, cuyo nombre y cargo obviaré, un día me llamó porque sospechaba que su mujer le estaba siendo infiel. Me pidió que lo investigara y eso hice. Tras varias semanas de seguimiento a su esposa conseguí confirmar las sospechas que mi amigo tenía. Le estaba siendo infiel.

—Pero…

—No, Laura. No me aproveché de los recursos de la comisaría. Investigué por mi cuenta y en mi tiempo libre. Mi amigo es un hombre muy poderoso, pero es una grandísima persona con la que me une una gran amistad y como sé que él haría todo lo que estuviera en su mano para ayudarme si lo necesitara, así lo hice yo con él porque creí que era lo que debía hacer.

—Y descubriste que el amante de la esposa de tu amigo era el Dr. Giró.

—Así es, Laura. Mi amigo tiene una gran reputación y ama a su esposa y lo último que quiere es que haya un escándalo a su

alrededor. Como su esposa y Abel son muy discretos, prefiere que las cosas se mantengan tal y como están.

—Pero entonces, ¿por qué el Dr. Giró recurre a una empresa que crea coartadas?

—Porque él también está casado y no quiere que su esposa lo sepa. Y si tu siguiente pregunta es saber si el fin de semana lo pasaron juntos la esposa de mi amigo y el Dr. Giró, la respuesta es sí.

—Y, ¿cómo lo has sabido? —insistió la inspectora no pareciendo del todo convencida con las explicaciones del inspector.

—Laura, Laura, Laura. Veo que no te fías ni de tu madre. Está bien. Lo sé porque se lo pregunté a la esposa de mi amigo, pero tranquila, ella era conocedora de que yo estaba al tanto de la situación y no he tenido que destapar nada.

—Y por curiosidad, ¿dónde estuvieron? Cuando el Dr. Giró nos intentó colar lo de su viaje a Praga, David y yo intentamos adivinar dónde había estado realmente con su amante. Los lugares que salieron fueron la Costa Brava y la Cerdanya.

—La Cerdanya. Ahora es muy gratificante sentarse delante de una chimenea a tomar una copa de vino en buena compañía —se imaginó el comisario la escena al mismo tiempo que la relataba.

—Tienes razón, sería magnífico, pero me falta la casa, la chimenea, el tiempo y la compañía —respondió con cierta tristeza la inspectora.

—Bueno, aclarado el asunto del Dr. Giró, hay otra cosa que quiero comentarte —cambió de tema con cierta preocupación.

—Me estoy temiendo que no son buenas noticias.

—No, no lo son. He hablado con Joan Cardedeu…

—¿El magnate de los medios de comunicación?

—El mismo, y me ha dicho que solo va a poder detener a su reportera estrella, Mònica Cardós, unas cuantas horas más, por lo que, si no resolvemos rápido el asesinato, la cosa nos puede estallar en los morros.

—¡Joder! —exclamó la inspectora con rabia.

—Así es, Laura. Un problema añadido más. ¿Te sientes preparada para ello? —pretendió ser delicado con Laura.

—Jordi, la verdad es que no lo sé. Quizá debería haberte hecho caso y tomarme todas las vacaciones que me habías concedido.

—Todavía estás a tiempo. Yo puedo hacerme cargo de la investigación junto con el subinspector Palau —sugirió el comisario amablemente.

—Te lo agradezco en el alma, Jordi, pero tú tienes muchas cosas a las que dedicar tu tiempo y David, aunque es un tipo muy capaz, es nuevo en la ciudad y ese es un detalle muy importante en esta investigación —justificó así su negativa a abandonar el caso.

—Y volviendo a la investigación. ¿Alguna novedad?

—Sí y no. Hemos descartado uno de los sospechosos de la lista, pero hemos añadido a otro.

La inspectora resumió lo acontecido durante la jornada en el hospital mientras disfrutaban del menú a la brasa del Bar Bacoa.

—Por lo que habéis sabido hoy, el móvil del asesinato tiene dos posibilidades claras: el primer motivo es el laboral, es decir, todo lo que haya acontecido entre el Dr. Torres y el resto de los trabajadores dentro del hospital. Y el segundo, tiene que ver con el juego y las deudas que el finado había contraído con dos de sus compañeros, el Dr. Mateu y su propio jefe, el Dr. Rojo.

—Eso parece lo más probable, Jordi, aunque hay una persona que se podría incluir en ambos grupos: su esposa.

—Tienes razón. La Dra. Bitrià es una sospechosa muy particular, pero no hay que descartarla por el momento. Con la muerte de su esposo gana económicamente, pero no sabemos si también gana a nivel laboral. No sabemos si tenía los mismos problemas médicos que sus compañeros, lo que sí tenemos claro es que no la acosaba sexualmente.

—Estoy completamente segura de que ella era foco de sus iras igual que sus compañeros si algún paciente que estuviera bajo su vigilancia no evolucionaba tal y como el Dr. Torres esperaba —afirmó con rotundidad la inspectora.

—Creo que vuelves a tener razón. Hagamos una cosa, ahora cada uno se va a su casa, nos tomamos una copa, nos hacemos una bañera, nos relajamos un rato y le damos un repaso al caso y mañana por la mañana a primera hora nos reunimos tú, David y yo

en mi despacho y decidimos en qué dirección encaminamos la investigación, ¿te parece bien? —le propuso el comisario.

—Te tomo la palabra, aunque lo de la copa me lo voy a saltar, si no te importa —le respondió con una sonrisa.

—Pues ya me tomaré yo la tuya —rieron ambos.

Una vez pagada la cuenta salieron a la calle dónde se despidieron.

—Laura, si en cualquier momento necesitas un descanso, solo tienes que pedírmelo.

—Gracias, Jordi, así lo haré.

—¿Qué te parece si te tomas los fines de semana libres si la cosa no avanza y vas a ver a tu familia a Lleida? Si surgiera algo nos podemos encargar el subinspector y yo y si la cosa se pusiera al rojo vivo, en hora y media estás aquí.

—Jordi, creo que te voy a volver a tomar la palabra. Muchas gracias y nos vemos mañana.

El comisario volvió a su despacho y Laura cogió su coche y condujo hacia su apartamento. Aprovechó el trayecto para poner al corriente a su compañero de las últimas órdenes del comisario: la bañera, la copa, la reflexión y la reunión de la mañana siguiente. El subinspector acató las órdenes de buen grado, aunque como no tenía bañera se dio una larga ducha de agua caliente y se tomó una copa de Cassís que le regaló su amiga Carme de la Val d'Aran.

14

Jueves, 26 de noviembre de 2020

Tras cumplir las órdenes del comisario, cada uno con sus variantes, pudieron reflexionar tranquilamente sobre el caso y tener un sueño reparador. Es mejor irse a dormir con los problemas, si no resueltos, al menos ya analizados.

A la mañana siguiente, a las siete en punto estaban reunidos los tres en el despacho del comisario quien les puso encima de la mesa un ejemplar del "Barcelona News" recién salido de las rotativas.

—¡Joder con la Mònica de los cojones! —exclamó furibunda la inspectora—. ¿No nos va a dejar trabajar tranquilos?

La inspectora tomó el diario y echó una ojeada a la portada en la que se leía el titular: "Vampiro asesina a un conocido cirujano cardiovascular".

—Pero ¿qué hostias de titular es este?

—Cálmate, Laura —intentó el comisario que volviera a un estado de normalidad.

—Pero ¿cómo quieres que me calme si esta hija de puta nos va a complicar la existencia con sus titulares y sus artículos? ¿Y cómo es que tu amigo le ha dejado publicar ese titular tan fuera de lugar? —siguió hablando fuera de sí.

—Laura, por favor. ¡Cálmate! ¿No ves que así no vamos a resolver ningún caso? —insistió el comisario en su afán de calmar a su compañera alzando la voz más de lo que hubiera deseado.

—Está bien, Jordi, lo siento. Ya me calmo, pero es que esa mujer, esa bruja me saca de mis casillas —intentó disculparse la inspectora.

—Y eso es precisamente lo que quiere, sacarnos de quicio para que en un momento de descontrol le expliquemos más de lo que

deberíamos.

—Tienes razón, David, pero si hubieras estado a punto de morir porque una periodista interfirió en una de tus investigaciones, por mucho psicólogo que seas, no sé si podrías tomarte las cosas con la calma que predicas —le soltó a su compañero a quien le vino a la memoria la cicatriz en el abdomen que le había enseñado su compañera.

—Lo siento, Laura, no debería haber sido tan simplista en mi comentario.

—Bueno, ahora que estamos todos más calmados, podemos leer el artículo y así sabremos la alarma social que puede generar.

En el artículo se explicaba que el cuerpo del cirujano fue hallado semidesnudo en los bunkers del Carmel, con unas marcas en el lado izquierdo de su cuello que se debían al mordisco ejecutado por unos colmillos y que el fallecido había muerto desangrado, probablemente porque algún ser le había succionado toda la sangre antes de arrojarlo a un contenedor. En ningún momento se mencionaba el hallazgo del carné de médico sujeto entre los dientes de la víctima.

—Este artículo me sugiere varias incógnitas: la primera es si la prensa sabe lo del carné y lo ha ocultado por algún motivo, ya sea por deferencia o para pedirnos información a cambio de no revelar esa parte del asesinato, o si no tienen ni la más remota idea.

—Siendo la periodista que es, yo creo que lo sabe y se guarda un as en la manga.

—Es lo más probable, Laura. Esa mujer es una víbora.

—No tenéis muy buen concepto de ella —dijo con cierta sorpresa el subinspector.

—Si la conocieras no tendrías ninguna duda de que lo que decimos no se aleja lo más mínimo de la realidad. Es la típica que sigue el lema "no impidas que la verdad te arruine una buena noticia" y este caso tiene pinta de que va a ir por ahí, porque los vampiros solo existen en las novelas —argumentó la inspectora.

—Si os parece sigo con otra de las incógnitas que me ha generado el artículo —les sugirió el comisario—. Si la población sospecha que hay un vampiro, o alguien que mata para beberse la

sangre de sus víctimas, no sé si sería mejor que pensaran que todos son potenciales víctimas o que el chupasangre solo está interesado en médicos.

—La verdad es que si la gente piensa que están a salvo por no ser médicos, todo va a estar más tranquilo, no se van a volver locos y no cundirá el pánico, pero no me parece buena idea poner el foco en el colectivo médico—sugirió el subinspector.

—Creo que tienes razón, David. No podemos alarmar a un grupo poblacional de ese modo. Habrá que buscar otra fórmula.

—Y, ¿qué sugieres, Jordi?

—Creo que va a ser muy fácil, Laura, y mataremos dos pájaros de un tiro. Convocaremos una rueda de prensa sin opción a preguntas y expondremos que la muerte del Dr. Torres ha sido debida a motivos económicos. Que las marcas en el cuello fueron causadas por una pistola eléctrica y no por unas mordeduras, y que la muerte le sobrevino por una gran pérdida de sangre a través de una herida infligida por un arma blanca. No estamos mintiendo, pero nos guardamos algún detalle que nos podría ser útil para la investigación.

—Me parece muy buena idea, comisario. ¿Cuándo convocamos la rueda de prensa y quien comparecerá?

—Si te parece bien, podemos aparecer tú y yo como encargados de la investigación. Yo expongo la situación y tú permaneces a mi lado evidenciando que tienes todo mi apoyo, pero así los focos no recaen directamente sobre ti. El subinspector mejor que se quede al margen. Siempre es bueno que no conozcan a todo el equipo, tener un arma secreta es un buen plan alternativo.

—Estoy de acuerdo contigo, Jordi.

—Soy de la misma opinión —afirmó el subinspector.

—Ahora debemos volver al motivo inicial de esta reunión. Decidir la estrategia que debemos seguir en la investigación: las deudas de juego o los motivos profesionales —recondujo la sesión el comisario.

—Jordi, por muchas habilidades médicas que se hayan utilizado para asesinar al Dr. Torres, a mí no me entra en la cabeza que unos enfrentamientos en quirófano o en la Unidad de Cuidados Intensivos

sean más potentes que unas deudas de juego impagadas como motivo para un asesinato y más ahora que hemos sumado al Dr. Rojo, jefe de cirugía cardiovascular, a la lista de sospechosos.

—Yo soy de la misma opinión, a no ser que el asesino tenga algún desequilibrio mental, cosa que no hemos evidenciado en ninguno de los sospechosos —afirmó el subinspector añadiendo un nuevo aspecto a la investigación.

—Yo también apuesto por el móvil monetario, aunque esto va a ser más arriesgado de lo que pudiera parecer inicialmente, ya que la calaña que se mueve en esos mundos es muy peligrosa —sugirió el comisario—. Si os parece bien, yo voy a organizar la rueda de prensa y vosotros os tomáis un café y estudiáis la manera de proseguir la investigación con el nuevo enfoque que hemos decidido.

Cuando llevaban unos minutos enfrascados cada uno en su parte del trabajo, sonó el teléfono fijo de la inspectora. Laura respondió la llamada que resultó ser de Fausto, el agente de recepción. Le comunicó que el día anterior un agente cuyo nombre no recordaba, había llamado para informarle de que no habían obtenido ninguna información de los vecinos del Carmel y que el mendigo que descubrió el cadáver seguía en paradero desconocido.

El subinspector había dedicado su tiempo a investigar sobre el táser, la pistola eléctrica que utilizó el asesino para dejar fuera de combate a su víctima. Habían recibido un correo electrónico del Dr. Mur, el forense, en el cual les detallaba diversos aspectos de la autopsia. Entre ellos les indicaba cual era la distancia que había entre las dos quemaduras que había producido la pistola al descargar sobre el cuello del Dr. Torres, cosa que podría ayudar a saber el modelo utilizado. También realizó una hipótesis sobre la potencia eléctrica de dicha arma. En base a esos datos, el subinspector dedujo tras revisar diversos modelos hallados en la red, que el arma utilizada con mayor probabilidad era un Pegasus PG928 de 12.000KV. Este tipo de armas son ilegales entre la población civil y teóricamente no se pueden comprar en comercios físicos ni a través de plataformas digitales nacionales, pero es muy fácil su adquisición, por unos cien euros aproximadamente, tanto en tiendas

como en páginas web de Andorra, por lo que cualquiera podría poseer esta arma y no sería fácil descubrir quién era el asesino tirando de ese hilo.

Estaban acabando de poner sus hallazgos en común cuando la inspectora recibió en su móvil la llamada del comisario Pou convocándolos en treinta minutos en la sala de comunicaciones que la comisaría tenía en la planta baja del edificio. Se iba a llevar a cabo la rueda de prensa, sin turno de preguntas y, aunque él iba a ser quien hablara, quería verse respaldado por su equipo y al mismo tiempo su intención era tranquilizar a la población ya que podrían ver a la inspectora Sans, quien con tanta eficiencia había conseguido atrapar al asesino del crucigrama. El comisario consideraba que la ciudad se sentiría más protegida si explicaba que el asesino no era un vampiro y que su mejor policía estaba a cargo de la investigación.

Cuando los dos policías accedieron al estrado desde el cual iban a emitir el comunicado, el subinspector se quedó en el pasillo contiguo. La sala de prensa estaba llena de periodistas y, en primera fila, como no, y armada con un micrófono estaba Mònica Cardós, el grano en el culo más grande que había tenido en su vida el comisario Pou. Sin dar tiempo a que se sentaran en sus sillas, la Sra. Cardós ya había lanzado su primera andanada de preguntas.

—Comisario, ¿qué puede decirnos del asesinato del vampiro? ¿Tienen alguna pista de quién puede ser? ¿Por qué le chupó la sangre a su víctima? Que matara al Dr. Torres, ¿fue algo fortuito o premeditado?

—Bon dia a tothom! —inició su presentación el comisario sin hacer caso a las preguntas de la periodista—. Permítanme que nos presente. Yo soy el comisario Pou y seré quien supervise la investigación, pero el peso del trabajo corresponderá a la inspectora Sans, a la que seguro todos recuerdan por su brillante investigación en la reciente detención del asesino del crucigrama.

—Comisario, ¿habrá más víctimas del vampiro? ¿Qué están haciendo para atraparlo? —interrumpió la Sra Cardós.

—Sra. Cardós, como persona inteligente que creo que usted es «aunque a veces lo dudo», será capaz de entender que en una

comparecencia de prensa sin turno de preguntas no se responden preguntas —le espetó el comisario sin la menor consideración.

—Pero, comisario, a mí me han convocado a una rueda de prensa —le respondió la periodista visiblemente molesta.

—El departamento de prensa del cuerpo de Mossos d'Esquadra ha convocado una comparecencia sin turno de preguntas y eso es lo que va a ser —insistió el comisario.

—No hay derecho, no pueden callar a la prensa —se indignó la Sra. Cardós y se sentó en una silla al mismo tiempo que tiraba al suelo el micrófono que llevaba en su mano.

—Les hemos convocado hoy aquí —retomó de nuevo la comparecencia el comisario Pou— para informarles sobre el hallazgo de un cadáver el pasado lunes 23 de noviembre en los bunkers del Carmel. Se trata de un varón de cuarenta años que fue asesinado por alguien que le infligió una herida por arma blanca que provocó que se desangrara hasta morir. No fue ningún vampiro el que le mordió el cuello y le chupó la sangre hasta vaciarlo. Las huellas que presentaba el fallecido en el cuello no eran mordeduras, eran las quemaduras producidas por un táser, una pistola eléctrica que el asesino utilizó para dejar fuera de combate a la víctima y después poder usar el arma blanca con tranquilidad.

—Y, ¿por qué lo mató de ese modo? —preguntó otro periodista presente en la comparecencia.

—Desconocemos los motivos que llevaron al asesino a utilizar este método para acabar con la vida del fallecido, pero estamos investigando sobre ello —comentó con naturalidad el comisario.

—¿A él le permiten hacer preguntas y a mí no? —gritó la Sra. Cardós levantándose como un resorte de su silla.

—Sra Cardós, le ruego se comporte y se siente —le dijo el comisario con cierto retintín.

—Pero no es justo —continuó con indignación la periodista.

—Sra. Cardós, su inteligencia le permitirá entender que mi siguiente aportación era intentar explicar la motivación que pudiera tener el asesino para utilizar el método que usó, ¿no le parece? —añadió el comisario, a lo cual no obtuvo respuesta.

Tras un breve silencio en la sala, que pareció hacerse eterno, el comisario retomó la palabra para resumir de nuevo la situación y dar algunos detalles, como que el móvil fue económico, pero omitió que era a causa de unas deudas de juego y también ocultó que la víctima portaba en su boca el carné de médico colegiado, tras lo cual dio por finalizada la rueda de prensa y los dos policías abandonaron la sala y se dirigieron al despacho del comisario, hacia donde también acudió el subinspector.

—Le tenías ganas a la Cardós, ¿eh?, Jordi.

—No lo sabes tú bien, Laura. Siempre metiéndose por el medio. Sus intromisiones han alarmado a la población en innumerables ocasiones con lo que nos ha dificultado muchas investigaciones. En este caso espero que la gente entienda nuestras explicaciones y no haga mucho caso a esa vendepanfletos —se explayó a gusto el comisario.

—Así lo espero porque si al hecho de que la investigación no está siendo muy productiva añadimos una alarma social, la cosa puede ponerse muy cuesta arriba —añadió con cierto desánimo la inspectora.

—Si la investigación la centramos en las deudas de juego como el móvil del asesinato, ¿cuál va a ser el próximo paso que demos? —intervino el subinspector.

—Ya era hora de que dijeras algo. Estabas muy calladito, ¿no? —comentó la inspectora mientras esbozaba una sonrisa.

—Cuando hablan los grandes jefes, los buenos subordinados callan —respondió.

—Los rangos en mi equipo son secundarios, lo importante es trabajar juntos y todos en la misma dirección. Siempre lo he pensado y siempre lo pensaré —respondió el comisario.

—Doy fe de ello —atestiguó la inspectora—, pero entiendo que David lo decía porque no le ha salido nada mejor.

—Así es, compañera. Llevaba mucho rato sin practicar.

Los tres se pusieron manos a la obra para reorientar la investigación hacia el juego ilegal que tenía lugar en Barcelona con

la intención de descubrir algo que pudiera incriminar a uno de los dos principales sospechosos por este motivo.

El primer paso que decidieron fue poner vigilancia a ambos, al cirujano general, el Dr. Andreu Mateu y al jefe de servicio de cirugía cardiovascular, el Dr. Carlos Rojo. De ello se encargarían sus propios compañeros de la comisaría respetando sus turnos de trabajo. Aunque su intención era implicar al menor número de agentes posible en la investigación, no les quedaba otro remedio que, en el segundo paso, solicitar ayuda al Àrea Central del Crim Organitzat, quienes eran los que podrían conocer mejor a las personas involucradas en las partidas ilegales de póquer que se celebraban en la ciudad.

Otro clavo al que decidieron agarrarse fue al de los confidentes de la policía. Muchas veces habían obtenido información muy valiosa para, si no cerrar los casos, reorientar en la dirección correcta algunas investigaciones que habían quedado encalladas.

Tras determinar las tres patas de la investigación, el comisario se encargó de contactar con crimen organizado, mientras que la inspectora y el subinspector se dedicaron a hablar con los confidentes policiales y a hacer una nueva visita a los dos sospechosos del crimen. La vigilancia quedó a cargo de los agentes de la comisaría. Durante el resto de la jornada intentarían obtener el máximo de información y se emplazarían a última hora de la tarde para poner sobre la mesa lo que hubieran averiguado.

Una vez finalizada la reunión el comisario se quedó en su despacho realizando las llamadas pertinentes, mientras que la otra mitad del equipo informó a los agentes del *escamot* de la nueva tarea que se les había encomendado e insistieron en la necesidad de trabajar con cautela y que intentaran pasar desapercibidos.

El resto del día lo dedicaron a hablar con diversos confidentes habituales y con los dos sospechosos.

Eran casi las ocho de la noche cuando se reencontraron los tres policías en el despacho del comisario con la esperanza de que el otro brazo de la investigación hubiera avanzado más que ellos mismos, ya que los resultados propios no eran muy halagüeños.

Tras servirse unos vasos de agua y sentarse a la mesa del comisario, expusieron sus hallazgos.

—He estado hablando con crimen organizado y me han dicho que tienen conocimiento de que el sábado pasado hubo una gran partida clandestina en un tugurio de Barcelona —introdujo el inspector sus conclusiones—, pero que esta información les llegó tarde y no pudieron detener a nadie. Esa gente son personas muy poderosas y mueven ingentes cantidades de dinero por lo que son extremadamente cautelosas, toman muchísimas precauciones. Las partidas cambian de ubicación constantemente y donde no llega la previsión llegan el soborno y la corrupción.

—Vamos, que por ahí no tenemos nada —resumió la inspectora.

—Efectivamente, Laura, así es —confirmó el comisario con pesar.

—Nosotros hemos interrogado de nuevo a los dos sospechosos y no hemos obtenido nada nuevo. El Dr. Rojo se ha mostrado muy arrogante y chulesco y nos ha invitado a que demostráramos que él participaba en timbas ilegales o que había asesinado al Dr. Torres, todo eso mientras se tomaba un whisky —expresó con gran desconcierto el subinspector—. Tiene una autoestima tan elevada, es tan narcisista y egocéntrico que le creo capaz de haber asesinado a su subordinado sin tener el más mínimo remordimiento —añadió.

—Jordi, el Dr. Rojo es el candidato perfecto. Tiene móvil, tiene las habilidades para haber ejecutado a la víctima tal y como se produjo la muerte y su perfil psicológico encaja con alguien capaz de cometer ese crimen —concluyó la inspectora.

—Pero hay un problema. No podemos demostrarlo. No hay pruebas que lo incriminen y aunque nunca nos ha expresado tener coartada, creo que le sería fácil encontrar a alguien que se la sirviera en bandeja. ¿Y en cuanto al Dr. Mateu? —finalizó el comisario.

—Sigue enrocado en el que de la cárcel se sale, pero de una tumba no.

—Está claro que el Dr. Rojo es mucho más influyente y que su personalidad es mucho más fuerte que la del Dr. Mateu.

Yo lo apostaría todo al rojo —bromeó el comisario con la intención de animar un poco a sus compañeros.

—Me alegra que conserves el sentido del humor, Jordi. Yo en estos momentos no soy capaz de ser tan positiva —le confesó la inspectora.

—Nunca viene mal una sonrisa —le dijo el comisario guiñándole un ojo—. ¿Los confidentes han aportado algo?

—La verdad es que sí —afirmó rotundamente Laura.

—¿Os habéis guardado lo mejor para el final? —preguntó el comisario entre molesto por no haber empezado por las buenas noticias y contento porque las hubiera.

—Varios confidentes con los que hemos hablado nos han asegurado que el sábado hubo una gran partida, como le han dicho desde crimen organizado, y que entre los participantes se incluían nuestros dos sospechosos —relató el subinspector.

—Pero ¡eso es magnífico! —exclamó el comisario.

—Lo es, pero solo en parte —respondió la inspectora bajando el *soufflé*.

—Que se confirme que hay una relación en torno al juego ilegal entre el fallecido y los dos sospechosos fortalece que este pueda ser el móvil del crimen, pero ni mucho menos nos lo confirma —argumentó el subinspector.

—Y el hecho de que la gran partida se celebrara la noche del sábado al domingo y que ambos sospechosos estuvieran presentes no les sirve de coartada ya que el crimen tuvo lugar el viernes por la noche o el sábado por la mañana y el abandono del cadáver la madrugada del lunes —remató la inspectora.

—Con lo cual estamos en el mismo punto, pero aumentan las posibilidades de que el crimen haya sido cometido por uno de los dos sospechosos, aunque no podamos demostrarlo —resumió el comisario la situación.

—Así es, Jordi.

—Pues llegados a este punto creo que deberíamos irnos a descansar y esperar a ver si el seguimiento al que vamos a someter a los doctores da sus frutos en un sentido o en otro.

—De acuerdo, comisario.

—David, creo que sería conveniente que empezaras a tutearme y llamarme por mi nombre.

—De acuerdo, Jordi. Intentaré tenerlo presente.

—Pues a intentar dormir bien y nos vemos mañana aquí mismo con la mente descansada para ver si se nos ocurre alguna otra vía de investigación.

Los tres policías se despidieron. El comisario aún permaneció un par de horas más en su despacho, ya que ese no era el único caso en el que trabajaba. La inspectora y el subinspector decidieron hacer un alto en el camino y tomarse una cerveza en el bar que había en el chaflán frente a la comisaría. Allí repasarían nuevamente la investigación, desatendiendo las indicaciones del comisario, pero no eran capaces de irse a sus domicilios sin darle una vuelta más al caso. Tras una segunda ronda, decidieron levantar la sesión y regresar a casa para descansar y cargar las baterías para poder seguir con la investigación el día siguiente.

15

Viernes, 27 de noviembre de 2020

La inspectora Sans se levantó esa mañana con migraña. Era algo que la torturaba con más frecuencia de la que ella desearía. Las situaciones estresantes las facilitaban y hacían que fueran más intensas que las que sufría en épocas en las que estaba más relajada. Se asomó a la ventana de su pequeño apartamento y vio un magnífico cielo estrellado que la invitó a salir a pasear. A esas horas, a finales de noviembre, el sol aún tardaría un buen rato en aparecer. Se puso un chándal, sus Salomon de trekking y la chaqueta Ternua y salió de casa con la esperanza de que su migraña mejorara deambulando por el barrio, pero no lo consiguió. Regresó a casa y tras pasar por la ducha se tomó su primer café, bien cargado, como de costumbre.

Una vez preparada salió de casa y se dirigió hacia la comisaria deseando de que a alguno de sus compañeros se le hubiera encendido una lucecita que recondujera la investigación, ya que ella estaba fija en el mismo punto muerto.

Tras pasar un momento por su despacho, se dirigió a la tercera planta donde ya le esperaban sus dos compañeros. El comisario les informó de que el seguimiento nocturno de los dos sospechosos no había dado ningún fruto.

El Dr. Rojo había estado cenando con unos amigos y tras pasar por una fiesta universitaria, en la que flirteó sin éxito con diversas estudiantes, se dirigió en compañía de dos hombres a un famoso pub donde dieron buena cuenta de dos botellas de Champán del caro. Sobre las 5 de la mañana abandonaron el local y cada uno cogió su vehículo. El doctor se dirigió hacia su domicilio y entró en el aparcamiento del edificio, de donde a esas horas aún no se le había

visto salir, a pesar de ser viernes y supuestamente debía acudir a trabajar.

Como que la orden de seguimiento de los sospechosos se había cursado ya muy avanzada la tarde, no se pudo localizar al Dr. Mateu. La patrulla que se apostó delante de su domicilio les acababa de informar de que anoche no se le vio acceder a él y que hacía unos instantes había abandonado la finca conduciendo su coche, por lo que suponían que había permanecido toda la noche en su casa.

—¿Qué te ocurre, Laura? —preguntó el comisario a su compañera al ver que se estaba haciendo un masaje en su globo ocular derecho.

—La dichosa migraña, Jordi. Ya sabes que soy propensa a ellas y que me atacan cuando menos me conviene.

—El estrés y la tensión son un *trigger* para ellas —añadió el subinspector.

—¿Me lo dices o me lo cuentas? —respondió la inspectora algo molesta ya que bien sabía ella lo que le empeoraba sus jodidas migrañas.

—Lo siento, Laura, no quería molestarte.

—Perdóname tú a mí, David. Cuando tengo estos dolores de cabeza me es imposible no estar de mal humor.

—Bueno, una vez disculpados todos voy a ejercer de comisario y os voy a dar unas órdenes de obligado cumplimiento —dijo poniéndose serio.

—El subinspector Palau y un servidor se van a hacer cargo de la investigación mientras que la inspectora Sans se va a ir a su casa, va a hacer la maleta, se va a ir a Lleida a ver a su familia y no aparecerá por este despacho hasta el lunes, a no ser que la investigación dé un vuelco y su presencia sea requerida en esta comisaría.

—Pero, Jordi —exclamó sorprendida la inspectora.

—Ni peros ni peras. Tú necesitas descansar unos días más. No has tenido tiempo de recuperarte del caso anterior y tu físico va a empezar a pasarte factura, y antes de que eso suceda, prefiero que te tomes el fin de semana libre y el lunes vengas en mejores

condiciones, ¿entendido? —argumentó el comisario con una mezcla de rotundidad y paternalismo en sus palabras.

—De acuerdo, Jordi. Quizá tengas razón y deba darme un respiro. A ver si el fin de semana me despeja la mente y el lunes vuelvo con nuevos bríos.

—Además, tus padres te lo agradecerán, que seguro que hace mucho que no los ves —añadió el comisario.

—Más de lo que ellos quisieran —confirmó la inspectora.

Tras despedirse y desearse buen fin de semana y buena investigación, la inspectora abandonó el despacho en el que sus compañeros siguieron centrados en el caso.

16

Eran ya casi las cuatro de la tarde cuando el Dr. Bartolo se aproximó al coche del Dr. Trullols y dio unos pequeños toquecitos con los nudillos en la ventanilla del conductor. El Dr. Trullols pulsó el botón del elevalunas y el cristal descendió con suavidad.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el Dr. Trullols sorprendido por esa inesperada, aunque conocida presencia.

—Y tú, ¿qué haces en esta plaza de aparcamiento? A rey muerto, rey puesto.

—¿Qué quieres decir?

—Que no hace ni una semana que ha muerto el Dr. Torres y ya estás ocupando su plaza.

Y sin dar tiempo a responder, le acercó una pistola eléctrica al cuello y le liberó una descarga en el seno carotídeo izquierdo que provocó la pérdida de consciencia del doctor Trullols y su posterior caída hacia el asiento del acompañante del coche. El Dr. Bartolo abrió la puerta y tras desplazar el cuerpo del Dr. Trullols se puso al volante y se dirigió hacia la salida del aparcamiento. Una vez la cámara de la salida reconoció la matrícula la barrera se elevó franqueándoles el paso. El utilitario del urólogo puso rumbo a la guarida del Dr. Bartolo.

El Dr. Bartolo miró fijamente a su víctima, levantó su mano derecha y con ella le propinó ligeros cachetes en las mejillas con la intención de despertarlo.

—Carlos, Carlos —siguió palmeando la cara del doctor que no respondía a los estímulos—. Despierta, que ya estás en casa. Venga, dormilón.

El Dr. Trullols parecía que empezaba a despertar de su letargo, aunque seguía estando desorientado, no recordaba qué le había pasado. Lentamente su cerebro recuperó su funcionalidad y sus ojos

se fueron acostumbrando a la potente luz que tenía sobre él. Cuando su propiocepción le permitió ser consciente de su cuerpo, se dio cuenta de que estaba atado a lo que parecía ser una camilla y estaba completamente inmóvil.

«¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?»

—Por fin se despierta mi invitado —dijo con alegría—. Me tenías preocupado, no sabía si te había puesto demasiada "anestesia".

«¿Tú? ¿Qué me has hecho?»

—Bienvenido a mi humilde morada. Disculpa el modo en el que te he traído, pero no creo que hubieras aceptado la invitación a mi fiesta. Permíteme que me presente. Soy el Dr. Bartolo, palabra esdrújula porque es en italiano, no llana como si fuera el tonto del pueblo. También tendrás que disculparme por el estado de la mordaza, pero no he tenido tiempo de limpiarla bien y aún deben quedar restos de babas del Dr. Torres. No sabes lo que me costó limpiar toda su sangre. Casi cinco litros ensucian mucho —le explicó a su invitado con gran naturalidad.

El Dr. Trullols al escuchar las palabras de su captor empezó a sentir un miedo atroz. Nunca había sentido con tanta intensidad que su vida corría peligro como en esos momentos. El Dr. Bartolo le estaba confesando con gran sencillez que él había asesinado al Dr. Torres, lo que le hacía pensar que no dudaría en repetir su crimen con él.

—Seguramente te estarás preguntando qué estás haciendo aquí, por qué te he traído y qué va a pasar contigo, ¿verdad? —preguntó el Dr. Bartolo a su invitado sin mostrar emoción alguna.

«Pues claro que me lo pregunto, gilipollas» pensó el Dr. Trullols al mismo tiempo que intentaba verbalizarlo, pero la mordaza con restos de saliva del Dr. Torres se lo impedían.

—Discúlpame, Carlitos. No era consciente de que con esa mordaza no podías hablar —le dijo con sarcasmo ya que era muy consciente de que no podía articular ninguna palabra—. Si te parece bien, para que podamos entendernos utilizaremos el sistema que ya usé con el Dr. Torres, ¿de acuerdo?

El Dr. Trullols intentó hablar de nuevo, pero solo consiguió emitir gruñidos ininteligibles para su interlocutor.

—No te esfuerces, Carlitos, porque te puedo llamar Carlitos, ¿verdad? —esperó una respuesta que no llegó—. Mira, haremos lo siguiente, cuando yo te pregunte algo, si tu respuesta e NO, parpadeas una vez y si tu respuesta es SÍ, parpadeas dos veces, ¿lo has entendido?

El Dr. Trullols volvió a gruñir y no hizo caso a las indicaciones de su captor.

—No vamos bien, Charlie, no vamos bien —le cambió el diminutivo seguramente con la intención de desconcertarlo—. Es muy sencillo, uno es NO, dos es SÍ. ¿Ahora lo entiendes?

El Dr. Trullols parpadeó dos veces asintiendo y dejando ver sus pupilas puntiformes a causa de la intensa luz de la sala.

—Muy bien, Carlitos, veo que lo has entendido —dijo mientras aplaudía alegremente con la base de sus manos unidas entre sí al mismo tiempo que reía histriónicamente.

Si el Dr. Trullols ya estaba aterrorizado pensando en lo que le iba a pasar, ver el estado mental de su secuestrador le hizo entrar en un estado de pánico tal que le provocó una pérdida de consciencia.

—No, Carlitos —expresó con tristeza el Dr. Bartolo—. Si te duermes pierde toda la gracia, no me puedo divertir viendo cómo te acojonas. En fin, qué le vamos a hacer. Aprovecharé para preparar mi siguiente paso, aunque no sé, igual espero a que te despiertes y así puedes disfrutar conmigo.

El peso de la investigación había pasado, temporalmente, al comisario y al subinspector. Este último se había unido a los agentes que hacían el seguimiento del Dr. Rojo, el jefe del servicio de cirugía cardiovascular, quien por su actitud se había ganado el título de sospechoso principal. El día había transcurrido con mucha tranquilidad ya que el doctor, tras una noche de juerga, no había salido de su domicilio hasta pasadas las doce del mediodía. Condujo su Porsche hasta el Hospital del Mediterrani de donde no salió hasta casi las dieciséis horas. Mientras los dos agentes hacían guardia en el aparcamiento, el subinspector había accedido al hospital y había

intentado seguir todos los pasos del sospechoso con extrema cautela. Primero lo siguió hasta su despacho, posteriormente fue tras él hasta el quirófano, donde permaneció hasta que se dirigió a la cafetería del hospital. Allí comió con un par de médicos a los que no conocía y después de tomarse dos cafés regresó a su despacho del cual salió a las quince cincuenta para dirigirse al aparcamiento y salir del hospital. El subinspector se unió a los agentes de vigilancia y siguieron al doctor hasta el Club Hípic Barcino, donde aparcó su deportivo en una plaza que tenía reservada a su nombre. Al observar este detalle, el subinspector pensó que iba a ser muy complicado incriminar al Dr. Rojo ya que alguien con aparcamiento a su nombre en un club tan elitista era una persona muy poderosa y con muchos contactos que iba a estar muy bien protegida.

El comisario por su parte se había dedicado, desde su despacho, a intentar obtener información de sus contactos en las altas esferas de la ciudad condal. Tras hablar con diversos conocidos llegó a la misma conclusión que el subinspector: el Dr. Rojo era alguien muy bien conectado y su posición estaba casi blindada.

Pasadas las nueve de la noche la inspectora Sans llamó por teléfono a su compañero para interesarse por los avances que hubiera podido haber en la investigación. Le explicó que acababa de abandonar el seguimiento del Dr. Rojo para dejarlo en manos de los agentes y se dirigía hacia Girona para descansar. Le informó de lo que había acontecido durante la jornada y le expresó su pesimismo al intuir que la posición del sospechoso iba a dificultar mucho incriminarle si él era realmente el asesino. Una vez puesta al día se despidieron y quedaron en verse el lunes, aunque si había alguna novedad contactarían con ella de inmediato.

Después de hablar con el subinspector Laura llamó al comisario con el que mantuvo una corta conversación ya que su jefe estaba reunido con alguien muy poderoso de la ciudad, pero tuvo el tiempo suficiente para transmitirle la misma desconfianza que sentía el subinspector.

Sus dos compañeros coincidían: apostarlo todo al rojo no iba a ser tan productivo como ellos pensaban. Ese viernes no era trece, lo

había sido el anterior, pero buenas noticias no les había traído.

El Dr. Trullols volvió en sí después del cuadro vaso-vagal que había sufrido en el momento de mayor estrés que había tenido en su vida. Tener la certeza de que iba a morir en ese lugar y a manos de ese loco había podido con él. Estaba empapado en sudor y un frío helador recorría su cuerpo. Intentó moverse en la camilla, pero le fue imposible. Estaba muy bien amarrado por unos arneses que bloqueaban hasta el más mínimo movimiento que pudiera realizar. Estaba intentando comprender por qué ese loco la había tomado con él cuando el Dr. Bartolo hizo aparición en la sala.

—Hombre, Carlitos. ¿Ya te has recuperado? Y sin atropina. Muy bien, machote —le habló con un tono burlón—. Bueno, bueno, bueno. Me tenías un poco preocupado, no sabía si se iba acabar nuestra diversión, pero ahora que veo que ya estás recuperado me siento aliviado.

El Dr. Bartolo se dirigió a una mesa auxiliar que tenía detrás del cabecero de la camilla y empezó a maniobrar con el instrumental que había allí dispuesto.

«Esto no, esto tampoco, ah, la sonda».

—Mira, Carlitos, ¿o debería llamarte Carlisto? —le preguntó al mismo tiempo que le guiñaba un ojo—. Porque todo el mundo en el hospital sabe que eres muy listo. ¿Uno o dos parpadeos? —esperó sin obtener respuesta—. Está bien, no respondas, entiendo que echarse flores a uno mismo no es de buena educación —le dijo con ironía.

El Dr. Bartolo tomó una sonda vesical en sus manos y se aproximó a la parte central de la camilla. Cuando fue consciente de que no llevaba guantes dejó el artilugio sobre el cuerpo del doctor y volvió a la mesa auxiliar de la que tomó un par de vinilo de color azul y se los puso.

—Ahora sí. No podía realizar esta maniobra sin guantes, sería una auténtica guarrada, ¿verdad, Carlisto?

Una vez se endosó los guantes volvió a colocarse centrado en la camilla y empezó a bajar la cremallera de los pantalones del Dr. Trullols, quien sintió que un escalofrío recorría todo su cuerpo.

«¿Qué vas a hacer, cabrón?»

—Mira, Carlisto, la semana pasada estuvo aquí mismo el Dr. Torres, pero a él no hubo necesidad de sondarlo. A parte de que se orinó encima, con él acabé rápidamente, lo desangré la misma noche que lo secuestré, pero contigo me voy a divertir un poco más, no sé, le estoy cogiendo gustillo a esto de matar —le relató con la naturalidad que alguien explica cómo ha ido su paseo matutino con el perro.

Al oír esto el Dr. Trullols estuvo a punto de sufrir otro síncope, pero cuando el Dr. Bartolo se dio cuenta de ello le abofeteó reiteradamente para intentar evitar que perdiera la consciencia.

—Venga, dormilón, despierta, que si te duermes no tiene gracia la cosa —le dijo al mismo tiempo que dejaba de darle cachetes—. Como te iba diciendo antes, a ti te voy a hacer durar más y para evitar que me lo dejes todo perdido de orina, teniendo en cuenta que no te voy a dejar ir al lavabo, te voy a sondar. Las aguas mayores no creo que sean un problema, tú bien sabes que las situaciones de estrés bloquean ese proceso. No sería conveniente que si nos persigue un león tuviéramos que parar a hacer caca, ¿verdad, Carlisto? ¡Uy, que listo es mi niño! —exclamó al mismo tiempo que le pellizcaba el moflete derecho.

—A ver, a ver. ¿Dónde está esa colita?

El Doctor Bartolo acabó de bajarle la cremallera de los pantalones e introdujo la mano por el hueco que se había creado. Tras maniobrar unos segundos extrajo el pene retraído del Dr. Trullols y lo sostuvo entre dos dedos.

—Vaya, para ser alguien que se dedica a la urología tienes un pene muy pequeño —dijo esbozando una sonrisa—. Bueno, da lo mismo, supongo que la sonda entrará igual. He escogido un tamaño pequeño ya que hace tiempo que no sondo y seguro que he perdido la habilidad.

El Dr. Bartolo tomó el pene con la mano izquierda y levantó la sonda con la mano derecha con la intención de introducirla por la uretra del cautivo, pero de repente se detuvo.

—¿Sabes cómo le diría un urólogo maño a una sonda tan pequeña? —le preguntó a modo de adivinanza—. Pues “sondica” —

empezó a reír descontroladamente por unos instantes y de repente frenó en seco—. Bueno, tampoco era un chiste tan bueno.

El Dr. Trullols estaba muy asustado. Pensaba que el Dr. Bartolo estaba loco y que podía hacerle cualquier barbaridad antes de matarlo.

—Y, ¿sabes que diría un urólogo bilbaíno al oír al maño?

El urólogo catalán ya no sabía qué pensar y por supuesto no respondió a la pregunta del Dr. Bartolo.

—Pues diría: "áiba la hostia", si Sondika es el aeropuerto de Bilbao —tras lo cual explotó en carcajadas que esta vez no quedaron frenadas —. Disculpa mis chistes malos, pero es que los urólogos sois tan del cachondeo y las guarradas que se me pega todo.

Una vez finalizadas las carcajadas el Dr. Bartolo tenía la intención de reiniciar el sondaje de su invitado, pero de repente se detuvo de nuevo.

—Pero, si me falta el lubricante —exclamó decepcionado—. ¿Cómo puede ser que se me haya olvidado el lubricante? Bartolo, no sabes donde tienes la cabeza —se dijo a sí mismo dándose unos golpecitos en la testa con el dorso de su mano derecha—. Es igual, yo soy un hombre de recursos.

El Dr. Bartolo empezó a hacer muecas extrañas con sus mejillas, movimientos de succión con su boca y cuando llevaba unos segundos así, aproximó la sonda a sus labios, de los que emergió una ingente cantidad de saliva que depositó en la punta del pequeño tubo de silicona.

—Ves como soy un hombre de recursos. Lubricante no hay camino, se hace camino al lubricar —tras finalizar la frase maniobró con la sonda intentando introducirla en la uretra del Dr. Trullols.

—Joder, cómo cuesta. Y eso que está bien lubricada.

El Dr. Trullols empezó a sentir un gran dolor en su pene y si hubiera estado desatado se estaría retorciendo, pero lo único que pudo hacer fue sufrir en silencio la intromisión en su miembro más íntimo. Después de diversos intentos, verticalizaciones y horizontalizaciones del pene, el Dr. Bartolo consiguió al fin sondar a su invitado, el cual sintió cierto alivio, aunque la molestia de llevar ese artefacto no iba a desaparecer.

—¡Por fin! Ya no recordaba lo complicado que podía llegar a ser sondar a un hombre sin el lubricante adecuado y la habilidad que se requiere, pero aun así lo he hecho mejor que tú, que eres un chapucero pierdetiempo —le recriminó—. Uf, esto me ha dejado agotado, por lo que el siguiente punto de nuestro plan del fin de semana lo dejaremos para mañana sábado, ¿te parece bien? —le preguntó sin esperar que respondiera.

El Dr. Bartolo se dedicó a recoger los instrumentos que tenía preparados en su mesa auxiliar.

—Bueno, Carlisto. Me voy a dormir que mañana será un día largo lleno de emociones. Que descanses, ah, y si necesitas algo no dudes en llamarme, estaré en la habitación de al lado.

Tras despedirse de su invitado el Dr. Bartolo apagó la luz de la sala y salió de ella cerrando la puerta tras de sí.

17

Sábado, 28 de noviembre de 2020

Tan pronto el comisario estuvo activo en su domicilio se puso en contacto con las patrullas que vigilaban a los doctores Rojo y Mateu.

El jefe de cirugía cardiovascular había vuelto a romper la noche barcelonesa. Después de un breve paso por su domicilio, tras abandonar el Club Hípic, se dirigió a uno de los restaurantes más caros de la ciudad condal. Un tres estrellas Michelin en el que fue recibido como si fuera un habitual. Tres horas más tarde salió del local para dirigirse a una de las discotecas de moda a la que accedió sin ponerse en la enorme cola que había ante la puerta; el portero le dio la bienvenida y le permitió entrar. La fiesta del cirujano se alargó hasta que la discoteca encendió las luces sobre las cinco de la madrugada. En ese momento se dirigió hacia la puerta en compañía de una rubia despampanante para posteriormente subirse ambos en su coche e irse al domicilio del doctor, donde permanecían en el momento en el que el comisario había contactado con los agentes.

La noche del Dr. Mateu fue mucho más tranquila. Al finalizar su jornada en el hospital se dirigió a su domicilio, el cual no abandonó hasta las siete de la tarde y lo hizo andando para ir al gimnasio que hay a unos doscientos metros de su casa. Una hora más tarde regresó y volvió a salir pasados cuarenta y cinco minutos, esta vez conduciendo su vehículo. Su destino fue un asador familiar en el que se juntó con cuatro personas más, todos ellos varones. Permaneció en el local unas tres horas y lo abandonaron al mismo tiempo para dirigirse juntos, en el coche del doctor, a tomar unas copas en un pub de la zona alta de Barcelona. Alrededor de las dos de la madrugada abandonaron el local y el Dr. Mateu llevó a dos de sus

acompañantes a una parada de taxis y a los otros dos los dejó en sus respectivos domicilios ya que quedaban de camino hacia el suyo.

El Dr. Bartolo amaneció de buen humor esa mañana de sábado. Una vez se hubo tomado su desayuno se dirigió hacia la sala en la que tenía retenido al Dr. Trullols. Llamó a la puerta y accedió a la habitación. Encendió la luz y se aproximó a la camilla en la que yacía su invitado.

—Buenos días, Carlisto. ¿Cómo estás? ¿Has dormido bien esta noche? —se dirigió al doctor con una gran amabilidad y calma que contrastaban con el histrionismo que había manifestado la noche anterior.

El Doctor Trullols había podido descansar muy poco esa noche. Cuando el Dr. Bartolo abandonó su habitación necesitó horas para calmarse. El pánico que le había generado toda la situación hacía que su adrenalina estuviera disparada. No había sido hasta un par de horas antes que pudo conciliar un ligero sueño que la entrada de su captor interrumpió.

—Supongo que en esa camilla tan dura y fría es difícil descansar, pero es que no te puedo ofrecer nada mejor. En cuanto al desayuno, lo siento, pero no está incluido en tu reserva y aunque te lo trajera como cortesía de la casa no te puedo quitar la mordaza y arriesgarme a que grites y adviertas a mis vecinos de tu presencia —le dijo en el mismo tono amable con el que se había presentado en la sala.

«¿Vecinos? No había pensado en que pudiera estar en un piso, pero poco puedo hacer si sigo así, atado y amordazado»

—¿Qué quieres hacer hoy? ¿Qué actividades te gustaría llevar a cabo? —preguntó con una cortesía sorprendente. Al no obtener respuesta de su invitado se disculpó—. Perdóname, Carlisto. Si la respuesta tiene que ser sí o no con tus párpados no te puedo hacer ese tipo de cuestiones. Reformularé mi pregunta.

—¿Quieres salir a dar un paseo? —rehízo la pregunta de modo que la respuesta pudiera ser sí o no—. Has movido dos veces los párpados, por lo que entiendo que sí te gustaría, pero lo siento, eso

no puede ser. Te vuelvo a pedir perdón por hacerte preguntas cuyas respuestas no van a cambiar mis planes.

Si en algún momento el Dr. Trullols tuvo la esperanza de que quizá su futuro podía tener una pequeña oportunidad de ser diferente de lo que aparentaba, esa esperanza se desvaneció rápidamente.

—¿Quieres que te cambie la sonda que llevas por una más gruesa?

Ante la posibilidad de volver a sufrir el indescriptible dolor que padeció la noche anterior, el Dr. Trullols no dudó en hacer un claro y único movimiento con sus párpados

—Muy bien. Respuesta clara y concisa. NO

El Dr. Bartolo siguió con su juego de preguntas durante un buen rato hasta que se cansó, abandonó al Dr. Trullols y se fue a dar un paseo. Cuando regresó de estirar las piernas se preparó la comida, la degustó con placer y se echó una larguísima siesta sin el más mínimo remordimiento por lo que estaba haciendo ni por lo que iba a hacer.

Una vez concluyó su descanso posprandial salió de la casa y no volvió hasta bien entrada la noche. Su invitado había pasado las horas en vilo, buscando en el silencio algo que le indicara qué es lo que iba a sucederle a continuación, buscando en la oscuridad una luz de esperanza. De repente oyó que se abría la puerta de su estancia y la luz se encendió cegándole unos instantes.

—Hola, Carlisto. Disculpa que te haya dejado solo tantas horas en mi casa. Ya sé que no es de buen anfitrión abandonar a un invitado, pero ha sido por un motivo de peso —se disculpó ante el Dr. Trullols de un modo que parecía totalmente sincero.

Cuando los ojos del Dr. Trullols se habituaron a la potente luz de la sala, lanzó una mirada de súplica a su captor. La disculpa que había salido de su boca le hizo concebir nuevas esperanzas y creyó que podría ablandar el corazón del Dr. Bartolo.

—Carlisto, por favor, no hagas eso. No me mires con esos ojitos de perrito callejero que pide un trozo de pan. No creas que vas a poder cambiar mi propósito con una mirada tierna. Ahora no vas a poder cambiar todo el porculo que has dado en el hospital

desde que llegaste. Las horas interminables en quirófano porque no tienes ni puta idea de operar, ni de tan siquiera sondar. Tus putas bromas sin gracia, todos tus desprecios y tus afrentas. No hay nadie en el hospital que no haya sufrido tu falta de habilidad y destreza y que no haya sido objeto de tus bromas y burlas y yo voy a ser quien te ponga en tu lugar —le ladró al Dr. Trullols.

«Pero ¿de qué me estás hablando? ¿Qué horas interminables en quirófano? ¿A qué burlas te refieres? Si yo soy muy hábil trabajando y solo he querido ser simpático y divertido con mis compañeros».

—Puede que pensaras que eras el rey del mambo con el bisturí, que eras muy listo, Carlisto, pero eres un inútil chapucero. Puede que te creyeras muy gracioso, pero no hacías ni puta gracia —le dijo elevando el tono de su voz y de su acusación—. Había quien te reía las gracias, pero era para no enfrentarse a ti diciéndote lo que realmente pensaban. Reírse a costa de los demás no es humor. Si para sobresalir por encima de los demás tienes que cortarles la cabeza… Carlisto, esa no es la manera —sentenció el Dr. Bartolo.

«No entiendo nada. ¿Qué he hecho yo tan grave que me haga merecedor de todo esto?»

—Ya sé que no lo vas a entender, Carlisto, pero te voy a dejar unas horas más para que reflexiones. Ahora me voy a ir, pero te juro que mañana volveré, como decía Nino Bravo. Ya sé que no tiene ni puta gracia, pero así será.

Tras sus últimas palabras el Dr. Bartolo apagó la luz de la sala y salió dando un portazo.

18

Domingo, 29 de noviembre de 2020

Transcurrió toda la mañana sin que el Dr. Bartolo pasara a visitar a su invitado. No fue hasta que ya había caído la noche que hizo acto de presencia en la habitación de huéspedes.

—Bon vespre, Carlisto. ¿Cómo has pasado el día? ¿Aburrido? ¿Has aprovechado el tiempo para meditar sobre lo que estuvimos hablando ayer? —inició la conversación con un tono neutro.

Para su sorpresa, el Dr. Trullols parpadeó con toda claridad en dos ocasiones.

—¿Sí? ¿Has dicho que sí? —sorprendido, quiso asegurarse de que había comprendido el mensaje del doctor.

El Dr. Trullols volvió a parpadear dos veces.

—¿Eso quiere decir que has reflexionado sobre lo de ayer?

«¡Que sí, joder!» pensó al mismo tiempo que volvía a parpadear dos veces.

—Joder, esto sí que es un *breakthrough,* como cantaba Queen —exclamó nuevamente sorprendido—. Y por supuesto estás arrepentido de tu actitud y tu falta de destreza que perjudicaba a tus pacientes y compañeros.

«Sí, sí, claro que lo estoy» pensó al mismo tiempo que un par de lágrimas se escaparon de sus ojos aprovechando que se abrieron y cerraron dos veces.

—Me alegra mucho oírlo, bueno, oírlo no que no lo he oído. Me alegra mucho saber que te arrepientes de tus pecados, pero como decían François Delecour y el Dr. Torres: "*dix fois trop tard*". Tu aceptación del agravio te servirá para que tu alma llegue en paz al otro mundo, pero no evitará que abandones este —concluyó el Dr. Bartolo.

Tras oír esas palabras el Dr. Trullols empezó a agitarse sobre la camilla haciendo un esfuerzo inhumano por liberarse de sus ataduras. Había comprendido que no iba a poder escapar del destino que le tenía reservado el Dr. Bartolo.

—Ya es hora de que prepare el número final —anunció como si fuera el director de pista de un circo. Se retiró hacia la mesa auxiliar y empezó a organizar el material que iba a necesitar para su actuación. Unos minutos más tarde ya lo tenía todo preparado y se ubicó delante de su víctima para explicarle su plan.

—Mira, Carlisto. Ahora me pondré detrás de ti y te voy a canalizar la arteria carótida derecha. Y supongo que te preguntarás con qué intención, ¿verdad?

«¿Qué me vas a hacer, cabrón?» intentó gritar lo que únicamente podía pensar.

—Bueno, no adelantemos acontecimientos. Primero te la canalizo y luego ya te lo explicaré.

El Dr. Bartolo inició la maniobra con la aguja y los gruñidos que emitió el Dr. Trullols eran debidos al miedo más que al dolor de lo que le estaban haciendo. El procedimiento continuó con la introducción de la guía en la arteria.

«Para, para, cabrón, hijo de la gran puta» gruñó desesperado.

—No me distraigas ahora, Carlisto, que este punto es muy delicado. No quiero tener que fregar el suelo para recoger tu sangre. Ya tuve bastante con la del "geni" Torres.

El Dr. Bartolo colocó el catéter a través de la guía, la retiró y colocó el tapón en la entrada del catéter para que no se derramara el rojo elemento y posteriormente lo suturó al cuello para evitar que pudiera salirse. Seguidamente abandonó la sala y regresó con un palo de suero del que colgaba un frasco de vidrio de medio litro de *ringer lactato* vacío al que le había recortado la base, por lo que quedaba completamente abierto. Del tapón de goma del frasco pendía un equipo de suero cuya rosca *luer lock* era totalmente compatible con la del catéter que el Dr. Trullols llevaba introducido en su arteria carótida derecha.

Los ojos del Dr. Trullols habían seguido todo ese proceso y este había quedado aterrorizado porque había intuido el propósito que tenía todo ese montaje. Su captor vertería algún líquido en la base abierta del frasco de vidrio para que posteriormente circulara por el equipo de suero hasta el catéter que lo introduciría en su arteria y luego se distribuiría por todo el cuerpo haciendo la primera parada en su cerebro.

«¿Qué cojones me va a meter en el cuerpo?» pensó una vez descubrió las intenciones de su captor.

—¿Qué pasa, Carlisto, que ya sabes de qué va el juego? —le preguntó al observar el rostro desencajado de su huésped—. Pues si eres la mitad de listo de lo que crees, has acertado. En ese frasquito abiertito de *ringerito* voy a verter un liquidito que bajará por el equipito de suerito, se introducirá por el cateterito y… —repentinamente se hizo el silencio en la sala y el Dr. Bartolo recogió malhumorado su montaje y se lo llevó a la habitación contigua ante los ojos nuevamente sorprendidos, esta vez para bien, del Dr. Trullols.

«¿Por qué se ha detenido? ¿Qué ha pasado?»

Una vez bien cerrada la puerta de la sala el Dr. Bartolo empezó a gritar.

—¡Joder, Bartolomé Pinares! ¿Tú eres tonto o qué? —chilló al mismo tiempo que cerraba sus puños y los apretó con tanta fuerza que sus manos tomaron una tonalidad pálida por la falta de irrigación sanguínea—. ¿Desde cuándo puedes introducir un líquido en una arteria sin ningún sistema de compresión que venza la resistencia que ofrece la sangre impulsada por el corazón? ¿Dónde estabas tú el día que nos explicaban que la presión arterial es mucho más elevada que la presión atmosférica? —se recriminó a sí mismo, tras lo cual intentó calmarse y se mantuvo unos segundos en silencio.

—Joder, Bartolo —se dijo ya más calmado— has permitido que tus deseos de venganza hayan sido más fuertes que tu control y tu inteligencia. Una persona de tu posición no puede permitir que eso le suceda. Por suerte no ha acontecido en un quirófano en el que hubiera podido poner en riesgo la vida de una persona. Habrá que

reformular el plan. Si mi intención inicial era hervirle los sesos, ahora seguramente tendré que cambiar de objetivo. Si el agua hirviendo hubiera podido subir por la carótida le hubiera churrascado el cerebro, pero ahora…

Tras esa reflexión en voz alta se dirigió hacia un armario que había en la habitación en cuya parte superior había una estantería que estaba repleta de todo tipo de libros científicos y entre ellos el libro de anatomía que tomó entre sus manos. Tras ojearlo durante unos minutos dio la impresión de que ya había recalculado la ruta del suero hirviendo, aunque ese atlas en realidad no lo necesitaba. Su rostro serio esbozó una sonrisa ya que se le había ocurrido algo novedoso. De uno de los cajones inferiores del armario extrajo dos viales de cinco mililitros de azul de metileno y se los introdujo en un bolsillo de la chaqueta verde de quirófano que portaba y volvió a entrar en la sala donde le aguardaba su invitado. De un fracaso iba a obtener una oportunidad.

—Hola, de nuevo, Carlisto —saludó con ilusión—. Disculpa que haya cancelado temporalmente la diversión, pero he ideado un plan alternativo que podría ser incluso mejor que el inicial, que de por sí ya era muy bueno, no te creas —argumentó con la intención de que su víctima no fuera consciente del grave error que le había llevado al fracaso. Si él acusaba a su invitado de ser un inútil, este no podía saber que había fallado estrepitosamente.

El Dr. Bartolo se dirigió a la mesa auxiliar y empezó a preparar el material que iba a necesitar para llevar a cabo su plan B. Dispuso sobre la mesa todo lo que ya había utilizado para la versión inicial, pero en esta ocasión iba a canalizar una vena. Una vez estuvo todo preparado se dirigió a los pies de la camilla y los elevó para que quedaran más altos que la cabeza.

—*Trendelenburg*, te suena, ¿verdad? —preguntó al Dr. Trullols, que entendió cuál era la intención de su captor—. Pero, tranquilo, yo no voy a forzar tanto la posición como cuando hacéis las prostatectomías radicales por laparoscopia. Ahora, como habrás supuesto, voy a canalizarte una vena central, y creo que va a ser la

subclavia derecha. Sí, va a ser la subclavia derecha —le informó de su decisión con toda naturalidad.

El Dr. Trullols se volvió a sentir desesperado. Había tenido la esperanza de que el Dr. Bartolo se replanteara su asesinato cuando había salido súbitamente por la puerta de la sala, pero entendió que nada había cambiado, o lo único que había cambiado era la forma en la que iba a acabar con él.

El Dr. Bartolo se colocó en la cabecera de la camilla de nuevo y procedió a realizar la maniobra de canalización de la vena subclavia derecha, que era prácticamente igual que la que había realizado con la arteria carótida, pero salvando las diferencias anatómicas existentes. Una vez finalizado el procedimiento volvió a la habitación contigua de la que retornó con todo el equipo de perfusión de suero que había preparado y una olla de agua hirviendo a la que había añadido los viales del contraste azul.

—Bueno, Carlisto, te voy a explicar mi plan porque empieza a hacerse tarde y mañana hay que madrugar y, como buen médico que eres, sabes que no es bueno irse a dormir recién cenado, ¿verdad? —le preguntó sin esperar que le respondiera.

El Dr. Trullols estaba tan agotado después de más de cuarenta y ocho horas de cautiverio que casi no tenía fuerzas para intentar defenderse. Casi estaba rezando para que su calvario finalizara de una vez.

—Mira, cuando haya llenado el frasco con el líquido que hay en la olla, purgaré el suero, no querríamos que te entrara aire en el sistema venoso y murieras accidentalmente, ¿verdad? —volvió a ser una pregunta retórica—. Después ese líquido, en condiciones normales circularía por la vena subclavia hasta la parte derecha de tu corazón y posteriormente pasaría a la arteria pulmonar. Luego, nuestro líquido junto con la sangre llegaría a los pulmones donde se produce el proceso de la respiración. En los alveolos se libera el CO_2 que lleva la sangre procedente de los tejidos y se capta el O_2 indispensable para nuestra vida. ¿Me sigues? —hizo una breve pausa, pero como no recibió ninguna respuesta continuó con la explicación—. Esta sangre oxigenada que sale de los pulmones se dirige a la parte izquierda del corazón y de desde aquí se dispersa

por todo el cuerpo iniciando su periplo a través de la aorta, la arteria más grande de nuestro cuerpo. Arteria, no vena, como dice mucha gente. Después, el primer desvío que existe es el tronco arterial braquiocefálico, que se divide en arteria subclavia derecha y arteria carótida primitiva derecha, que es donde tienes insertado el otro catéter y que me servirá para hacer unas comprobaciones. Luego la sangre sigue circulando por otras vías que, a priori, no nos interesan.

Tras esa larga explicación de anatomía el Dr. Bartolo decidió hacer un pequeño receso.

—Uf, se me ha quedado la boca seca. Voy un momento a beber agua y vuelvo. Tú no te muevas de aquí, ¿eh? —le dijo al mismo tiempo que le guiñaba un ojo, aunque parecía que el nivel de consciencia del Dr. Trullols estaba disminuyendo poco a poco. Una vez se hubo rehidratado, el Dr. Bartolo volvió a la sala y continuó con su explicación.

—Antes te he comentado que el líquido que te voy a administrar haría el recorrido que te he descrito en condiciones normales, pero estas no van a ser unas condiciones normales. El líquido va a estar a una temperatura próxima a la de ebullición y eso no sé cómo va a afectar a los vasos por los que circule ni a los órganos a los que llegue. No sé cuánto van a soportar ese calor sin derretirse. Desconozco hasta donde va a llegar ese líquido ni cuándo va a salir del sistema sanguíneo para perderse en otros tejidos. La idea del catéter en la carótida es ver si es capaz de llegar hasta ella. Y, ¿cómo sabré si llega?, te estarás preguntando. Pues porque le he añadido un contraste que teñirá la sangre y podré observarlo.

Una vez concluidas las explicaciones, llenó el frasco de suero con el agua hirviendo que había en la olla, purgó el sistema y lo conectó al catéter que llevaba el Dr. Trullols en la vena subclavia derecha y se dispuso a abrir el paso del equipo de suero.

—Bueno, esto ya está a punto, pero así, a secas, es muy soso. Falta música. Mira, te voy a cantar un fragmento de una aria que mi personaje, el Dr. Bartolo, canta en el primer acto de la ópera "*Il barbiere di Siviglia*" de Mozart: "*A un dottor della mia sorte*". Eso sí, te he personalizado la letra. ¿No estás contento?

El Dr. Bartolo, con su aterciopelada voz de barítono, empezó a entonar las primeras notas de la canción al mismo tiempo que abría paso al líquido hirviendo hacia el torrente sanguíneo de su víctima quien volvió de su letargo al sentir el fluir ardiente en su interior y comenzó a gritar de dolor.

A un doctor de mi talento,
Este trato, ¿doctorcito?
A un doctor de mi talento,
Este trato, ¿doctorcito?
Le aconsejo, mi tontito…

19

Lunes, 30 de noviembre de 2020

Tras la dispersión del fin de semana, los tres policías encargados de investigar el asesinato del supuesto "vampiro" se reunieron en el despacho del comisario antes del amanecer. Tras comentar su actividad fuera del caso, procedieron a centrarse en la investigación y el comisario tomó la palabra.

—Acabo de hablar con el caporal Lluis Lluch, que ha concluido su turno hace breves instantes, sobre el seguimiento que se ha efectuado a los dos sospechosos, y me ha comentado que la actividad sabática y dominical de ambos continuó por los mismos derroteros del viernes y no han podido descubrir nada que pudiera incriminar a ninguno de ellos en el asesinato del Dr. Torres —informó el comisario a sus dos compañeros con cierto tono de decepción.

—Entonces, estamos igual que el viernes cuando me marché —afirmó la inspectora sumándose a la decepción expresada por su jefe.

—Así es, Laura, así es. Y mucho me temo que si desde crimen organizado no nos aportan algo importante o no aparece un nuevo hilo del que podamos estirar, tendremos que ser mucho más agresivos con la investigación —afirmó el comisario con cierta preocupación. Meter las narices entre gente poderosa le incomodaba mucho.

—¿Qué quieres decir exactamente, Jordi?

—David, me alegra que me tutees por fin, te lo agradezco. Sí, lo que digo es lo que te imaginas: tendremos que poner nuestro foco, nuestro objetivo en gente muy poderosa y eso podría acabar con nuestras carreras si damos algún paso en falso.

—Jordi, nuestra obligación como policías es atrapar a los asesinos, a todos, no solo a los pobres que no tienen contactos —le

rebatió la inspectora.

—Laura, lo sé perfectamente y es lo que vamos a intentar. Lo único que he hecho ha sido exponer una situación, la realidad en la que nos vamos a ver inmersos en las próximas semanas si no hay nada que nos haga dar un volantazo en la investigación —se defendió el comisario.

—Tienes razón, Jordi. Perdona mi tono, una semanita más de descanso me hubiera ido perfecta.

Mientras el subinspector Palau estaba proponiendo que se tomaran un café y discutieran la mejor estrategia para afrontar la peligrosa vía de investigación, una llamada entrante al teléfono del comisario hizo que la expectación reinara en la sala. El comisario alzó su mano izquierda con la intención de que estuvieran en silencio pero que no abandonaran el despacho. Tras escuchar sólo monosílabos de labios del comisario, este finalizó la llamada y se dispuso a informar a sus compañeros de su contenido.

—Puede que haya novedades en el caso —comentó con voz neutra—. Han hallado un cadáver con signos de violencia en La Mina. Según parece es un asesinato.

—¿Hay algo que lo relacione con nuestra investigación? —preguntó la inspectora con cierta impaciencia.

—Todavía no sabemos los detalles por lo que es difícil saberlo.

—Además, teniendo en cuenta el lugar donde ha sido hallado, las probabilidades de que esté conectado con nuestro asesinato disminuyen —dio su opinión el subinspector.

—¿Por qué lo dices, David? —preguntó el comisario.

—El barrio de La Mina es conocido en toda Catalunya por su alto índice de criminalidad, lo cual me hace pensar que quizá ese cadáver no esté relacionado con el del Dr. Torres —expuso su hipótesis el subinspector.

—Pues para mí, la estadística que mencionas me hace pensar que las probabilidades de que esté relacionado con el otro asesinato sean muy elevadas —afirmó la inspectora.

—Ilústranos, Laura.

—Pues yo veo dos motivos para que sea así. El primero es que el asesino puede ser de la misma opinión que David y pensar que si

deja el cadáver en un barrio conflictivo la investigación del asesinato quedará diluida entre múltiples sospechosos.

—¿Y el segundo? —preguntó el subinspector.

—El segundo es que, si yo viviera en La Mina y asesinara a alguien, lo último que haría sería abandonar el cadáver en mi barrio atrayendo así a hordas de policías a las puertas de mi casa —finalizó su exposición la inspectora.

—Puede que tengas razón, Laura.

—Y ¿sabéis cómo podemos saberlo? —los dos compañeros asintieron con la cabeza—. Efectivamente, yendo a comprobarlo *in situ*. En cuanto pueda os hago llegar la ubicación exacta. Cuando tengáis alguna información que nos aporte algo en nuestra investigación, hacédmelo saber. Muchas gracias y suerte.

20

Tras acceder al vehículo de la inspectora se dirigieron hacia Sant Adrià de Besòs con gran celeridad. La aparición de un nuevo cadáver que pudiera estar relacionado con el asesinato que les ocupaba podría abrir una nueva vía de investigación y eso les generaba cierta ansiedad e impaciencia. Si fuera una muerte independiente estarían en el mismo lugar que hacía unos minutos, pero si no fuera así…

Estaban a punto de llegar a su destino, pero desconociendo la ubicación exacta, cuando un *beep* sonó en el teléfono del subinspector: un mensaje del comisario. El cadáver había sido hallado en el aparcamiento de la calle Arístides Maillol, muy cerca del Monumento Busto de Camarón de la Isla. La inspectora conocía el lugar por lo que les fue fácil localizarlo, aunque los pirulos de los coches de policía allí ubicados también hubieran servido para que llegaran.

Tras dejar el coche en el mismo aparcamiento en el que habían hallado el cadáver se dirigieron hacia el perímetro que la policía había montado. El cadáver se encontraba entre dos vehículos que estaban estacionados en paralelo. Se presentaron a los agentes que custodiaban el espacio y accedieron franqueando la cinta que delimitaba el lugar. Allí ya se encontraba el Dr. Mur, el forense. No sabían cómo lo hacía, pero siempre llegaba antes que ellos. Si no fuera porque lo conocían y sabían que era de total confianza, hubieran sospechado que él era quien dejaba los cadáveres. Tras los saludos de rigor y el primer intercambio de opiniones, pasaron a los detalles.

—Tenemos un varón de unos cincuenta años, que según podría calcular, lleva muerto entre ocho y doce horas. La causa de la muerte, cómo ya sabéis, no la podré determinar con seguridad hasta que haya realizado la correspondiente autopsia, pero a simple vista

parece que ha sufrido importantes quemaduras internas. En el lado izquierdo de su cuello presenta lesiones que podrían corresponder a dos quemaduras causadas por una pistola eléctrica. ¿Os suena? —preguntó el forense a pesar de que ya conocía la respuesta.

—Por supuesto, Jesús. ¡Cómo no nos iba a sonar! ¿Tenemos una segunda víctima del mismo asesino? —intentó la inspectora que el forense confirmara sus sospechas.

—Eso lo tendréis que determinar vosotros con la información que obtengamos, pero mucho me temo que sí.

—Y, ¿qué más nos puede decir, doctor? —intentó obtener más información el subinspector.

—Pues el sujeto está completamente vestido, pero su camisa está abierta por la parte superior porque su verdugo necesitaba poder acceder bien a su cuello y su torso. En el lado derecho del cuello y en su zona subclavia derecha lleva sendos catéteres venosos centrales. Hasta que no lleve a cabo la autopsia no sabré con total seguridad qué vasos estaban canalizando —siguió exponiendo el forense.

—¿Catéteres venosos centrales? —preguntó la inspectora al desconocer a qué se refería el doctor.

—Son unos tubos flexibles que se introducen en las venas de mayor calibre del cuerpo para poder administrar fármacos a largo plazo o medicamentos que podrían dañar las venas periféricas o también aportar nutrición parenteral. También sirven para medir la presión de la sangre a nivel venoso o para poder hacer extracciones para analíticas repetidas entre otras cosas —les explicó el forense al mismo tiempo que los dos policías ponían cara de no entender lo que les estaba explicando, pero que por el momento no creían oportuno indagar más en ello.

—¿Carné de colegiado en la boca? —preguntó sin rodeos la inspectora.

—Efectivamente. Y esta vez no se lo ha quitado nadie.

—Por lo tanto, sabemos quién es la víctima —invitó el subinspector a que el forense lo confirmara.

—La foto del carné parece coincidir con el rostro de la víctima, que sería el Dr. Carlos Trullols Serrat.

—Por todo lo que nos has expuesto, es la segunda víctima del mismo asesino casi con total seguridad —afirmó la inspectora.

—Yo diría que sí, pero yo soy forense, no policía, eso os lo dejo a vosotros.

El forense les continuó explicando otros detalles sobre el fallecido que analizaron entre los tres.

—Gracias, Jesús. Cuando tengas algo más que nos ayude en la investigación, sé que nos avisarás.

—Efectivamente, así lo haré.

Los dos policías se despidieron del forense emplazándose a la mañana siguiente para conocer los resultados preliminares de la autopsia del cadáver del Dr. Trullols.

Era obvio que tenían una segunda víctima del mismo asesino por lo que la inspectora Sans decidió llamar al comisario para informarle y para que ordenara que los equipos que estaban vigilando a los doctores Rojo y Mateu dejaran de seguirlos y se apostaran en el acceso peatonal al Hospital del Mediterrani y en la salida de su aparcamiento. No habían confirmado que esa segunda víctima trabajara en él, pero todo hacía suponer que era así.

Antes de abandonar la escena del hallazgo del cadáver se dirigieron a los agentes que llegaron en primer lugar con la intención de recabar más información. Según pudieron explicarles, el cadáver fue hallado entre dos coches por el dueño de uno de ellos cuando intentó cogerlo para desplazarse a su lugar de trabajo, aunque no sabían cuántas horas podía llevar allí. Les pidieron que preguntaran a los vecinos de la zona a ver si habían sido testigos del depósito de cuerpo.

—¿Crees que podrán obtener algo de los vecinos?

—David, en un barrio como este la policía no es bienvenida y la gente no está muy dispuesta a colaborar. Hablar con ellos no nos va a reportar ninguna información útil, pero es el procedimiento que hay que seguir —explicó la inspectora.

—¿Y las cámaras de seguridad? —insistió el subinspector.

—¿Cámaras de seguridad? —preguntó la inspectora mofándose de su compañero—. Discúlpame, David. Se ve que en

Girona vivís mejor que aquí. Mira allá arriba —le indicó la parte superior de los postes de la luz que circundaban el aparcamiento.

—No sé a qué te refieres. No veo nada —respondió desconcertado.

—Efectivamente, no hay nada. Allí tendría que haber unos focos que iluminaran este aparcamiento y unas cámaras de vigilancia y lo único que hay son cuatro cables sueltos. Podemos dar gracias que aún estén los postes —le dijo dándole unas palmaditas en el hombro a su compañero.

—Vaya, sí que soy inocente —le respondió con la cabeza baja.

—No te preocupes, ya te irás acostumbrando a la idiosincrasia de tu nuevo destino.

Tras esta pequeña conversación tomaron el vehículo de la inspectora y pusieron rumbo al Hospital del Mediterrani, algo que les llevaría un cuarto de hora aproximadamente, tiempo que utilizarían para ordenar la información que poseían. La conclusión más importante a la que llegaron era que los principales sospechosos habían dejado de serlo. Según el forense la víctima llevaba muerta entre ocho y doce horas y ellos estaban bajo vigilancia en esos momentos. Había que volver a empezar. Había que reconducir la investigación. Cuando estaban llegando a su destino el comisario les informó de que, efectivamente, el Dr. Trullols era urólogo en el Hospital del Mediterrani.

Cuando accedieron al aparcamiento del hospital, se les acercó el empleado con el que habían hablado el primer día y que se había comprometido a informarles si encontraba algo interesante en los vídeos que iba a revisar.

—Inspectora, buenos días —la saludó efusivamente al mismo tiempo que le cortaba el paso.

—Cuidado, hombre, que le voy a atropellar —le gritó la inspectora.

—Discúlpeme, pero tenía que hablar con usted. Llamé a la comisaría el martes pasado, pero el agente con el que hablé me dijo que no estaba y me prometió que la informaría de mi llamada, pero al no tener noticias quería asegurarme de que le habían pasado mi recado.

—La verdad es que no me han dicho nada de tu llamada. «La madre que parió a Fausto. Se supone que nos tiene que informar de todas las llamadas relevantes que se reciben en la comisaría». ¿Y cuál es la información que tenías para mí? —le preguntó suavizando su tono de voz.

—Estuve repasando las imágenes del viernes veinte de noviembre y la verdad es que no vi nada extraño. Ya sé que no es mucho, pero siempre he oído decir que es mejor que te den una información que no sirva para nada a que no te den una que sí te pudiera ayudar porque piensen que no sirve para nada —le dijo el empleado muy orgulloso de su frase.

—Pues tienes mucha razón. No sé a quién le habrás escuchado la frase, pero es muy acertada —le comentó el subinspector.

—Una vez me la dijo un anestesista del hospital, el Dr. Pol Martí. Un gran tipo.

—Sí, le conocemos, hemos hablado con él y me pareció que tenía muy mal humor —le dijo la inspectora.

—¿Mal humor el Dr. Martí? Pues conmigo siempre tiene una sonrisa en la cara. Es de los pocos que me saluda cuando me ve, y no hablo solo de médicos, hablo de cualquier personal del hospital. Es un tío muy majo.

—Me alegra saberlo —dijo con indiferencia la inspectora—. Cuando acabemos nuestro trabajo en el hospital nos gustaría volver a hablar contigo, si no te importa —añadió a modo de despedida.

Los dos policías se dirigieron al acceso al hospital y subieron en busca de María Farré, supervisora del área quirúrgica, con la intención de que les orientara sobre el personal de enfermería que podría aportarles más información en la investigación. Una vez casi descartado el móvil de las deudas de juego, las motivaciones intrahospitalarias parecía que volvían a coger fuerza. Una vez hablaran con el personal de enfermería de quirófano tenían pensado continuar con cuidados intensivos y anestesiología.

La supervisora se encontraba en su despacho finalizando la planificación del mes de diciembre. Entre el puente de la Constitución y las Navidades había pocos días hábiles, pero las

vacaciones de su personal complicaban la cuadratura del círculo. Les atendió de inmediato y quedó estupefacta al conocer el asesinato del Dr. Trullols. No destacaba por sus habilidades quirúrgicas, pero le tenía por una buena persona, con un sentido del humor muy particular, sí, pero sin ninguna maldad. Cuando los policías le preguntaron sobre la posibilidad de que alguna enfermera pudiera tener motivos para querer ver muerto al Dr. Trullols, negó con rotundidad que eso fuera posible y que hubiera alguna que quisiera asesinar al Dr. Torres y al Dr. Trullols, a ambos, todavía menos. Les explicó que la cirugía cardiovascular era una especialidad que requería unos conocimientos por parte de enfermería tan específicos que sus componentes apenas rotaban, por lo que no había enfermeras que coincidieran en quirófano con ambos cirujanos. Ella descartaba al personal de enfermería de quirófano y dudaba que cualquier otro sector pudiera tener motivos para querer asesinar al doctor, pero si lo consideraban oportuno, lo más fácil sería que hablaran con la instrumentista habitual del quirófano de urología, la Sra. Lucía Cifuentes. Si había ocurrido algo destacable ella les podría informar.

Se despidieron de la supervisora y se dirigieron hacia el área quirúrgica donde esperaban poder hablar con la Sra. Cifuentes. Esta apareció unos diez minutos más tarde. Por suerte para ellos esa mañana no se estaban realizando cirugías que precisaran que la instrumentista estuviera lavada durante horas, es más, la circulante se bastaba para atender al urólogo que ese día estaba operando ajeno a la muerte de su compañero. Tras informar a la Sra. Cifuentes del motivo de su visita y esperar a que se recuperara del shock que le había provocado la noticia, iniciaron las preguntas.

—Sra. Cifuentes, veo que se ha sorprendido mucho.

—Por supuesto que me he sorprendido. Que muera un compañero es una noticia horrible, pero que encima haya sido asesinado, es una locura —le respondió con lágrimas en los ojos.

—¿Qué opinión tenía del Dr. Trullols? ¿Cree que alguien podría tener motivos para querer matarle? —fue directa al grano la inspectora.

—¿Al Dr. Trullols? ¿Motivos para querer matarlo? Nadie, no creo que nadie pudiera querer matarlo. Que no fuera muy hábil y que los quirófanos se alargaran más de lo que lo hacían con otros compañeros no me parece causa suficiente para desear su muerte —respondió con gran convicción.

—¿Y su sentido del humor? Tenemos entendido que era muy particular y podría haber herido a alguien con quien trabajara.

—Subinspector, tenía un sentido del humor muy particular, es cierto, pero todo el mundo lo sabía y no le hacían caso, no se lo tomaban a mal. No creo que nadie se sintiera ofendido por sus bromas, incluso había quien entraba en su juego y le replicaban con otras de su mismo estilo. No, no creo que nadie le quisiera mal por sus bromas, por muy poco acertadas que pudieran ser en alguna ocasión —afirmó con rotundidad.

—Pero la realidad es que alguien ha acabado con su vida. Alguien con conocimientos sanitarios al alcance de un grupo reducido de especialistas, entre ellos los que coincidían con él en quirófano —insistió la inspectora.

—Es cierto, alguien lo ha asesinado, pero si tuviera que decir un nombre no podría. No se me ocurre nadie que haya coincidido con él en quirófano que pudiera desear su muerte. No me entra en la cabeza. Es que no recuerdo ningún encontronazo relevante con nadie, ninguna pelea ni ningún grito. Lo siento, pero no puedo serle de más utilidad —se disculpó apesadumbrada la enfermera.

—Y, ¿alguien de fuera de quirófano? ¿De la unidad de reanimación posquirúrgica? ¿De cuidados intensivos? —le abrió esa posibilidad el subinspector.

—Si su actitud, su manera de trabajar y de tratar a la gente era la misma que en quirófano, lo dudo mucho, pero no conozco lo suficiente a esos compañeros para asegurarlo al cien por cien.

Tras consolar a la instrumentista del quirófano de urología y agradecerle su ayuda se despidieron de ella.

Estaban pensando cuál iba a ser su siguiente paso cuando de repente divisaron al fondo del pasillo, viniendo hacia ellos, al Dr. Guerrero, el jefe de servicio de anestesiología. Iba a entrar en uno de los quirófanos cuando vio que el subinspector Palau agitaba su

brazo para llamarle la atención, entonces se dirigió hacia los policías, a los que no reconoció vestidos de esa guisa.

—Dr. Guerrero, ¿se acuerda de nosotros? Somos los policías que hablamos con usted sobre la muerte del Dr. Torres —le dijo el subinspector.

—Oh, discúlpenme. No les había reconocido así vestidos. Es algo que a nosotros nos pasa a la inversa. Hay veces que fuera de quirófano no reconocemos a nuestros compañeros vestidos de personas normales —comentó en cierto tono de broma—. ¿Qué les trae de nuevo por aquí? ¿Cómo va la investigación de la muerte del Dr. Torres? —les preguntó con sincero interés.

La subinspectora le puso al día sobre la nueva defunción ante lo cual el doctor se sintió muy sorprendido. El Dr. Trullols era una buena persona. Por lo que a él le constaba no tenía problemas con nadie, no era muy habilidoso, pero eso era todo. Interrogado por la posibilidad de que algún anestesista de su servicio pudiera tener motivos para asesinar a la nueva víctima, él lo negó con rotundidad. Del mismo modo que todos sus compañeros, todos, habían pasado por su despacho para quejarse del Dr. Torres, ninguno, pero ninguno en absoluto le había manifestado nada en contra del Dr. Trullols. No creía que nadie de su equipo hubiera podido asesinar al Dr. Torres y menos aún al Dr. Trullols, pero aun así les dio una lista con los anestesistas que solían estar en ambos quirófanos.

Tras despedirse del Dr. Guerrero se dirigieron a Cuidados Intensivos, donde sospechaban que iban a recibir las mismas respuestas que hasta ese momento.

—¡Me cago en la puta! —exclamó la inspectora al tiempo que se paraba en uno de los rellanos de la escalera.

—¿Qué ocurre, Laura? —preguntó el subinspector sorprendido al escuchar a su compañera.

—¿No te das cuenta, David? Este caso no tiene ni pies ni cabeza. Asesinan a un cirujano al que todo el mundo querría ver muerto. Asesinan a un urólogo al que nadie desea ningún mal y, supuestamente, ambos crímenes los ha cometido la misma persona —afirmó con cierta desesperación.

—Tienes razón, Laura. No tiene mucho sentido si lo vemos así, pero es lo único que tenemos por el momento. Esperemos que la autopsia nos pueda dar más pistas de lo que tiene en común ambos asesinatos, porque como tú bien dices, por ahora la cosa no tiene mucho sentido. Las dos muertes por separado se podrían entender, pero juntas… —el subinspector se mostraba tan desconcertado como su compañera.

—Tienes razón. No nos volvamos locos y esperemos a los resultados de la autopsia y entonces planificamos una nueva estrategia de investigación, pero ya que estamos aquí continuemos con los interrogatorios —sugirió a su compañero.

—Me parece perfecto. Y luego nos vamos a comer.

Una vez en la U.C.I. fueron recibidos por el jefe de servicio, el Dr. Llorens, al que expusieron la nueva situación, la muerte del Dr. Trullols a manos, supuestamente, del mismo asesino que acabó con la vida del Dr. Torres. Las respuestas del jefe de intensivos fueron del mismo tipo que las del de anestesiología y de él también obtuvieron una lista de los intensivistas que potencialmente podrían haber tenido una peor relación con el Dr. Trullols, aunque eso solo se basaba en la opinión del Dr. Llorens y no en hechos reales.

Después de un pequeño tentempié descendieron los nueve pisos que separaban la cafetería del aparcamiento por las escaleras y se dirigieron a las oficinas, donde el amigo de la inspectora, cuyo nombre no había tenido el más mínimo interés en conocer, salió a su encuentro con una sonrisa en los labios nada más la vio llegar.

—¡Hola de nuevo! ¿En qué puedo ayudarla? —preguntó emocionado.

La inspectora se interesó en ver las cámaras de la barrera del viernes veintisiete de noviembre con la intención de determinar cuando había abandonado el hospital el vehículo del Dr. Trullols y si por casualidad se podía observar quién lo conducía. Tras buscar en los archivos cuál era la matrícula del coche del fallecido y repasar a cámara rápida las imágenes del viernes a partir de las dos del mediodía lograron determinar que el vehículo abandonó el

aparcamiento del hospital a las quince cincuenta y nueve de la tarde.

Al subinspector le asaltó la curiosidad de saber si los doctores tenían plazas fijas en el aparcamiento a lo que el empleado respondió con una negativa, pero eso no quería decir que no solieran aparcar en las mismas zonas si estaban disponibles. El ser humano es un animal de costumbres, o de rutinas, les dijo, frase que también le había enseñado el Dr. Pol Martí. «Joder con el Dr. Martí, es todo un filósofo» —pensó la inspectora y ahondando en el tema quiso saber si el empleado sabía dónde solían aparcar el Dr. Torres y el Dr. Trullols a lo que respondió que lo desconocía.

El empleado del aparcamiento se comprometió por propia iniciativa a revisar todas las imágenes que hubieran grabado las cámaras en las horas previas a la salida del vehículo e intentó que la inspectora le diera su número de teléfono para asegurarse de que esta vez le llegaba la información, ante lo cual, y para descargar a su compañera, el subinspector se adelantó y le proporcionó su número ante la decepción del empleado.

Ambos policías se dirigieron al vehículo y salieron del hospital rumbo a la comisaría. La inspectora pensó que lo único bueno que iban a obtener del empleado del aparcamiento era no tener que pasar por el cajero cada vez que salían del hospital, cosa que hacían más de lo que jamás hubiera esperado, pero algo es algo.

Una vez en la comisaría se dirigieron directamente al despacho del comisario donde analizaron la situación y el cambio de rumbo en la investigación. Habían pasado de tener dos sospechosos del primer asesinato, cuyo móvil eran las deudas de juego, a no tener suficientes dedos en las manos para contar los anestesistas e intensivistas que formaban el elenco de potenciales asesinos de los dos médicos. Teniendo en cuenta la nueva situación creyeron oportuno descartar del todo a la Dra. Bitrià como sospechosa.

Decidieron esperar al día siguiente para, con los datos de la autopsia, concretar la nueva estrategia de investigación. De un modo u otro tenían que hacer adelgazar la lista de candidatos a asesino de médicos.

21

Martes, 1 de diciembre de 2020

No eran aún las siete de la mañana, pero en el despacho del comisario los tres policías ya estaban sentados alrededor de la mesa con una taza de café en la mano recapitulando la información que tenían cuando sonó el teléfono del comisario. Tras responder puso el altavoz ya que el interlocutor era el Dr. Mur y la información que les iba a aportar era de la incumbencia de todo el equipo.

—Jesús, acabo de poner el altavoz porque están conmigo la inspectora Sans y el subinspector Palau.

El Dr. Mur les reveló que el Dr. Trullols había muerto entre ocho y doce horas antes de ser descubierto en La Mina, donde había sido trasladado después del asesinato. El secuestro, como en el caso anterior, se había producido, supuestamente, tras el disparo de una pistola eléctrica en el lado izquierdo del cuello de la víctima desde una posición ligeramente elevada. En este caso, el total de disparos que había recibido el doctor eran seis. Había signos de ataduras en diversas partes de su anatomía y otras marcas de haber llevado una mordaza en la boca. En el cuerpo todavía portaba dos catéteres venosos centrales, uno en la arteria carótida derecha y otro en la vena subclavia derecha. La causa de la muerte había sido la introducción de agua o un fluido similar a altas temperaturas a través de la vena subclavia derecha, que había avanzado hacia la mitad derecha del corazón y de ahí a los pulmones, destrozándolos literalmente con gran sufrimiento para la víctima. La colocación del catéter en la carótida era una incógnita, pero la teoría del forense era que había sido introducido allí para determinar si el fluido inyectado, que había sido impregnado con un colorante, era capaz

de llegar hasta allí o los latidos del corazón se habían detenido antes de bombear la sangre hasta el cuello.

Una vez concretados los detalles menores de la autopsia preliminar, y en espera del informe provisional, el Dr. Mur se despidió invitándoles a consultarle cualquier duda que pudieran tener.

Después de finalizar la llamada el comisario pidió a sus colegas a que expusieran lo que las palabras del forense les habían sugerido.

—Empecemos por el principio —sugirió el subinspector.

—E intentemos ver las diferencias y similitudes entre ambos asesinatos.

—Adelante —les solicitó el comisario.

—El secuestro de las víctimas se produce tras provocarles una pérdida de consciencia con una descarga eléctrica en el lado izquierdo del cuello —inició el subinspector.

—Desde una posición ligeramente elevada —añadió la inspectora, ante lo que asintieron ambos compañeros.

—El Dr. Torres recibió siete descargas y el Dr. Trullols, seis. Cuando analizamos la primera muerte concluimos que las descargas repetidas eran debidas a la necesidad de mantener al secuestrado inconsciente durante el trayecto entre el lugar donde fue capturado hasta el lugar donde fue retenido —expuso el subinspector.

—De lo cual se puede interpretar que como el Dr. Torres era algo más corpulento, según nos ha dicho Jesús, necesitó un disparo más que el Dr. Trullols para llegar al mismo punto.

—Supuestamente al mismo punto —rectificó el comisario.

—Supuestamente, pero es lo más probable. No creo que el asesino vaya variando de ubicación —rebatió la inspectora.

—En ese caso lo más probable es que el lugar del secuestro sea el mismo en ambos ya que el tiempo necesario para llegar a su destino fue muy similar si nos basamos en las descargas del táser —concluyó el subinspector.

—Y si damos por cierta esta hipótesis, el lugar más factible es el hospital. Fortaleciendo la idea o el hecho de que en los dos casos la última vez que se vio a las víctimas fue en el hospital de donde sus vehículos partieron y no han sido localizados por el momento.

—Si pudiéramos convertir esos seis o siete disparos en tiempo, podríamos trazar con un compás una línea que marcaría los posibles lugares a los que pudieron ser transportados —sugirió el subinspector.

—Hablaré con los expertos del cuerpo en armas eléctricas para ver si nos podrían ayudar en ese cálculo —informó el comisario.

—Sigamos avanzando —sugirió la inspectora—. Si damos por bueno que las víctimas fueron raptadas el viernes por la tarde en el hospital y sus cadáveres fueron abandonados la madrugada del lunes, ambos permanecieron bajo el control del asesino unas sesenta horas aproximadamente —dijo la inspectora tras hacer un cálculo mental.

—El Dr. Torres murió desangrado a las pocas horas de cautiverio, una muerte indolora, mientras que el Dr. Trullols murió hervido vivo con gran sufrimiento tras prácticamente dos días secuestrado —afirmó el comisario avanzando en las conclusiones.

—Aquí hay un punto muy importante a tener en cuenta en el *modus operandi* del asesino. Son dos modos completamente diferentes de matar. Ha pasado de un modo rápido, indoloro y temprano a uno que ha llegado tarde en el tiempo y que ha sido muy doloroso. No sé si es una evolución que le ha llevado al encarnizamiento físico y psicológico para disfrutar del sufrimiento de su víctima o es que los ha tratado a los dos de manera diferente por algún otro motivo —expuso el subinspector haciendo gala de sus conocimientos en psicología—. Otras diferencias que podemos observar son la ubicación en la que ha abandonado a las víctimas y …

—Lógico, si tenemos en cuenta que el Carmel todavía está vigilado por patrullas —interrumpió la inspectora a su compañero de Girona.

—Cierto, Laura. Tienes razón.

—Lo que sí es claramente diferente es que al primero lo abandonó habiendo retirado todas las vías que utilizó para canalizarle los vasos y al segundo le dejó puestos los dos únicos catéteres que utilizó —continuó el subinspector.

—¿Se ha vuelto perezoso o es que el tiempo le apremiaba? —preguntó el comisario.

—Pues no sabría qué decir —respondió el subinspector—, pero lo más fácil es que se haya vuelto perezoso, no creo que sea muy complicado retirar esos dos catéteres, aunque podría ser que quisiera que los encontráramos.

—Y la similitud más importante es que ambos portaban entre sus dientes sus respectivos carnés de colegiado, lo que indica que el asesino quería que fueran identificados con rapidez y su voluntad era transmitir que los había matado por su condición de médicos…

—O por algo que habían hecho desempeñando su labor como médicos, diría yo —puntualizó el subinspector.

—O sea, lo que sugieres es que no los mató por ser médicos si no por algo que pasó en el desempeño de su profesión —intentó comprender el comisario.

—Yo creo que sí. Pienso que es como si los hubiera querido castigar por algo que hicieron ejerciendo de médicos y se proponía ponerlo de manifiesto ante todo el mundo —concluyó el subinspector.

—Me parece que tiene lógica esa teoría —coincidió el comisario —. Si os parece bien, podríais volver al hospital a apretar las tuercas a los sospechosos.

—Eso haremos en cuanto me tome el café que necesito.

—Por cierto. No os preocupéis por la prensa. Ayer hablé con Joan Cardedeu y me aseguró que Mònica Cardós no interferiría en la investigación. La rueda de prensa del otro día y el hecho de que esta muerte carezca de interés para sus lectores, por no ser grotesca, han hecho que se la deje a los periodistas serios de su diario.

—Nos alegramos mucho de que así sea, Jordi —respondió la inspectora dirigiéndose a la puerta del despacho.

—Yo también necesito un café, Laura. Te invito. Ah, y de camino al hospital podemos parar en el Anatòmic, que me han surgido un par de preguntas para el forense —dijo cuando ya habían abandonado el despacho del comisario y se dirigían hacia el coche.

—Hace días que no jugamos a las matrículas —dijo la inspectora rompiendo el silencio que se había instaurado.

—Tienes razón, Laura, pero estos momentos de tregua en el coche también van bien para pensar de un modo diferente.

—Posiblemente. Y ¿qué estabas pensando ahora?

—Pues estaba pensando que este caso deberíamos considerarlo una serie de asesinatos. Vamos, que nos encontramos delante de un asesino en serie —expuso su nueva teoría.

—Lo que está claro es que el asesino es el mismo en ambos casos —afirmó apoyando la idea de su compañero.

—Las definiciones de "asesinatos en serie" son diversas y han ido cambiando a lo largo de los años y este caso tiene aspectos que coinciden con la mayoría de ellas. Según quien defina se precisan dos o tres víctimas sucesivas en distintos eventos, obviamente, por el mismo delincuente. En nuestro caso tenemos dos crímenes…

—Por ahora —interrumpió la inspectora.

—Ciertamente, por ahora —coincidió el subinspector—. Teniendo en cuenta estos dos casos, si los consideramos parte de una serie, tendríamos que decir que los asesinatos son planificados, organizados, cosa que nos haría pensar más en un psicópata que en un psicótico.

—Y ¿cuál es la diferencia? —preguntó la inspectora con la intención de confirmar lo que ella pensaba.

—El psicótico es un enfermo mental que podría no saber distinguir entre el bien y el mal, en cambio los psicópatas no son enfermos, distinguen perfectamente entre lo que es correcto y lo que no lo es. Son personas que suelen ser muy inteligentes, pero que poseen características mentales no presentes en la mayoría de la sociedad.

La inspectora había estado escuchando atentamente mientras conducía hacia el Anatòmic, lugar al que ya habían llegado y procedió a aparcar delante de la puerta, pero se quedaron en el vehículo un rato más mientras el subinspector acababa de exponer su teoría.

—Como por ejemplo…

—Son gente que pueden parecer completamente normales, simpáticos, agradables, pero que en el fondo suelen tener una gran falta de empatía, pueden haber tenido conductas antisociales en el pasado, no aceptan las normas de buen grado, entre otras cosas.

—Entiendo.

—Pero hay elementos que no encajarían con un asesino en serie tipo psicópata —dijo mientras se giraba hacia la inspectora que le invitó a proseguir con su explicación—. Este tipo de asesinos suelen escoger víctimas que no tiene ninguna relación con él ni entre ellas y, obviamente, este no es el caso.

—Efectivamente, no es el caso. Las víctimas no sé si se conocían, pero pertenecen al mismo colectivo y trabajan en el mismo lugar, por lo que sí tienen una relación entre ellas. Y si el asesino es un sanitario es obvio que este tiene algo que ver con las víctimas —concluyó la inspectora.

—Otro elemento discordante es el hecho de que el modo de acabar con las víctimas es diferente. Un psicópata organizado suele acabar con ellas del mismo modo. También es frecuente que el asesino conserve algún objeto de la víctima como trofeo, pero en los informes realizados por nuestros compañeros se indica que no se ha echado nada de menos.

—¿Hay algo más que apunte hacia un asesino en serie? —preguntó la inspectora que empezaba a impacientarse y deseaba salir del coche.

—Hay una cosa muy clara: la firma. Muchos de los asesinos en serie dejan una firma, un rasgo que les caracteriza, algo que les identifica como autores del crimen y en este caso es…

—El carné de colegiado entre los dientes —interrumpió la inspectora a su compañero.

—Efectivamente. Esa es su seña de identidad, su firma. Y es muy importante para nosotros que no sea de conocimiento público ya que podría invitar a que alguien quisiera imitarle para obtener fama o algún asesino podría intentar cargarle algún muerto a nuestro sospechoso.

—Por lo tanto, tenemos un potencial asesino en serie que no se comporta del todo como sería de esperar —resumió la inspectora la

charla que habían tenido en el coche.

—Totalmente de acuerdo. No hay dos crímenes ni dos criminales exactamente iguales.

—Igual que no hay dos polis iguales —añadió la inspectora al mismo tiempo que abría la enorme puerta de su Audi Coupé y salía de él.

Los dos compañeros subieron hasta el despacho del Dr. Mur, quien se encontraba redactando el informe de la autopsia del Dr. Carlos Trullols. El forense no les pudo aportar nada nuevo a lo que ya sabían hasta que no llegaran los resultados de laboratorio.

—Un par de curiosidades, Jesús. ¿El material utilizado por el asesino es de uso común en un hospital como el Mediterrani? —deseaba saber el subinspector.

—La verdad es que sí. Los catéteres venosos centrales son muy habituales en un hospital de tercer grado teniendo en cuenta las intervenciones que allí se realizan y el tipo de pacientes que se atienden en cuidados intensivos —indicó el forense.

—Por lo que entiendo que estarán al alcance de cualquiera que trabaje con ellos, que no tienen un control especial como pudieran tener algunos fármacos, ¿verdad?

—Así es, Laura. Hay fármacos, como los mórficos: morfina, fentanilo, remifentanilo y alguno más, que están bajo llave y se lleva un control muy estricto de su uso, pero el material al que hacemos referencia está al alcance de cualquiera que trabaje en un quirófano o una U.C.I. —aseguró el Dr. Mur.

—Por lo que es fácil deducir que cualquiera podría haber cogido un par de ellos y pasar totalmente desapercibido.

—Efectivamente, David, así es.

—Otra cosa más, Jesús. ¿Los actos realizados por el asesino precisan de una ubicación especial? Es decir, ¿los hubiera podido llevar a cabo en una habitación de su casa?

—Por espacio, por iluminación, por todas las condiciones necesarias, la respuesta es sí. Lo podría haber hecho perfectamente yo en mi casa.

—¿El primer asesinato también? Hay que tener en cuenta que lo mató la madrugada del sábado y hasta la madrugada del lunes no

se deshizo del cadáver —quiso saber la inspectora.

—En condiciones normales, no. Si en Barcelona hubiéramos tenido las temperaturas habituales para la época, no, no hubiera sido posible mantener el cadáver en buenas condiciones durante cuarenta y ocho horas sin introducirlo como mínimo en una nevera, pero teniendo en cuenta las temperaturas tan bajas que hubo aquellos días, dejando el cuerpo cubierto por una tela en un balcón sombrío hubiera sido suficiente para que se conservara tal y como lo hizo —afirmó el forense.

—Por lo tanto, un elemento que puede servir de cribaje en este caso es la movilidad de un secuestrado inconsciente y un cadáver —sugirió la inspectora.

—El asesino, por comodidad para el manejo de un cuerpo inerte y por la protección ante posibles testigos, debe vivir en una casa o en un edificio con aparcamiento privado y acceso a un ascensor —concluyó el subinspector.

—Yo diría que así es. Teniendo en cuenta las heridas de ataduras que hay en los cuerpos de ambas víctimas, todo indica que la superficie en la que estuvieron tumbados durante su cautiverio es mucho más ancha que las camillas que hay en un quirófano.

—Muchas gracias, Jesús —dijo la inspectora a modo de despedida.

—Una cosa más, Laura. Perdona que me meta en vuestro terreno, pero ¿os habéis planteado la posibilidad de que estemos ante un asesino en serie? —sugirió el forense al mismo tiempo que juntaba las palmas de sus manos delante de su pecho a modo de disculpa.

—No debes disculparte, Jesús. Somos un equipo y toda ayuda es bienvenida. Eso es justo lo que nos estábamos planteando cuando veníamos hacia aquí. Dos muertes quizá son pocas para catalogarlo como tal, pero una maratón se empieza con un primer paso, llevamos dos y esperemos que no haya un tercero —afirmó la inspectora recordando que para hoyar todos los picos que había conquistado en su vida siempre tuvo que dar un primer paso.

22

La inspectora Sans y subinspector Palau no se dirigieron la palabra en todo el trayecto hasta el hospital. Ambos estaban reordenando en sus cerebros la orientación como crímenes seriales que le iban a dar a la investigación y lo iban a aliñar con la información que ya poseían y con la que habían obtenido en las últimas horas. Una vez aparcados en el hospital, esta vez el empleado no los había visto llegar, permanecieron sentados en el vehículo e intercambiaron sus puntos de vista.

—Por lo tanto, estamos buscando a un anestesista o intensivista carente de empatía y de habilidades sociales, aunque con gran capacidad para disimularlo. Una persona muy inteligente a la que le cueste seguir las normas y que pudiera tener alguna salida de tono que rápidamente revierta —introdujo la inspectora el perfil del sospechoso.

—Una persona que viva en una casa o chalé y en su defecto en un edificio con ascensor y aparcamiento privado que conecte fácilmente con él —añadió el subinspector.

—Y, obviamente, que haya tenido motivos para asesinar a las dos víctimas —concluyó la inspectora.

—Aunque, Laura, la motivación es algo muy personal e intransferible. Lo que te hace levantar a ti del sofá puede que a mí no me cause la más mínima ilusión.

—Estoy de acuerdo contigo, David.

—Otra cosa, teniendo en cuenta lo que ya sabemos, ¿tú crees que deberíamos descartar a las mujeres y centrarnos, al menos inicialmente, en los hombres? La capacidad física necesaria para movilizar un cuerpo inerte no es propia de las mujeres estándar —preguntó el subinspector con cierto temor de parecer machista ante los ojos de su jefa.

—Si somos realistas, es lo más coherente, pero no debemos subestimar las capacidades físicas de las mujeres que podamos entrevistar. Yo sí sería capaz de mover a un hombre de unos ochenta kilos utilizando las técnicas correctas y seguro que aquí también las hay. Hoy en día la cultura del deporte está muy extendida en nuestra sociedad —sentenció la inspectora.

—No te preocupes que no subestimaré a nadie, a no ser que la cosa esté muy clara —le respondió guiñándole un ojo.

Ambos salieron del vehículo y se dirigieron al área hospitalaria y por el camino decidieron que volverían a visitar al Dr. Guerrero, jefe de anestesiología, para que les reorientara en su investigación. Una vez en el despacho le explicaron con detalle qué es lo que estaban buscando, tras lo cual, y disculpándose por desconocer dónde vivían la mayoría de sus adjuntos, cosa que hubiera podido reducir la lista, les enumeró hasta siete anestesistas. A los policías les pareció una lista muy larga, pero teniendo en cuenta que el servicio de anestesiología era el más numeroso del hospital y que contaba con treinta y cinco profesionales, la criba resultó importante. El Dr. Guerrero se ofreció amablemente a acompañarlos a la zona de quirófano.

Una vez interrogados los siete anestesistas, descartaron a cuatro por la ubicación de sus domicilios, muy alejados del hospital, a más de seis o siete disparos táser de distancia, bromearon entre ellos los policías, por vivir en pisos del centro, por tener coartadas sólidas u otros motivos que consideraron suficientes para excluirlos de la lista.

Al final, los candidatos en ese servicio eran el Dr. Jordi Robert, el Dr. Pol Martí y el Dr. Jaume Vélez. No era que todos ellos coincidieran al cien por cien con las características que buscaban, descubrir a una persona carente de empatía o con rasgos psicopáticos en una simple y corta entrevista era imposible, pero no lo podían descartar. Si a ello sumaban que vivían en una casa o tenían una torre a una distancia desde el hospital no excesivamente grande, que no tenían a nadie que pudiera corroborar que habían estado en los lugares que ellos indicaban durante los dos fines de semana anteriores y que físicamente parecían estar capacitados para

cargar con un cuerpo inerte, todo unido los convertía en fijos en la lista de sospechosos.

Una vez abandonaron el área quirúrgica subieron por las escaleras hasta la sexta planta y se dirigieron a cuidados intensivos donde repitieron la misma estrategia que habían llevado a cabo unos minutos antes. Hablaron con el Dr. Pep Llorens, jefe del servicio de cuidados intensivos, al que le expusieron el perfil del médico que buscaban y les facilitó una lista con cuatro especialistas: los doctores Feliu y Costa, con los que ya habían conversado con anterioridad, y añadió a los doctores Regué y Viñals.

Uno a uno fueron pasando por el despacho del Dr. Llorens, que gentilmente se lo había cedido, para responder a las preguntas de los policías.

Después de un par de horas de preguntas la lista se redujo a dos candidatos, el Dr. Enric Costa, un hombre maduro pero que conservaba una gran forma física, aunque él se empeñara en hacer creer lo contrario, y que además poseía una gran casa en Castelldefels; y el Dr. Viñals, un joven malcarado que casi les retó a que le acusaran de los asesinatos, lo que les transmitió la idea de que pudiera tener cierta psicopatía.

Cuando se disponían a subirse al coche la inspectora tuvo una idea. Si el asesino secuestraba a sus víctimas en el aparcamiento del hospital, existía la posibilidad que hubiera dejado el suyo aparcado allí hasta que pudiera volver a buscarlo. Eso podría significar que el vehículo del asesino no hubiera franqueado la barrera hasta pasadas varias horas del final de su turno.

Contrariada por el hecho de tener que volver a ver a su admirador, se dirigieron a las oficinas del aparcamiento.

—Inspectora, qué gran alegría volver a verla —dijo sonriente—. ¿En qué puedo ayudarla?

—Nosotros también nos alegramos mucho de volver a verle —le respondió jocosamente el subinspector dado que a él no se había referido en la bienvenida.

—Necesitamos comprobar las horas de entrada y de salida de los vehículos de varios médicos del hospital. ¿Crees que sería posible

hacerlo ahora mismo? —le preguntó la inspectora con su mejor sonrisa.

—Por supuesto que sí. Dígame sus nombres.

La inspectora le dio los nombres de los tres anestesistas y los dos intensivistas que componían la lista reducida de los sospechosos. Tras teclear los datos en los programas necesarios, obtuvo los horarios de entrada y salida de las últimas dos semanas. Repasaron los datos de los viernes veinte y veintisiete de noviembre y los resultados fueron concluyentes: los vehículos de los doctores Robert, Vélez y Feliu entraron ambos días minutos antes de las ocho de la mañana y efectuaron su salida entre la tres y las cuatro de la tarde. De los doctores Martí y Costa no había registro de entrada ni de salida ninguno de los dos viernes. En el caso del Dr. Costa sí había registro el resto de los días de la semana, en cambio del Dr. Martí no había ninguno.

—¿Qué opinas, David? —preguntó la inspectora al mando ya de su Audi.

—El hecho de que el Dr. Costa cambiara su rutina justo el día de los secuestros, mientras que los otros las mantuvieran intactas lo hace parecer más sospechoso que los demás.

—Estoy de acuerdo contigo. Habrá que ponerle vigilancia.

23

Viernes, 14 de febrero de 2020

Eran casi las dos del mediodía cuando Bruno Ferran, enfermero del Hospital del Mediterrani entró en la sala de endoscopias con la intención de hablar con su amigo, el Dr. Pol Martí.

—Bon dia a tothom!

—Hombre, Bruno, ¿qué se te ha perdido por los bajos fondos? —saludó el Dr. Palá, el digestólogo que llevaba a cabo las endoscopias.

—Vengo a ver a Pol, que como hoy es San Valentín, esta noche me lleva a la ópera —respondió llevándose ambas manos al pecho y teatralizando una gran emoción provocando con ello las carcajadas entre los allí presentes.

—Venga, Bruno, menos cachondeíto que te quedas sin Don Giovanni —amenazó el Dr. Martí a su amigo.

—¿Qué, hoy haciendo de "ANESTESIESTA"? —rio maliciosamente el enfermero.

—Sí, hoy me tocan dormiditas cortas y reparadoras —le respondió guiñándole un ojo.

—¿Te queda mucho?

—No, nos queda una colonoscopia, "el recto final" —se adelantó a la respuesta el Dr. Palá provocando una gran carcajada colectiva.

—¡Muy bueno, Dr. Palá! —se dirigió al digestólogo—. Pues, te espero y hablamos, ¿te parece, Pol?

Una vez hubieron acabado la prueba, Pol salió de la sala y se dirigió a la zona de despertar donde le estaba esperando Bruno.

—Pol, ¿cómo quedamos para ir al Liceu? Yo tengo cosas que hacer antes de ir y la última es cerca de allí. Si quieres podemos

quedar directamente en el teatro sobre las siete y media —le propuso Bruno.

—Me parece perfecto. Allí no vemos entonces.

—De acuerdo. Hasta la tarde.

Cuando Bruno ya estaba a punto de salir por la puerta, Pol le reclamó la atención.

—Por cierto, Bruno. Te tengo preparada una sorpresa para esta tarde —le susurró al oído tras acercarse a él.

—Ah, ¿sí? ¿De qué se trata? —preguntó Bruno con ilusión y admiración.

—Te voy a presentar al protagonista de la ópera.

—¿A Toni Marsol? —dijo al mismo tiempo que se le salían los ojos de las órbitas.

—¡Equilicuá!

—¡Bravo! —exclamó exageradamente mientras se tapaba la boca para atenuar su grito—. ¡Ya era hora! —continuó con la voz atenuada—. Después de tantos años siendo amigo suyo al final me lo vas a presentar.

—Hemos quedado en vernos cuando acabe la representación y, sí, te lo voy a presentar, pero debes prometerme que te vas a comportar.

—Palabrita del niño Jesús —Pol rio a carcajadas al oír a su amigo.

—¡Qué antiguo eres!

—Reminiscencias del pasado. ¡Hasta luego!

Eran ya las siete y media de la tarde cuando los dos amigos se encontraron en la puerta principal del Gran Teatre del Liceu. Un magnífico edificio cuya fachada databa del año 1847 y que poseía elementos historicistas y detalles ornamentales plateresco s y cuya autoría correspondía al proyectista francés Viguié. Tras saludarse se acercaron al control de acceso donde les permitieron la entrada hacia la gran escalera central por la que subieron hasta el primer piso.

—¿Cuáles son nuestros asientos? —preguntó emocionado Bruno.

—Anfiteatro D, fila 1, asientos 2 y 4. Para mí, las mejores butacas del teatro.

—Vaya, eso de tener un amigo cantante de ópera es un lujo.

—Y un ahorro. ¿Tú sabes cuánto valen estas entradas?

—La mitad de mi sueldo, más o menos —dijo Bruno al mismo tiempo que pasaba su mano derecha por su frente.

—Exacto. Una pasta.

—Eh, chavalín, que yo no cobro una pasta —exclamó Bruno.

—Bueno, tú ya me entiendes.

Una vez localizaron las butacas, Bruno se cercioró de que no se habían equivocado ya que tenía la impresión de que no podía ser cierto que estuvieran tan bien ubicados. Cuando Pol le confirmó que, efectivamente, esas eran sus butacas, tomaron asiento.

—La vista desde aquí es espectacular —exclamó Bruno.

—Ya te he dicho que para mí son las mejores butacas. El equilibrio perfecto entre proximidad y perspectiva con el plus de estar totalmente centradas.

Mientras esperaban el inicio de la función sonaron diversas advertencias por megafonía sobre el tiempo que restaba para que comenzara el espectáculo y el recordatorio de que debían desconectar los teléfonos móviles.

Entró el director de orquesta y todo el público empezó a aplaudir y este hizo una reverencia de agradecimiento.

—Nunca he entendido que aplaudan al director de orquesta nada más entrar, sin saber si lo va a hacer bien o mal —afirmó Pol.

—Yo tampoco lo entiendo. Es como si a nosotros nos aplaudieran al entrar al quirófano.

—Joder, con que me aplaudieran al salir en lugar de tener los merdés que tengo, ya estaría contento —respondió el anestesista.

—Calla, calla. Que empieza la ópera.

La maravillosa obertura de Don Giovanni inundó todos los rincones del teatro dando paso al inicio de la acción del primer acto. Don Giovanni se introduce en la habitación de Donna Anna haciéndose pasar por el marido de esta, Don Octavio, y consuma la violación de la dama. Cuando la susodicha lo descubre pide ayuda y en su socorro acude su padre, el Comendador, que muere a manos y

espada de Don Giovanni. Pol le dio un pequeño golpe con el codo a Bruno, pero no respondió.

—¡Será capullo el tío! —exclamó Pol entre sorprendido y contrariado—. Lo traigo al Liceu a ver una de las mejores óperas que se pueden ver y el mejor elenco de cantantes que hay y va y se duerme. En fin, seguiré disfrutando yo sólo del espectáculo.

La obra siguió representándose con una calidad vocal y musical magistral. Toni Marsol en el papel principal, Don Giovanni, mostró sus grandísimas dotes como actor y aún mejores como cantante, liderando una obra de excepcional belleza musical. Cuando llegó el descanso, Pol intentó despertar a Bruno para ir a tomar algo, pero tuvo que ir sólo ya que su amigo siguió repantingado en su butaca disfrutando de sus ensoñaciones.

Al final de la representación todo el mundo se puso en pie para ovacionar a los artistas, Bruno saltó de su butaca como un resorte y empezó a aplaudir como el que más y sus "Bravo" se pudieron escuchar hasta en el Teatro Real de Madrid.

—Pero ¿qué haces, Bruno? Si te has pasado la obra entera durmiendo —dijo Pol con incredulidad.

—¿Yo, dormir? No sé de qué me hablas —le respondió Bruno sonriente.

—¿Que no sabes de qué te hablo? Si incluso se te caía la baba. Mira —le dijo tocándole la comisura de los labios—, si tienes una marca de saliva reseca. Podemos dar gracias de que no has roncado.

—Que no hombre, que no. Que no he dormido nada. Además, yo no ronco. Si quieres te puedo explicar la obra entera —le respondió Bruno con chulería.

—Eso habría que verlo y oírlo.

—Bueno, ahora cuando salgamos a la calle y lleguemos al bar, donde esperaremos para saludar a tu amigo, te lo cuento, que tengo mucha sed y quiero tomar algo, que tú en el descanso te has ido a echar un trago y a mí me has dejado plantado en la butaca —le reprochó con gran teatralidad.

—Tendrás morro —rieron ambos a carcajadas mientras salían al pasillo principal de la primera planta del teatro.

Los dos amigos se introdujeron en la marabunta de gente bien vestida, y no tanto, que se dirigía hacia la salida del espectacular edificio. Cruzaron La Rambla y se dirigieron al Café de l'Òpera donde, afortunadamente, encontraron una mesa libre y se acomodaron. Inmediatamente vino un camarero que les tomó nota.

—A ver, chavalín, demuéstrame que no dormías y que has seguido la obra de principio a fin —retó a su amigo.

—¿Seguro que quieres que te la explique? ¿No será que el que se ha dormido has sido tú y tienes miedo de que cuando venga "Don Barítono" quedes como el culo? —dijo Bruno sonriendo.

—Serás… —Pol fue interrumpido por el camarero que les traía las consumiciones que habían pedido.

—Mira, te haré un resumen rápido. El Don Juan ese se cuela en la habitación de una tal Donna Anna y se la beneficia. Cuando ella descubre que con el que ha fornicado no es su marido, pone el grito en el cielo pidiendo ayuda. Entonces aparece su padre, un tal Commendatore, por cierto, un nombre muy raro…

—Ese no es su nombre, es el título honorífico que le concedió el gobierno de su país —le respondió Pol.

—No me interrumpas que si no pierdo el hilo.

—De acuerdo, no te interrumpo.

—No me interrumpas ni para decirme que no me vas a interrumpir, ¿vale? —le dijo Bruno poniendo el dedo índice de su mano derecha delante de su boca, a lo que Pol respondió con un gesto de afirmación de su cabeza—. Pues si no me vas a interrumpir más, sigo. El tal Commendatore llega hasta donde están su hija y el rufián e intenta detenerlo. Luchan ambos y Don Giovanni le asesta un espadazo y lo fulmina para luego salir corriendo y poner los pies en polvorosa.

Pol hizo un gesto de asentimiento y abrió la boca para intentar expresar algo, pero Bruno rápidamente le frenó.

—He dicho que nada de interrupciones. Pues eso, que después de pelar al abuelo, se va por patas. Luego aparece una tal Elvira, que se ve que conocía a D. G. —lo pronunció en italiano, /di/ /gi/— de otra ciudad, y que había venido a buscar el amor que el prenda le había prometido. Elvira no encuentra a D.G. sino a su criado

Leporello, el cual, intentando desengañar a la dama le canta una canción en la que le enumera la lista de las amantes de su amo: que si en Italia 640, en Alemania 231, 100 en Francia y en Turquía 91, pero que la palma se la lleva España donde ya atesora 1003 —Pol intentó volver a decir algo, pero Bruno le volvió a cortar—Ssss, que no abras la boca —con una onomatopeya quiso silenciar a su amigo —. Después intenta conquistar a una jovencita, Zerlina, que tiene novio, al cual darán una paliza. Posteriormente hace que su criado prepare una fiesta para poder aumentar su lista en al menos 10 mujeres a las que conquistará con todas las artimañas que domina.

Bruno se detuvo un momento para dar buena cuenta de su bebida antes de seguir demostrando a su amigo que sí había seguido la obra.

—A ver, sigamos. Más adelante D.G. hace la cutrez de cantarle una serenata a Elvira pidiéndole que salga a la ventana. A Elvira, a la que había dejado plantada en no sé qué pueblo de las Españas profundas. Vamos, que no tiene desperdicio la cosa. Finalmente, y ahora viene lo bueno, D.G. y Leporello llegan al cementerio y allí leen la inscripción en la lápida del "Commendatore": "del infame que me llevó al trance final, aquí aguardo la venganza" tras lo cual la estatua del Commendatore toma vida y le pide que se arrepienta de sus acciones y que cambie de vida. D.G., casi descojonándose de él, sale del cementerio y se va para casa.

—La cosa se pone interesante —indicó Pol llevándose el dedo índice de su mano derecha a la sien.

—Más tarde, cuando ya están en casa, alguien llama a la puerta y, oh, sorpresa, la estatua del Commendatore se les aparece cantando. "*Don Giovanni, a cenar teco*. *M'invitasti e son venuto*". Don Giovanni, me invitaste a cenar y he venido. Efectivamente, la estatua entra en la casa y le solicita de nuevo a D.G. que se arrepienta de sus pecados y que cambie de vida a lo cual este responde riéndose en la cara de la estatua. Il Commendatore, dotado de una fuerza sobrehumana se lleva a D. G. a los infiernos y así acaba la obra, con un "hemos sido vengados por el cielo" cantado por el cornudo marido de Donna Anna, Don Ottavio.

—Vaya, veo que, o no has dormido lo más mínimo durante la representación o es que te sabías la obra —ambos rieron a carcajadas.

—Igual es que me he leído el *libretto* esta tarde para saber de qué iba la obra. No sé, decídelo tú —volvieron a reír.

—Y, ¿qué conclusión sacas? ¿Cuál es la enseñanza, la moraleja? —preguntó Pol a su amigo.

—Que el que la hace la paga. Que se deben castigar las malas obras. Que hay que vengarse de quien te ha hecho daño y si lo puedes hacer tú, aunque sea de formas tan imaginativas y poco reales como el Commendatore, mucho mejor, porque si tienes que esperar a que lo haga el Karma vas fino, porque el Karma es muy pero que muy lento —finalizó la frase alargando enormemente la "u" tras lo cual ambos estallaron en risas

—Vamos, que el karma se lo toma con mucha "carma".

—¡Efectivamente! —volvieron a reír los dos atrayendo las miradas de los que disfrutaban de un refrigerio en el café—. Suerte que estas cosas solo pasan en el siglo XVIII.

—Tienes razón, Bruno. Las afrentas no se deben dejar sin respuesta. Además, no debes dejar que el Karma ni nadie, y menos alguien que venga del más allá, haga pagar las malas acciones que has recibido por parte de otros. "*Si vols estar ben servit, fes-te tu mateix el llit*".

—Efectivamente de nuevo. Si puede ser del más acá, mejor que del más allá, pero no creo que…

—¡Hombre, Pol! —en ese instante hizo su aparición Toni Marsol y se acabó la conversación que mantenían los dos amigos y el análisis de la obra.

Pol se lo presentó a Bruno. Le dijo que eran amigos de toda la vida, de barrio, de colegio y de conservatorio.

—Bueno, en el conservatorio solo estuve unos meses. Una experiencia traumática me obligó a dejarlo.

—¿Problemas con alguno de los profesores? —preguntó Toni Marsol interesándose por los motivos que pudo haber tenido Bruno para abandonar algo que para él era tan maravilloso.

—No, algo peor, pero ya hace tiempo de ello y prefiero no recordarlo —respondió con un matiz de dolor en sus palabras.

—¿Y nunca has vuelto a cantar? —insistió el barítono.

—No, nunca he vuelto a cantar y no creo que nunca lo haga.

Tras más de media hora de rememorar recuerdos y anécdotas que había compartido Pol con su amigo y profesor de canto, Toni Marsol, decidieron dar punto final a la velada ya que el cantante debía ir a descansar porque al día siguiente había una nueva representación y debía recuperar bien la voz para poder darlo todo en el escenario.

24

Miércoles, 2 de diciembre de 2020

Como ya empezaba a ser costumbre en los últimos días, los tres policías encargados del caso se reunieron en el despacho del comisario a primera hora de la mañana. Las pesquisas del día anterior les habían llevado a reducir la lista de sospechosos a cinco. Tres anestesistas: los doctores Robert, Martí y Vélez y dos intensivistas: los doctores Costa y Viñals. Los motivos que les llevaron a mantener las sospechas sobre ellos eran que ninguno de los cinco había podido aportar una coartada sólida, todos habían tenido enfrentamientos de cierta importancia con el Dr. Torres y todos habían coincidido con el Dr. Trullols en algún momento no muy lejano. Además, se añadía el hecho de que vivían en una casa que les podía haber facilitado el manejo de un cuerpo inerte, por estar inconsciente o muerto, o que en su defecto tenían una torre, aunque no habitaran en ella, como era el caso del Dr. Martí y del Dr. Viñals.

La inspectora introdujo en la conversación la idea que su compañero había manifestado el día anterior: podían estar ante unos asesinatos en serie. Si encararan la investigación bajo esa premisa quizá les podría facilitar dar con el asesino.

El comisario estuvo de acuerdo con la manera de afrontar la investigación que había aportado la inspectora y les solicitó que le explicaran cómo iban a hacerlo.

—Ayer, mientras conducía hacia Girona, pensando en que el nuestro podía ser un asesino en serie y basándome en que las dos muertes presentaban diferencias en cuanto al modo en el que los ejecutó, pero sobre todo en el tiempo que tardó en matarlos, y el sufrimiento que les causó, que en ambos aspectos fue *in crescendo*, llegué a la conclusión de que estos dos asesinatos no tenían por qué ser los primeros de la serie.

—A ver, David, explícate mejor.

—Lo que quiero decir es que puede que estos no sean los primeros asesinatos. El hecho de que haya diferencias entre ellos, que haya una evolución hacia causar más sufrimiento físico y psicológico, me hace pensar que igual todo viene de una etapa diferente. ¿Me entendéis? —les preguntó a lo que ambos asintieron con ligeros movimientos de su cabeza—. Es como si entramos en una estación de ferrocarril y vemos que un tren está pasando, pero no sabemos si los vagones que estamos viendo son los primeros que han pasado o cuántos lo han hecho ya o si son vagones de la parte media del convoy o del final.

—Sí, David, ya te habíamos entendido sin necesidad de este ejemplo para parvulitos —le dijo su compañera con cierto grado de enojo.

—Disculpadme, no quería ofenderos, es que me ha venido a la cabeza la imagen del tren y me ha parecido una buena analogía —se excusó el subinspector.

—Y lo es, lo es —le replicó la inspectora.

—Y, ¿cuál sugieres que sea nuestro siguiente paso? —le invitó el comisario a que acabara de exponer su plan.

—Si hubiera habido en Barcelona o en el resto de Catalunya asesinatos de médicos con la firma de nuestro asesino…

—El carné de colegiado en la boca —se solapó la inspectora en la explicación.

—Efectivamente, el carné de colegiado en la boca —asintió el subinspector con cierta molestia por la interrupción—, si hubiera habido otros asesinatos con esta firma, lo sabríamos, es un detalle suficientemente importante para que pase inadvertido para el resto de las comisarías.

—A no ser que piensen que puede haber un topo —matizó el comisario.

—Sí, tienes razón, Jordi, pero difícilmente se hubiera podido ocultar a largo plazo.

—En eso te doy la razón, pero mejor asegurarnos. Yo me encargo de ese detalle —se ofreció el comisario.

—Y, ¿cómo sigue tu plan? —le apremió la inspectora.

—Mi idea es que, si hubiera cambiado sus hábitos y con anterioridad no firmara sus asesinatos, podría haber alguna muerte que pudiera haber sido debida a nuestro asesino y que formara parte de una serie.

—¿Y? —se impacientó la inspectora.

—Creo que deberíamos buscar muertes prematuras de médicos en toda Catalunya e investigarlas —finalizó el subinspector manteniendo la calma a pesar de la presión a la que le estaba sometiendo su compañera.

—Investigar muertes de médicos que estuvieran en activo, o en edad de estarlo, en el momento del fallecimiento. ¿Es eso lo que propones? —deseó asegurarse el comisario de que había comprendido la idea del subinspector.

—Sí, esa es mi idea. Remontarnos a principios de año y buscar esas muertes e investigarlas de nuevo. Si son fallecimientos por causas naturales estará todo muy claro, pero si no lo fueron, habrá autopsia e investigación policial que nos podría ayudar en este caso —finalizó el subinspector la exposición de su plan.

—Pues yo empezaré a contactar con mis colegas de otras comisarías para ver si la firma del asesino, el carné de colegiado en la boca de la víctima, ha permanecido oculta por algún motivo y vosotros os dedicáis a buscar esas otras posibles muertes de médicos en Catalunya durante este año 2020 —les planteó a modo de despedida.

—¿Cómo sugieres que busquemos esas muertes prematuras de médicos? —le planteó la inspectora a su compañero.

—Cuando yo estaba colegiado recibía cada trimestre una revista del Col·legi de Psicòlegs de Catalunya y en ella había un apartado de altas y bajas de miembros y también el de defunciones en el que se indicaba la edad del fallecido. Supongo que los colegios de médicos tendrán sus propias revistas en las que aparezca esta información.

—¿Estás sugiriendo que busquemos las revistas de los cuatro colegios de médicos de Catalunya desde enero hasta ahora y que busquemos en ella los fallecidos y su edad? —preguntó la inspectora con cierta incredulidad y crispación.

—No, no estoy sugiriendo eso. Lo que digo es que, si esa información está publicada en una revista, aunque sea en la de un colectivo privado, es una información pública, por lo que no tendría que haber ningún problema en que nos la facilitaran telefónicamente sin tener que revisar una a una las publicaciones de estos últimos once meses —aclaró el subinspector.

—De acuerdo. Eso ya me parece mejor —respondió ya algo más calmada—. Pues nos dividimos los colegios: yo Lleida y Tarragona y tú Girona y Barcelona. ¿Te parece bien? Así cada uno contacta con su tierra natal —le propuso a su compañero.

—Me parce perfecto. Y así, si por lo que fuera tuviéramos que hacer una investigación presencial, nos sería más fácil con esta distribución.

—Pues manos a la obra.

Los dos policías se sentaron delante de sus ordenadores y buscaron en internet los teléfonos y los horarios de los colegios de médicos provinciales que a cada uno de ellos les había correspondido. Una vez conseguida la información y hechas las llamadas correspondientes obtuvieron varios nombres, pero las secretarias de los colegios de médicos no les podían informar de la causa de los fallecimientos. Eso deberían investigarlo por su cuenta.

—¿Qué has encontrado, David? —preguntó la inspectora al ver que su compañero dejaba el bolígrafo sobre sus notas.

—En Barcelona este año han fallecido tres médicos de forma prematura y, en Girona, dos. No sé si realmente son muchos o pocos, pero espero que estas cifras sean algo excepcional por el bien de los médicos. Y tú, ¿has acabado tu búsqueda?

—Pues yo he encontrado uno y uno. Es curioso que en todas las provincias hayan muerto médicos más jóvenes de lo que deberían —dijo sorprendida la inspectora—. El siguiente paso es intentar descubrir la causa del fallecimiento. Si la muerte no fue natural debería haber un informe policial y una probable autopsia, por lo que deberíamos cotejar los nombres que hemos descubierto con los archivos policiales. ¿Estás de acuerdo?

—Por supuesto. Ahora me pongo con los míos.

—Y yo con los que he encontrado en Tarragona y Lleida.

Ambos policías empezaron a teclear en sus ordenadores, buceando en la intranet policial, la N.I.P., en busca de archivos que hicieran referencia a los nombres de los médicos que habían obtenido desde los colegios profesionales. Si los nombres aparecían en alguna diligencia esto les aportaría suficiente información para determinar si eran susceptibles de haber sido asesinados por la persona que buscaban o no. Si no obtenían ningún resultado lo más probable es que la muerte del médico en cuestión se hubiera producido por causas naturales.

El sistema informático ese día estaba un poco renqueante y los resultados tardaban en aparecer por lo que decidieron esperar a que la búsqueda diera sus resultados e ir a comer algo.

Cuando regresaron de reponer fuerzas, en las pantallas de sus ordenadores tintineaban diversas alarmas lo cual significaba que la búsqueda había obtenido resultados positivos.

—David, mi búsqueda ha terminado y los dos doctores que buscaba aparecen en los archivos policiales —informó la inspectora a su compañero.

—La mía también ha terminado y un positivo en Barcelona y otro en Girona, por lo que no sé nada de dos doctores en Barcelona y uno en Girona. ¿Quieres que empiece por los míos?

—Adelante —le invitó la inspectora.

—De acuerdo. La primera muerte tuvo lugar el doce de enero de 2020. El Dr. Pasqual Balfegó Redolat murió a consecuencia de las heridas provocadas por un arma blanca en el contexto de un atraco en el que unos individuos intentaron robarle un reloj de elevado valor económico.

—Ahora que lo dices, recuerdo el caso. Si no me equivoco fue en el Raval y los atracadores fueron detenidos en el acto y supongo que deben estar en prisión en espera de juicio —relató la inspectora haciendo gala de su buena memoria.

—Efectivamente, así está detallado en el informe que estoy leyendo.

—De acuerdo. Los otros de Barcelona no constan en los archivos, ¿verdad?

—No. Ni el Dr. Miquel Pol i Martí ni el Dr. Jeroni Clavé i Pujol aparecen.

—De acuerdo. Entonces tendremos que asegurarnos por otras vías. Lo mejor será intentar hablar con la familia. Y con respecto a los de Girona, ¿qué me puedes decir?

—El doctor que no consta en los archivos policiales es Gustau Morell i Llonch.

—¿Y el doctor que sí consta?

—Doctora. La Dra. Marina Coll Estruch. Según el informe policial la doctora tuvo un accidente de tráfico al salir de una guardia de veinticuatro horas. Según parece se durmió al volante y se precipitó por un acantilado de camino a su casa. Murió en el acto.

—Vaya. Nunca he entendido como permiten que un médico trabaje un día entero seguido. No es lógico. Cómo va a estar en condiciones de atender a alguien una persona que lleva tantísimas horas trabajando y que puede que no haya descansado ni una hora —exclamó la inspectora.

—Y hay casos en los que sólo han podido tomar el desayuno de la mañana y nada más —el subinspector agravó la situación en la que podían trabajar los médicos en una guardia.

—Un médico puede trabajar veinticuatro horas seguidas y a todo el mundo le parece normal, en cambio, un camionero conduce un minuto más de las horas reglamentarias y se le considera un criminal —dijo la inspectora con indignación.

—Así es, Laura. Nuestra sociedad funciona así y por ahora no creo que vaya a cambiar. ¿Y qué me dices de los tuyos?

—A ver. En Tarragona tenemos a la Dra. Aurora Català Blanch y… —hizo una pausa al leer la causa del fallecimiento— no te lo vas a creer.

—Accidente de tráfico saliendo de guardia mientras se dirigía a casa —dijo como si le hubiera leído el pensamiento.

—Exacto. No era consciente, pero parece ser que la de médico es una profesión de riesgo.

—Por lo que conozco es una profesión que exige mucho física y mentalmente. Elementos que no favorecen una buena calidad de vida. Los profesionales de la salud tienen una gran incidencia de

enfermedades mentales debido a la gran presión bajo la que trabajan.

—Nosotros también trabajamos bajo una gran presión —le rebatió la inspectora.

—Lo uno no quita lo otro, ¿no?

—Cierto, tienes razón.

—Y si miras a tu alrededor, ¿no tienes la sensación de que a todos nos convendría alguna visita al psicólogo o incluso al psiquiatra? —preguntó a su compañera con un tono suave y conciliador.

—Seguramente tengas razón. Y yo soy una de ellos. Tras mi último caso, el asesino del crucigrama, acabé agotada psicológicamente y Jordi me ordenó que me tomara quince días de vacaciones para recuperarme, pero le hice caso a medias. Solo me tomé una semana y creo que no fue suficiente porque este caso me está consumiendo las energías que me quedan.

—Yo siempre digo que al psicólogo y al fisio deberíamos ir con cierta regularidad.

—Y seguramente tengas razón. Pero vamos a seguir con el caso que nos está complicando la vida.

—Adelante.

—En Lleida, mi tierra, está el caso del Dr. Gaizka Agirre Alkorta, que por los apellidos debía ser vasco.

—Bai —le respondió el subinspector.

—Eso debe ser sí en euskera, ¿no?

—Bai —volvió a utilizar el mismo vocablo guiñándole un ojo.

—Capito. A ver, el informe habla de suicidio por inhalación de monóxido de carbono. Joder, hablando de enfermedades mentales —exclamó la inspectora.

—Son mucho más frecuentes de lo que nos parece. ¿Y qué más dice el informe?

—El cadáver fue hallado en el interior del coche de su esposa, con el vehículo en marcha y con una manguera que conectaba el tubo de escape con una ventana de la parte posterior del coche que había intentado sellar lo mejor posible con cinta americana.

—¿Y las llaves estaban dentro?

—El coche estaba cerrado y las llaves estaban dentro.

—Y, ¿por qué el vehículo de su esposa? —preguntó el subinspector no acabando de entender por qué el suicida utilizó el vehículo de su esposa y no el suyo propio—. Eso seguro que incrementa el dolor que pueda sufrir su esposa por la pérdida de su cónyuge.

—Si no es que la quería hacer sentir culpable por algo, la explicación más lógica que tengo es que el vehículo de su esposa fuera de gasolina y el suyo diésel. Los gasolina producen más monóxido de carbono con lo que las posibilidades de éxito son mayores —elucubró la inspectora.

—Son las dos opciones más plausibles —confirmó el subinspector—. Entonces nos quedan dos doctores que investigar en Barcelona y uno en Girona.

—Así es, pero esta última muerte de Lleida creo que merece ser investigada un poco más —añadió la inspectora.

—No me parece mala idea.

—Me alegra que estemos de acuerdo. Propongo que tú te encargues de localizar a la familia del Dr. Miquel Pol i Martí de Barcelona y a la del Dr. Gustau Morell i Llonch de Girona y yo a la del Dr. Jeroni Clavé i Pujol de Barcelona e intente averiguar algo más del suicidio de Lleida. ¿Te parece bien?

—Me parece bien, así si no puedo obtener información telefónica sobre el Dr. Morell puedo presentarme a la familia en persona cuando vuelva a Girona.

—Y yo haré lo mismo con el de Lleida.

Los dos policías volvieron a perderse en sus ordenadores con la intención de obtener la información necesaria para contactar con las familias de los médicos fallecidos en circunstancias todavía desconocidas para ellos. Tras diversos exabruptos originados por la lentitud con la que funcionaba ese día la N.I.P del cuerpo de Mossos d'Esquadra, finalmente consiguieron lo que buscaban.

El subinspector Palau consiguió hablar con la viuda del Dr. Miquel Pol i Martí quien, a pesar de las dudas que le generaba la llamada, informó que la muerte de su esposo se había debido a

complicaciones en el seno de la enfermedad que padecía, la esclerosis múltiple, por lo que quedaba claro que no había sido víctima de ningún asesino.

La familia del siguiente fallecido, el Dr. Gustau Morell i Llonch fue completamente imposible de localizar telefónicamente. El teléfono daba señal, pero nadie respondió a la llamada por lo que el subinspector se personaría en la dirección que le constaba como hogar común del fallecido y su esposa.

La inspectora Sans tampoco tuvo éxito telefónico con la familia del Dr. Jeroni Clavé i Pujol, por lo que decidió que se aventuraría a hacer una visita a la viuda de camino hacia su casa, cuando acabara la jornada en la comisaría.

25

Jueves, 3 de diciembre de 2020

La noche se les echó encima a los dos compañeros y no les pareció prudente pasar a ver a las viudas a esas incómodas horas, por lo que las visitas les quedaron pendientes para el día siguiente.

La inspectora llegó a la comisaria pasadas las diez de la mañana. Había esperado a que fueran las nueve para telefonear a la viuda del Dr. Clavé y lo hizo desde la puerta de su casa. Como no hubo respuesta, igual que la tarde anterior, llamó al portero automático y una voz fatigada de mujer le abrió la puerta tras haberse identificado como la Inspectora Sans. La viuda del Dr. Clavé le explicó que su esposo había fallecido a consecuencia de una larga enfermedad. Un cáncer de páncreas se lo había llevado entre horribles sufrimientos.

Cuando la inspectora llegó a la comisaría se personó en el despacho del comisario y le informó del punto en el que estaba la búsqueda de muertes prematura en médicos tras lo cual pasaron a cuestiones más personales.

—¿Cómo estás, Laura? —preguntó el comisario interesándose por el estado de su compañera.

—Bien, Jordi. Estoy mejor de lo que me esperaba después del bajón que tuve la semana pasada.

—Me alegra oírtelo decir, pero te recomiendo, no, mejor dicho, te ordeno que este fin de semana repitas la experiencia de descansar.

—Pero no puedo dejaros con el peso de la investigación a los dos mientras yo me quedo en mi casa descansando —argumentó la inspectora al sentirse incómoda por la situación que se planteaba.

—Laura, el fin de semana poco podemos hacer que no hayamos hecho ya y las labores de seguimiento que podamos determinar las puede hacer una patrulla, no es necesario que las haga una inspectora.

—Tienes razón, Jordi, pero siento que abuso de vosotros y que no estoy cumpliendo con mi deber.

—Laura, cuando tengas mi edad aprenderás que para cuidar a los demás hay que cuidarse a uno mismo primero. Si tú no estás bien no puedes hacer mucho por quien te rodea. En un avión te dicen que primero te pongas tú la mascarilla de oxígeno y que luego ayudes a ponérsela a los demás si es necesario.

—Lo sé, Jordi, pero me cuesta ponerlo en práctica. Te prometo que si veo que el estado de la investigación lo permite, volveré a darles la turra a mis padres —ambos sonrieron.

—Me parece perfecto. Que seguro que se quejan de que no vas nunca a verlos —le dijo con cierto tono paternalista al mismo tiempo que alguien llamaba a la puerta—. Adelante —ordenó el comisario.

—Buenos días —saludó el subinspector Palau accediendo al despacho—. Perdonad la hora, pero hasta las nueve de la mañana no me ha parecido correcto molestar a la viuda del Dr. Morell.

—Adelante, David. No te disculpes, es lo más lógico. Siéntate. ¿Has obtenido algún resultado? —se interesó el comisario.

—Pues como no me ha cogido el teléfono me he presentado en su casa y, vamos, resumiendo: cáncer. No tiene nada que ver con nuestro asesino.

—Todas las muertes precoces de médicos en Catalunya son explicables, Jordi, pero en Lleida hay una que me causa cierta preocupación.

—¿Y eso? —dijo sorprendido el comisario.

—Se trata de un suicidio. El Dr. Gaizka Agirre Alkorta se quitó la vida inhalando humo en el coche de su mujer en el aparcamiento de su casa. Sí, lo sé, todo el mundo tiene derecho a suicidarse —dijo la inspectora ante la intención del comisario de intervenir—, pero no por ello deja de parecerme una muerte no natural.

—En eso tienes razón, Laura. Y, ¿qué propones?

—Pues, teniendo en cuenta la situación de estancamiento, me gustaría poder ampliar la búsqueda de muertes de explicación poco natural fuera de Catalunya.

—Pero eso significaría mucho papeleo para solicitar la cooperación de la Policía Nacional —le respondió el comisario pensando en el trabajo que se le venía encima.

—Lo sé, Jordi, pero tengo la corazonada de que nos puede ayudar a resolver este caso.

—Comisario, yo estoy de acuerdo con la inspectora. Me extrañaría mucho que estos dos asesinatos fueran los primeros y lo digo sabiendo que no hay ninguna prueba que lo justifique, pero yo también tengo ese pálpito —se sumó el subinspector al razonamiento intuitivo de su compañera.

—Pues ya está todo dicho. Si habéis tenido una corazonada y un pálpito, que no se hable más. A discutirme con los de arriba para que me autoricen la colaboración —les respondió con un tono que desprendía incomodidad encubierta por cierta ironía.

—Jordi, no te lo tomes así. No es un clavo ardiendo, pero creo que nos puede ser útil —se justificó la inspectora.

—Está bien, pero reducídmelo a una sola comunidad autónoma —les ordenó el comisario.

—Aragón. Tenemos tres provincias limítrofes, por lo que las posibilidades son mayores —respondió el subinspector ante el asentimiento de la inspectora.

—De acuerdo. Ahora mismo me pongo con la petición de colaboración. Espero que sirva de algo todo el papeleo que voy a tener que hacer —continuó el comisario en modo quejumbroso.

—Gracias, Jordi. Nos vamos a mi despacho a llamar a los colegios de médicos mientras tú haces el papeleo.

—Suerte con eso. Hasta luego —se despidió el comisario invitándolos a salir del despacho.

Una vez en el despacho, ambos se sentaron delante de su ordenador y empezaron a buscar los teléfonos de los colegios de médicos de Huesca, Zaragoza y Teruel. La inspectora llamaría a las dos provincias del norte y el subinspector a la del sur.

Pasados unos minutos obtuvieron los resultados y se dispusieron a ponerlos en común.

El subinspector no había descubierto ninguna muerte de ningún médico que estuviera colegiado en la provincia de Teruel, lo que le parecía lógico teniendo en cuenta la reducida población del sur de Aragón, por lo que el número de médicos también era bajo. Por su parte la inspectora había obtenido un resultado positivo en cada provincia.

—En Huesca he encontrado al Dr. Fernando Fernández Pérez que falleció en enero…

—Olvídate de él —le interrumpió el subinspector.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida la inspectora.

—El Dr. Fernández era muy conocido en las redes por ser un gran divulgador científico y se había ganado el respeto y la admiración por sus contenidos entre muchos colectivos.

—Vaya, pues lo desconocía totalmente.

—Yo no supe nada de él hasta octubre o noviembre del año pasado y empecé a seguirlo, pero desgraciadamente falleció sepultado por un alud en enero. Una gran pérdida para mucha gente.

—Lo entiendo.

—¿Y tu médico?

—El mío es el Dr. Luis Javier López de Osuna Martínez, que no sé si es influencer o divulgador —respondió bromeando—, pero espero saberlo todo de él en breve.

—¿Llamarás a la comisaría central de Zaragoza?

—Como las autorizaciones no creo que estén hasta mañana viernes, he pensado que podría ir en persona a Zaragoza y de vuelta me quedo en Lleida con mis padres y el lunes por la mañana me paso por la comisaría de los Mossos a ver qué puedo obtener sobre la muerte del Dr. Gaizka Agirre Alkorta —expuso su plan la inspectora.

—Pues me parece muy buena idea y Jordi creo que opinará lo mismo.

—Eso creo, pero en todo caso voy a su despacho a comunicárselo.

La inspectora se dirigió al despacho del comisario para comunicarle sus hallazgos y comentarle sus planes. El comisario lo consideró muy acertado y le comunicó que la solicitud de colaboración estaría a punto al día siguiente.

Tanto la inspectora como el subinspector pasaron el resto del día analizando la información que habían obtenido en los interrogatorios a los sospechosos y lo que de ellos podían conseguir, de forma legal, en los archivos de hacienda, seguridad social, sanidad, catastro y demás organismos que atesoran datos de los ciudadanos.

26

Viernes, 4 de diciembre de 2020

Cuando la inspectora accedió al despacho, ya se encontraban en él sus dos compañeros. El comisario le comunicó que todo estaba arreglado para su visita a la comisaría de Zaragoza y una vez comentados los últimos aspectos de la investigación, abandonó la comisaría y se dirigió a su Audi Coupé en el que conduciría hasta la capital del Ebro.

Cuatro horas más tarde aparcó delante de la comisaría central de la Policía Nacional en Zaragoza. Tras acceder al interior se dirigió al mostrador donde un agente atendía a los usuarios.

La inspectora se presentó al mismo tiempo que enseñaba su placa de los Mossos d'Esquadra.

—Buenos días. La estábamos esperando, Sra. Sanz —le contestó el agente de la recepción.

—Discúlpeme, pero soy la Inspectora Sans, Sans, con "ese" final —matizó molesta y remarcando claramente su grado y la ese con la que finaliza su apellido.

—Lo siento, inspectora —se disculpó como un puro formalismo —. Ahora aviso de su llegada.

—Muchas gracias.

El agente tomó el teléfono y marcó una extensión. Al cabo de unos segundos alguien descolgó al otro lado.

—Pedro, la catalana está aquí —le dijo a su compañero—. ¿La hago pasar?

—¿La catalana? ¿Así tratan ustedes a los que no son de su pueblo? —le preguntó muy molesta y utilizando la palabra pueblo con toda la intención.

—¿Que no es usted catalana? —preguntó con cierto retintín el agente. «Pues iba a decir la polaca».

—Sí, lo soy, y a mucha honra. ¿Tratan ustedes así a todos los que no son de aquí o solo a mí por ser catalana?

—No se lo tome como algo personal, mujer. Solo era una manera de hablar. «Tratamos así a todos los que vienen a tocarnos los cojones pensando que no sabemos investigar nuestros casos».

—Pues es muy poco acertado por su parte.

—Ahora viene el agente Ferrer a hablar con usted —le dijo obviando la respuesta de la inspectora.

—¿El agente Ferrer? —preguntó sorprendida—. Yo esperaba hablar con el comisario Belsué.

—Disculpe al comisario, pero está muy ocupado como para perder el tiempo con cosas banales.

En ese momento hizo aparición un agente uniformado, de metro setenta aproximadamente, algo pasado de peso, con frente despejada y orejas de soplillo, que repasó de arriba abajo a la inspectora con la mirada.

—Buenos días, soy Pedro Ferrer. ¿En qué puedo ayudarte?

—Soy la Inspectora Laura Sans, de la Comisaría Central de Barcelona de los Mossos d'Esquadra y quería hablar, como ya se indica en la solicitud de colaboración, sobre la muerte del Dr. Luis Javier López de Osuna Fernández.

—Discúlpame, pero no me la había leído. El comisario me dijo que vendrías y me dio la solicitud, pero no le di más importancia —le respondió poniendo sus ojos en los pechos de la inspectora.

—¿Me está mirando los pechos, agente Ferrer?

El agente alzó la mirada, pero no respondió a la pregunta.

—Acompáñame a un despacho y te dejaré ver los informes de la investigación. Sígueme.

La inspectora acompañó al agente a un despacho situado muy cerca de recepción. En él había una mesa grande con dos ordenadores y un par de sillas. Tras sentarse a la mesa, el agente introdujo su clave y navegó por los archivos en busca del caso del Dr. López de Osuna. Tras varios minutos de búsqueda pudo descargar el expediente. Mientras el archivo se bajaba el agente fue a buscar el material físico que disponían sobre el caso y, cuando la

computadora acabó su trabajo, ambos comenzaron a leer los resultados.

—El Dr. López no acudió a su puesto de trabajo el martes 30 de junio de 2020 por lo que el hospital, tras infructuosos intentos de contactar con él, denunció su desaparición. En su domicilio fue hallado su cadáver, que no presentaba signos de violencia, pero en la flexura de su codo derecho portaba una aguja y una jeringuilla en las que se encontraron restos de cocaína. En su apartamento —le mostró algunas fotos físicas del legajo de la investigación— no había signos de la presencia de ninguna otra persona y no se echó en falta ningún objeto de valor, a pesar de que tenía una valiosísima colección de instrumental quirúrgico antiguo.

—¿Y qué reveló la autopsia?

—A ver, veamos —dijo mientras hacía avanzar el informe con el ratón —aquí está. Ta ta tá, ta ta tá —emitió sílabas con entonación mientras leía mentalmente.

—Vamos, que murió por un infarto de miocardio provocado por una inyección venosa de cocaína en el marco de un coma etílico —resumió la inspectora viendo que el agente no avanzaba en su lectura del informe.

—Efectivamente, eso es.

—¿Nunca se sospechó que pudiera ser un asesinato?

—Inspectora, las pruebas son concluyentes. ¿Tú hubieras sospechado que alguien lo asesinó?

—La verdad es que no, pero ¿qué sentido tiene inyectarse cocaína estando borracho en el sofá de tu casa si estás solo? Entendería que intentara que se le pasara la cogorza si hubiera estado con alguien y hubiera querido tener sexo, pero ¿estando solo?

—Tienes razón, a veces no entendemos el porqué de las cosas y nos empeñamos en que eso es lo más importante, cuando a veces lo que realmente importa es el cómo y no el porqué.

—Sí, claro. «Ahora se pone filosófico el pesado este que no para de mirarme el culo y las tetas» pensó sin prestar demasiada atención a las palabras del agente de la Policía Nacional.

—Una vez revisadas todas las pruebas no había más opción que cerrar el caso como una muerte fortuita —concluyó el agente.

—Lo entiendo. Por cierto, ¿me podrías dar una copia del informe?

—Lo siento inspectora, pero eso no puedo hacerlo.

—¿Y una foto del apartamento? Veo que esta la tenéis repetida —le solicitó la inspectora señalando una foto en la que se veía el cadáver tumbado sobre un sofá al lado de una vitrina.

—Está bien, cógela —respondió el agente. «Si no estuvieras tan buena no te la iba a dar ni de coña».

—Lo que hay en esa vitrina son los instrumentos quirúrgicos tan valiosos que me has comentado antes, ¿verdad? —preguntó con curiosidad.

—Pues la verdad es que sí.

—Me lo había parecido. Muchas gracias por todo, pero ahora debo marcharme.

—¿No quieres que tomemos un café o algo?

—No puedo, gracias. Hay un caso que me espera y debo volver a Barcelona de inmediato. «¿Me tratáis como el culo y quieres que nos tomemos un café?»

—Es una lástima. Si necesitas cualquier cosa, llámame —se despidió mientras repasaba de arriba abajo a la inspectora cuando se alejaba hacia la puerta de la comisaría.

27

Jueves, 2 de abril de 2020

Los primeros rayos de sol de esa agradable mañana de abril que se colaban suavemente por la ventana empezaron a acariciar la cara del Dr. Martí, en la que una incipiente barba comenzaba a brotar. Después de un largo día de guardia y de una dura noche de trabajo había conseguido dormir una triste y corta hora, pero era poco menos de lo que dormía habitualmente. El agotador trabajo, la adrenalina del quirófano de urgencias, las almohadas, gruesas asesinas de cervicales, y el fuerte olor a lejía de las sábanas tampoco ayudaban al descanso. El calor de esos iniciales haces de luz le retornó de nuevo a la realidad del hospital. Sonó el despertador retumbando en las frías y desnudas paredes de blancas baldosas de la habitación del adjunto de anestesia ubicada en el área quirúrgica. Nunca se acostumbraría a la frialdad de esa habitación sólo equipada con una cama, una mesita de noche sin cajones y una lámpara que apenas alumbraba. Como siempre, el despertador llegaba tarde. Él ya estaba despierto. Hizo unos estiramientos en la cama al mismo tiempo que emitía un gutural sonido que parecía ayudarle a desperezarse. El siguiente paso era intentar sentarse en el borde de su lecho apoyando los pies en el suelo y esperar que su alma lo acompañara y no se quedara un rato más descansando mientras él debía continuar con su rutina diaria. Aunque estuviera acostumbrado a dormir poco, el cansancio le trataba como a cualquier otra persona. Consiguió incorporarse y que su consciencia acompañara a su cuerpo hasta el lavabo que tenía junto a la habitación. Si el cuchitril que llamaban habitación era frío y poco acogedor, el lavabo no lo mejoraba. Las mismas baldosas blancas de carnicería, un retrete y una pica le dieron la bienvenida. Hizo sus necesidades apoyado con ambos brazos en la pared ya que

la cabeza todavía estaba algo perezosa y cuando hubo acabado se lavó la cara con el agua fría que salía del grifo monomando que coronaba la pica. Monomando desaprovechado ya que sólo era capaz de ofrecer agua fría. Volvió a la habitación y se cambió su vestimenta verde de quirófano, con la que había dormido, por el uniforme blanco que era obligatorio llevar para deambular fuera del área quirúrgica. Cuando estuvo preparado salió por la puerta y se dirigió al despacho del servicio de anestesia para comprobar si allí le esperaba su compañero de guardia y el residente o el equipo que los iba a relevar. No había nadie. Dio media vuelta y se dirigió hacia el vestuario donde tenía las taquillas y tampoco había nadie allí. Decidió dirigirse a la cafetería. Cuando estaba llegando a la puerta vio que por el otro extremo del pasillo se acercaba su compañero de guardia. Este arribó primero a la puerta y la abrió esperando a que Pol llegara para entrar.

—Buenos días, Pol. ¿Cómo acabó tu turno?

—Buenos días, Pere. Ya sabes el dicho: "Nunca te acostarás sin anestesiar una cosa más".

—Cuando me fui a descansar estabais haciendo una oclusión intestinal. ¿Qué más tuvisteis?

—Pues la típica cesárea urgente en la que el ginecólogo pide que le hagan un electro a la paciente antes de bajar a quirófano.

—¡No me jodas!

—Lo que oyes. En fin. Entre puntos y suturas nos dieron las cinco y no quise molestarte. Ya sabes que yo duermo muy poco y no me importó dejarte dormir un rato más.

—Te lo agradezco. A mí en lo que quedaba de mi turno, después de que según me cuentas tú me cubrieras parte de él, no me han llamado para nada. Para compensarte, te invito a desayunar.

—Muy gracioso. Cuando dejen de pagarnos el desayuno saliendo de guardia, cosa que no creo que tarde mucho en llegar, seguro que no te ofreces a pagármelo —Pere sonrió.

—Que no hombre que no, ya verás como sí te invito. ¿Qué vas a querer?

—Un croissant de chocolate y un café con leche.

—Pues yo me voy a comer un bocadillo de beicon con queso light y una cervecita sin alcohol.

—¿Beicon con queso light? Y, ¿eso cómo se come?

—Pues muy fácil, me como solo la mitad —ambos rieron.

Tras degustar el maravilloso desayuno con el que habían sido agasajados, gentileza del hospital, Pol se despidió de sus compañeros, que se quedaron de tertulia un rato, y se dirigió al vestuario donde se cambió de ropa. Se puso sus tejanos viejos, pero sin jirones, no como la moda actual de enseñar más piel de la que se esconde, una camiseta "casual wear" y una chaqueta de montaña Ternua. Sus zapatillas Salomon de trekking conjuntaban con el aire montañero que le caracterizaba. Se dirigió hacia las escaleras y las descendió de dos en dos. Los ascensores no le gustaban; eran lentos, se paraban en todos los pisos y existía el riesgo de que se averiaran y le hicieran permanecer en el hospital más tiempo del debido. Su tiempo libre era suyo y de nadie más, y menos de un artefacto elevador.

Salió del hospital por la puerta giratoria no sin antes saludar al agente de seguridad que custodiaba el acceso al centro sanitario.

—Adiós, Dr. Martí. ¿Ya se va? ¿Sí que ha sido corta la jornada de hoy? —le dijo el agente de seguridad mientras le guiñaba un ojo.

—Bon dia, Manel. Ya sabes que en este hospital hay gente con privilegios —dijo guiñándole el ojo a su vez— y yo siempre he dicho que soy un privilegiado.

—Lo que usted es un cu-rran-te —marcó muy bien cada sílaba para enfatizar su intención— y de los buenos y, además, buena persona.

—Currante, lo justo y lo de buena persona no debo ser yo quien lo diga.

—Por eso lo digo yo. ¿Sabe cuánta gente trabaja en este hospital?

—No sé, ¿más de mil?

—Efectivamente, más de mil, incluso de dos mil. ¿Y sabe cuántos de ellos me saludan cuando pasan por la puerta?

—Pocos, de otra manera no me lo preguntarías.

—Efectivamente de nuevo. Los puedo contar con los dedos de mis dos manos —se las mostró levantándolas en el aire y haciéndolas girar—. ¿Y cuantos de esos saben mi nombre? —Pol negó con la cabeza—. Pues los podría contar con los dedos de esta mano —le enseñó su mano derecha en la que se apreciaba un muñón donde debería haber estado el dedo anular—, por lo que todo eso me hace pensar que usted es una buena persona.

—Gracias, Manel, pero supongo que para ser buena persona hace falta algo más que eso. Además, yo tengo un pronto muy fuerte que casi nadie conoce. Te faltan datos para asegurar que soy buena persona —le volvió a guiñar el ojo a lo que Manel se le acercó y simuló que le iba a dar una colleja.

—Ande, circule y váyase a descansar que no dice más que tonterías. Hasta mañana, Dr. Martí.

—No, mañana no vengo. Tengo día libre porque tengo unos asuntos que resolver en Zaragoza. Hasta el lunes, espero.

—Pues hasta el lunes y buen viaje.

El Dr. Martí salió finalmente del Hospital del Mediterrani y, como casi siempre que salía de guardia, retornaba a casa dando un paseo que le servía para airearse después de más de veinticuatro horas encerrado en el hospital y para que su cabeza siguiera funcionando, pero de un modo más positivo. Pensar paseando siempre le hacía tener un punto de vista más optimista de las cosas y de los problemas que le acechaban, pero hoy no iba a ser igual. Al día siguiente, en Zaragoza, leían la sentencia de su juicio y del veredicto del juez dependía el resto de su vida. Se dirigió hacia el sur por el paseo marítimo y no conseguía olvidar las palabras que había intercambiado con Manel, el empleado de seguridad del hospital. Manel decía que él era una buena persona, pero una buena persona no debería encontrarse en su situación. Al día siguiente debía enfrentarse al dictamen de un juez ante la acusación de homicidio por negligencia. A una buena persona no le hubieran acusado de eso, simplemente hubieran dicho "Usted es una buena persona y no puede haber hecho eso de lo que la acusan" pero a él lo habían acusado y además lo habían llevado a juicio y él no había

hecho nada malo. Todo había sido culpa del Dr. López de Osuna. ¿Por qué le habían denunciado a él si no tenía la culpa de nada y además era una buena persona? Cuando llevaba recorridos unos 500 metros del paseo marítimo giró hacia la derecha por la calle Juan de Borbón y subió recto hasta el barrio de Gràcia. Tras casi media hora de caminata llegó a la calle Sant Lliser, perpendicular a la famosa calle Verdi. Entró por una estrecha puerta que daba casi directamente a unas también estrechas escaleras por las que subió saltándolas de dos en dos hasta llegar al tercer piso. Sacó del bolsillo de su chaqueta un llavero del banco de sangre y con una llave más del siglo XIX que del XXI abrió la cerradura que le permitía abrir la puerta y acceder a su pequeño apartamento. Estaba compuesto por una sala que era cocina-comedor-salita, un pequeño baño con ducha, pero sin bañera, y una habitación en la que cabía una cama de 90, una pequeña mesita de noche y un ridículo armario en el que solo podían caber las pertenencias de un varón no muy preocupado por vestirse bien y a la moda. También había una silla plegable de madera, de aquellas que antes se usaban en los actos que organizaban los ayuntamientos en los barrios de la ciudad. Por suerte, la habitación tenía un pequeño balcón exterior que le permitía salir y contemplar el vaivén de la gente que solía frecuentar esa calle y los locales de ocio que la caracterizaban.

Se quitó sus Salomon y las metió debajo de la cama. Se sacó la chaqueta, la camiseta y los calcetines y lo dejó todo arrugado encima de la silla. Los pantalones no tuvo ánimos de quitárselos y con ellos puestos se tumbó en la cama con intención de dormir un rato, pero sabía que eso no iba a ocurrir. A su dificultad habitual para conciliar el sueño se añadía que no podía dejar de pensar en el juicio del día siguiente.

—No, no me pueden condenar. Yo hice todo lo que estaba en mis manos para salvar a la Sra. Pueyo. Advertí al cirujano de que estaba siendo demasiado agresivo en su modo de tratar el tumor. Le supliqué que lo soltara para evitar una descarga adrenérgica. Cuando esta se produjo yo actué con celeridad con los fármacos hipotensores y bradicardizantes, pero a veces la medicina es insuficiente para contrarrestar los desórdenes de un cuerpo humano

enfermo. No actué negligentemente, no descuidé a mi paciente, no hice nada que se alejara de lo que de mí se esperaba e hice todo lo que se suponía debía hacer. No me pueden declarar culpable —susurró mientras trataba de dormirse, y finalmente Pol se durmió agotado.

—¡Suéltela, Dr. López! ¡Suéltela, que la va a matar! —gritó como si un puñal se le estuviera clavando en lo más profundo de su ser.

—¡Dr. Martí, no le permito que me diga lo que debo hacer! —respondió herido en el orgullo por las palabras de su colega.

—¡Si no la suelta, morirá y yo seré cómplice del asesinato, porque esto es un asesinato! —insistió desesperadamente mientras un sudor frío descendía por su espalda.

—¡Nadie morirá si usted hace bien lo que tiene que hacer! —exclamó acusadoramente.

—¡Que la suelte le he dicho! ¡Yo no puedo hacer nada para que no muera si usted no depone su actitud!

—¡Sois todos iguales! ¡No hacéis más que dar por el culo! Ya la suelto, hombre, ya la suelto —el Dr. López soltó su presa proyectando una mirada amenazadora hacia el Dr. Martí.

Pol se despertó súbitamente dando un salto en su estrecha cama. Sudoroso y con el corazón palpitante se incorporó y quedó sentado mirando hacia el balcón de su habitación. Había conseguido dormirse, pero mejor hubiera sido no hacerlo. Mientras estaba despierto era capaz de controlar sus pensamientos, pero dormido las recurrentes pesadillas sobre lo que aconteció aquel dichoso día no dejaban de hacer acto de presencia. Se levantó y se dirigió hacia la cocina y se preparó un café con leche en su máquina de cápsulas y lo dejó en la mesa para que se enfriara mientras él se daba una ducha. No quería volver a dormirse, no quería que le reaparecieran las pesadillas. Si aguantaba una jornada más sin dormir y al día siguiente le declaraban inocente, quizá desaparecerían para siempre. Se dirigió hacia el baño y abrió el grifo del agua caliente del lavabo y se estiró en el suelo para hacer una plancha de esas modernas que

hacen ahora para tonificar los abdominales y no se sabe cuántos músculos más. Era la manera que tenía de no perder el tiempo mientras esperaba que el agua caliente llegara al baño. Cuando lo creyó oportuno se incorporó, cerró el grifo del lavabo y entró en la ducha. Abrió el grifo que dejaba pasar el agua a la alcachofa y comprobó que, efectivamente, el agua ya estaba caliente. Se mojó todo el cuerpo con el agua caliente, muy caliente, y se la dejó en la cara un buen rato. Después se enjabonó, se aclaró el cuerpo y volvió a ponerse en agua caliente sobre su cara durante varios minutos. Se secó, salió de la ducha y fue a prepararse algo de comer, pero no tenía hambre. Intentó leer, pero no se pudo concentrar en la lectura. Pensó en hacerse la maleta y decidió hacer caso a su abogado, se llevaría un traje y una corbata. No le gustaban los trajes y menos las corbatas, pero según su letrado, dar buena imagen siempre era importante.

Tenía previsto coger un taxi que le llevara a la estación de Sants, pero como no iba a poder descansar ni comer, prefirió salir pronto de casa y dar un paseo hasta la estación. Era temprano, su tren salía a las 17:00 por lo que su arma recurrente, pasear y tomar el aire, tendría que activarse de nuevo.

Cogió su maleta y el portatrajes y bajó las escaleras de su edificio. Esta vez de una en una. Salió del portal y se dirigió hacia la estación. No pudo quitarse de la cabeza la imagen del quirófano ni los flashes del juicio que tuvo lugar semanas atrás. Sin darse cuenta ya había llegado a la estación. Le quedaba algo más de una hora y decidió echar un vistazo a ver si en una de las librerías de la estación encontraba algún libro interesante que pudiera leer durante el trayecto de casi una hora y media hasta Zaragoza. Deambuló y ojeó diversos libros y, al final, lo único que compró fueron varias chocolatinas y un refresco de cola que se tomó sentado en un banco de la sala de espera. Cuando por megafonía indicaron que el control de acceso estaba abierto se dirigió hacia él. Tras una breve cola mostró su billete y su DNI y accedió a la plataforma de embarque de su A.V.E.

Eran las 18:23 cuando su tren paró en la estación de Delicias. Descendió de él y se entremezcló con la marabunta que salía del

caballo de hierro y se dejó llevar hacia la puerta donde tenía pensado tomar un taxi que le llevara al Hotel Hiberus. Por suerte para él había muchos esperando clientes y pudo tomar uno. Aunque su hotel estaba cerca, se sentía cansado. Salía de guardia, había vuelto a casa andando, había ido a la estación dando un paseo y ahora necesitaba descansar. Cuando se subió al taxi y el conductor le preguntó cuál era su destino, este hizo una mueca y le puso mala cara cuando lo supo. Iba a ser una carrera corta y eso no le gustaba. Pol se disculpó. Cuando, tras pasar por el puente del Tercer Milenio situado en la Avenida de la Exposición 2008 el taxi se paró frente al hotel de Pol, el Dr. le dio al taxista un billete de 50€ y le indicó que se quedara el cambio. El semblante le cambió tras cobrar la carrera.

Tras hacer el "*check in*" en la recepción subió a su habitación ubicada en la cuarta planta del hotel Hiberus, un establecimiento de 3 estrellas, sin lujos, pero limpio y con todo lo necesario para poder descansar una noche. Una vez deshecha la maleta y colgado su traje azul marino en la percha del armario, se tumbó en la cama sin quitarse nada de ropa, ni tan siquiera los zapatos. Cruzó sus manos encima de su abdomen y empezó a observar el estucado techo de su habitación. Su cabeza empezó a revolucionarse y de un salto se levantó de la cama y decidió que iría a correr un rato por Zaragoza. Se calzó sus deportivas, siempre le acompañaban allá donde fuera, unos calzones cortos y una camiseta y salió de la habitación. Dejó las llaves en la recepción y empezó a correr sin un rumbo definido. Minutos más tarde, cuando el sudor empapaba su camiseta y su frente, se detuvo. Estaba justo delante del Hospital Policlínico, el lugar donde había trabajado y donde habían ocurrido los acontecimientos que le hacían volver a la capital maña. Se quedó mirando el escudo que presidía el arco que daba acceso al recinto del hospital y su mente se quedó en blanco.

—¡Suéltela, Dr. López! ¡Suéltela, que la va a matar! —gritó como si un puñal se le estuviera clavando en lo más profundo de su ser.

—¡Dr. Martí, no le permito que me diga lo que debo hacer! —respondió herido en el orgullo por las palabras de su colega.

—¡Si no la suelta, morirá y yo seré cómplice del asesinato, porque esto es un asesinato! —insistió desesperadamente mientras un sudor frío descendía por su espalda.

—¡Nadie morirá si usted hace bien lo que tiene que hacer! —exclamó acusadoramente.

—¡Que la suelte le he dicho! ¡Yo no puedo hacer nada para que no muera si usted no depone su actitud!

—¡Sois todos iguales! ¡No hacéis más que dar por el culo! Ya la suelto, hombre, ya la suelto —el Dr. López soltó su presa proyectando una mirada amenazadora hacia el Dr. Martí.

"Familiares de Vicenta Pueyo, pasen al despacho 4". Sonó dos veces este mensaje a través de una fría y metálica voz de mujer por la megafonía del área quirúrgica. La familia, un señor de unos setenta años, acompañado por sus dos hijos, un varón y una mujer, entraron en el despacho en el que les esperaba el Dr. López de Osuna.

—¿Familiares de Vicenta Pueyo? Siento mucho informarles de que a pesar de que he hecho todo lo posible por salvarle la vida, la Sra. Pueyo ha fallecido en la mesa quirúrgica. Yo he hecho todo lo que estaba en mis manos, pero mi colega, el anestesista, no ha estado a la altura ni de la cirugía ni del cirujano y no ha sabido mantener con vida a la pobre Vicenta. Su familiar ha muerto por la ineptitud del Dr. Martí, su anestesista.

De repente alguien le dio un pequeño golpe en un hombro y le dijo:

—¿Está usted bien?

—¿Cómo dice? —Pol volvió en sí.

—¿Que si se encuentra bien? —le dijo un mendigo que debía tener su centro de operaciones en la puerta del hospital.

—Sí, sí. Sólo estaba pensando en mis cosas —Pol se dio cuenta de que llevaba varios minutos parado delante del hospital ya que el sudor que le empapaba se estaba secando. Había vuelto a tener una pesadilla sobre aquel nefasto día, pero esta vez despierto. No podía seguir así, eso tenía que acabar. Esperaba que la sentencia le fuera

favorable y todo terminara allí, que pudiera retomar su vida con normalidad y olvidar al maldito Dr. Luis Javier López de Osuna.

—Oiga, ¿no tendrá algo suelto? No como nada desde hace dos días —le dijo el mendigo. Pol, volviendo de la ensoñación a la que había vuelto a caer, le respondió que lo sentía mucho pero que no llevaba nada, que sólo había salido a correr un rato. El mendigo con cara de decepción despareció entre los árboles del jardín que adornaba el hospital. Pol decidió que ya era momento de volver y retomando el trote se dirigió hacia el hotel.

Cuando llegó recogió la llave en la recepción y subió por las escaleras hasta su habitación. Se metió en la ducha sin quitarse la ropa y abrió el grifo. Ajustó la temperatura del agua para que saliera muy caliente y se situó debajo de la alcachofa durante más de 10 minutos. Cuando ya tuvo suficiente cerró el grifo, colgó el mando de la ducha y empezó a desnudarse. Estrujó y exprimió los pantalones y la camiseta para quitarles la mayor cantidad de agua posible y los colgó en la barra de la cortina de la ducha para después colgarlos en el radiador de la habitación. Tenía la esperanza de que al día siguiente estuvieran secos y los pudiera meter en la maleta y llevárselos de vuelta a Barcelona. Si no era así, los dejaría allí. No podía meterlos mojados en la maleta, y ropa para correr tenía mucha. Tras secarse con la toalla blanca con el logo del hotel se puso unos pantalones deportivos a modo de pijama, salió del baño hacia la habitación y se sentó en la cama. Tomó su teléfono móvil y llamó a su abogado. Sonaron tres tonos y alguien al otro lado del teléfono respondió.

—Hola, Dr. Martí. ¿Ya ha llegado a Zaragoza?

—Hola, Sr Mustienes. Sí, ya estoy en Zaragoza. Instalado en mi hotel y con ganas de que llegue mañana.

—Bueno, intente descansar esta noche y verá como mañana se resolverá todo. Como ya le he dicho en otras ocasiones, la acusación está cogida con pinzas y en el juicio hemos demostrado sobradamente que usted actuó tal y como debía hacerlo y que es inocente.

—Sí, nosotros sabemos que soy inocente, pero ¿lo sabrá el juez? ¿Hará caso de lo que los forenses le han dicho? ¿Tendrá en

cuenta los registros de quirófano?

—No tenga la menor duda de que mañana se volverá para Barcelona con una sentencia absolutoria bajo el brazo.

—Espero que usted tenga razón. Nosotros los anestesistas siempre nos ponemos en la peor de las situaciones para que luego no nos coja nada por sorpresa. Siempre decimos "prepara las cosas para que no las necesites porque si no las preparas seguro que las necesitarás". Y con la Sra. Pueyo las tenía preparadas y las necesité, pero no pude hacer gran cosa para salvarle la vida.

—No le dé más vueltas. Mañana se solucionará todo. Confíe en mí.

—En usted confío, pero en la justicia...

—Por cierto, ¿en qué hotel se hospeda?

—En el Hiberus, cerca de los juzgados.

—Pues si le parce bien quedamos mañana a las 12.30 en la calle Ranillas, donde comienza el andador Berta Cáceres y de allí vamos juntos andando hasta los juzgados. ¿De acuerdo?

—Me parece perfecto. Hasta mañana entonces.

—Hasta mañana e intente descansar. Póngase algo de eso que ustedes usan para dormir a la gente —sonrió.

—¿Qué quiere, que me autohaga un Michael Jackson? —sonrieron los dos—. No se preocupe por mi sueño, estoy acostumbrado a dormir poco. Buenas noches.

—Buenas noches.

Pol dejó el teléfono en la mesita y se tumbó en la cama. Pensó en ir a cenar, pero no tenía mucha hambre y se estaba haciendo tarde por lo que decidió quedarse en su habitación y comerse alguna de las chocolatinas que había comprado en la estación de Sants. Se comió un par de Mars y el caramelo se le quedó incrustado entre los dientes por lo que decidió levantarse para lavárselos. Cuando estaba delante del espejo con el cepillo dentro de la boca, detuvo el cepillado y se miró las bolsas que tenía bajo sus ojos. Se quedó pensando un rato y entre dientes y cepillo soltó un "cómo has envejecido en estos dos últimos años". La tensión y el estrés de todo el proceso le habían pasado factura, pero tenía la esperanza de que

todo volviera a la normalidad a partir del día siguiente. Se enjuagó la boca, dejó el cepillo en un vaso y tras apagar la luz salió del baño y volvió a tumbarse en la cama.

28

Viernes, 3 de abril de 2020

Tras horas de dar vueltas y vueltas en la cama sin conseguir pegar ojo, Morfeo se apiadó de Pol y lo acogió en sus brazos. El abrazo fue corto y la luz del sol que entraba por la ventana les separó. Había amanecido un día radiante que auguraba que las cosas podrían ir bien para el Dr. Martí. Pol había dormido escasamente dos horas, pero eso era lo habitual en él. Se desperezó en la cama y permaneció inmóvil en ella durante un buen rato.

—Hoy es el día. Si mi abogado tiene razón todos mis sufrimientos acabaran y podré despertarme de esta pesadilla. Podré dedicarme a mi trabajo y a mi vida sin que me distraigan los pensamientos del juicio. ¡Síííí —gritó desahogándose hasta darse cuenta de que estaba en un hotel y quizá despertaría a alguno de los clientes.

Se dirigió al baño y volvió a ducharse. Se vistió de forma informal y bajó a desayunar al comedor del hotel. Se tomó un café con leche y un croissant de chocolate y después leyó la prensa un rato en el vestíbulo del hotel. Subió a su habitación, se lavó los dientes y salió hacia la calle, pero antes paró en la recepción y se situó frente al recepcionista, un joven pelirrojo de unos 25 años, con gafas de pasta negra y un piercing en el labio inferior. Le preguntó si cuando dejara la habitación podrían guardarle su maleta unas horas. La respuesta del recepcionista fue afirmativa y Pol salió del hotel para dar un pequeño paseo antes de cambiarse para ir al juzgado a escuchar la sentencia. Tras deambular por los alrededores del hotel sin rumbo alguno miró su reloj y decidió que ya era momento de volver. Tras cinco escasos minutos llegó al Hiberus y subió a su habitación. Se quitó la ropa y la metió en la maleta. La camiseta y el pantalón que había utilizado la tarde anterior para ir a correr ya se

habían secado, por lo que los pudo meter también en el equipaje. Sacó el traje de su bolsa y lo depositó sobre la cama. La bolsa también la metió en la maleta. Se puso la camisa, los pantalones y la corbata. Suerte que su amigo Bruno le había hecho el nudo porque él no tenía la más mínima idea de cómo se hacía. Hubiera podido consultar un tutorial de YouTube, pero le resultó más productivo invitar a su amigo del alma a tomar una cerveza, charlar un rato y aprovechar para pedirle que le hiciera el nudo. Tras apretar la lazada precocinada delante del espejo del baño se puso la chaqueta del traje, cogió la maleta y se dirigió hacia la recepción del hotel donde pagó la cuenta y les dejó el equipaje con la intención de recogerlo cuando acabara el juicio y se dirigiera hacia la estación del tren.

Tras salir del hotel tomó la avenida que lo acercaba al final de las pesadillas. Anduvo unos minutos hasta que llegó a la calle Ranillas y siguió caminando hasta llegar al andador Berta Cáceres, lugar en el que había quedado con el Sr. Mustienes, su abogado. Como siempre, había llegado antes de tiempo. La puntualidad era una de sus virtudes o uno de sus defectos, según se mire. Prefería esperar a que le esperaran y, de ese modo, se pasaba la vida esperando a la gente. Mientras le daba vueltas a sus virtudes y sus defectos se le acercó un hombre alto, de un metro noventa aproximadamente, enfundado en un traje gris, con unos Martinelli negros y con un sombrero coronando su afeitada cabeza.

—Buenos días, Dr. Martí —le saludó extendiéndole la mano que ambos encajaron.

—Buenos días, Sr Mustienes. Veo que ha traído su sonrisa con usted. Yo la mía creo que me la he dejado en el hotel —ambos empezaron a caminar hacia los juzgados.

—Cómo no la voy a traer si hoy va a ser un gran día. ¿Ha visto la espectacular mañana que le está ofreciendo Zaragoza? Eso es un buen presagio, pero, aunque hubiera salido el peor día de la historia, hoy sería un buen día porque, lo crea usted o no, hoy va a ser absuelto y podrá cerrar este episodio tan oscuro de su vida.

—Ahora recuerdo el motivo por el que le contraté. Siempre está usted de buen humor y cuando le conocí eso me hizo tenerle gran confianza. Esperemos que tenga razón.

—Nunca he estado tan seguro antes de un juicio de que lo iba a ganar. Como ya le he dicho en otras ocasiones, la acusación no se sostiene por ningún lado y si no fuera por la que montó el Dr. López con la prensa, nunca hubiera llegado el caso a juicio.

En unos minutos llegaron al edificio de los juzgados, el Sr. Mustienes se adelantó para abrir la puerta y ambos accedieron al vestíbulo. Tras consultar la sala en la que se iba a producir la lectura de la sentencia se dirigieron a las amplias escaleras del edificio y subieron a la primera planta. Una vez allí continuaron por el pasillo de su izquierda por el que caminaron escasos 10 metros y se detuvieron. Habían visto al Sr. Arnal, esposo de la Sra. Vicenta Pueyo, a su familia y a su abogado y prefirieron mantener las distancias. A su vez ellos los habían visto llegar y se habían unido cerrando un círculo impenetrable a las miradas exteriores.

—Míralo, ahí está el asesino de mi esposa —dijo el Sr. Arnal con gran amargura en su voz.

El abogado de la familia Arnal, al escuchar esas palabras de su cliente, no tuvo más remedio que intentar prepararlo para lo que él creía que sucedería en la vista.

—Sr. Arnal, yo soy su abogado y como tal me debo a usted, pero mi obligación también es hablarle con claridad y decirle lo que pienso y eso es lo que he hecho todo este tiempo. He defendido sus intereses con uñas y dientes, pero debo prepararle para lo que va a pasar ahí dentro. Lo que sucederá, como les he adelantado en varias ocasiones, es que el Dr. Martí saldrá absuelto porque, sea culpable o no, y como ya le he dicho en diversas oportunidades, creo que no lo es, en el juicio nunca se ha demostrado que en la atención que recibió su esposa hubiera algo que se alejara lo más mínimo de lo que es el cuidado médico que precisaba recibir por parte de un anestesista. Por lo tanto, el juez no tendrá más remedio que absolverlo. También debo recomendarle que rompa cualquier relación que tenga con el Dr. López ya que no es una buena persona. Está lleno de ira y les está utilizando a usted y su familia para atacar al Dr. Martí e intentar limpiar su propio nombre. Ustedes no le importan nada, ni ustedes, ni la Sra. Vicenta ni el dolor que les

ha causado arrastrándoles a este juicio que no les reportará el más mínimo consuelo.

El abogado le puso la mano en el hombro al Sr. Arnal e intentó consolarle y este pareció entender que su abogado estaba en lo cierto.

Justo es ese momento, el ujier abrió la puerta de la sala y llamó a los implicados para que entraran y se colocaran en su lugar. Pol y su abogado se ubicaron en la bancada situada a la derecha de un estrecho pasillo y la familia Arnal en el lado izquierdo. Se mantuvieron de pie a la espera de que entrara el juez. En esos momentos alguien se aproximó por el pasillo, se acercó a Pol y le susurró en el oído:

—Por fin te ha llegado el día. A cada cerdo le llega su "San Martí".

Pol se sobresaltó y se giró bruscamente hacia la persona que le había increpado, que no era otro que el Dr. López de Osuna. Cuando iba a replicarle el ujier anunció la entrada de su señoría y tuvo que contenerse. El funcionario les ordenó sentarse y así lo hicieron.

—No se preocupe, Dr. Martí. Todo acabará pronto.

—Entonces, ¿por qué tengo la sensación de que llevo la soga puesta en el cuello y me van a colgar en cualquier momento? —dijo introduciendo sus dedos en el espacio existente entre su cuello y la corbata.

—Eso es que usted no está acostumbrado a llevar corbata y le aprieta —le respondió el letrado guiñándole un ojo.

—Me encanta lo optimista que es y me gustaría ser como usted, pero en estos momentos no soy capaz.

El juez se aclaró la voz y empezó a leer la sentencia.

—Buenos días, o mejor, buenas tardes. Como supongo que todos debemos tener hambre seré breve en la lectura de la sentencia. En el caso de la Familia Arnal contra el Dr. Martí, acusado de negligencia médica con el resultado de muerte y tras escuchadas ambas partes, estudiados los informes forenses y los peritajes de los expertos, he llegado a la conclusión de que el Dr. Martí actuó en todo momento según lo establecido en los protocolos médico-quirúrgicos, que actuó según "*lex artis*" y que el desgraciado

desenlace no puede ser atribuido a su actuación en la sala operatoria. Por todo ello absuelvo al Dr. Martí de todos los cargos que contra él se han presentado. Buenas tardes y buen provecho.

El Sr. juez se levantó de su butaca, cogió el legajo que tenía entre sus manos y abandonó la sala a través de la puerta que le abrió el ujier, tras lo cual el Dr. Martí y su abogado se fundieron en un abrazo. Una inmensa sensación de alivio recorrió todo el cuerpo del anestesista y por sus ojos afloraron lágrimas que liberaron toda la tensión acumulada. En la otra parte de la sala la familia Arnal también se unió en un abrazo y también derramaron lágrimas, pero las suyas eran de tristeza, aunque también llevaban un componente de liberación ya que para ellos todo el período desde la muerte de la Sra. Vicenta hasta la lectura de la sentencia había sido muy duro. Habían tenido que soportar mucha tensión y muchas presiones. El Dr. López los coaccionaba para que siguieran con el juicio y su abogado, muy amablemente, les sugería que desistieran en su intención de seguir con una lucha que solo les iba a reportar dolor. Él sabía con total certeza cual iba a ser el resultado de todo el proceso. Dolor y más dolor y una sentencia absolutoria.

La familia Arnal ya se disponía a abandonar la sala cuando el Dr. López se les acercó muy enfadado.

—¡Esto es una vergüenza! ¿Cómo pueden absolver a ese cretino? ¿Es que no hay justicia en este país? Pero no se preocupen, podemos recurrir la sentencia y limpiar nuestro nombre y el de la Sra. Vicenta —les espetó—. El Sr. Arnal, que estaba de espaldas, se giró hacia él y le respondió con la mayor calma posible.

—Nadie va a recurrir nada. Todo este proceso tan doloroso acaba aquí. No queremos seguir sufriendo la muerte de mi esposa de esta manera. No debimos hacerle caso nunca y debimos haber escuchado a nuestro abogado.

—Pero ¿cómo que no van a recurrir? —le replicó poniéndose rojo de ira—. ¡Mi honor y mi expediente no pueden quedar manchados de este modo! —continuó cada vez más exaltado—. ¡Les exijo que recurran!

Era tal el grado de excitación del Dr. López que en breves segundos llegaron dos policías que lo sujetaron y lo invitaron a

abandonar la sala. Cuando se lo llevaban, la familia Arnal lo miraba con estupefacción y acabaron de entender que habían sido utilizados por el Dr. López de Osuna. Mientras tanto Pol y su abogado habían presenciado el espectáculo protagonizado por el cirujano con la mayor de las perplejidades, pero sin asombrarse, ya que del Dr. López se podía esperar eso y mucho más. Ambos tomaron el pasillo que les conducía a la salida de la sala. Cuando llegaron al distribuidor, Pol se paró.

—¿Ocurre algo, Dr. Martí? —le preguntó sorprendido su abogado.

—No ocurre nada, pero querría hablar un momento con la familia Arnal —le respondió con cierta preocupación.

—No sé si es buena idea después de todo lo que ha pasado.

—Yo creo que son buena gente y que se han visto presionados por el Dr. López y no han sabido pararle los pies.

En ese momento la familia salió de la sala y el Dr. Martí se dirigió hacia ellos y se paró delante del Sr. Arnal.

—Discúlpeme, Sr. Arnal. ¿Podría hablar un segundo con ustedes? —le dijo de la manera más pausada y dulce que pudo.

—Dígame, Dr. Martí. —respondió el Sr. Arnal apesadumbrado pero lleno de calma.

—No soy capaz de hacerme una idea de lo que han sufrido con la muerte de su esposa y con todo el proceso del juicio. Solo puedo decirles que siento mucho todo lo que ha pasado. Desde el día de la muerte de su esposa no he podido dejar de pensar en lo que ocurrió en el quirófano y qué cosas podía haber hecho diferentes para que todo hubiera acabado bien, pero por mucho que lo repaso y estudio de nuevo, sé que dadas las circunstancias nada hubiera podido cambiar lo que pasó. No poder hacer algo para salvar la vida de un paciente es muy doloroso para un buen médico. Mi dolor no es comparable con el suyo, pero también somos personas y nos afecta el destino de nuestros pacientes. Lo siento mucho, de verdad —le dijo con lágrimas en los ojos.

El Sr. Arnal tampoco pudo contener las lágrimas y se las limpió con un pañuelo que le acercó su hija. Cuando se hubo repuesto respondió al Dr. Martí.

—Dr. Martí, le agradezco mucho sus palabras. Hoy finalmente se me han abierto los ojos y he visto con claridad. El dolor por la muerte de mi esposa y la presión a la que nos sometió el Dr. López nos cegó. Nuestro abogado intentó hacernos ver la realidad. Los forenses, los peritos, todo el mundo decían que usted había hecho todo lo posible por salvar a nuestra Vicenta, pero nosotros no supimos verlo. Dr. Martí, yo también lo siento mucho. Siento haber alargado la agonía de mi familia y de haberle causado todo el sufrimiento que habrá padecido todo este tiempo. Y también siento no haberle dado las gracias por haber hecho todo lo posible por salvar la vida a mi esposa. Muchas gracias, Dr. Martí.

Se acercó hacia el Dr. Martí y ambos se abrazaron y dieron rienda suelta a sus lágrimas. Al abrazo se unió el resto de la familia. Estuvieron así casi un minuto y se despidieron con un simple adiós que era lo único que les salió. Un adiós sin rencor y lleno de perdón hacia el otro y hacia sí mismos.

—Dr. Martí, lo que acabo de ver no lo había presenciado nunca. Que dos partes que se han enfrentado en un juicio acaben abrazándose es inusitado —le confesó el Sr. Mustienes a su defendido.

—Es lo que me ha salido de dentro. Sentía la necesidad de hacerlo y así lo he hecho. Era una situación muy dolorosa y emotiva para ambas partes y un juicio que nunca debería haberse celebrado.

—Estoy muy feliz por usted, doctor. Absuelto en el juicio, como yo le había avanzado en innumerables ocasiones, y además ha conseguido la paz espiritual al reconciliarse con la familia Arnal.

—La verdad es que yo también estoy muy contento. Creo que por fin voy a poder retomar mi vida y dedicarme a anestesiar pacientes y a pasar mi tiempo libre en las montañas.

—Así se lo deseo.

—Muchas gracias. Por cierto, ahora que ya ha acabado todo y va usted a dejar de ser mi abogado, ¿conseguiré que me llame Pol en lugar de Dr. Martí?

—Con la condición de que tú me llames Ramón —sonrió el letrado.

—Hecho.

Ambos se chocaron la mano y se dirigieron hacia la puerta de salida del edificio de los juzgados. Cuando la atravesaron divisaron una pequeña multitud agolpada en las escaleras y entre las cámaras de televisión se apreciaba algún periodista circundando al Dr. López. Decidieron bajar por la rampa de minusválidos para no tener que pasar cerca del espectáculo que allí se había montado y se alejaron hacia la calle Ranillas donde se despidieron con un fuerte abrazo.

Mientras tanto, en la puerta de los juzgados el Dr. López se dirigía hacia los medios de comunicación que allí se habían concentrado. Eran medios locales, pero de mucha reputación como Tele Aragón y La Gaceta Aragonesa.

Con un tono de voz muy elevado y con gran crispación en su discurso el Dr. López se dirigió a los medios.

—Es una vergüenza lo que hoy ha sucedido ahí dentro —dijo señalando al juzgado—. Han absuelto a un asesino. Un asesino que no merece estar libre ni volver a un quirófano. Un matasanos que ha manchado mi nombre y mi honor. Que sepan todos que esto no va a acabar así. Como que yo me llamo Luis Javier López de Osuna Fernández que esto no acaba ni aquí ni hoy.

—¿Y qué tiene pensado hacer? —preguntó un joven periodista.

—Ya lo verán. Pronto sabrán qué es lo que voy a hacer para limpiar mi nombre. Muchas gracias por venir y en breve tendrán noticias mías.

Dicho lo cual se marchó caminando a toda velocidad.

29

Viernes, 4 de diciembre de 2020

Eran casi las tres de la tarde cuando el Dr. Bartolo hizo aparición en el aparcamiento del Hospital del Mediterrani con la intención de dar caza a su siguiente víctima. Esperaba poder repetir su jugada: aproximarse al vehículo de la doctora, llamar su atención y cuando esta bajara la ventanilla aprovechar para darle una descarga eléctrica en el cuello para dejarla inconsciente y secuestrarla utilizando su propio vehículo para abandonar el hospital. Su plan se vino abajo cuando observó que el aparcamiento estaba vigilado por diversos miembros de los Mossos d'Esquadra. Había agentes en el acceso desde el edificio, en los principales pasillos del aparcamiento y había una pareja apostada en la barrera de salida que controlaba todos los vehículos que salían, por lo que le iba a ser imposible salir de allí con la doctora inconsciente sin ser detectado. Iba a tener que cambiar su plan, pero para él solo iba a representar un pequeño inconveniente. En su día a día en quirófano estaba acostumbrado a tener que adaptarse a las circunstancias de las cirugías, a los imprevistos del acto quirúrgico, a las sorpresas que podían suponer el comportamiento de algunos pacientes durante las intervenciones.

Tras unos breves instantes de reflexión supo qué iba a hacer. Salió del recinto y se dirigió hacia la zona del parquin de bicicletas, donde tenía aparcada la suya. Su nuevo plan consistía en ir pedaleando hasta la vivienda de la Dra. Mota y esperar allí su llegada, entrar en el aparcamiento tras ella y replicar el plan inicial, pero cambiando la ubicación de origen. Pensó que, si la doctora llegaba antes a su casa que él o, simplemente no iba a su casa, abortaría el secuestro y lo dejaría para otra fecha. Las prisas son

malas consejeras. Una cosa es improvisar con rapidez y otra es precipitarse. Ya tendría tiempo de llevar a cabo su venganza.

Llegó a su bicicleta y tras quitarle la cadena se subió a ella y empezó a pedalear en dirección este. Sabía dónde vivía la doctora, pero en ese momento no recordaba la dirección exacta, aunque confiaba en su memoria y estaba seguro que el recuerdo afloraría durante la pedalada igual que le aparecían en su cerebro las dosis de medicamentos en el momento que las necesitaba.

Tras media hora de esfuerzo sobre la bicicleta llegó a la entrada del aparcamiento del edificio de la Dra. Mota. Había recordado su dirección. Se detuvo y ocupó una posición poco sospechosa a la espera de que su futura víctima llegara a su casa. Pasaban los minutos y la doctora no hacía acto de presencia, pero el Dr. Bartolo no perdía los nervios, un doctor de su talento no sucumbía ante las circunstancias y no se dejaba llevar por las contrariedades. Permanecía sereno y cumplía con su trabajo tal y como de él se esperaba, pero también tenía que saber cuándo no había nada que hacer, cuándo había que finalizar la batalla. Estaba a punto de posponer su plan cuándo la Dra. Mota hizo aparición en escena. Se detuvo delante de la puerta del aparcamiento y esperó a que se abriera. Una vez tuvo el paso libre se introdujo en el edificio. El Dr. Bartolo aprovechó la oportunidad, se coló en el aparcamiento y siguió al vehículo de la Dra. hasta su plaza. Una vez que hubo detenido el coche y se apeó, el Dr. Bartolo se aproximó hacia ella y sin mediar palabra le disparó el táser en el cuello, haciendo que su víctima perdiera el conocimiento y cayera en sus brazos. La introdujo de nuevo en el vehículo, esta vez en el asiento del acompañante y se dispuso a guardar su bicicleta en el maletero del coche. En esta ocasión no tendría que volver a buscarla como había ocurrido en los otros dos asesinatos. Cuando abrió el maletero observó que estaba abarrotado de bolsas de la compra, por lo que dedujo que la doctora había tardado tanto en llegar a su casa porque había hecho un alto en el súper. Cerró la puerta del maletero y ubicó su bicicleta en los asientos posteriores. Tuvo suerte de que era un todoterreno enorme. Se subió al vehículo y puso rumbo a su domicilio, donde pondría en marcha el plan que tenía preparado para la Dra. Mar Mota.

La inspectora Sans había abandonado ya Zaragoza y se dirigía por autopista hacia Lleida cuando recibió la llamada de su compañero, el subinspector Palau. A través del manos libres le hizo un resumen de lo acontecido en la comisaría maña y le expresó su sorpresa ante la atípica muerte del Dr. López. No entendía que alguien que estaba solo en su casa decidiera inyectarse cocaína en vena. ¿Qué propósito podía tener ese acto? ¿Quitarse la borrachera de golpe? ¿Para qué si estaba solo? Le explicó que la investigación había seguido todos los cauces habituales y que en el lugar de la muerte no había signos de que hubiera habido ninguna otra persona, no había huellas ni ningún tipo de resto y no se echaba de menos ninguna pertenencia del fallecido. Era todo un poco extraño, pero no había nada que hiciera pensar que la muerte no había tenido lugar tal y como había conjeturado la Policía Nacional. Además, el fallecido era famoso en su ciudad por las juergas que se corría y por beber en exceso y haber experimentado con la cocaína.

El subinspector informó a su compañera de que la vigilancia del aparcamiento del hospital no había obtenido ningún fruto, por lo que era de esperar que no hubiera ninguna nueva víctima ese fin de semana a no ser que el asesino cambiara sus planes.

La inspectora decidió, teniendo en cuenta la hora que era, que la visita a la comisaría de Lleida la dejaría para el lunes a primera hora de la mañana y que intentaría descansar el fin de semana. Confiaba mucho en su nuevo compañero y en su jefe.

—Buenos días, doctora —le dijo dulcemente el Dr. Bartolo a su secuestrada cuando observó que empezaba a mover sus párpados —. Venga, dormilona, abre los ojos que ya es de día.

La Dra. Mota intentó abrir los ojos, pero la luz le molestaba mucho. Intentó moverse, pero estaba amarrada a una camilla. Intentó hablar, pero llevaba una mordaza en la boca.

—Bienvenida a esta su casa, Mar. Mar, que nombre tan bonito y muy adecuado para una doctora que trabaja en el Hospital del Mar Meditarrani, ¿no crees?

La doctora intentó moverse, pero le fue imposible. También intentó hablar, pero tampoco lo consiguió. Estaba completamente desconcertada. No sabía dónde estaba, ni porqué y no reconocía a su captor.

—También es muy curioso que te llames Mar Mota y no quieras que tus pacientes den una cabezadita, que no quieras que los seden ni tampoco que duerman como marmotas —rio a carcajadas—. Por cierto, o tus padres no se dieron cuenta del juego de palabras o eran unos auténticos gilipollas.

«¿Quién eres tú? ¿Qué hago aquí? ¿Qué quieres de mí?»

—Mira, bonita. No tengo mucho tiempo para darte muchos detalles ya que quiero aprovechar el puente. Ya sé que para ti es tu primer asesinato y todo te viene de nuevo, pero yo ya empiezo a tener cierta experiencia y no me gusta repetir cosas banales.

La doctora al oír la palabra asesinato entró en pánico e intentó desatarse de sus ligaduras al mismo tiempo que sus ojos se le salían de las órbitas.

—Quieta, doctora. No te muevas, que así no puedo trabajar en condiciones —le dijo con retintín.

La doctora no entendía nada y cada vez se sentía más desesperada.

—Mira, te voy a explicar el plan solo una vez y espero que lo entiendas. No voy a enseñarte ningún sistema de comunicación ya que no voy a estar contigo. Te vas a quedar aquí solita durante todo el puente. No nos tenemos que fastidiar los dos por un simple asesinato —dijo sin el más mínimo atisbo de remordimiento—. Ahora vuelvo y te pongo al día.

El Dr. Bartolo abandonó la sala durante unos minutos y volvió con una mesa sobre la que había diversos aparatos y con un palo de suero en el que colgaba una garrafa de ocho litros a la que había conectado un equipo de perfusión.

—No sé si te suena una enfermedad llama Insomnio Familiar Fatal, pero siendo oftalmóloga, lo dudo. El I.F.F. es una enfermedad priónica que es prima de la enfermedad de las vacas locas, que esta supongo que sí te suena. El I.F.F. es una enfermedad que se caracteriza por la incapacidad de conciliar el sueño y esto provoca

diversos síntomas en los pacientes que la padecen que van evolucionando en los doce a veinticuatro meses que tardan en morir desde que aparece la enfermedad. Sufren un deterioro cognitivo y psiquiátrico en los que pueden aparecer alucinaciones, confusión severa, delirios, ataques de pánico, fobias, ansiedad, depresión y demencia progresiva.

El Dr. Bartolo decidió tomar asiento delante de la doctora ya que la explicación se le iba a hacer más larga de lo que esperaba.

—También aparece una disfunción neurológica caracterizada por ataxia, dificultad para hablar, mira, esta ya la tienes —le dijo tocándole la mordaza—, temblores, mioclonías y espasticidad. También se da una hiperactividad simpática caracterizada por una hiperhidrosis, fiebre, taquicardia e hipertensión arterial. Todos estos síntomas conducen lentamente a una muerte con gran sufrimiento.

La Dra. Mota pareció reaccionar al oír la palabra muerte y volvió a hacer un intento por soltarse que resultó nuevamente estéril.

—Mar, que te estés quietecita, por favor —le pidió con calma.

El Dr. Bartolo se levantó de la silla y dio una vuelta alrededor de la camilla en la que tenía atada a su víctima.

—Te estarás preguntando por qué quiero que tengas esta muerte tan horrible. Bien, te lo voy a explicar. Tus pacientes se tienen que enfrentar a sus intervenciones, a un momento complicado de su vida muy despiertos. No permites que tengan ninguna ayuda, ni una mínima sedación, por lo que quiero que sepas lo que se siente al estar completamente despierto en el peor de los momentos de un ser humano, el momento de la muerte.

De nuevo la doctora sufrió un episodio de agitación al saber qué le depararía su futuro inmediato.

—Tú no vas a evolucionar tan lentamente como un enfermo de I.F.F. No disponemos de tanto tiempo, por lo que lo vamos a acelerar. Te voy a someter a una terapia de privación de sueño. ¿Ves este artilugio de aquí? —hizo una breve pausa esperando algún intento de comunicación de la doctora, pero como no se produjo, prosiguió con su monólogo—. Esto es un aparato que produce descargas eléctricas muy potentes y te lo voy a conectar al cuerpo.

Este otro de aquí es un temporizador que hará que las descargas se produzcan cada diez minutos. ¿Cuál es la intención de todo esto?

El Dr. Bartolo le dio un tiempo a la doctora para que se hiciera una idea de lo que le podía sobrevenir mientras que se paseaba por la habitación con los brazos cruzados a la espalda.

—Efectivamente, la idea es que las descargas no te dejen dormir y así simulemos y aceleremos el I.F.F., pero no te preocupes, no quiero electrocutarte, por lo que en esta mano vas a tener esta pera que podrás apretar para evitar las descargas —le puso una pera de goma en su mano derecha.

La doctora Mota al sentir la pera en sus manos empezó a apretarla una y otra vez.

—No, todavía no. Espera que te explique cómo funciona el asunto y no te preocupes, que ya tendrás tiempo de tocar la pera como se la has tocado a todos tus pacientes. Mira, no sabía que era tan gracioso —dijo tras el juego de palabras—. El temporizador está programado para que se produzca una descarga eléctrica cada diez minutos, pero cinco segundos antes de que esta se produzca sonará una fuerte alarma que te alertará de lo que se te viene encima y ahí es donde entra la pera. Si la aprietas en esos cinco segundos, se desactivará el temporizador y se reiniciará la cuenta de diez minutos de nuevo. Fácil, ¿verdad? Si no te duermes o te despiertas lo suficientemente rápido no sufrirás ninguna descarga. Todo esto lo aprendí de mi padre, que era un genio de la electricidad y un manitas de primera.

La doctora pareció resignarse a lo que le esperaba y ya no intentó soltarse al oír la explicación de lo que el Dr. Bartolo le tenía preparado.

—Ahora que ya sabes cual es mi plan, supongo que te estarás preguntando qué tiene que ver esta garrafa de ocho litros que pende de este palo de suero, ¿verdad? Pues como te he dicho, yo me voy de puente hasta el martes por la noche y te voy a dejar aquí sola. Obviamente no te voy a soltar por lo que no vas a poder ni comer ni beber nada hasta que yo vuelva. Yo no quiero que mueras de sed, quiero que mueras por la falta de sueño, por lo que he esterilizado esta garrafa y la he llenado de suero glucosalino y la he conectado a

esta bomba de perfusión para que no te deshidrates y sigas con vida a menos que el sueño acabe contigo, cosa que no creo probable.

El Dr. Bartolo le canalizó una vía a la Dra. Mota y le conectó la bomba de perfusión y la puso en marcha.

—Bueno, ya está todo preparado. Ahora yo me voy a ir a pasar unos días a la montaña. Los dos últimos fines de semana me he tenido que quedar aquí porque tenía invitados, el Dr. Torres y el Dr. Trullols, pero este ya toca marchar. Tú no te preocupes que voy a estar al tanto de todo. Ahí arriba hay una cámara que te estará vigilando las veinticuatro horas del día y a la que me iré conectando para asegurarme de que todo va como debe. Estoy aplicando el teletrabajo a mis labores, cosa que no creía que fuera a ser posible nunca.

Tras comprobar que todo funcionaba correctamente el Dr. Bartolo se despidió de su víctima y abandonó la habitación.

30

Sábado 5 y domingo 6 de diciembre de 2020

Todo el fin de semana discurrió con total y absoluta normalidad. El seguimiento al que habían sometido a los cinco doctores que aún se contaban entre los sospechosos, los anestesistas Dr. Robert, Dr. Martí y Dr. Vélez y los intensivistas Dr. Costa y Dr. Viñals no habían arrojado ningún resultado. Se les había podido seguir los pasos sin ninguna dificultad y ninguno había realizado actividades sospechosas.

31

Lunes, 7 de diciembre de 2020

La inspectora Sans, una vez se hubo despedido de sus padres, abandonó la casa de su infancia con la intención de dirigirse a la comisaría de los Mossos de su ciudad, Lleida. Aparcó en la misma calle Sant Hilari y accedió a las dependencias. Entrando a mano derecha había una serie de bancos reservados a los denunciantes que esperaban a ser atendidos por la policía. En ese momento se encontraba allí sentada una señora de unos sesenta años con un pañuelo en las manos con el que alternativamente se limpiaba las lágrimas de sus ojos y los mocos de su nariz, cosa que llamó la atención de la inspectora y la saludó con un "bon dia". Posteriormente se acercó al mostrador que había frente a la puerta de entrada y se presentó al agente de recepción enseñándole su placa y solicitó que avisaran al subinspector Burrull, que en teoría le estaba esperando. El agente le indicó que girara a su izquierda y que esperara en la puerta de acceso a las dependencias policiales, que enseguida vendría el subinspector a recibirla. Unos segundos más tarde se abrió la puerta y apareció un hombre de unos cincuenta años, de muy buena apariencia, con un bonito pelo rizado inundado de canas que le favorecían mucho, que se presentó muy amablemente a la inspectora y la invitó a entrar. Tras los saludos iniciales se dirigieron a un despacho ubicado en esa misma planta baja y allí la inspectora solicitó al subinspector si le podía mostrar el informe policial de la muerte del Dr. Agirre en el que esperaba encontrar la documentación correspondiente a la autopsia. Lo que el subinspector le aportó no difería en lo más mínimo de lo que ella había podido consultar en la N.I.P del cuerpo. Una vez comentados todos los puntos del caso el subinspector la invitó a tomar un café, ofrecimiento que aceptó. Cuando salían del corazón de la comisaría

en dirección a la puerta exterior, la señora de las lágrimas y los mocos que se encontraba sentada en el banco se alzó y se dirigió hacia el subinspector y se interesó por el avance de la investigación, a lo que el policía respondió que no había novedades y que, de haberlas, ella sería la primera en conocerlas. La señora le dio las gracias, recogió sus cosas y se fue hacia la salida de la comisaria.

—¿Quién es esa señora, Lluís? —preguntó con cierta curiosidad la inspectora.

—Es la viuda del Dr. Agirre. Cada mañana viene a preguntar si hay alguna novedad en el caso de su marido.

—Pero, el caso está cerrado, ¿verdad?

—Completamente cerrado, pero la Sra. Agirre se niega a aceptar que su marido se haya suicidado.

—Es difícil de entender y aceptar que la persona a la que más quieres se haya quitado la vida y no hayas podido hacer nada para evitarlo.

—Así es, pero me temo que si no lo acepta acabará perturbándose y que termine imitando a su marido.

—Esperemos que no sea así, Lluís.

—Esperemos, Laura.

32

Sábado, 26 de septiembre de 2020

Después de varias semanas analizando las rutinas del Dr. Agirre, había llegado el momento de que el Dr. Bartolo ejecutara su plan. En el marco de la Festa Major de Lleida en honor a Sant Miquel se celebraba un partido amistoso de rugby entre La Caparrella Rugby Club, equipo en el que jugaba el Dr. Agirre, y Los Quebrantahuesos de Monzón. Era el último partido de preparación previo al inicio de la temporada oficial. Tras un bonito encuentro en el que ambos quinces se emplearon a fondo, pero sin violencia, se disputó la tercera parte de todo buen partido de rugby. Los dos conjuntos se reunieron en un famoso bar de la capital ponentina dedicado al rugby llamado, con mucha intención y criterio, El Tercer Tiempo. En él corrieron las cervezas y las bravas durante un par de horas. Después los dos equipos se despidieron y se desearon buena suerte para el campeonato de liga. Los montisonenses regresaron a su casa y los ilerdenses siguieron con su rutina de ir a cenar a un asador de la calle Sant Martí. El Dr. Agirre, como en él era costumbre, declinó la invitación. Era diabético y si a ello sumaba que era el más añoso del equipo y que los golpes no le sentaban nada bien, todo ello hacía que prefiriera irse a descansar. Estuvo tentado de quedarse debido a que su esposa no estaba en Lleida ese puente de Sant Miquel ya que había aprovechado para ir a visitar a su hermana a Mallorca, pero en el partido había recibido más golpes de lo habitual y prefirió irse a casa. Se despidió de sus compañeros de equipo y fue a buscar su coche y, tras reposar cinco minutos en el asiento, lo puso en marcha y tomó el camino hacia su residencia en la Urbanización La Cerdera Alta, en la carretera de Huesca. Cuando llegó a su casa, se detuvo delante de la puerta de acceso al aparcamiento sin percatarse de la presencia de un hombre

agazapado detrás de unos arbustos. Accedió al interior y detuvo el vehículo, cuando iba a descender sintió un dolor muy extraño en la zona lumbar izquierda y se le apagó la luz.

—Buenos días, Dr. Agirre —saludó el Dr. Bartolo al sorprendido cirujano.

El Dr. Agirre recuperó en breve el conocimiento y se encontró amarrado al asiento de su vehículo. Varias tiras de cinta americana impedían que se pudiera mover y un pañuelo atado a su boca le dificultaba la respiración y le imposibilitaba el habla. No recordaba qué había sucedido, pero sentía una quemazón desconocida en su riñón izquierdo.

—Bienvenido, Dr. Agirre. Perdóneme que vaya al grano, pero se me está haciendo muy tarde y tengo que volver a casa. Supongo que se estará preguntando qué hago aquí. Pues bien, vengo a pagarle con su propia medicina. Quiero que sepa lo que se siente al ser tratado con grandes dosis de Rocuronio. Usted no hace más que pedir relajante y más relajante a mis compañeros durante sus cirugías ya que es un inepto que no sabe cerrar una barriga y, como he leído en algún sitio, no podemos pedir para los demás lo que no queremos para nosotros mismos, por lo que ahora le voy a dar la oportunidad de tomar esa medicina que tanto le gusta.

El Dr. Agirre al oír al loco que le había inmovilizado, al que era incapaz de reconocer ya que portaba un pasamontañas y la luz del garaje era tenue, entró en pánico. Estar despierto teniendo todos los músculos estriados paralizados y no poder respirar decían que era una experiencia horrible y eso era lo que, al parecer, se le venía encima.

El Dr. Bartolo sacó de una mini nevera una cajita con 5 viales de 50 mg de Rocuronio y cargó algo menos de los 25 c.c. que contiene la caja en una jeringuilla en la que insertó una aguja intramuscular.

—Mira, Gaizka, si fuera endovenoso sabría la dosis que te tengo que poner, pero si te lo administro intramuscular, por mucho que he leído sobre el asunto, no he conseguido obtener una respuesta clara a mi duda, por lo que te pondré cerca de 250 mg y

creo que eso será más que suficiente. No sé lo que tardará en hacerte el efecto deseado, pero lo que estoy seguro es que será suficiente.

El Dr. Agirre intentó zafarse de sus ataduras, pero no lo consiguió.

—Como bien sabrás, el Rocuronio, relajante muscular no despolarizante, hará que tu musculatura respiratoria, entre otras, deje de funcionar, por lo que tú no podrás respirar. Morirás por una hipoxia y serás completamente consciente de ello —los ojos del Dr. Agirre pareció que querían salirse de sus órbitas al escuchar el relato de su agresor—. Se siente, no haber pedido tanto relajante para los demás —hizo un gesto con ambas manos como para quitarse la responsabilidad de su acto—. Una vez hayas fallecido conectaré el tubo de escape al habitáculo y pondré en marcha el motor, por lo que cuando investiguen tu muerte pensarán que te has querido suicidar inhalando monóxido de carbono. Exteriormente son dos muertes muy similares y como el Rocuronio precisa de unos análisis específicos para ser detectado que, además, no se realizan de modo rutinario, la conclusión, al menos hasta que llegue el informe de toxicología, será que te has suicidado.

El Dr. Bartolo, tras haber acabado de explicar su maquiavélico plan al Dr. Agirre, se aproximó a él y le clavó la aguja con la jeringuilla en su muslo izquierdo, que es donde se suelen pinchar la insulina los diabéticos. Inyectó su contenido y retiró la aguja clavada. El Dr. Bartolo no quería ver a su colega morir y decidió apartarse del vehículo. A continuación, deseaba montar el escenario de un suicidio por inhalación de los gases del tubo de escape del coche y se preparó para ello. Antes de cerciorarse de que el corazón del doctor había dejado de latir, dio una vuelta por el garaje y se percató de que el coche de la esposa del Dr. Agirre se encontraba también aparcado. El del inminente fallecido era diésel y el de su pareja, gasolina, que emiten mucho más CO por lo que se le ocurrió que suicidarse en un coche que emite más CO reforzaría la credibilidad de su montaje. Buscó por el garaje y el acceso al domicilio las llaves del coche hasta que las encontró en un mueble de la entrada. El vehículo de la esposa era un BMW X5 de alta

cilindrada y gran emisión de gases contaminantes. De una bolsa de deportes que portaba extrajo una manguera que conectó al tubo de escape y a una de las ventanillas posteriores y selló lo mejor que pudo, con cinta americana, el espacio que quedó entre el cristal y el marco de la puerta. Una vez preparado todo el *atrezzo* de su comedia, se dirigió al vehículo del Dr. Agirre, quien yacía en su asiento sin ninguna expresión en la cara y sin latido alguno de su corazón. Le retiró toda la cinta americana que lo fijaba al asiento y el pañuelo que le amordazaba la boca y con mucho esfuerzo lo trasladó hasta el vehículo de su esposa. El Dr. Bartolo empezó a pensar si había sido buena idea trasladar el cadáver para que fuera más creíble el suicidio por haber inhalado los gases procedentes de un gasolina en lugar de un diésel, pero era demasiado tarde para replanteamientos. Debería acabar con el traslado. «Si en el futuro repito la experiencia, ingeniaré algún artilugio que me ayude con el transporte del peso muerto del muerto». Una vez colocado el cuerpo en el BMW de la esposa, se dedicó a borrar todas las huellas posibles y los restos de cinta americana del coche diésel de la víctima. Cuando creyó que todo estaba como antes de su actuación, volvió hacia el coche de la Sra. Agirre, puso en marcha el motor y cerró la puerta tras bajar la ventanilla. Una vez repasó todos los detalles y comprobó que todo parecía indicar que allí se había producido un suicidio, apretó de manera sostenida el botón de cierre del mando del coche. Las puertas se bloquearon y el cristal de la ventanilla del conductor empezó a deslizarse hacia arriba, pero antes de que se cerrara del todo el Dr. Bartolo arrojó el mando al interior del vehículo, dando la impresión de que el que había sellado el coche y cerrado desde dentro era el difunto para que nadie pudiera socorrerlo con facilidad en el caso de ser descubierto antes de su fallecimiento. Sin más dilación el asesino salió del garaje del Dr. Agirre y tomando su coche desapareció de la escena del crimen.

33

Lunes, 7 de diciembre de 2020

La inspectora conducía su coche pausadamente porque sus pensamientos le tenían secuestrada su atención y no deseaba tener un accidente. Cuando encaraba el ascenso al puerto de La Panadella le sonó el teléfono y eso la sacó de su ensoñamiento. Era el subinspector Palau que se interesaba por su estado y el de la investigación en Lleida.

—Bon dia, inspectora. ¿De vuelta ya?

—Hola, David. Sí, ya de camino —respondió una vez hubo activado el manos libres.

—¿Cómo ha ido el fin de semana? ¿Has podido descansar?

—Sí, la verdad es que sí. He hecho una cura de sueño y he cargado bastante las pilas. ¿Y tú?

—Yo también he podido descansar, aunque he monitorizado la investigación desde Girona. Los sospechosos se han comportado con absoluta normalidad en todo momento. Nada que nos haga pensar que un nuevo asesinato vaya a producirse.

—Me alegro de que los dos hayamos podido recuperar fuerzas. Nos irá de perlas. Yo acabo de salir de la comisaría de Lleida y no hay nada nuevo respecto a lo que pudimos ver en los informes internos. Bueno, sólo el hecho de que la esposa del Dr. Agirre se persona cada día para ver si ha habido algún cambio en la investigación.

—¿Que no se ha dado por cerrada? —preguntó sorprendido.

—Sí, así es, pero ella jura y perjura que su esposo no se suicidó y espera que haya algo nuevo que la deje descansar tranquila de una vez.

—Pobre mujer, que tu compañero de vida se suicide es muy difícil de aceptar. Pensar que haya sido capaz de eso y tú no haber

sabido notar que se encontraba tan mal como para finalizar así provoca un gran sentimiento de culpa. No haber podido hacer nada para evitarlo es muy cruel.

—Y para más inri se suicidó en el vehículo de su esposa —añadió la inspectora.

—Un motivo más para que…

—¡Joder! —gritó de repente la inspectora.

—¿Qué pasa, Laura? —preguntó asustado el subinspector.

—Un gilipollas que me ha adelantado a toda velocidad y casi me saca de la carretera.

—¿Y has podido ver la matrícula?

—Casi, había dos números 6, un ocho, el otro —hizo una pequeña pausa— no lo recuerdo. Las letras eran MDS. «MDS... MDS».

La inspectora empezó a darle vueltas a las tres letras que conforman la matrícula del vehículo que casi le había hecho tener un accidente.

«MDS... MDS».

El subinspector gritó el nombre de su compañera, pero no obtuvo respuesta. Se encontraba centrada en las tres letras.

—¡Laura!¡Laura! —gritó pensando que hubiera podido tener un accidente a pesar de que no había oído ningún ruido extraño y la comunicación no se había interrumpido.

—¡Eso es! ¡MDS! Modus, modus operandi.

—¿Qué dices, Laura? —preguntó sin entender nada.

—Modus operandi. En Zaragoza, el agente que me atendió filosofaba con el hecho de que a veces es más importante el cómo que el porqué y puede que tenga razón.

—A ver, explícate. No te sigo.

—Nosotros nos hemos empecinado en intentar resolver los asesinatos en base a las motivaciones que podía tener el asesino para acabar con sus víctimas, el móvil de los crímenes.

—Efectivamente, así es.

—¿Y si el modo de matarlos, desangrando al uno e hirviendo al otro, pudiera arrojar más luz a la oscuridad?

—¿Que el modus aporte más que el móvil?

—Exacto.

—Y, ¿qué sugieres que hagamos?

—Vete al hospital y localiza a las enfermeras de los quirófanos de cirugía vascular y de urología. Yo me reuniré con vosotros en cuanto llegue. Calculo que en una hora estaré allí. ¿De acuerdo?

—De acuerdo. No te preocupes que... ¿Laura? Me ha colgado —dijo mientras miraba sorprendido el teléfono.

La inspectora Sans arrojó su teléfono al asiento del acompañante y apretó el acelerador en dirección al Hospital del Mediterrani. Tenía la sensación de que el rumbo de la investigación iba a dar un giro de ciento ochenta grados.

34

La inspectora llegó a Barcelona en un tiempo récord y cuando salía del aparcamiento del hospital telefoneó a su compañero para saber dónde le esperaba. Se encontraba en el despacho de la supervisora del área quirúrgica, Maria Farré, y allí esperaban su llegada para hacer pasar a la enfermera instrumentista del quirófano de cirugía cardiovascular, Maria Gilart. Una vez los dos policías estuvieron reunidos e intercambiaron opiniones sobre qué debían preguntar, la hicieron pasar.

—Sra. Gilart, ya sabemos que todo el mundo tenía problemas con el Dr. Torres, pero ahora estamos interesados en saber si en los últimos meses ha habido algún altercado en el que el detonante fuera que un paciente se desangrara o que hubiera estado a punto de morir por esa causa —la inspectora buscaba de ese modo reducir al máximo el número de sospechosos.

—La verdad, inspectora, es que en el tiempo que yo llevo en este quirófano eso no ha sucedido nunca. Jamás ha muerto ningún paciente desangrado ni se ha salvado en el último momento —respondió muy segura.

—¿Y no recuerda ningún episodio en el que la posible pérdida de sangre hubiera enfrentado al Dr. Torres con algún anestesista? —recondujo la cuestión el subinspector.

—Pues ahora que lo dice, hace unos meses —se detuvo un instante a pensar— sí, diría que fue el día seis de abril, el día del cumpleaños de mi hijo.

—El día que usted dedujo que el Dr. Martí y el enfermero, ¿cómo se llama?...

—Bruno Ferran.

—Efectivamente. ¿El día que usted los encontró abrazados y pensó que eran pareja?

—Sí, inspectora, ese día acabó con una fuerte discusión entre ambos doctores, pero la cosa no fue a más.

—¿Sería tan amable de explicarnos qué sucedió?

—Por supuesto. Ese día, al entrar en quirófano me encontré al Dr. Martí y a Bruno Ferran fundidos en un abrazo. Me quedé un poco sorprendida, pero intenté actuar con la mayor naturalidad que pude y les saludé…

…—¡Hola! Buenos días, compañeros. ¿Hay algo que no me habéis contado y que yo deba saber?

Los dos amigos se separaron rápidamente e intentaron aparentar normalidad.

—No es lo que parece, Maria —le respondió Pol, al que la cara le había tomado una tonalidad rojiza muy graciosa.

—¿Y qué es lo que parece, Dr. Martí?

—Bueno, pues parece una mariconada, pero son solo dos amigos que están celebrando una buena noticia y lo hacen con un viril abrazo —respondió Bruno en lugar del doctor.

—Yo no he querido insinuar nada. He deducido que algo bueno había pasado y eso es lo que me intrigaba —dijo facilitando la huida a sus compañeros.

—Pues sí, Maria. El viernes resolví un problema que llevaba mucho tiempo dándome grandes dolores de cabeza y ahora espero poder pasar página y empezar una nueva etapa de mi vida.

—Pues me alegro mucho por usted, Dr. Martí, pero el deber nos llama y debemos organizar la cirugía de hoy, que no es moco de pavo. Les dejo arreglando sus cosas que yo tengo muchas cosas que preparar también.

La enfermera se dirigió hacia el otro lado del quirófano y empezó a organizar las cajas con el material que iban a necesitar para la cirugía.

Pasaron los siguientes minutos con todo el mundo acabando los preparativos para la intervención: un enorme aneurisma en la aorta abdominal de un paciente pluripatológico de muy difícil manejo, de ahí que Bruno estuviera asignado como soporte para el Dr. Martí.

Estaba todo preparado para empezar la cirugía, todo montado y todo el mundo lavado, pero cuando iban a comprobar la existencia de la reserva de sangre, el banco les alertó de que no debían iniciar la intervención bajo ningún concepto. El paciente tenía un fenotipo de su grupo sanguíneo muy poco frecuente y no disponían de su tipo de sangre en el hospital y las reservas de 0- eran mínimas tras el fin de semana y hubiera sido muy arriesgado iniciar la cirugía.

El Dr. Torres al escuchar las noticias que les transmitían desde el banco de sangre, entró en cólera. Empezó a gritar pidiendo explicaciones de por qué no se sabía que ese paciente era tan especial, que pediría responsabilidades porque estaba rodeado de inútiles que le hacían perder su valiosísimo tiempo. Todo ello entre gritos y aspavientos de los que, por suerte, el paciente no era consciente o no tendría recuerdo, ya que, a pesar de no estar anestesiado aún, el check list quirúrgico no se había completado con éxito y no se había autorizado la anestesia todavía, estaba lo suficientemente sedado como para no recordar nada.

El Dr. Torres se deslavó, tiró los guantes al suelo con gran fuerza y salió del quirófano. Todo el mundo se mantuvo en su lugar dispuesto a iniciar la cirugía en cuanto llegara la autorización del banco de sangre. Pasaron los minutos y no llegaba la llamada del banco. El Dr. Torres volvió a entrar en el quirófano y se dirigió hacia el teléfono. Lo tomó y marcó el número del banco de sangre y con una voz alta y clara mantuvo una conversación en la cual su interlocutor le autorizó a iniciar la intervención.

—Ya lo habéis oído todos. Desde el banco de sangre nos autorizan a proceder con la intervención, por lo tanto, no me hagáis perder más el tiempo y dejad que le salve la vida a este pobre desgraciado.

El Dr. Torres se lavó de nuevo, cogió el bisturí y se abalanzó sobre el paciente.

—O lo duermes o lo abro en canal a lo vivo —le dijo gritando al anestesista, el Dr. Martí.

—Joder, Eugeni, dame un par de minutos para que lo pueda dormir en condiciones, que tiene muchas patologías y hay que

hacerlo con mucho cariño —le respondió el anestesista intentando mantener la compostura.

El Dr. Martí indujo la anestesia general y autorizó a su colega para que iniciara la laparotomía. Transcurridos unos minutos y llegado el momento clave, cuando ya habían clampado la aorta y la habían abierto, hizo su entrada en el quirófano un hematólogo del banco de sangre que les dijo que no debían iniciar la cirugía bajo ningún concepto ya que ni en el banco de sangre del hospital ni en ningún otro de la ciudad había sangre compatible para el paciente y que las reservas de 0- que tenían serían insuficientes en el caso de un sangrado importante, además, el paciente era un cardiópata muy severo por lo que cualquier desestabilización le podría causar un infarto mortal. El cirujano se lo quedó mirando y con cara perversa y mostrándole el bisturí le soltó: "Dix fois trop tard", ya le he abierto la aorta.

La pericia de todo el equipo quirúrgico hizo que la cirugía acabara de la mejor manera y que la falta de sangre no fuera un obstáculo para ello.

Una vez trasladado el paciente a la reanimación postquirúrgica, el Dr. Martí retornó al quirófano para recoger sus pertenencias y fue en ese momento cuando dejó ir toda la tensión que se había acumulado en su interior durante toda la mañana.

—¡Joder! ¡Es que me tocan todos los tontos a mí! —gritó a pleno pulmón cuando recogía su fonendo y su reloj de pulsera que tenía en el carro de anestesia—¡Es que no salgo de un idiota y ya me encuentro con otro! ¿Qué cojones he hecho yo para merecer esto? ¡Hostia puta! —continuó dando rienda suelta a su desahogo.

Se dirigió hacia la puerta batiente del quirófano y la abrió de un fuerte empujón y abandonó la sala operatoria en dirección al vestuario. Detrás suyo salió la instrumentista de la intervención, la enfermera Maria Gilart, con la intención de calmarlo, pero no pudo darle alcance antes de que se introdujera en el vestuario masculino, donde la enfermera ya no se atrevió a entrar…

… yo no me atreví a entrar en el vestuario masculino, pero desde el exterior le oí gritar exabruptos continuos, que no me atrevo

a repetir aquí, y oí un ruido de como si le hubiera soltado una patada a una taquilla. Después hubo un breve silencio y volvió a gritar algo como "pues si es así como tenía que empezar una nueva etapa de mi vida, vamos bien". Esto es lo que recuerdo de lo que pasó ese día —les dijo la instrumentista tras relatar lo acontecido en esa accidentada sesión de quirófano.

—Nos está diciendo que el Dr. Torres les engañó a todos para poder empezar la intervención a pesar de poner en riesgo la vida del paciente, ¿es así?

—Así es, inspectora. A todos nos indignó su actitud, pero el que más lo sufrió fue el Dr. Martí ya que si el paciente hubiera fallecido todas las miradas se hubieran dirigido hacia él a pesar de que la responsabilidad directa no fuera suya.

—Y eso le enfureció enormemente tal y como nos ha explicado.

—Efectivamente, subinspector.

—¿Lo suficiente como para desear su muerte?

—Inspectora, lo que hizo el Dr. Torres fue muy grave, pero no creo que el Dr. Martí, a pesar de todo, hubiera deseado matarlo. No le digo que por unos instantes no le hubiera deseado la muerte, hasta yo lo hice, pero de ahí a que lo haya asesinado hay un gran trecho.

—¿Usted cree que con no haber vuelto a coincidir nunca más en un quirófano con el Dr. Torres fue suficiente para el Dr. Martí?

—Miren, el Dr. Martí es un gran profesional y una gran persona y no le creo capaz de haber matado a nadie, ni al Dr. Torres ni al Dr. Trullols. Es evidente que tiene un pronto importante, pero los que le conocemos sabemos que todo se queda ahí. Por eso cuando hablaron conmigo la primera vez no le di ninguna importancia a este episodio que les acabo de relatar.

—De acuerdo, muchas gracias, Sra Gilart. Por ahora es todo. Si es usted tan amable dígale a la Sra Lucía Cifuentes que pase.

La instrumentista del quirófano de cirugía cardiovascular abandonó el despacho y mientras esperaban a la enfermera del quirófano de urología, los dos compañeros analizaron la entrevista que acababan de realizar.

—¿Qué opinas, David?

—La verdad, Laura, como motivo para asesinar al Dr. Torres es tan bueno o tan malo como cualquiera de los que tenían los otros sospechosos cuando esta era la única muerte. Después del segundo asesinato la candidatura del Dr. Martí gana muchos puntos, pero a ver qué nos explica Lucía Cifuentes.

—Estoy de acuerdo contigo. Por muy buena persona que seas y por muy pronto autolimitado que tengas, a veces las circunstancias te llevan un poco más allá y acabas haciendo cosas insospechadas.

En ese mismo instante sonó la puerta del despacho y los dos policías invitaron a entrar a quien llamaba.

—Buenos días.

—Adelante, pase y siéntese, Sra. Cifuentes.

En ese mismo instante, dos plantas más arriba, en uno de los quirófanos de cirugía general, el parte programado había acabado más pronto de lo que era previsible teniendo en cuenta la complejidad de la cirugía que habían llevado a cabo por lo que el cirujano, el Dr. Bifet, le solicitó al anestesista con el que ha compartido la mañana, el Dr. Martí, si le podía hacer el favor de echarle una mano con un paciente.

—Pol, en planta tengo un paciente que tiene noventa años y sospecho pueda tener carcinomatosis peritoneal.

—Vaya, Jordi, qué putada. ¿Y en qué os puedo ayudar a ti y a tu paciente?

—Mañana le habíamos reservado un hueco en el quirófano programado, pero al haber acabado hoy bien de tiempo he decidido hacerle una mini laparotomía para confirmar mis poco halagüeñas previsiones y no tener que esperar otro día más ya que el estado del paciente no es bueno.

—Tú dirás qué necesitas de mí.

—Querría hacerlo con anestesia local porque no creo que aguantara una anestesia general y no querría que muriera en quirófano lejos de su familia.

—Me gusta tu idea de "a grandes males, anestesias locales" —le dijo el anestesista intentando aliviar el mal momento que estaba pasando el cirujano pensando en su paciente.

—Tienes razón, Pol, es un gran mal y la anestesia local es lo que más le conviene —le respondió sin hacer el más mínimo caso a la broma de su compañero.

—Y quieres que lo sede un poquito para ayudarle a pasar el mal momento.

—Yo no iba a pedirte tanto, solo quería que estuvieras cerca por si había algún problema con el paciente, pero si eres tan amable de ponerle algún potingue de los tuyos, te lo agradeceré.

—Eso está hecho, Jordi. Que lo vayan a buscar y mientras llega me voy a tomar un café a la salita. ¿Te parece bien?

—Me parece perfecto, Pol. Muchas gracias. Cuando llegue el paciente te aviso.

El Dr. Martí abandonó el quirófano y se dirigió a la salita para tomar un café y hacer un pequeño descanso. Cuando entró en el cubículo en él se encontraba su amigo Bruno con un objeto extraño en sus manos. Estaba tan absorto en él que no percibió que Pol había entrado.

—Hola, Bruno —dijo al mismo tiempo que le propinaba una colleja a su amigo.

—Joder, Pol. ¡Qué bruto eres! ¡Qué susto me has dado! ¿Qué haces aquí? —preguntó sorprendido al mismo tiempo que escondía en un bolsillo de su chaqueta de quirófano el objeto que portaba en sus manos y que había estado a punto de caérsele al suelo.

—Donde las dan las toman —le dijo haciendo referencia al golpe en la nuca que le había regalado—. Nada, que hemos acabado el parte y voy a echarle una mano a Bifet.

—Qué majo eres y qué bruto también.

—Por supuesto que sí. Ambas cosas. Por cierto, ¿qué es eso que te has escondido tan rápidamente en el bolsillo en cuanto he entrado en la sala? —le preguntó a pesar de que lo había visto perfectamente.

—Nada, no es nada —le dijo al mismo tiempo que apoyaba su mano en el bolsillo como si su amigo tuviera superpoderes y pudiera ver a través de la tela.

—Venga, dime qué es, hombre.

—Nada, es… un regalo para tu cumpleaños —le soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Un regalo para mi cumpleaños? Pero si es el treinta de marzo y estamos en diciembre.

—Ya, pero es que yo soy muy previsor. Bueno, me tengo que ir. Adiós.

—¿Pero, adónde vas tan rápido? ¡Oye, espera, oye! —le gritó sin resultado alguno—. ¿Me va a regalar eso para mi cumpleaños? ¿De dónde lo habrá sacado?

El Dr. Martí tuvo el tiempo justo de tomarse un café antes de que requirieran su presencia en el quirófano.

—Hola, Lucía. Mire, cuando hablamos con usted la vez anterior nos comentó que el Dr. Trullols no tenía ningún problema real con nadie por lo que era difícil encontrar un motivo para que lo asesinaran.

—Así es, inspectora.

—Lucía, vamos a ir al grano. Como el motivo para asesinarlo no parece claro, hemos pensado que la manera de matarlo podría ayudarnos más —introdujo así el subinspector la pregunta clave—. Si yo le digo agua caliente por las venas, ¿a usted esto le sugiere algo?

—Bueno, puede que sí. En urología hay un tipo de intervenciones, las R.T.Us, que se realizan a través de la uretra y que para poder llevarlas a cabo necesitan introducir por ella grandes cantidades de líquido que está a temperatura ambiente, unos 19-20 grados, por lo que eso provoca una pérdida de calor importante en los pacientes que se someten a este tipo de cirugías —explicó la enfermera hasta que la inspectora la interrumpió.

—Pero ¿eso qué tiene que ver con el agua caliente por las venas?

—Tiene que ver que aparte del colchón calefactable, hay anestesistas que calientan sueros al baño maría y se los administran a los pacientes para intentar disminuir las pérdidas de calor.

—¿Y eso lo hacen todos los anestesistas? —preguntó sorprendida por el método que usaban para calentar a los pacientes.

—No, todos no, pero hay varios que sí lo hacen.

—¿Nos podría indicar quién sí lo hace?

—Pues el Dr. Fernández, el Dr. Casanovas, el Dr. Gelonch, la Dra. Rius, el Dr. Martí y quizá alguno más.

«El Dr. Martí de nuevo» pensaron ambos policías.

—¿Recuerda que alguno de ellos tuviera algún enfrentamiento con el Dr. Trullols a causa de pasar suero caliente a los pacientes? —cuestionó la inspectora.

—Ahora que lo dice, aunque yo no llamaría enfrentamiento, más bien una de sus bromas. Hubo un día en el que el Dr. Martí acabó llamando Dr. Listo al Dr. Trullols cuando este salía de quirófano, pero entre ellos era habitual tirarse puyitas de ese estilo seguidas de un "guapo" o "bomboncito"—respondió Lucía con una sonrisa en la boca.

—¿Perdón? Explíquese mejor —le invitó la inspectora a que fuera más concisa.

—Pues resulta que…

…el viernes 17 de abril de 2020, en el quirófano de urología, el Dr. Trullols en compañía del Dr. David Belmonte estaban realizando una R.T.U. de próstata a un paciente. Cuando estaban a punto de terminar la intervención, el Dr. Belmonte indicó al personal del quirófano que iba a ir a valorar un paciente que tenían en planta por si tuviera que pasar por quirófano para eliminar una litiasis ureteral, que en cuanto supiera algo definitivo pasaría a comunicárselo.

—A ver, Lucía, pásame una sonda y lubricante, que sondaré al paciente.

La enfermera le entregó lo que le había pedido el doctor y este empezó las maniobras para sondar a su paciente cuando hizo entrada en quirófano Bruno Ferran, enfermero de anestesia.

—Hombre, Bruno, tú por aquí. ¿Qué se te ha perdido por mi quirófano? —le preguntó el Dr. Trullols.

—Hola a todos. He venido a hablar un momento con el Dr. Martí —respondió por cortesía.

—Polito, ha venido Brunito —dijo en tono burlón ante lo cual el resto del personal de quirófano permaneció en silencio—. A ver,

Polito, ¿por qué no le pides a tu amiguito Brunito que le ponga suerito calentito al pacientito para que esté bien calentito? —dijo aumentando el volumen de voz y acabando en una explosión de carcajadas que no fue secundada por nadie.

—Carlos, por favor, que el paciente está despierto y no creo que deba escuchar estas bromas —le respondió el Dr. Martí en un tono de voz contenido pero enérgico al mismo tiempo.

—Ah, que lleva una peri.

—No, Carlos, no lleva una peri, lleva una intradural. Tú que has visto poner centenares de ellas deberías saber que las peridurales las ponemos muy de ciento en viento y que la mayoría de las veces son intradurales lo que utilizamos para estas y muchas otras cirugías, como las artroscopias de rodilla, las cesáreas…

—Bueno, pero le has pinchado la espalda y está despierto, ¿no? —interrumpió las explicaciones de su colega sin importarle mucho lo que le comentaba.

—Sí, le he pinchado la espalda y está despierto «qué listo eres, Carlisto».

—Lucía, más lubricante, que no puedo sondar —le gritó el urólogo a la enfermera.

«Lubricante no hay camino, se hace camino al lubricar» pensó Pol al escuchar a su compañero.

En esos momentos entró de nuevo el Dr. Belmonte que les traía novedades sobre el paciente ingresado en planta. Abrió la puerta automática del quirófano y sin acceder a él les explicó la situación.

—Chavales, ha expulsado la piedra y no tiene que pasar por quirófano. Buen fin de semana a todos. Adiós —se despidió con un movimiento de la mano y se desvaneció por el pasillo rumbo al vestuario.

—A paciente suspendido…—inició el refrán anestésico el Dr. Martí.

—No mires quien ha sido —lo finalizó Bruno.

Todos los presentes en el quirófano se despidieron del Dr. Belmonte al tiempo que el Dr. Trullols finalmente consiguió sondar al paciente dando por acabada la intervención.

—Bueno, pues ya está. Por fin es viernes. Me voy que tengo un fin de semana lleno de planes —dijo al mismo tiempo que empezaba a recoger su móvil, su reloj y su cartera.

—A cirujano que huye…volvió el Dr. Martí con otro refrán anestésico.

—Puente de plata —y lo volvió a completar Bruno.

—Adiós a todos —se despidió el Dr. Trullols.

—Adiós, Dr. Liston —le respondió el Dr. Martí con cierto grado de sarcasmo y mala intención en sus palabras.

—Gracias por el piropo, guapo.

—De nada, bomboncito —le siguió la broma el Dr. Martí.

Mientras esperaban la llegada del celador para sacar al paciente de quirófano, la enfermera tuvo que dedicarse a recoger el material de la intervención y dejó solos a los dos amigos que continuaron su charla.

Una vez estuvo todo a punto el Dr. Martí acompañó al celador y al paciente a la sala de reanimación posquirúrgica, permaneciendo Bruno y Lucía en el quirófano. Cuando la enfermera hubo finalizado sus tareas se dirigió hacia su compañero.

—Bruno, perdona que te lo pregunte, pero ¿el Dr. Martí y tú sois pareja?

—¿Cómo? ¿Pol y yo pareja? —respondió a duras penas entre carcajadas.

—¿Qué pasa? ¿Tan extraño te parece que te lo pregunte? Si siempre que podéis estáis juntos —le dijo algo molesta por la manera de responder de Bruno.

—Perdona, Lucía, no quería ofenderte con mis risas. No es la primera vez que nos lo preguntan y entiendo que pudiera parecerlo, pero es que está tan lejos de la relación que tenemos.

—¿Y qué relación tenéis?

—Tenemos una relación de hermanos más que de amigos. Desde que nacimos siempre hemos estado juntos. De pequeños vivíamos a cien metros de distancia. Íbamos al mismo colegio, hemos hecho las mismas extraescolares, coincidimos en el instituto y en la facultad de medicina. Siempre hemos sido uña y carne, o como se dice en nuestro pueblo, "cul i merda" o "Peret i Mandinga" y aún

hacemos muchas cosas juntos. Mañana sin ir más lejos tenemos una cena en Lleida con amigos del Artau.

—¿Tú estudiaste medicina? —preguntó sorprendida.

—Sí, empecé la carrera con Pol, pero por problemas familiares tuve que ponerme a trabajar y me pasé a enfermería. Una carrera que pude compaginar mejor con un trabajo y que además me permitió comenzar en el mercado laboral con mayor precocidad y estabilidad que si hubiera tenido que esperar a ser médico.

—Vaya, pues eso no lo sabía, Bruno.

—Pues hoy no te acostarás sin saber una cosa más.

En ese preciso instante entró de nuevo el Dr. Martí en el quirófano y se sorprendió de verlos tan animados.

—¿Qué me he perdido en este rato?

—Nada, Pol. Confesiones entre compañeros de trabajo. Bueno, me voy. Pol, te llamo luego para ver cuándo y dónde me recoges. Hasta luego —y sin dar tiempo a que le respondieran, y con los cachetes sonrosados, abandonó el quirófano.

—¿Qué le pasa a Bruno? ¿De qué habéis estado hablando para que salga corriendo de esa manera? —preguntó el Dr. Martí sorprendido.

—Nada que deba preocuparte, Pol. Nada que deba preocuparte.

—Me alegro de que sea algo de lo que no deba preocuparme porque últimamente no me lo ponen fácil para que esté tranquilo.

El Dr. Martí empezó a recoger sus pertenencias con intención de abandonar el quirófano y dirigirse hacia su casa para preparar su viaje del día siguiente a Lleida, donde se iba a producir una cena de celebración por su absolución en el juicio de Zaragoza.

—Bueno, como hoy hemos acabado pronto, me voy para mi casa a descansar.

—Pol, ¿tú le pides permiso a tu jefe para marcharte?

—¿Pedirle permiso? Ni de coña. Cuando me quedo enganchado hasta las cinco o las seis de la tarde no le pido permiso para quedarme y alargar mi horario, por lo que el día que acabo pronto no veo la necesidad de obtener su visto bueno para invertir mi tiempo en mi salud física y mental.

—Me parece una buena argumentación. Ojalá pudiéramos nosotras hacer lo mismo. Que vaya bien el fin de semana.

—Igualmente, Lucía…

…y eso es más o menos lo que recuerdo de aquel día en quirófano. Yo sólo les puedo explicar la parte en la que estuve presente, pero no creo que hubiera nada más que tuviera importancia, de hecho, lo que les acabo de explicar tampoco creo que tenga ninguna importancia, pero como el Dr. Martí respondió de esa forma tan original al Dr. Trullols, me quedó grabado en la memoria —concluyó la enfermera.

—Muchísimas gracias por todo, Lucía. Por cierto, ¿sería usted tan amable de decirnos donde podríamos encontrar al Dr. Martí? —preguntó la inspectora con cierta impaciencia después de haber escuchado a la enfermera.

—Voy a consultar el cuadrante de quirófano y se lo digo en un instante —le respondió y se dirigió al control para comprobar lo que le preguntaban.

—¡Joder, es él, David! ¡Tiene que ser él! ¡Es el Dr. Martí! —le dijo muy excitada—. Todo coincide. Los móviles y los modus operandi, no puede ser otro.

—Creo que tienes razón, Laura. Creo que es él. Todo cuadra. Y tenías razón también en que el cómo podía ayudarnos más que el porqué.

—¡Joder! ¿dónde se ha metido la enfermera? Vamos a buscarla —apremió a su compañero al mismo tiempo que abandonaba el despacho dejándose llevar por la impaciencia, aunque no sabía muy bien hacia donde debía dirigirse.

—Laura, espera, que por ahí viene la enfermera —le dijo el subinspector al ver llegar a Lucía desde el sentido contrario al que se dirigía la inspectora.

—Está en el quirófano de cirugía general, dos plantas más arriba —les dijo desde la distancia viendo la prisa que parecían tener.

35

Los dos policías se dirigieron a la carrera hacia la salida del área quirúrgica y una vez llegaron a las escaleras subieron los peldaños de tres en tres accediendo a la planta donde estaba ubicado el quirófano en el que debía estar la persona a la que llevaban buscando infructuosamente durante dos semanas. Ambos confiaban en que el caso se resolviera pronto y sin nuevas víctimas.
A lo lejos vieron a un hombre que por su corpulencia dedujeron que debía ser un celador.

—¡Eh, oiga! Somos policías. Venga aquí, por favor —le gritó la inspectora desde la puerta al mismo tiempo que mostraba su placa ya que, por muy urgente fuera el asunto, prefería no ser abroncada por entrar vestida de calle en los quirófanos.

—No pasen de ahí, por favor. Ya vengo —respondió algo molesto.

—Estamos buscando al Dr. Martí y al enfermero Bruno Ferran. ¿Podría decirnos si están aquí? —le dijo con urgencia la inspectora sin dar tiempo al celador a llegar a la puerta.

—Hola, agentes…

—Somos —interrumpió la inspectora al celador, pero no le llegó a corregir ya que en ese momento le pareció más importante localizar al sospechoso que sacar de su error al sanitario—. ¿Ha visto al Dr. Martí y a Bruno Ferrán?

—Bruno Ferran ha marchado hará una media hora y el Dr. Martí acaba de salir por la puerta del vestuario. No se han chocado con él por pura casualidad. ¿Pasa algo, agentes?

—No, nada, muchas gracias. Que tenga un buen día —le dijo el subinspector iniciando la carrera para atrapar a su compañera que había salido al sprint al oír al celador. «”Agentes”. Laura habrá pillado un cabreo del quince, pero no ha querido perder el tiempo discutiendo».

El subinspector dio alcance a su compañera en el vestíbulo de la planta baja, se había detenido para otear el espacio con la intención de localizar al Dr. Martí. Como no vio al doctor le indicó a su compañero que se dirigiera al aparcamiento ya que ella saldría por la puerta que daba al paseo marítimo, por lo que ambos policías se dividieron.

La inspectora llegó a la puerta de salida y se detuvo para preguntar al agente de seguridad si había visto salir al Dr. Martí al mismo tiempo que le enseñaba su placa. Éste le respondió afirmativamente y le informó de que hacía menos de un minuto que había tomado el paseo en sentido sur.

La inspectora sacó su teléfono y llamó a su compañero para indicárselo y decirle que ella corría tras de él aunque aún no le divisaba. A pesar de haber visto una única vez al Dr. Martí y que él portaba la indumentaria verde de quirófano y un gorro calado hasta las orejas tenía el convencimiento de que sería capaz de reconocerlo en la calle. Durante alguna de las muchas entrevistas que había realizado en las dos últimas semanas, varias personas le habían comentado la curiosidad de que en muchas ocasiones habían tenido dificultad para reconocer fuera de quirófano a compañeros que solo veían en la sala operatoria. Cuando llevaba poco más de un minuto corriendo observó a un varón de un metro ochenta aproximadamente, de aspecto atlético que portaba unas zapatillas Salomon, unos tejanos y una chaqueta Ternua que le recordó mucho al Dr. Martí. Se aproximó cautelosamente a él y cuando estuvo lo suficientemente cerca como para reconocerlo sacó su arma, le apuntó y le dio el alto.

—¡Alto, Dr. Martí! ¡Deténgase ahora mismo! —le ordenó.

—¡Inspectora! ¿Qué hace? ¡Baje el arma! —respondió asustado al mismo tiempo que giraba la cara y estiraba su brazo derecho para interponer su mano en la trayectoria de un posible disparo.

—¡Arrodíllese y ponga sus manos en la espalda!

—Pero ¿qué ocurre? ¿Por qué me detiene? —preguntó desconcertado, pero acatando las órdenes de la policía.

La inspectora se situó detrás del Dr. Martí y le colocó las esposas. Le comunicó que estaba detenido como sospechoso de los

asesinatos de los doctores Torres y Trullols y le leyó sus derechos.

—¿Que soy sospechoso de asesinato? ¿Se han vuelto todos locos? —gritó el doctor al no entender nada más que la gravedad de las acusaciones.

—¡Cállese, Doctor! Ya sabe que todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra —le respondió la inspectora tirando de las esposas que sujetaban las muñecas del detenido.

En ese instante hizo aparición el subinspector y entre ambos ayudaron al doctor a ponerse de pie y a conducirlo al aparcamiento del hospital para trasladarlo a comisaría.

—¿Estás bien, Laura? ¿Te ha opuesto resistencia? —le preguntó jadeando tras un buen sprint desde el hospital.

—Todo bien, David. Vamos a comisaría y allí le interrogaremos con calma.

Una vez en comisaría los dos policías fueron a comunicarle al comisario Pou que las entrevistas con las dos enfermeras instrumentistas les habían hecho llegar a la conclusión de que el principal sospechoso de los asesinatos era el Dr. Martí y que habían procedido a su detención. El comisario Pou estuvo de acuerdo con lo que le habían expuesto e invitó a sus dos subordinados a que fueran ellos los que llevaran el peso del interrogatorio del sospechoso mientras él ponía la detención en conocimiento del juez.

Tras hacerse con un par de cafés los dos compañeros se dirigieron a la sala de interrogatorios en la que ya estaba sentado el detenido, con las manos esposadas, pero esta vez delante de su cuerpo, con las que sostenía un vaso de agua.

Los dos policías se sentaron en dos sillas que estaban dispuestas delante de la mesa que les separaba del acusado. Cuando la inspectora iba a iniciar el interrogatorio fue el Dr. Martí el que dijo las primeras palabras.

—Se están equivocando conmigo. Yo no he matado a nadie —afirmó con gran calma.

—Eso lo decidiremos nosotros, ¿no te parece? —le respondió la inspectora levantándose de la silla y apoyando ambos brazos sobre la mesa.

—Ustedes podrán decidir lo que quieran, pero eso no cambiará la realidad —volvió a comunicarse de un modo lleno de tranquilidad impropio de un acusado de asesinato.

—¿Te me estás poniendo chulo, Dr. Martí? —le gritó la inspectora abalanzándose sobre el acusado hasta dejar su cara a escasos centímetros de la del anestesista quien no reculó ni un solo centímetro.

—Calma, Laura, calma —dijo el subinspector al mismo tiempo que tomaba del brazo a su compañera.

—Mira, el colesterol bueno y el colesterol malo —apuntó el sospechoso sin alterar lo más mínimo su expresión.

—Asesino y cómico. ¿Qué te parece, David?

—Dr. Martí, ya sabe que le hemos detenido por los asesinatos del Dr. Torres y del Dr. Trullols, ¿verdad? —el subinspector intentó cambiar la dinámica que había tomado el interrogatorio.

—Sí, eso me ha dicho la inspectora cuando me ha detenido y me ha leído mis derechos.

—Y sabe que tiene derecho a que su abogado esté presente en este interrogatorio, ¿verdad?

—Sí, eso me ha dicho y por ahora es todo como en las películas, incluso el hecho de que no me parece real lo que está pasando.

—Pues los cadáveres de sus compañeros son muy reales y que usted los asesinó también —volvió a intervenir la inspectora al mismo tiempo que su compañero le hacía un gesto con la cara para que no se acelerara.

—¿No quiere un abogado, Dr. Martí?

—No lo creo necesario. Soy inocente y un abogado ahora no me va a ayudar. Si al final acaban poniéndome a disposición de un juez ya haré uso entonces de mi derecho. Tengo al mejor abogado del mundo y no quiero molestarle si no es absolutamente necesario.

—¿No le parece necesario que esté presente su abogado en un interrogatorio estando acusado de dos asesinatos? —le preguntó sorprendido el subinspector.

—Soy inocente. No lo necesito —respondió con una tranquilidad pasmosa.

—Como usted quiera, doctor.

—Si no les importa, prefiero que me llamen Pol o Sr. Martí. No estamos en un hospital y fuera de ellos me considero una persona como cualquier otra. No sé por qué me tienen que llamar a mí doctor y a mi vecina no la llaman ingeniera.

—Pues si no le importa yo le seguiré llamando doctor ya que el motivo de estar aquí es que usted, como doctor, ha asesinado a dos compañeros suyos —le respondió con rotundidad la inspectora.

—Como ustedes quieran.

—Doctor, ¿qué hizo desde el viernes veinte de noviembre hasta el lunes veintitrés del mismo mes? —retomó el rumbo del interrogatorio el subinspector.

—Como ya les expliqué la otra vez que me interrogaron, estuve corriendo por Collserola, paseando por la playa o comiendo una paella en la Barceloneta. Y en casa estuve leyendo, escuchando música y tomando notas para una novela que tengo intención de escribir, pero como les dije en su momento, no tuve tiempo para matar a nadie.

—Y como también dijo, no hay nadie que pueda corroborarlo, ¿verdad?

—Efectivamente, así es. Ni siquiera tengo el tique de la paella ni un apunte en la tarjeta de crédito ya que pagué en efectivo.

—Vayamos con los motivos que podía tener para asesinar al Dr. Torres. El día seis de abril tuvo un fuerte enfrentamiento con él porque puso en peligro la vida de un paciente. Hemos estado hablando con la instrumentista de quirófano de aquel día, la Sra. Maria Gilart y nos ha explicado lo que pasó, pero queremos saber su versión desde el principio, desde que llegó usted al quirófano.

—De acuerdo. Pues resulta que ese día teníamos una cirugía muy compleja en un paciente de altísimo riesgo y no pudimos empezar la intervención porque el banco de sangre no nos autorizaba…

—Desde que llegó usted al quirófano, Dr. Martí —interrumpió la inspectora.

—Como quieran, pero eso no va a aportar nada. Llegué al quirófano sobre las ocho menos cuarto…

… eran las 07:45 de la mañana y el Dr. Pol Martí ya estaba en su quirófano preparando la cirugía que debían afrontar esa mañana: un aneurisma de aorta abdominal. Él siempre llegaba puntual, demasiado, porque no le gustaba que le tuvieran que esperar y por eso siempre se pasaba la vida esperando. Su cara reflejaba una calma y alegría que hacía mucho tiempo que no estaban presentes en ella. La gran noticia que había recibido la semana anterior y haber podido dedicar el fin de semana a descansar mentalmente y a desgastarse físicamente haciendo deporte, le había sentado muy bien. El típico "el lunes empiezo la dieta" él lo iba a convertir en "el lunes empiezo una nueva etapa de mi vida".

Cuando ya había preparado todo lo necesario para dormir al paciente, canalizarle la arterial radial y colocarle una vía central sintió un manotazo en el cogote y se giró bruscamente. Ahí estaba su buen amigo Bruno, quien de esa manera tan sutil le daba la bienvenida.

—A mis brazos, amigo mío —le dijo Bruno mientras extendía los brazos y se acercaba a su amigo para darle un buen achuchón.

—Bruno, ¡qué bruto eres! —respondió Pol fundiéndose en un abrazo con su enfermero favorito.

—¡Qué alegría que todo haya ido bien! No podía ser de otra manera, pero con estas cosas nunca se sabe. Tienes muy buen aspecto. La buena noticia te sienta bien.

—Gracias, amigo. La verdad es que me he quitado un buen peso de encima.

—Pol, ¿ya lo has preparado todo? —preguntó Bruno con cierta incomodidad—. ¿Para qué crees que tienes un enfermero ayudante en estas cirugías tan complicadas?

—Sí, Bruno, lo sé, pero es que me gusta llegar pronto y no sé estar sin hacer nada— respondió Pol a modo de disculpa—. También sé que "por mucho madrugar no llega antes el cirujano", pero son muchos años con la misma costumbre y no creo que la cambie nunca. Siempre he estado solo en quirófano y no estoy acostumbrado a que haya alguien para echarme una mano. —Bruno rio al oír la respuesta de su amigo.

—Muy bueno este refrán tuyo. No te lo había oído nunca.

—Nunca te acostarás sin aprender una cosa más —rieron los dos a carcajadas.

En ese momento entró en el quirófano la enfermera instrumentista quien al verlos fundidos en un abrazo se dirigió hacia la pareja…

… —Lo que sigue lo tenemos muy presente, pues nos lo acaba de explicar la Sra. Gilart. Que el Dr. Torres les engañó diciendo que tenía autorización del banco de sangre para iniciar la cirugía a pesar de que no era cierto y eso puso en peligro la vida del paciente y que cuando todo acabó usted cogió un rebote monumental y salió gritando del quirófano.

—La verdad es que está muy bien resumido, aunque la cosa es más grave de lo que parece…

—Y, ¿qué pasó cuando abandonó el quirófano?

—Inspectora, cuando abandoné el quirófano me dirigí al vestuario…

…el Dr. Martí abandonó la sala operatoria en dirección al vestuario. Detrás de él salió la instrumentista de la intervención, la enfermera Maria Gilart, con la intención de calmarlo, pero no pudo darle alcance antes de que se introdujera en el vestuario masculino, donde la enfermera ya no se atrevió entrar. Allí abrió su taquilla y empezó a desvestirse entre exabruptos continuos y de repente le soltó una patada a la taquilla contigua a la suya cuya puerta queda totalmente hundida.

—Pues si es así como tenía que empezar una nueva etapa de mi vida, vamos bien —se dijo a sí mismo.

Intentó arreglar la puerta de la taquilla de su vecino de vestuario, pero no le fue posible hacerlo. Una vez se hubo cambiado de ropa, cosa que hizo a una velocidad vertiginosa, salió del vestuario y se dirigió hacia el despacho del jefe del servicio de anestesiología, el Dr. Guerrero, donde entró sin llamar a la puerta.

—No me vuelvas a poner nunca más con el Dr. Torres porque no respondo de lo que pueda pasar —le dijo el Dr. Martí a su jefe de un modo en el que nunca se debería hablar a un superior.

—Pol, cálmate. ¿Qué ha pasado? —le preguntó asustado por la vehemencia de su compañero al mismo tiempo que se levantaba de la silla de un salto y se acercó hacia él cogiéndole suavemente del brazo izquierdo.

—¿Que qué ha pasado? Pues que ese drogadicto, borracho, ludópata, mujeriego e hijo de la gran puta de Torres ha puesto en peligro la vida de un paciente y nos ha mentido a todos: a mí, a enfermería, al banco de sangre…a todos.

—Vaya, Pol. Yo que pensaba que hoy iba a ser un gran día después de lo del viernes y veo que la cosa no ha ido muy bien.

—Eso mismo pensaba yo, Fernando, pero parece ser que en otra vida habré sido muy malo y lo estoy pagando en esta.

—A ver, explícame con calma lo que ha pasado…

...—Dr. Martí, ¿usted pretende que nos creamos que usted no asesinó al Dr. Torres? Tiene móvil, tiene conocimientos para asesinarlo del modo en que acabaron con su vida, no tiene una coartada respaldada por nadie, ha tenido tiempo más que de sobras para preparar el asesinato, tiene un lugar, una torre, en la que hubiera podido liquidar al Dr. Torres sin ser visto ni importunado por visitas inesperadas. Si esto fuera una entrevista de trabajo, usted sería el candidato perfecto —concluyó la inspectora.

—Inspectora, todo lo que tienen contra mí es circunstancial. No hay ninguna prueba que me incrimine directamente y ¿sabe por qué?

—¿Por qué, Dr. Martí?

—Porque soy I NO CEN TE —respondió silabeando la palabra dando mayor énfasis y volumen a cada golpe de voz al mismo tiempo que se levantaba de la silla y se vencía hacia delante como había hecho unos instantes antes la inspectora.

—Siéntate, Dr. Martí —le ordenó enérgicamente la inspectora al mismo tiempo que le empujaba en los hombros haciendo que cayera en la silla.

—Cálmese, doctor, y no vuelva a hacer eso si no quiere que le esposemos a la mesa. «Por fin reacciona el tío. Parecía que todo le daba igual».

—Perdónenme, pero no es bonito que a uno le acusen de haber matado a alguien —se disculpó totalmente calmado.

—¿Y qué pasó ese viernes para que su vida tuviera que cambiar y empezar una nueva etapa? —redirigió la conversación la inspectora.

—Aquel viernes solucioné un problema que llevaba meses acuciándome, pero no tiene nada que ver con esto. Son cosas independientes —le respondió con normalidad.

—Deje que yo decida si es independiente o no.

—Es un tema del que no pienso hablar ni aquí ni ahora.

—Pues entonces vamos a hablar del segundo asesinato del que le acusamos —le respondió la inspectora con severidad.

—Venga, disparen —volvió a su tono inicial.

—Doctor, creo que usted no es consciente de la gravedad de la situación en la que se encuentra, de otro modo no se dedicaría a bromear ni estaría tan tranquilo y mucho menos no estaría respondiendo nuestras preguntas en ausencia de un abogado.

—Subinspector, yo soy inocente y ante tal condición no puedo más que sentirme tranquilo. Nunca podrán demostrar nada porque no hay nada que demostrar. A no ser que creen pruebas falsas contra mí.

En ese momento sonó el móvil de la inspectora. Era una llamada del comisario Pou que había estado siguiendo el interrogatorio a través del canal cerrado de televisión y les invitaba a salir para hablar un instante.

—Nos vamos a buscar un café, que esto va para largo. ¿Quieres uno, doctor? —le preguntó la inspectora desde la puerta.

—No, gracias. No quiero ponerme nervioso —le respondió irónicamente.

Los dos policías salieron de la sala de interrogatorios y en el pasillo les esperaba el comisario Pou.

—Este tío es un cínico.

—La verdad es que no sé qué pensar, Laura —le confesó el comisario—. ¿Tú qué opinas, David? Tus estudios de psicología te habilitan para tener una perspectiva mejor que la nuestra.

—Jordi, su comportamiento es el típico de un psicópata que se siente muy seguro de sí mismo y cree que no le vamos a coger, por eso actúa con tanta calma e incluso con chulería, aunque si se toca la tecla adecuada pueden reaccionar con brusquedad e incluso violencia. En cambio, una persona que es inocente lo gritaría a los cuatro vientos, estaría desesperado porque ir a la cárcel por un delito que no ha cometido sería horrible. No se comportaría con esa calma por muy entrenado que estuviera a controlar sus emociones por ser anestesista.

—Estoy de acuerdo contigo, David. Tiene un comportamiento muy extraño. Volved ahí dentro y a ver qué le podéis sacar del segundo asesinato.

—Ahora entramos, pero antes cogeremos unos cafés. Si entramos sin ellos pensará que ha pasado justamente lo que ha pasado, que el comisario ha venido a vernos y no quiero que sienta que no somos capaces de llevar solos el interrogatorio.

El comisario se despidió de ellos y se dirigió a su despacho para seguir el interrogatorio a través del circuito interno de televisión mientras que los dos policías fueron a buscar sendos cafés.

—Bueno, Dr. Martí, ya nos ha quedado claro que usted no mató al Dr. Torres —dijo irónicamente la inspectora—. Ahora hablemos del Dr. Trullols.

—Al que tampoco maté.

—Pues nada, ya está todo dicho. Le quitamos las esposas y para su casa —le dijo la inspectora al mismo tiempo que se levantaba de la silla, se colocaba delante del doctor e introducía la llave en la cerradura de las esposas.

—Gracias, inspectora. Sabía que se darían cuenta de que soy inocente —le dijo sin mostrar alegría al levantarse de la silla.

La inspectora retiró la llave de la cerradura de las esposas y dio un empujón al doctor quien al caer sobre la silla estuvo a punto de volcarla.

—¿De verdad pensabas que te íbamos a soltar así como así, doctor? —le dijo la inspectora cambiando bruscamente su tono—. Venga, hombre, no pensaba que fueras tan inocente. Ni como persona ni de los asesinatos.

El Dr. Martí pareció sorprendido por la escena que se acababa de producir, pero no se alteró lo más mínimo.

—A ver, Dr. Martí, ¿qué hizo usted entre el viernes veintisiete de noviembre por la tarde y el lunes treinta de noviembre antes de acudir al hospital? —reinició el interrogatorio el subinspector.

—¿De verdad quieren que sigamos igual?

—Responde a la pregunta, Pol —le ordenó la inspectora con dureza.

—¿Ahora me tutea de nuevo, inspectora? —le expresó con una media sonrisa en la cara.

—Te hablo como me da la gana —respondió subiendo el tono de voz.

El subinspector se acercó a su compañera, le tomó del brazo y la apartó un par de metros para susurrarle al oído:

—No caigas en su trampa. Quiere que pierdas el control para que no puedas hacer bien tu trabajo. Intenta relajarte como puedas, pero no debe pensar que nos tiene dominados —se incluyó él para no apuntar solo a su compañera.

—Tienes razón, David, no podemos dejar que sea él quien marque el tono del interrogatorio —le respondió calmada y entendiendo la intención de sus palabras.

La inspectora tomó la taza de café y le dio un pequeño sorbo y retomó el interrogatorio ya calmada.

—Ya que sus coartadas no va a haber manera de corroborarlas, al menos díganos, ¿qué tenía usted contra el Dr. Trullols?

—Inspectora, yo no tenía nada contra el Dr. Trullols. Era un urólogo mediocre, es cierto, cuyo sentido del humor nadie entendía, pero yo tenía buena relación con él. En muchas ocasiones le seguía el rollo en sus bromas y en otras le devolvía la mofa, pero sin acritud.

—¿Por qué lo asesinó haciéndole pasar agua hirviendo por sus venas, Dr. Martí? —la inspectora cambió bruscamente el tono del interrogatorio.

—Inspectora, por Dios, ¿va a seguir perdiendo el tiempo con eso?

—Con eso y con lo que me dé la gana, doctor. ¿No es cierto que usted habitualmente les pasa suero caliente a sus pacientes para que no pierdan temperatura y en ocasiones el Dr. Trullols se burlaba de usted por ello?

—Sí, es cierto, les paso suero caliente y también lo es que el doctor se reía por ello.

—¿Y no es ese el motivo por el que lo asesinó introduciéndole en las venas agua hirviendo? —le acusó la inspectora elevando el tono de voz.

—Inspectora, no me haga reír.

—¿Sí o no? ¡Responda! —le ordenó levantándose de la silla y abalanzándose sobre él intentando provocarle para que bajara la guardia.

—No, no lo asesiné ni así ni de ninguna manera —respondió totalmente sosegado.

—Dr. Martí —se le dirigió el subinspector muy calmado.

—Turno del colesterol bueno —le interrumpió el detenido.

—Hemos estado hablando con la enfermera del quirófano de urología, la Sra…

—La demonio.

—¿Perdón?

—Sí, la demonio. Así la conocen en quirófano.

—¿Y eso por qué? Nos pareció una mujer encantadora.

—Y lo es, pero su nombre genera un gracioso juego de palabras.

—Explíquese —le dijeron los dos policías al unísono ya que el juego de palabras les había recordado el juego de las matrículas.

—Ella se llama Lucía Cifuentes Fernández, por lo que si tomamos la primera sílaba de…

—LU CI FER —volvieron a hablar al mismo tiempo.

—Eso es, muy bien. Lo han hecho pero que muy bien para ser polis —sentenció el doctor.

—Es usted un imbécil, doctor —respondió la inspectora cayendo de nuevo en la trampa ante la atónita mirada de su compañero.

—Gracias, inspectora. Me gusta que se reconozcan mis méritos, pero sólo cuando soy acreedor de ello. En el caso que nos une no merezco su atención, yo soy inocente.

—Eso ya lo veremos, doctor —le respondió el subinspector—. La enfermera nos ha explicado que hace unos meses el Dr. Trullols se rio de usted por poner suero caliente a los pacientes y que usted le contestó, que no encajó bien la broma y que le llamó "listo" cuando se iba.

—¿Me están hablando en serio?

—¿Qué pasó ese día? —insistió la inspectora.

—Discúlpenme, pero situaciones similares a esta he tenido tantas con el Dr. Trullols que no sé a qué día se refiere. Como no me den más pistas, no les voy a poder ayudar.

—La enfermera refiere que fue un día que su amigo Bruno vino a verle al quirófano porque al día siguiente se iban de cena y quería quedar con usted. Cuando entró y el doctor lo vio empezó con una broma de las suyas sobre el suero calentito y cuando marchaba usted le llamó Dr. Listo. ¿Lo recuerda ahora, doctor?

—Claro que lo recuerdo, pero no tiene la mayor trascendencia.

—¿Qué manía tiene usted con decidir lo que es importante o no? Ese es nuestro trabajo. Usted limítese a responder lo que le preguntamos.

—Tiene razón, inspectora. Eso también pasa en el mundo sanitario. Los pacientes muchas veces se callan información porque consideran que no es importante, pero en ocasiones puede ser clave.

—No me venga con filosofías. ¿Qué pasó desde que el Dr. Trullols salió por la puerta y usted se quedó solo con su amigo Bruno hasta que usted se fue definitivamente del quirófano? El resto nos lo ha explicado la demo… la enfermera —cortó a tiempo el mote de la enfermera.

—Pues cuando el Dr. Trullols abandonó el quirófano yo me despedí de él con un "Adiós, Dr. Liston" y Bruno quiso que le explicara qué había querido decir con ello, nada más.

—Muy bien, pero ¿podría usted relatárnoslo? —insistió la inspectora.

—Si se empeñan en perder el tiempo, porque ya les digo que todo tenía un fondo inocente entre nosotros.

—Por favor, Doctor.

—Pues cuando salió el Dr. Trullols, Bruno me preguntó…

…—Pol, ¿qué le has dicho al Dr. Trullols? ¿Adiós, doctor, Listo, como dicen los argentinos? o, ¿Adiós, Dr. Listo?

Ante la pregunta de su amigo el Dr. Martí empezó a sonreír.

—Ni lo uno ni lo otro. Le he dicho: "adiós, Dr. Liston". Le he llamado matasanos.

—A ver, explícate que no lo pillo.

—El Dr. Liston era un famoso cirujano inglés del siglo XIX que ostentaba el récord de velocidad en amputaciones y el récord de mortalidad en cirugías: el trescientos por cien.

—¿Cómo? ¿El trescientos por cien?

—Lo que oyes. Tenía fama de rápido en las amputaciones e incluso las hacía con público. Un día en una de ellas, al serrar tan rápido, le cortó un dedo al ayudante que sujetaba el miembro a amputar. De la impresión al ver el espectáculo, pereció un espectador de un infarto y su ayudante y el paciente fallecieron a causa de la infección de sus heridas días más tarde. Lo que te he dicho, mortalidad del trescientos por cien.

—Joder, esa oferta de tres por uno ni en el Pryca —ambos rieron a carcajadas.

—Hala, qué antiguo eres. Que ya hace muchos años que es el Carrefour.

—Para mí siempre seguirá siendo el Pryca —sentenció Bruno.

—Por cierto, Bruno, ¿por qué le llaman "la demonio" a Lucía? Si es un encanto.

—Hombre, Pol, parece mentira con lo que te gustan a ti los juegos de palabras. Lucía Cifuentes Fernández, Lu Ci Fer, Lucifer —ambos volvieron a reír a carcajadas.

—Tienes razón, Bruno. Estoy en baja forma —comentó al mismo tiempo que se estampaba la palma de la mano contra la frente.

—Por cierto, que casi se me olvida el motivo de mi visita. ¿Cómo vamos mañana a la cena?, ¿cada uno con su coche o compartimos?

—Yo me iba a quedar a pasar el domingo con mi familia, pero esa mañana mi sobrino Guim, el Messi de los gualdinegros, juega contra el Barça en el Johan Cruyff y como eso no sé cuándo va a volver a pasar, yo no me lo pierdo ni loco, por lo que volveré a Barcelona y podemos ir juntos si te parece bien.

—Pues me va perfecto y a ver si lo fichan y os saca de pobres a todos.

—Hombre, es muy bueno, pero todavía es joven y le falta algo de cuerpo, pero nunca se sabe. Messi, Iniesta y Xavi eran muy menudos y llegaron muy lejos.

—Razón no te falta. Por cierto, ya que hablamos de "tus niños", ¿qué tal Noah y Erin? Hace tiempo que no me dices nada de ellos.

—Están muy bien. Grandes, guapos y en la universidad los dos. Por suerte no han decidido estudiar medicina —ambos sonrieron.

—Mejor, porque tal y como están las cosas ya los veía emigrando para encontrar un trabajo en condiciones dignas de tanto esfuerzo.

—Así es, Bruno.

—Entonces vamos juntos a la cena. ¿Qué coche cogemos? ¿El tuyo? Ya sabes que a mí me gusta beber un poquito de vino y enseguida me viene el sueño al volante y tú solo bebes Moscato o Prosecco, que ni es vino ni nada y además estás acostumbrado a muchas horas sin dormir —le propuso Bruno pícaramente.

—Un poquito de vino, dice. Si agarras la botella y no la sueltas.

—Bueno, tampoco exageres, eh —volvieron a sonreír.

—Ya lo cojo yo. Sin problema. Ahora vuelvo, que ya está aquí el celador…

…entonces salí del quirófano dejando a Bruno con Lucía hasta que volví más tarde a recoger mis cosas. ¿Sigo o ya tiene bastante?

—Ya es suficiente, doctor. El resto ya lo sabemos.

—Como podrán ver, no hay motivo alguno para que asesinara al Dr. Trullols.

—Deje que seamos nosotros quienes decidamos si hay motivo o no, ¿le parece bien?

—Como usted ordene, inspectora —intentó hacer el saludo militar pero no pudo al llevar las manos esposadas.

—Doctor, no se haga el gracioso que el asunto es muy serio «es un psicópata de libro» —pensó el subinspector.

—Por las características de los asesinatos, el culpable, en este caso usted, debió llevar a sus víctimas a una casa o a una torre en el campo. Sabemos que usted vive en un segundo piso sin ascensor en la calle Sant Lliser, pero también sabemos que usted tiene una torre en el Baix Llobregat a la que podría haber llevado a sus víctimas. Si usted es tan inocente como dice, no le importará que le echemos un vistazo, ¿verdad?

—¿Sin una orden judicial? Ni de coña.

—Doctor, si no hallamos indicio alguno de que allí se ha cometido un crimen, igual podemos empezar a creer su versión de que es inocente —le dijo la inspectora con cierta guasa ya que no contemplaba la inocencia del doctor como una posibilidad real.

—No les daré la satisfacción de ahorrarles trabajo ni a usted ni al juez que tenga que firmar la orden de registro. La gente piensa que los médicos nos ganamos nuestro "alucinante" sueldo con la gorra, cuando eso no es así. Pues si ustedes quieren ganarse el suyo, hagan su trabajo. Yo estaré bien aquí setenta y dos horas, bueno, alguna menos ya. Puede que esté mejor que de guardia en el hospital.

—De acuerdo, si eso es lo que piensa vamos a comprobarlo —sentenció la inspectora—. Volvamos al principio. Doctor, ¿qué hizo desde el viernes veinte de noviembre hasta el lunes veintitrés del mismo mes?

—¿Otra vez? —respondió asqueado el Dr. Martí.

—Otra y las que haga falta hasta que nos digas la verdad.

Los dos policías reiniciaron el interrogatorio repitiendo las mismas preguntas una y otra vez sin obtener más resultado que el agotamiento del detenido y de ellos mismos.

Cuando el reloj de la sala de interrogatorios marcaba las once de la noche, decidieron dar por concluida la sesión. Salieron de la

sala y dejaron al detenido allí a la espera de que lo trasladaran al Centre de Detenció de les Corts mientras ellos se dirigían al despacho de la inspectora.

—¿Qué opinas, David? ¿Crees que ha sido él?

—Laura, todo apunta a ello. Tiene motivos para estar enfadado con sus compañeros y querer vengarse, tiene las habilidades necesarias para cometer los asesinatos, tiene un lugar donde poder cometerlos y no tiene coartadas válidas. Es el mejor candidato que tenemos.

—Pero ¿tú crees que tiene motivos suficientes para matar al Dr. Trullols?

—Laura, en la mente de un psicópata cualquier motivo puede ser bueno para matar. Y el Dr. Martí apunta a psicópata en espera de estudios psicológicos más avanzados.

—Pero ¿un psicópata puede trabajar con toda normalidad como médico?

—Un psicópata no es un enfermo. Un psicópata es una persona que no encaja en nuestra sociedad. Es alguien que no suele aceptar las normas que se le imponen y que cuando puede se las salta. Es alguien que suele vivir aislado, que hace la mayoría de las cosas solo, aunque cuando está rodeado de gente es capaz de actuar como el más integrado de todos. Suelen ser personas inteligentes que reconducen sus impulsos hacia profesiones que generan tensión, adrenalina. La medicina es una de ellas, aunque es más frecuente que se hagan cirujanos que anestesistas, pero en esta vida dos y dos no son siempre cuatro.

—Entiendo, no son enfermos, pero su personalidad dista de lo que suele ser habitual en la sociedad.

—Efectivamente. Y hay situaciones en las que no pueden o no quieren controlar sus impulsos y acaban teniendo problemas legales. Lo de asesinar es un extremo, pero podría darse el caso.

—Por lo tanto, el Dr. Martí cumple ese perfil psicológico.

—Yo creo que sí, aunque sería necesario profundizar en su estudio para confirmarlo —concluyó el subinspector.

—Bueno, pues si está todo tan claro, vámonos a descansar y mañana, aunque sea fiesta, volvemos a interrogarlo y cuando llegue

la orden de registro nos vamos con él a su torre.

36

El Dr. Martí se encontraba tumbado boca arriba en la cama de su celda en el Centre de Detenció de les Corts donde había sido trasladado desde la comisaría de l'Eixample. Allí iba a pasar las próximas horas hasta cumplir las setenta y dos de que disponía la policía para ponerlo a disposición judicial. Existía la posibilidad de no cumplir esas horas: que hubiera algo que provocara un vuelco en la investigación y lo dejaran libre, cosa que le parecía harto difícil, o que encontraran pruebas concluyentes en su contra y decidieran enviarlo al juez sin mayor dilación, cosa que tampoco le parecía muy probable. Ya que esa iba a ser su cama las próximas tres noches, iba a intentar amoldarse a ella.

Las horas iban pasando y el doctor seguía sin pegar ojo, cosa habitual en él. Esa noche se la pasó repasando una y otra vez el interrogatorio. Entendía que pudieran pensar que él había asesinado al Dr. Torres, de hecho, se le pasó por la cabeza más de una vez, pero que pensaran que podía haber matado al Dr. Trullols por sus bromas le pareció totalmente absurdo. Si al menos los policías hubieran sabido lo que ocurrió al día siguiente de llamarle matasanos en quirófano, hubiera podido entenderlo, pero sin esa información era totalmente ridículo. Desconociendo el aquelarre anticirujanos que se produjo en la cena de celebración que tuvo lugar la noche siguiente
en Lleida no entendía que lo pudieran acusar de su asesinato. En todo esto tenía su mente sumida cuando por fin pudo dormirse, aunque su cerebro siguió recordando cosas de aquel fin de semana.

37

Sábado, 18 de abril de 2020

Después de conducir todo el recorrido desde Barcelona llegaron al desvío de la N-II que indica "Els Alamús" y lo tomaron en dirección Lleida. Tras una serie innumerable de rotondas llegaron a la más grande de todas, la del cementerio de la ciudad.

—Oye, Pol. Este BMW tuyo es un poco atípico, ¿no?

—Sí, la verdad es que sí que lo es. Es un deportivo de los 80, de gran cilindrada, faros escamoteables...

—No, no —interrumpió Bruno a su amigo— no me refiero a eso. Bueno, eso lo hace un coche especial, pero me refiero a que es un BMW que tiene intermitentes.

—¿Cómo?

—Sí, lo que te digo, que tiene intermitentes.

—Todos los coches tienen intermitentes, Bruno.

—¿No has oído el dicho ese de que "trabajas menos que el que monta los intermitentes en la fábrica de BMW? " —ambos rieron.

—¿Eso dicen? ¿Por qué?

—Pues porque los chulitos que conducen un BMW no ponen los intermitentes. Y el tuyo debe ser una excepción porque los has puesto todos desde que salimos de Barcelona, y eso que en esta parte final nos hemos encontrado decenas de rotondas —los dos amigos volvieron a reír.

Siguieron circulando y cuando estaban a punto de llegar a Cappont, Pol interrumpió el silencio.

—Oye, Bruno. No sabía yo que la BMW tuviera tantos modelos de coches.

—Hombre, es una marca importante y tiene diversas series y modelos variados dentro de cada una de ellas. Tiene las series 1, 2, 3…

—Yo creo que tiene muchos más modelos de los que piensas.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Bruno sorprendido.

—Sí, desde que me has dicho lo de los intermitentes he visto un BMW Golf, un BMW Ibiza, un BMW Xsara, un BMW Q3...

—Pero, si esos no son BMW —dijo interrumpiendo a Pol.

—¿No? Pues como no ponía intermitentes pensaba que eran modelos de BMW —rompieron ambos en carcajadas.

Siguieron circulando hasta que llegaron a la esquina de la Avinguda de les Garrigues con la calle Riu Llobregat, giraron a la derecha y Pol puso los cuatro intermitentes al parar en la puerta de la antigua casa de Bruno.

Después de saludar a la familia, Pol recogió a Bruno y se dirigieron hacia el restaurante.

—¿Dónde vamos a cenar? —preguntó Pol mientras conducía.

—Es una sorpresa.

—Pues será una sorpresa, pero como el que conduce soy yo, si no me dices donde vamos no llegaremos nunca al lugar de la sorpresa —sonrió mientras esperaba la respuesta de su amigo.

—Vaya, qué listo es mi niño. Mira, cruza el Pont Vell y gira hacia la derecha hasta la estación y después gira hacia la izquierda por Príncep de Viana y cuando puedas, aparca.

—Coño, pero si por ahí no se puede aparcar.

—Pues aparca en el parquin de la estación del tren y desde allí vamos andando, que no queda lejos. Ah, y no te preocupes que el parquin lo pago yo —ambos rieron.

—Seguro que lo pagas tú, sí —le respondió Pol.

—¿Acaso lo dudas?

—Y, ¿cuántos vamos a ser? —preguntó sin responder a su amigo.

—Al final seremos ocho. Con tan poco tiempo de margen nadie más se ha podido apuntar.

—Bueno, menos es nada. "Con esto y un bizcocho en la cena seremos ocho".

Bruno se golpea la frente con la palma de la mano.

—Joder, Pol, este es muy malo.

—Sí, lo siento. Te pido mil disculpas. Estoy en muy baja forma —los dos amigos volvieron a reír.

Pol siguió las instrucciones de Bruno y tras estacionar el vehículo caminaron por Príncep de Viana hasta que Bruno hizo que giraran hacia la derecha en la calle Bobalà.

—¿Al Ferreruela? —preguntó Pol alucinado.

—¿Qué te parece? ¿Sorprendido?

—¿Desde cuándo tienes tan buen gusto?

—Desde que he recuperado a mi amigo del alma, el cual llevaba unos meses secuestrado por las circunstancias — ambos se fundieron en un abrazo.

—Gracias, Bruno. Tú siempre estás ahí cuando te necesito.

—Pues mira quien habla —le dijo guiñándole un ojo—. Ah, y nos han puesto en un reservado, para que no molestemos a nadie.

—¿Para que no molestemos a nadie o para que nadie nos moleste?

—No, no, para que no molestemos a nadie —las carcajadas volvieron a brotar de sus gargantas.

Ambos entraron en el restaurante y se detuvieron para observar la nueva decoración. Desde la barra, Gonzalo Ferreruela los vio y se acercó a saludarlos. Pol había trabajado unos años en la Clínica Ferreruela y se habían conocido por entonces y ambos se guardaban cariño mutuo.

Tras una breve charla, Gonzalo los acompañó al reservado donde les estaban esperando los otros seis comensales, todos anestesistas.

Los dos amigos abrieron la puerta y todos los allí presentes se levantaron aplaudiendo y se acercaron a recibir al Dr. Martí. Tras unos cálidos saludos y unos reconfortantes abrazos se sentaron a la mesa y empezaron a poner sus últimas experiencias en común.

—Pol, explícanos cómo te sientes ahora que por fin te han absuelto. Te habrás quitado un enorme peso de encima, ¿no? —le preguntó el Dr. Lafuente.

—No lo sabes tú bien. Que te acusen de negligencia, de que por tu culpa ha muerto alguien, es de lo peor que le puede pasar a un médico, pero que encima sea una acusación falsa promovida por

un compañero… nunca encontraré palabras que puedan expresar cómo me he sentido todo este tiempo.

—Todos sabíamos que no iba a triunfar la maldad del mañocirujano —dijo el Dr. Rius provocando una ola de carcajadas entre los presentes.

—Lo que te han hecho es inhumano.

—Eres un gran profesional y una gran persona que sabe lo que hace y debe hacer en todo momento, pero aun así voy a permitirme la libertad de darte un consejo: "vigila con quien trabajas, ¡coño!" —una nueva hondonada de risas se generó por el comentario del Dr. Otal.

—Oye, Pol, ¿qué pasó con el Dr. Agirre? Creo que también tuviste un problema con él —le preguntó el Dr. Benítez.

—Joder, macho. Yo pensaba que habíamos venido a celebrar. Bueno, os lo cuento porque parece que lo mío con los cirujanos es un idilio de revista del corazón.

Vosotros sabéis que cuando estaba aquí en Lleida, en el Comte Artau del Pallars, hacía peonadas en el Hospital Verge de la Serra. Allí iba alguna mañana nada más, no hacía guardias, aunque fueran localizadas. Un fin de semana, no recuerdo el motivo, el compañero que estaba de guardia tuvo que abandonar la ciudad urgentemente y todos los que hacían guardias allí fueron incapaces de cubrir ese sábado y me pidieron a mí que lo hiciera y, obviamente, no pude negarme. Por aquel entonces mi amigo Ramon, el de las motos, sabéis de quien hablo, ¿verdad? —todos asintieron con la cabeza—, pues Ramon estaba ingresado en el Artau por un cáncer terminal. Ese sábado tenía previsto ir a verlo porque sus médicos me dijeron que le quedaban días. Cuando me pidieron hacer la guardia me temí lo peor: no iba a poder despedirme de Ramon. Nada más hacerme cargo de la guardia me llaman del Verge de la Serra por una urgencia digestiva que acabó en una laparotomía realizada por el Dr. Agirre. Sabéis que muy hábil no es y aquel día estuvo especialmente torpe. Tras desvolvular los intestinos y ponerse a cerrar no hacía más que pedirme que relajara al paciente porque era incapaz de suturar el abdomen. Una y otra vez tuve que administrar Rocuronio, pero como el bizco ni con buena escopeta caza, no hubo manera de

que cerrara hasta pasadas dos horas y tras haber administrado cantidades ingentes de relajante muscular. Por aquella época en la clínica no tenían Sugammadex, por lo que no me quedó más remedio que esperar a que pasara el efecto del Rocuronio para intentar despertar al pobre señor que tenía en la mesa de operaciones. En esas estamos que me llama un compañero del Artau diciéndome que fuera corriendo para allá, que Ramon estaba en las últimas y que si no llegaba inmediatamente no lo vería con vida. Comprobé y comprobé el estado de relajación del paciente, pero hasta que estuvo en condiciones de ser revertido con Neostigmina pasaron casi dos horas. Conseguí despertarlo y llevarlo a la habitación con total seguridad y salí corriendo hacia el Artau. Cuando llegué a la habitación de Ramon, ya había fallecido —Pol rompió a llorar y el silencio con el que todos habían escuchado su narración se hizo aún más intenso. Cuando Pol se recompuso, continuó la explicación.

No haber podido despedir a mi amigo Ramon fue algo muy doloroso y nunca perdonaré al Dr. Agirre.

Todos se mantuvieron en silencio unos instantes después de escuchar el relato de su compañero. Posteriormente la celebración recuperó el pulso y disfrutaron de su opípara cena con triviales conversaciones en pequeños grupos hasta que llegaron los postres, momento escogido por el Dr. González, íntimo amigo del Dr. Martí, para levantarse de la silla y dedicarle unas palabras a su estimado colega.

—Apreciado Pol, como bien sabes, todos nos sentimos muy contentos y aliviados de tu sentencia absolutoria. No podía ser de otra manera ya que todos sabemos de tu profesionalidad y buen hacer.

—Mi buen amigo Rafa. Permite que interrumpa tu discurso. Sé que llevas días preparándolo —le guiñó el ojo—, pero como habéis dicho antes, tenéis razón, debo vigilar con quien me junto en el quirófano, pero ¡hostia, es que me tocan todos los tontos! —volvieron las risas generalizadas—. Me ha tocado el "mañocirujano" que decís —volvieron a reír todos—. Me toca la "trocotró", la oftalmóloga que lo quiere hacer todo con tópica, con gotas que dice

la gente, aunque no tiene ni puta idea de operar y encima no quiere que sede lo más mínimo a los pacientes.

—Sigue, sigue, no te cortes —le dijo uno de los compañeros.

—Me toca el urólogo que baña la sonda en lubricante porque no tiene ni idea de introducirla y así cree que va a hacerlo mejor y encima se pasa el día mofándose de que ponga suero caliente a nuestros pacientes. Está el vascular loco que se pone a abrir un aneurisma de aorta sin tener sangre para transfundir a paciente. Tenemos también…

—Frena, frena, que te estás embalando y se te está hinchando la vena de la cabeza —grandes carcajadas acompañaron a la interrupción del Dr. González.

—Joder, perdonad, pero es que no sé qué pasa con los cirujanos que me tocan. Lo siento. Si queréis, para calmar un poco el ambiente podemos dejar que Tony nos cuente unos chistes.

En estas que ya habían dado buena cuenta del postre y ya les estaban sirviendo los cafés.

—¡No, que son muy malos! —gritó alguien desde la otra punta de la mesa desencadenando nuevas risas.

—Joder, dejadme que lo intente, ¿no? —se reivindicó el Dr. Lafuente.

—Venga, va. Te damos una oportunidad.

—A ver, ¿cómo se llama cuando el rey de un país se dedica al tráfico de drogas?

—Joder, macho. Eso es completamente imposible, los reyes son un ejemplo de moderación y buena conducta para todos sus súbditos —rieron todos a carcajadas.

—Pues este debe ser la excepción. Se llama ¡Monarcotráfico! —volvieron todos a reír.

—Venga, otro —se aclaró la voz con un trago de vino y retomó el show—. ¿Cómo se dice en inglés, varón noruego homosexual? —se hizo el silencio y nadie fue capaz de resolver el enigma.

—Pues "Norgay".

Se juntaron abucheos, con aplausos y carcajadas de los comensales. Cuando aflojó el volumen de las opiniones libremente

expresadas en la mesa se levantó el Dr. González de nuevo y, como es típico de estas ocasiones, con un cubierto empezó a golpear una copa y reclamó de nuevo la atención de sus compañeros de mesa.

—A ver, compañeros y amigos todos, visto el nivel de los chistes del Dr. Lafuente creo que es el momento de que el homenajeado en este encuentro nos cante una canción.

—¡Que cante! ¡Que cante! —corearon todos al unísono. Pol les hizo un gesto con ambas manos para que dejaran de aclamarle y se levantó de su silla.

—Está bien, está bien. Si así lo queréis así lo tendréis, pero me vais a tener que firmar un consentimiento en el que diga que voluntariamente os sometéis a esta tortura y que me libráis de cualquier responsabilidad; yo ya he tenido suficiente con un juicio.

Volvieron todos a romper en carcajadas y a gritar consignas muchas de ellas ininteligibles.

—¿Te sirve en una servilleta como Messi?

—Me sirve, me sirve. Bueno, vale. Si os empeñáis os cantaré un poquito. A ver, ¿qué puedo cantar? A ver… Ya lo tengo. Os voy a deleitar con un aria que me apetece mucho en este momento. Un aria que voy a cantar con sentimiento, desde lo más profundo de mi corazón y mis intestinos. ¿Alguien tiene idea de cuál puede ser? —nadie respondió, pero Bruno hizo que sí con la cabeza—. La canta el Dr. Bartolo, palabra esdrújula porque es italiano, no llana como si fuera el tonto de vuestro pueblo —nuevas risas— y se titula "La vendetta" —se oyeron múltiples aplausos y bravos entre sus compañeros.

Es acertada, ¿verdad? —diversos síes se oyeron entre aplausos y carcajadas; el vino y la situación facilitaban tanta euforia—. En esta aria el Dr. Bartolo dice que las ofensas no se deben perdonar, que hay que vengarlas. Olvidar las afrentas y los ultrajes es bajeza y vileza. Es un aria muy adecuada para la situación —todos rieron, gritaron y clamaron venganza contra los cirujanos.

El Dr. Martí se puso en pie e interpretó, con su aterciopelada voz de barítono, el aria del primer acto de Le Nozze di Figaro de

Mozart, en la que el Dr. Bartolo argumenta que la venganza es un placer reservado a los sabios y le dice a Marcellina que a pesar de que la situación es complicada, encontrará algún resquicio legal para vencer al bribón.

La vendetta, oh, la vendetta!
È un piacer serbato ai
saggi *Èun piacer*
serbato ai saggi
L'obliar l'onte e gli
oltraggi *L'obliar l'onte e*
gli oltraggi
È bassezza, è ognor
viltà *Èbassezza,*
è ognor viltà
Con l'astuzia...coll'arguzia...
Col giudizio...col criterio...
Si potrebbe, si potrebbe, si potrebbe, si
potrebbe. *Il fatto è serio, il fatto è serio, il*
fatto è serio.
Ma credete si farà, ma credete si farà.
Se tutto il codice
Dovessi volgere
Se tutto l'indice
Dovessi leggere
Con un equivoco
Con un sinonimo
Qualche garbuglio
Si troverà
Tutta Siviglia
Conosce Bartolo:
Il birbo Figaro
Vinto sarà

Una vez finalizó el aria todos sus compañeros rompieron en una enorme ovación a la que respondió el Dr. Martí con una

inclinación de su torso.

—Viva el Dr. Bartolo —gritó uno de los compañeros.

—Todos somos Bartolo —respondió otro.

—Me too —se sumó un tercero.

—No se dejan pasar las afrentas. Hay que vengarse de los cirujanos.

—Nunca te acostarás sin pelar un cirujano más — rieron todos desenfrenadamente.

—¿Este refrán no lo sabías, eh, Pol?

—A cada cirujano le llega su San Martí —más risas entre los compañeros de cena.

—Este tampoco, ¿eh? —nuevas carcajadas.

«Este sí que lo sabía. Me lo dedicó el cabronazo de López».

—Tampoco habría que llegar a tanto, ¿no? —les dijo el Dr. Martí no del todo convencido.

—Bueno, bueno, no sabría qué decirte —nuevas risas.

—A veces no será por falta de ganas.

—Pero alguna cosa sí se podrá hacer, ¿no creéis?

—A ver, ¡brainstorming! —sugirió alguien.

—¡Uh! ¡Uh! ¡Uh! —empezaron todos como si fuera un grito de guerra motivacional.

—No les relajaremos a los pacientes —sugirió uno.

—Eso, que se jodan y cierren como puedan —respondió otro provocando las risas entre todos.

—Haremos bloqueos a todos los pacientes para retrasar las cirugías y que sean ellos los que tengan que esperar para iniciar la operación igual que tenemos que esperarlos nosotros a ellos.

—Y si se suspende algún paciente por falta de tiempo será culpa suya.

—Suspenderemos por un solo estornudo, aunque sea de un familiar que viva en Cuenca —sentenció alguien provocando una escandalosa traca de carcajadas.

Cuando todos recuperaron el aliento y la calma, Bruno se dirigió a sus compañeros.

—Todos sabéis que nada de eso va a pasar. No vais a hacer nada que pudiera ir en contra de vuestros pacientes. Sois unos magníficos profesionales que lo único que quieren es lo mejor para sus pacientes, aunque ello suponga un sacrificio por vuestra parte — todos los allí presentes sonrieron y le dieron la razón.

—Tienes razón, Bruno, pero lo bien que nos los hemos pasado criticándolos y maquinando contra ellos no nos lo quita nadie — volvió a desatarse una carcajada general.

38

Una vez el Dr. González y el Dr. Martí hubieron cantado su repertorio tradicional, una vez hubieron dado buena cuenta de los chupitos y cubatas post cena y tras múltiples abrazos de despedida y emplazándose para repetir el encuentro en próximas fechas, cada uno tomó su camino. El Dr. Martí y Bruno Ferran se dirigieron a buscar el coche al aparcamiento de la estación del tren y, para sorpresa del doctor, Bruno pagó la estancia. Pol se puso al volante y durante el trayecto de vuelta fueron comentando lo acontecido en el encuentro con sus amigos hasta que el copiloto se durmió.

Al aproximarse a Barcelona Pol despertó a Bruno y le preguntó si lo llevaba a casa o a la nueva torre. Este le contestó que a la torre, ya que estaba todo patas arriba y el domingo lo aprovecharía para trabajar en ella. Bruno le guio ya que Pol no había estado nunca. Cuando llegaron Pol se quedó muy sorprendido al ver que la torre de su amigo se llamaba "TORRE ANÄSTÄSIA".

—¿TORRE ANÄSTÄSIA? ¿De verdad? —Pol sonrió.

—¿Cómo querías que la llamara? ¿TORRE BRUNO? —los dos amigos explotaron en carcajadas.

—Y supongo que lo leerás como los alemanes, con el "umlout", la diéresis que convierte la "a" en "e", por lo que debería leerse, "ANESTESIA", ¿no?

—Por supuesto, de otro modo no se leería lo que realmente quiero decir, ¿no crees? —ambos volvieron a reír.

—Pol —interpeló a su amigo de un modo más serio cuando cedieron las carcajadas.

—Dime, Bruno.

—¿Cómo estás? La verdad, porque hoy ha sido todo alegría, pero llevas mucho tiempo pasándolo muy mal y eso no se cura en

unas semanas.

—Tienes razón, Bruno. Lo de hoy ha sido un chute de alegría y optimismo, pero la verdad es que aún estoy muy jodido.

—Cuéntame, soy todo oídos.

—Bueno, tú eres todo orejas, porque a los cinco minutos de cualquier conversación desconectas.

—Te prometo que haré un esfuerzo, amigo.

—Mira, Bruno, la cena ha sido fantástica; risas, amistad, apoyo, pero al recordar todo lo sucedido en Zaragoza y las cosas que me han pasado estos días en Barcelona, como por ejemplo el problema con el Dr. Torres, me han venido unas ganas enormes de "*vendetta*".

—Pol, ese es un sentimiento momentáneo, te pasará en cuanto duermas un par de horas.

—Es posible, pero… es que no lo sabes todo.

—Ah, ¿no? —preguntó sorprendido Bruno.

—No, Bruno. Llevo desde el día siguiente al juicio… —inició Pol la explicación, pero se detuvo y se puso a llorar desconsoladamente.

—¡Pol! —le dijo Bruno al mismo tiempo que apoyaba su mano izquierda en el hombro de su amigo y le dio todo el tiempo que necesitaba.

Tras unos minutos en los que Pol lo único que pudo hacer fue llorar sin poder controlarlo empezó a balbucear algunas palabras entre sollozos y suspiros.

—Desde que… llegué a mi casa… después del juicio, el malnacido de López —se detuvo a limpiarse los mocos y secarse las lágrimas—, no hace más que enviarme mensajes amenazadores. Que si esto no va a quedar así, que si has arruinado mi reputación y lo vas a pagar…

—Joder, Pol, no sabía nada. ¿Por qué no me lo has dicho? ¿Para qué crees que están los amigos?

—Tienes razón, Bruno, pero ¿qué hubieras podido hacer para ayudarme? ¿Matarlo? —le respondió mezclando una sonrisa con sus sollozos.

—Hombre, no, que las venganzas las tiene que llevar a cabo uno mismo, eso lo tendrías que hacer tú, pero te hubiera podido dar apoyo moral —sonrieron ambos.

—Es verdad. Discúlpame, amigo, por no habértelo dicho. Siempre estás ahí y esta vez también lo hubieras estado y me hubiera venido muy bien.

—Lo ves, hombre.

—Estaba muy jodido por los mensajes del mañocirujano.

—Te ha gustado la palabra, ¿eh? —le interrumpió con una sonrisa al mismo tiempo que le daba un pequeño golpe con el puño en el hombro.

—La verdad es que sí —respondió y sonrió algo más calmado —. Pues estaba muy jodido por sus mensajes y el lunes siguiente al juicio tuve el problemón con el Dr. Torres y las dos cosas juntas me desquiciaron. Pensaba que había cerrado una etapa de mi vida y empezaba una nueva en una ciudad distinta y en un hospital nuevo que me había acogido con los brazos abiertos y de repente creí que meses de terapia y tratamiento se habían ido a tomar por el culo. Me veía de nuevo en el pozo y no era justo. Aquellos dos cabrones me estaban puteando sin merecerlo y yo empecé a hundirme de nuevo. No era justo, ¡joder! —gritó mientras golpeaba el volante con ambas manos.

—Venga, Pol, venga. Tranquilízate y no te preocupes que todo se arreglará —intentó calmarle.

—El puto López y el puto Torres consiguieron sacarme de mis casillas, algo que hacía mucho tiempo que no pasaba. En el vestuario después del lío con Torres le pegué una patada a una taquilla y le hundí la puerta.

—Vamos, que si los hubieras tenido delante en la cena mientras cantabas el aria de tu personaje, el Dr. Bartolo, hubieras acabado con ellos con tus propias manos.

—Te juro que mientras cantaba los veía a ellos dos, pero no creo que lo hubiera hecho, aunque hubiera podido y hubiera sabido que no me iban a coger nunca. Ya sabes que tengo un pronto muy fuerte pero que se me pasa rápido. Sabes que soy un trozo de pan.

—Sí, claro, como el pronto del colegio que hizo que Pere y tú acabarais en el hospital.

—Aquello fue cosa de críos. Ahora he evolucionado y controlo mis impulsos, casi siempre —ambos sonrieron y parecía que Pol

empezaba a estar más calmado.

—Me alegra oírtelo decir. No esperaba menos de ti, de un magnífico anestesista con nervios de hierro que afronta las situaciones quirúrgicas más complicadas sin alterarse lo más mínimo. Eso es así, ¿no? —le dijo sonriendo.

—¡Qué pelota eres!

—Es lo que realmente eres. Cuando hay problemas con el paciente nadie se da cuenta y si es necesario que lo sepan nunca cambias tu tono de voz, ni tu semblante, ni tu actitud, consiguiendo así que todo el mundo mantenga la calma.

—Es lo que me enseñaron en la residencia: "tú puedes estar muerto de miedo y atacado de los nervios, pero nadie debe darse cuenta". Si la persona que tiene que controlar la situación muestra descontrol, todo se descontrola y se convierte en un caos, y eso siempre va en perjuicio del paciente.

—Totalmente de acuerdo, amigo y compañero.

Tras la conversación en la puerta de la torre de Bruno, Pol ya se encontraba más tranquilo.

—Pol, ¿quieres que te enseñe la torre?

Pol miró el reloj y se dio cuenta de que era tardísimo y recordó que a la mañana siguiente tenía un compromiso en el Johan Cruyff.

—Muchas gracias, Bruno, pero es muy tarde. Ya me la enseñarás otro día. Por cierto, ¿y ahora cómo vuelvo a casa? Esto está más perdido que un pulpo en un garaje.

—Con el GPS del coche, ¿no? Ah, que esta reliquia tuya no tiene GPS —le dijo mofándose de él.

—No, no tiene, pero el coche es una pasada… Además, este BMW 850 CI me lo regaló mi amigo Tony Romero cuando se volvió a vivir a Inglaterra y le tengo mucho cariño. Cuando me lo cambie se lo tendré que devolver ya que ahora vale 5 veces más de lo que valía cuando me lo regaló.

—Vale, vale, de acuerdo. Entiendo que este coche no tenga GPS y no te lo quieras vender, pero ¿tú no tienes memorizada tu dirección en el GPS del móvil?

—No, no sé cómo se hace.

—Tú eres médico, has acabado una carrera y una especialidad y… ¿no sabes hacer eso?

—Es que la llegada de la vida moderna me pilló estudiando. Estudiando la carrera, estudiando para el MIR, estudiando durante la residencia…

—Anda, trae, que ya te lo hago yo. ¿Qué harías sin mí? Mira, hay una aplicación de GPS nueva muy buena, la Gobel maps.

—¿Gobel maps? ¿No será Google maps? —le respondió Pol extrañado.

—No, esa es justita. Gobel maps o al menos así se pronuncia.

—A ver, déjame ver —le dijo Pol mientras le cogía el teléfono—. ¡Ah, Globe Maps! —repuso riendo.

—Bueno, pues eso, //Gloub maps//. Ya sabes que nunca se me dio demasiado bien el inglés.

—Sí, ya lo sé. Por suerte el alemán se te da mucho mejor.

Bruno cogió el teléfono de su amigo y tras manipularlo unos segundos le memorizó su dirección.

—También te memorizo la dirección de la torre para cuando vuelvas a verme.

—Gracias.

—Te la he memorizado como TORRE BRUNO —unas carajadas emergieron desde un interior más calmado.

39

Martes, 8 de diciembre de 2020

A pesar de ser festivo, día de la Inmaculada Concepción, los dos policías se reunieron a primera hora de la mañana en un bar ubicado delante del Centre de Detenció de les Corts con la intención de tomar un café y buscar una estrategia con la que interrogar de nuevo al sospechoso.

—David, visto cómo fue el interrogatorio de ayer, ¿cómo lo replantearías para hoy?

—Laura, la verdad es que no lo tengo muy claro. Tal y como se mostró el doctor ayer, tan frío, no sé si conseguiremos gran cosa, aunque le apretemos las clavijas.

—Sí, pero algo habrá que hacer, no podemos esperar a que pasen las setenta y dos horas y pasárselo al juez sin haberlo intentado de nuevo.

—Estoy de acuerdo contigo, pero… ayer cuando volvía conduciendo a casa estuve repasando el interrogatorio y no me acaba de cuadrar la actitud del doctor.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó sorprendida.

—Quiero decir que su forma fría de actuar, en principio, me hizo pensar que era un psicópata porque todo encajaba, pero hubo momentos en los que me pareció ver a alguien derrotado y sin fuerzas, alguien que no podía o no quería luchar por su inocencia. No sé si me explico.

—No sé si eres tú el que no se explica o soy yo la que no te entiendo —le respondió la inspectora con cara de desconcierto.

—Que hay momentos en los que pienso que estamos delante de un asesino psicópata y otros en los que veo a un inocente

agotado psicológicamente, pero con grandes habilidades para seguir adelante con su vida sin que nadie lo advierta.

—Vamos, David, no me vengas con esas. ¿Blanco y en botella?

—Leche.

—¿Verde con pintas?

—Lagarto.

—Pues eso, estamos ante un lagarto que bebe leche —dijo la inspectora esbozando una sonrisa que fue respondida por una mueca forzada del subinspector.

Una vez hubieron terminado su dosis de cafeína se dirigieron al Centre de Detenció y solicitaron que llevaran al detenido a una sala de interrogatorio. Se sentaron en sus sillas a la espera de la llegada del Dr. Martí.

—David, deja que sea yo la que inicie el interrogatorio, ¿te parece bien?

—Como tú quieras, Laura. No tengo el más mínimo inconveniente —respondió el subinspector algo dolido por la forma en que su compañera había ridiculizado su teoría.

En ese momento un agente entró en la sala acompañando al detenido al que hizo sentar a la mesa de interrogatorios y le recolocó las esposas.

—Buenos días, Dr. Martí, ¿ha dormido usted bien?

—Hacía tiempo que no dormía tan bien. Yo calculo que habré dormido un par de horas seguidas y eso es un récord para mí. Muchas gracias por su interés, inspectora.

—Nos alegramos de que haya podido recuperar fuerzas para el día de hoy, porque se presenta largo —dijo a modo de bienvenida el subinspector.

—Dr. Martí, vayamos con el interrogatorio. No perdamos más el tiempo —dijo casi pisando a su compañero—. ¿Qué hizo desde el viernes veinte de noviembre hasta el lunes veintitrés del mismo mes?

—¿Otra vez vamos a empezar con lo mismo? —preguntó asqueado el Dr. Martí—. Me habéis hecho las mismas preguntas, ¿cuántas?, ¿seis veces? Y las respuestas han sido siempre las

mismas, siempre el mismo relato y la misma coherencia, lo cual debería sugerirles que estoy respondiendo la verdad, ¿no creen?

—Dr. Martí, deje que seamos nosotros los que decidamos el número de veces que hay que repetirle las preguntas y si sus respuestas mantienen una coherencia que haga pensar en que usted dice la verdad —le respondió con dureza la inspectora.

—Ustedes sabrán, pero para obtener resultados diferentes tendrán que hacer preguntas diferentes —dijo con calma mientras se reclinaba sobre su incómoda silla.

—Deje que seamos…

—Ya lo he entendido, que deje que sean ustedes los que decidan las preguntas que tienen que hacerme —interrumpió a la inspectora.

—Efectivamente. Volvamos al viernes veinte de noviembre.

En ese momento alguien llamó a la puerta de la sala de interrogatorios y le ofreció un sobre a la inspectora. Tras abrirlo y leerlo se dirigió a su compañero en una voz casi inaudible y después se encaró al detenido.

—¿No quería preguntas nuevas? Pues ahora las tendrás. Tenemos la autorización judicial para el registro de tu torre por lo que ahora nos vamos a ir hacia allá con la científica para que analicen lo que encontremos. ¿Estás contento?

—Por supuesto. Vamos a hacer un dos por uno. Me van a sacar a dar un paseo y van a ver que no escondo nada de nada en mi torre —respondió el doctor con cierto alivio.

—Pues venga, andando. Levántate que te vamos a poner las esposas en la espalda.

Una vez organizado el traslado a la torre del sospechoso lo introdujeron en el coche de la inspectora, cosa no reglamentaria, y dejaron que fuera el propio Dr. Martí el que les guiara hacia su destino. Tras unos diez minutos de conducción tranquila por la ciudad (era el puente de la Inmaculada), y otros tantos por los campos del Baix Llobregat llegaron a la valla de la torre del Dr. Martí quien, por supuesto, no llevaba las llaves consigo, por lo que debieron esperar a que llegaran sus compañeros con una cizalla.

Una vez pudieron acceder al terreno vallado, se dirigieron a la pequeña edificación existente y se encontraron con el mismo problema: las llaves. Ahora debían esperar a que derribaran la puerta ante la irritada cara de desacuerdo del Dr. Martí, quien renunció a su derecho a entrar.

Tras el estruendoso golpe dado en la puerta por uno de los agentes de la comitiva consiguieron acceder al interior y encender la luz de la sala principal. Lo que allí vieron les transmitió la sensación de que ni el Dr. Martí ni nadie había estado en ese lugar en mucho tiempo. Telarañas y polvo se habían adueñado del espacio y algún pequeño roedor corrió despavorido al ver truncada su tranquilidad.

La inspectora y su compañero avanzaron con cautela entre el mobiliario de concepto abierto que componía aquel lugar. Había una diminuta cocina americana que estaba separada de un pequeño comedor-sala de estar por una península. En ese espacio había una pequeña mesa desplegable con cuatro sillas y un sofá encarado hacia una pared en la que había una televisión colgada. Un viejo armario completaba todo el mobiliario de aquel espacio. En uno de los laterales había dos puertas, una que daba acceso a un reducido baño con lavabo, inodoro y ducha, y otra puerta que daba a un dormitorio ocupado por una cama de matrimonio con dos mesitas de noche y un enorme armario ropero.

Todo lo que allí hallaron y el modo en el que lo encontraron confirmó lo que habían pensado nada más derribar la puerta: allí no se había cometido ningún asesinato.

—¡Mierda! —gritó la inspectora, convencida de que encontraría evidencias de la culpabilidad del Dr. Martí en aquel lugar.

—Este no es el emplazamiento que estábamos buscando —dijo el subinspector también sorprendido.

—Ya me he dado cuenta, David —le respondió muy malhumorada.

—Laura, yo no tengo la culpa de ello —intentó calmarla.

—Lo siento, David. Pensé que ya lo teníamos y al ver que no es así…

—Está bien, Laura, pero ¿qué sugieres que hagamos ahora?

—Pues tendremos que volver a interrogarlo. Podemos ir a su piso en la calle Sant Lliser, aunque no creo que encontremos nada allí, es un segundo sin ascensor, pero podría ser que hubiera alquilado algún local o alguna torre para que no le pudiéramos incriminar —sugirió la inspectora.

—Vayamos fuera y hablemos con el sospechoso y después vemos qué hacemos, ¿te parece bien?

—De acuerdo. Salgamos de esta polvareda, hogar de insectos y roedores.

Ambos compañeros echaron un último vistazo al lugar y se dirigieron al coche de la inspectora, en el cual permanecía sentado y esposado el sospechoso. Cuando llegaron a él, le hicieron bajar y retomaron el interrogatorio.

—A ver, Dr. Martí, está claro que aquí no has matado a nadie, pero eso no significa que no lo hayas hecho en otro lugar —le increpó la inspectora.

—Inspectora, ni aquí ni en otro lugar, pero veo que no me van a creer por mucho que se lo diga. ¿Quieren que vayamos a mi apartamento en Gràcia? —sugirió el doctor un poco cansado ya de la situación.

—Gracias por ofrecerte, es lo que queríamos hacer, pero pensábamos que ibas a pedirnos una orden judicial.

—No hay de qué. Esta noche he dormido bien y me he levantado generoso —le respondió con cierta sorna.

—Pues hacia allí nos dirigimos. Llamaré a Les Corts para que nos lleven las llaves de tu casa para no tener que tumbar la puerta.

—Se lo agradezco. El jueves, cuando el juez me libere y deba volver a mi casa, me gustaría poder instalarme sin contratiempos —expuso como si fuera a regresar a casa después de un viaje de placer.

—Por supuesto, doctor. «Este tío me desconcierta cada vez que habla» —pensó la inspectora.

Introdujeron de nuevo al sospechoso en el coche y condujeron hacia Gràcia. Una vez llegaron al portal del doctor, allí les estaba esperando un coche patrulla con las llaves del apartamento y sin más preámbulos abrieron el portal y subieron al segundo piso. Una

vez la llave de la puerta empezó a girar en la cerradura, la cara de la inspectora recobró la ilusión de que por fin iban a resolver el caso. Accedió al interior seguida por el subinspector y lo que volvieron a encontrar allí, tras registrarlo todo minuciosamente era deprimente: nada que indicara que se había cometido asesinato alguno.

Salieron del apartamento y descendieron las escaleras de tres en tres movidos por la rabia. Una vez en la calle la inspectora abrió la puerta de su coche y le dedicó unas palabras al detenido.

—¿Dónde los has matado? ¡Dilo ya de una puta vez y deja de marearnos! —le gritó a pleno pulmón.

—¿No han encontrado nada aquí tampoco? —le dijo con aire de sorpresa—. Vaya, yo que tenía la esperanza de que pudieran resolver el caso —añadió con gran cinismo.

—¡No me jodas, Pol! —le gritó la inspectora abalanzándose sobre el detenido al que no pudo llegar porque se interpuso el respaldo del asiento del conductor.

—Laura, creo que deberíamos volver a Les Corts y seguir allí con el interrogatorio —le dijo suavemente David a su compañera con la intención de apaciguar los ánimos.

—Venga, David, sube al coche que nos vamos.

Los dos policías subieron al vehículo y se dirigieron a su destino en el más profundo de los silencios. Sus esperanzas de incriminar al Dr. Martí se reducían a cada paso que daban, aunque aún les quedaban casi cuarenta y ocho horas para poder encontrar algo más y que permitiera que el juez les diera más tiempo para seguir con la investigación.

Nada más llegar al Centre de Detenció el Dr. Martí fue llevado a la sala de interrogatorios y, tras él, aparecieron los dos policías.

—Dr. Martí, déjese ya de jueguecitos y tonterías. Colabore con nosotros porque tarde o temprano vamos a descubrir la verdad y entonces será inútil que nos pida que seamos compasivos con usted —le amenazó la inspectora.

—Inspectora, yo soy el primer interesado en que descubran la verdad cuanto antes. Yo soy inocente y que se sepa pronto será bueno para mí; volveré a mi casa, a mi trabajo y a mi rutina, cosa

que ya empiezo a echar de menos —respondió el doctor con serenidad.

—¿De dónde es usted, Dr. Martí?

—¿Por qué me lo pregunta, subinspector? ¿Quieren cargarme otro muerto?

—Es simple curiosidad. Su acento no me parece de un catalán oriental, más bien occidental, como el de la inspectora —le mintió intentando abrir otro frente de investigación.

—Soy de *ponent*, de Lleida capital. ¿Hay allí algún muerto que no tenga culpable y me lo quieren adjudicar a mí?

—Dr. Martí, ¿conoce usted al Dr. Gaizka Agirre? —intervino la inspectora que había captado la intención de su compañero.

—Sí, le conozco. Sé que es un cirujano que trabaja en el Hospital Verge de la Serra. Coincidí con él sólo un par de veces ya que trabajábamos en turnos diferentes y yo no hacía guardias allí.

—Trabajaba —le corrigió la inspectora sin aclarar el motivo de que el cirujano no formara parte de la plantilla del hospital.

—No sabía que ya no trabajara allí.

—Y ¿qué relación tenía con él?

—La verdad es que sólo coincidí un par de veces con él, pero ¿por qué les interesa mi relación con el Dr. Agirre? ¿Acaso me van a acusar de que ya no trabaje en el hospital por mi culpa?

—Puede ser. El Dr. Agirre ya no trabaja en el Hospital Verge de la Serra porque está muerto —le dijo la inspectora con rotundidad.

—¿Cómo? ¿Muerto? —preguntó realmente sorprendido por la noticia del fallecimiento del cirujano.

—Así es, muerto y enterrado —confirmó el subinspector.

—¿Y no pensarán que lo maté yo? —preguntó empezando a perder la calma.

—¿Y quién ha dicho que lo hayan matado?

—Nadie, pero como me están acusando de todos los crímenes, incluso del de Kennedy, pensé que querían que cargara con su muerte también.

—La causa oficial de la muerte es el suicidio, pero hay muchas dudas sobre si realmente el doctor se quitó la vida.

—Dr. Martí, ¿qué relación tenía con el Dr. Agirre? —insistió la inspectora.

—No, inspectora, no —dijo con un tono de voz que empezaba a denotar desesperación.

—¡Conteste, doctor! —ordenó la inspectora aumentando el tono de voz.

—El Dr. Agirre era un torpe y por su ineptitud no pude despedirme de un amigo que murió de cáncer mientras él no había manera de que acabara una cirugía, pero yo no lo maté. Acaban de decir que se suicidó —la incomprensión y la desesperación empezaban a apoderarse del Dr. Martí.

—Dr. Martí, todos los cirujanos con los que ha tenido problemas han acabado muertos y ¿usted nos quiere hacer creer que no ha tenido nada que ver con sus muertes? —le preguntó la inspectora levantándose de la silla y apoyando los brazos en la mesa que la separaba del detenido.

—No, inspectora, no he tenido nada que ver con sus muertes. Se lo juro —respondió con voz temblorosa al mismo tiempo que se tapaba la cara con ambas manos.

—Vamos, doctor, que no nos chupamos el dedo. Tiene móvil, domina el modus y no tiene coartadas. Cualquier juez lo condenaría por las dos muertes de Barcelona y si investigamos un poco más quizá descubramos que la de Lleida no fue un suicidio y que usted acabó con la vida del pobre Dr. Agirre —sentenció la inspectora en la mismísima cara del Dr. Martí quien la retiró al mismo tiempo que apoyaba la frente en la mesa y se cubría la cabeza con las dos manos con la intención de abstraerse de esa situación.

—Dr. Martí, ¿por qué los mató? —fue entonces el subinspector quien prosiguió con el interrogatorio— ¿Por venganza? ¿Por hacerles pagar por lo que le hicieron?

—Yo no he matado a nadie —insistió en su inocencia el Dr. Martí con una voz casi inaudible bañada en lágrimas.

—¿Por qué, Dr. Martí? —la inspectora volvió a la carga con gran vehemencia, pero sin obtener respuesta alguna del detenido.

Ambos policías continuaron con el asedio al Dr. Martí quien ya no respondió ninguna pregunta más. Se acogió a su derecho a no

declarar y por fin solicitó la presencia de su abogado en los interrogatorios. Mantenía su inocencia, pero ya no era capaz de controlar la situación sin venirse abajo. Como el día se acercaba a su fin y en festivo no era fácil que su abogado, el Sr. Mustienes, pudiera llegar desde Zaragoza (si es que era capaz de localizarlo), no quería ponerse en las manos de un abogado de oficio. El Dr. Martí no quería que un desconocido se hiciera cargo del caso, por lo que los policías decidieron dar por finalizado el interrogatorio hasta el día siguiente. Pensaban que con un poco más de presión, a pesar de la presencia de un abogado, el Dr. Martí acabaría confesando los crímenes que se le imputaban.

La inspectora pensó que sería buena idea volver a Lleida y hablar con la viuda del Dr. Agirre porque tenía la corazonada de que el fallecimiento del doctor podría no haber sido tal y como indicaban los informes policiales y que el Dr. Martí era responsable de esa muerte. Si podían obtener más información, era probable que pudieran resolver los asesinatos o, al menos, el juez mantendría al sospechoso en prisión dándoles más tiempo para obtener pruebas que le incriminaran sin ningún género de dudas. Pensó que lo mejor sería viajar esa misma tarde a Lleida para poder estar a primera hora de la mañana en la comisaría ilerdense.

40

Miércoles, 9 de diciembre de 2020

Eran apenas las ocho de la mañana cuando la inspectora abrió la puerta de la comisaría de los Mossos de Lleida. Tal y como esperaba, allí, sentada en uno de los bancos de recepción estaba la viuda del Dr. Agirre. Se acercó a ella y con la mayor suavidad que pudo se presentó como la inspectora Sans y, para que la señora Agirre no tuviera ninguna duda de que le decía la verdad, le mostró su placa.

—Buenos días, Sra Agirre. Soy Laura Sans, inspectora de la comisaría de l'Eixample de Barcelona —le dijo al mismo tiempo que le extendía la mano.

—Encantada. Soy Alicia Etxebarria, viuda del Dr. Agirre, pero por favor, llámeme Alicia —le respondió al mismo tiempo que se enjugaba las lágrimas con un pañuelo.

—De acuerdo, Alicia. Si no es muy doloroso para usted, ¿tendría inconveniente en acompañarme a tomar un café para que hablemos de la triste muerte de su marido? —la dulzura en la voz de la inspectora hacía que la viuda del doctor confiara en ella.

—Estaré encantada de hablar con usted de mi marido, pero ¿por qué viene usted desde Barcelona para hablar conmigo cuando en Lleida han dado por cerrado el caso?

«Buena pregunta» pensó la inspectora.

—Mire, Alicia. Estamos investigando unas muertes de médicos en Barcelona y no queremos dejar ningún hilo suelto, por lo que hemos decidido hablar con usted y revisar el fallecimiento de su esposo para que no quede ninguna duda.

—Estoy dispuesta a colaborar en lo que haga falta para que se sepa la verdad. Mi esposo no se suicidó.

—Disculpe, Alicia, pero creo que será mejor que vayamos a otro sitio a hablar de todo ello. Aquí, en medio de la sala de espera, cualquiera nos podría oír e interpretar las cosas como no son.

La Sra. Etxebarria coincidió con la inspectora y tras tomar asiento en la cafetería retomaron la conversación.

—Alicia, ¿por qué cree que su esposo no se suicidó? —fue directa al grano, pero con un tono de voz cargado de amabilidad, impropio de la inspectora.

—Laura, ¿me permite que la llame Laura?

—Por supuesto, Alicia. Faltaría más.

—Mi esposo era un buen hombre, no tenía problemas con nadie. No jugaba, no bebía, no tenía vicios. Su vida era su trabajo, su rugby, sus libros y su música. Disfrutaba de un buen libro escuchando ópera de fondo. Esperaba con impaciencia los entrenos del rugby, los partidos y el tercer tiempo que decía él, pero en cuanto se había tomado un champú sin alcohol regresaba a casa. Trabajar le encantaba, pero estaba ilusionado con su cercana jubilación. Planeábamos comprarnos una autocaravana y recorrer toda Europa sin prisas, sin horarios, sin destinos concretos y sin ataduras de ningún tipo. Era un hombre feliz que amaba lo que hacía y que estaba tremendamente ilusionado con su futuro y aunque su diabetes marcaba su día a día, la enfermedad nunca lo limitó ni lo más mínimo. Inspectora, yo conocía a mi marido y sé que nunca se hubiera suicidado. Es algo que nunca le hubiera pasado por la cabeza y mucho menos sin existir motivo alguno para ello. Conocía a Gaizka perfectamente y sé que no se suicidó y tampoco sé por qué alguien podría haber deseado su muerte. No encuentro motivos para que alguien quisiera acabar con su vida, pero lo que sí sé es que no tenía ninguno para hacer lo que la policía de aquí dice que hizo.

Tras mantenerse entera durante todo su relato, la viuda del Dr. Agirre no pudo contener más las lágrimas y se derrumbó. La inspectora se acercó a ella e intentó consolarla. Pasados unos minutos en los que ambas permanecieron en silencio, la Sra. Etxebarria retomó la palabra.

—Laura, hágame un favor. Descubra qué pasó con mi marido para que nadie dude de que no se quitó la vida y al mismo tiempo yo pueda liberarme de este dolor que me atormenta cada día —le suplicó la viuda cogiéndole la mano a la inspectora.

—Alicia, le prometo que haré todo lo que esté en mi mano para intentar esclarecer los hechos, limpiar el nombre de su marido y detener al asesino —le respondió la inspectora dándole unas palmaditas en la mano.

Una vez la viuda del Dr. Agirre se hubo recuperado, la inspectora intentó vincular la muerte de su esposo con el Dr. Martí, pero quiso hacerlo de un modo que no condicionara las respuestas de Alicia.

—Alicia, le suena si su esposo le comentó alguna vez alguna cosa sobre el Dr. Adolf Serrat —preguntó inventándose un nombre.

—¿Adolf Serrat? No me suena de nada.

—¿Y sobre el Dr. López de Osuna?

—No, nada. Es otro nombre que no me dice nada.

—Dr. Pol Martí, anestesista. ¿Le suena de algo? —le pareció a la inspectora que ya era suficiente rodeo.

—¿Pol Martí? ¿Pol Martí? —repitió como queriendo acordarse de algo.

—Sí, anestesista como el Dr. Serrat.

—¿Pol Martí? Sí, claro. Ay, pobre doctor. Claro que me acuerdo.

—¿Por qué pobre doctor? —preguntó sorprendida la inspectora.

—Recuerdo que un día llegó Gaizka a casa después de una intervención de urgencia y me comentó que había tenido problemas para acabar la cirugía, que se demoró muchísimo y eso hizo que el anestesista, el Dr. Martí, no pudiera despertar al paciente. Que en circunstancias normales no hubiera sido más que un problema de tiempo, pero ese retraso provocó que el anestesista no pudiera despedirse de un amigo que se estaba muriendo y eso le dolió mucho a Gaizka. Se sintió fatal porque por su culpa, y él así me lo dijo, no pudo despedirse de su amigo. Estuvo más de una semana que le costaba mucho dormir. Gaizka era un buen cirujano, pero la edad empezaba a pasarle factura y él lo sabía, pero el amor por su

trabajo y la falta de cirujanos dispuestos a hacer guardias hacían que continuara al pie del cañón.

—Entiendo lo que me dice, Alicia.

Después de que la viuda del Dr. Agirre le explicara a la inspectora otras anécdotas sobre su marido que reafirmaban su gran bondad, ambas se fundieron en un abrazo y se despidieron. La Sra Etxebarria ya no volvió a la comisaría, se dirigió hacia su casa a descansar. Confiaba en que la inspectora resolvería el caso que en Lleida habían dado por cerrado. La inspectora decidió que era buen momento para visitar al forense que se encargó del caso del Dr. Agirre.

La inspectora cogió su coche y puso rumbo a la Plaça Sant Joan. Aparcó el vehículo en el aparcamiento subterráneo de la plaza y ascendió hacia los juzgados para dirigirse al Institut de Medicina Legal. Una vez allí se presentó, placa en mano, al funcionario de la recepción quien tras una llamada la acompañó a ver al forense, el Dr. Molins.

—Bienvenida, inspectora Sans. ¿En qué puedo ayudarla?

—Gracias, Dr. Molins. Estoy aquí por un caso que tuvo lugar a finales de septiembre. La muerte del Dr. Agirre, un cirujano del hospital Verge de la Serra. ¿Recuerda usted el caso? —preguntó sin rodeos.

—La verdad es que no. Yo tomé posesión de mi cargo el jueves 1 de octubre y este caso no constaba como abierto, de otro modo yo hubiera tenido que hacerlo mío y esperar a tener toda la información necesaria para darle carpetazo y puedo asegurarle que nunca se me comunicó nada sobre él.

—¿Quiere decir que el anterior forense cerró el caso antes de dejar su puesto?

—Eso es lo que parece que ocurrió, pero si la fecha que usted me dice es correcta no debería haber sido así. Una autopsia no se puede dar por concluida hasta que no tenemos los resultados de toxicología y en ese plazo de tiempo es imposible que hubieran llegado.

El Dr. Molins cogió el teléfono y solicitó al funcionario encargado de archivos que trajera el legajo correspondiente a la autopsia del Dr. Agirre.

—¿Qué dudas tiene respecto a este caso, inspectora?

—Según los resultados de la autopsia el Dr. Agirre murió a consecuencia de la inhalación de los gases emitidos por el tubo de escape del coche de su esposa y su compañero concluyó que no había evidencias para sospechar que no había sido un suicidio.

—Suicidio por inhalación de gases —dijo el forense pensativo —. No es el modo más habitual de suicidio y menos en estas tierras, pero las pruebas suelen ser concluyentes.

En ese momento hizo entrada el funcionario encargado del archivo portando una gran cantidad de carpetas unidas por unos cordeles y un sobre suelto y le hizo entrega de todo ello al Dr. Molins.

—¿Y este sobre suelto? —preguntó confundido el forense.

—Llegó la semana pasada, pero como el caso estaba cerrado no le di la mayor importancia.

El forense se lo arrancó de las manos y leyó el remitente.

—Instituto Nacional de Toxicología. Me cago en la… —se frenó en el último momento—. Los resultados que faltaban para concluir la autopsia como Dios manda. ¿Cómo puede ser que nadie me haya avisado de la llegada de los resultados de toxicología por muy cerrado que estuviera el caso? —gritó al tiempo que abría el sobre y leía la información lo más rápido que podía.

—¿Qué ocurre, Dr. Molins? —le preguntó sorprendida la inspectora al ver el comportamiento del forense.

—Pues sucede que mi antecesor debía tener mucha prisa por irse a su nuevo destino de l'Empordà e hizo un informe final sin haber recibido los resultados de toxicología. Le debió parecer tan claro que era suicidio que cerró el caso sin estos resultados —le respondió golpeando con la mano el fajo de hojas que había sacado del sobre.

—Y, ¿qué dicen? —preguntó ansiosa.

—¡Joder! Ni rastro de carboxihemoglobina. No murió por la inhalación de monóxido de carbono procedente del tubo de escape

de ningún vehículo —explicó sorprendido y exaltado.

—¿Me está diciendo que alguien quiso hacer pasar un asesinato por un suicidio?

—Es lo más probable, inspectora, porque no creo que nadie se suicide de una manera e intente ocultarlo simulando que se suicida de otro modo, sería absurdo, pero lo que está claro es que no murió como dice el informe forense.

Al oír la respuesta del Dr. Molins la inspectora salió corriendo casi sin despedirse y se dirigió al exterior del edificio para asegurarse de que tenía buena cobertura para realizar una llamada.

—Joder, la viuda tenía razón y aquí tenemos un tercer asesinato. Pol Martí, de esta no te vas a librar —dijo en voz alta al tiempo que marcaba un número de teléfono en su móvil.

Uno, dos, tres, los tonos de llamada se produjeron sin que nadie respondiera. Tras ocho tonos que a la inspectora le parecieron más de cien, se produjo la ansiada respuesta.

—Comisaría de la Policía Nacional. ¿En qué puedo ayudarle?

—Buenos días, soy la inspectora Laura Sans, de los Mossos d'Esquadra de Barcelona.

—Hola, inspectora. Soy el agente Sieso. La recuerdo del otro día. ¿Qué desea?

—Necesito hablar urgentemente con el agente Ferrer. ¿Sería tan amable de avisarle?

—No cuelgue que voy a buscarlo. Ah, mire, qué casualidad, ahí viene —el agente tapó con la mano el micrófono de su teléfono y llamó a su compañero—. Pedro, la inspectora buenorra de Barcelona está al teléfono y pregunta por ti.

—Pásame la llamada al despacho uno, que la atenderé allí. Gracias.

—Inspectora, ya lo he localizado y en un instante podrá usted hablar con él. No cuelgue, por favor.

—Muchas gracias.

Tras unos breves instantes el agente Pedro Ferrer se puso al teléfono e inició la conversación.

—Buenos días, inspectora Sans. ¡Qué sorpresa más agradable! ¿En qué puedo ayudarla? —se dirigió a ella en un tono servicial,

marcado por el deseo de congeniar con la inspectora.

—Pedro, le llamo en referencia al caso de la muerte del Dr. López de Osuna, ¿lo recuerda?

—Por supuesto que lo recuerdo. ¿Qué desea saber?

—¿Le suena de algo el nombre de un anestesista llamado Pol Martí? —preguntó con ansiedad en su voz.

—Por supuesto que me suena. Durante meses fue noticia en todos los medios locales y aragoneses —la respuesta del agente dejó muy sorprendida a la inspectora.

—¿Por qué fue noticia? —preguntó expectante.

—El Dr. Martí fue acusado de negligencia con resultado de muerte tras el fallecimiento en quirófano de una paciente del Dr. López y este hizo todo lo que pudo para que la familia denunciara al anestesista, el Dr. Martí, y que fueran a juicio.

—¿Y qué pasó en el juicio?

—Pero ¿qué no lo sabe? Si fue noticia durante semanas en todos los telediarios.

—Disculpa, pero yo no tengo tiempo para ver los telediarios catalanes como para tenerlo para ver los aragoneses.

—Pues que el Dr. Martí fue absuelto y el Dr. López, delante de toda la prensa, juró y perjuró que la cosa no iba a acabar ahí, que apelarían la decisión del juez. Que el Dr. Martí había matado a una persona y que debería pagar por ello.

—Y lo que pasó después es que el Dr. López murió por una absurda sobredosis de cocaína endovenosa en su domicilio. ¿No es así? —intentó aclarar el final del caso.

—Así es, inspectora, pero ¿no estará insinuando que el Dr. Martí asesinó al Dr. López y simuló un fatal accidente? —preguntó desconcertado el agente Ferrer.

—No lo estoy insinuando, lo estoy afirmando. Muchas gracias, Pedro. Me has sido de mucha ayuda. Cuando vaya a Zaragoza en un futuro pasaré a saludarte.

—De acuerdo, inspectora. Será bien… —la inspectora ya había colgado.

La inspectora arrancó a correr en dirección al aparcamiento subterráneo de la plaça Sant Joan. Marcó en su móvil el número del

subinspector Palau con intención de informarle de sus hallazgos, pero el teléfono daba señal de estar ocupado.

—¡Joder, David! ¡Cuelga que es muy urgente! —gritó mientras descendía corriendo por las escaleras mecánicas de El Canyeret.

En ese justo momento el subinspector Palau estaba intentando comunicarse con la inspectora a través del teléfono. Ese era el motivo de que el suyo diera señal de estar ocupado.

—¡Joder, Laura! ¡Cuelga que es muy urgente! —gritó al tiempo que descendía las escaleras de la comisaría para ir a buscar su coche y dirigirse el Centre de Detenció de Les Corts.

La inspectora intentó de nuevo llamar a su compañero, pero como ya había entrado en el aparcamiento subterráneo no tenía cobertura.

—¡Hostia puta! Y ahora no tengo cobertura. ¡Joder!

El subinspector probó suerte de nuevo, pero entonces la señal de ocupado cambió por un mensaje grabado que indicaba que el teléfono al que estaba llamando estaba apagado o fuera de cobertura.

—¡No me lo puedo creer! ¿Dónde te metes, Laura? Que esto es muy importante.

La inspectora en ese tiempo había pagado el tique del aparcamiento y había accedido a su coche, lo había arrancado y derrapando llegó a la barrera de salida a la que casi no había dado tiempo de levantarse. Una vez hubo salido presionó el botón de rellamada esperando tener más suerte. En esa ocasión no estaba comunicando y tras dos tonos el subinspector respondió y ambos empezaron a hablar al mismo tiempo sin que pudiera haber una buena comunicación.

—¡David! ¡Calla un momento! —gritó la inspectora viendo que iba a ser imposible entenderse.

—Pero, Laura. Es muy…

—¡Que te calles un momento, David! —insistió la inspectora en su afán de explicar sus novedades—. David, he descubierto que el Dr. Agirre no se suicidó.

—¿Cómo dices? —preguntó muy sorprendido.

—Lo que oyes. La causa oficial de su muerte es suicidio por inhalación de monóxido de carbono procedente del tubo de escape del coche de su esposa, pero en la analítica de toxicología no han encontrado ni rastro del gas de la muerte, por lo que el caso deberá ser reabierto.

—O sea, que alguien lo mató de alguna manera que no sabemos y que intentó hacer pasar el asesinato por un suicidio —resumió el subinspector la teoría que acababa de formular su superiora.

—Así es, David. ¿Y quién tuvo un problema con el Dr. Agirre?

—El Dr. Martí.

—Pero eso no es todo. Después de este hallazgo he llamado a la comisaría de Zaragoza y he descubierto otra cosa. El Dr. López estuvo personado como parte de la acusación en un juicio muy mediático por negligencia médica con resultado de muerte en el que se juzgaba a un anestesista. ¿Se te ocurre algún nombre?

—¿Pol Martí?

—Efectivamente.

—¡Joder, Laura! Todo cuadra. Le tenemos.

—Así es. Le tenemos. Y tú, ¿qué querías decirme?

—Pues que han llamado a comisaría del Hospital del Mediterrani denunciando la desaparición de una oftalmóloga, la Dra. Mar Mota.

—¿Cómo? ¿Otra desaparición?

—Sí, el viernes cuando acabó su turno se fue del hospital y como tenía puente hasta hoy miércoles no la han echado de menos.

—Nosotros detuvimos al Dr. Martí el lunes, por lo que pudo haberla secuestrado antes de la detención a pesar de que el aparcamiento del hospital estuviera fuertemente vigilado.

—Así es. Pudo haberla capturado en otro lugar.

—David, tenemos una posible quinta víctima. Esperemos que no haya fallecido todavía. Por lo que hemos comprobado cada vez que mata mantiene a su cautivo más tiempo vivo. Al Dr. Torres lo asesinó a las pocas horas de cautiverio y al Dr. Trullols unas cuarenta y ocho horas después de secuestrarlo, por lo que tengo esperanzas de que lleguemos a tiempo de salvarla.

—Recemos por ello.

—Yo ahora salgo de Lleida y cojo la autopista y con la sirena puesta, apretaré el acelerador a tope. Tú pasa por comisaría y coge todo lo que tengamos del caso y ves al centro de detenciones y haz las gestiones para poder interrogar al Dr. Martí, pero espera a que llegue yo. Si hace falta, que se espere solo en la sala de interrogatorios. ¿Entendido?

—Entendido. Nos vemos allí en un rato.

La inspectora atravesó el Pont Vell y enfiló l'Avinguda de Les Garrigues pasando casualmente por delante de la casa de los padres del Dr. Martí, cosa que ella desconocía. Luego se desvió hacia la derecha accediendo a l'Avinguda de Barcelona y una vez rebasó la rotonda del Mestre tomó la salida de la autopista. Desde ese momento su pie derecho ganó peso y el acelerador hizo que el motor rugiera como nunca lo había hecho. La vida de la Dra. Mota podía depender de ello.

—Ya te tenemos, ¡pedazo de cabrón! Te voy a sacar la confesión a hostias si hace falta, pero no voy a dejar que nadie más muera por tu culpa —gritaba en el coche mientras golpeaba el volante con ambas manos. El velocímetro rápidamente marcó los doscientos quilómetros por hora y en esta ocasión era ella la que adelantaba a los vehículos como una exhalación provocando el enfado de aquellos que se veían rebasados y se asustaban por la presencia de un loco conduciendo en la autopista.

41

El subinspector Palau se dirigió al despacho de su compañera y recogió toda la información física que habían recopilado sobre las víctimas del Dr. Martí. Antes de partir hacia el Centre de Detencions pasó por el despacho del comisario Pou para informarle del vuelco que había sufrido la investigación. Descendió los tres pisos, cogió su coche y a toda velocidad se dirigió hacia su destino. Una vez llegó hizo el papeleo necesario y llevaron al detenido a la sala de interrogatorios número cuatro, como la cantidad de muertos del caso, y allí se quedó esperando a que alguien apareciera para interrogarle. Pasaban los minutos y allí seguía como un paciente en la sala de espera de un hospital sin saber cuándo le iban a atender.

Cuando la inspectora llegó al Centre de Detencions aparcó el coche de cualquier manera y accedió corriendo al edificio y se plantó en el área de interrogatorios donde le esperaba su compañero cargado con el material que le había pedido.

—Hola, Laura. ¿Cómo ha ido el viaje? —preguntó para darle tiempo a respirar antes de entrar en la sala.

—Se me ha hecho interminable, David. Entre el tráfico y el pensamiento de que "*chaque minute compte*" para salvarle la vida a la Dra. Mota, estoy atacada.

—Pues tomémonos unos segundos antes de entrar para que no nos vea alterados y descontrolados. Tenemos que aparentar calma y seguridad hasta el momento que sea necesario mostrar otra cara menos amable.

—David, soy inspectora y llevo muchos años haciendo interrogatorios. No necesito que me des una charla como si fueras un entrenador de fútbol antes de un partido —y antes de darle tiempo a su compañero a que respondiera abrió la puerta de la sala de interrogatorios con mucho ímpetu y entró desbocada.

—A ver, desgraciado, ¿dónde tienes a la Dra. Mota? —se dirigió al detenido con brusquedad y sin saludarlo.

—Buenos días, inspectora —respondió calmado—. ¿Perdón?

—¡Que dónde tienes a la Dra. Mota!, ¡cabrón!

—Inspectora, no sé de qué me está hablando. ¿También ha desaparecido la Dra. Mota? —preguntó con una sorpresa que destilaba sinceridad.

—No nos venga con esas, Dr. Martí. Sabe perfectamente de qué le estamos hablando —intervino el subinspector en un tono más calmado.

—Subinspector, la verdad es que no sé de qué me están hablando.

—¡Joder, Pol! Si no está muerta dinos donde la tienes. No añadas otra víctima inocente a tu locura.

—Inspectora, ya sé que no me creen, pero yo no he matado a nadie y tampoco he secuestrado a Mar —respondió el doctor, quien empezaba a perder la calma y de sus palabras se desprendía angustia, nerviosismo, incredulidad y algo de desesperación.

—Sabemos que no los mataste en tu piso de la calle Sant Lliser ni en tu torre, pero has podido alquilar alguna casa o algún lugar para llevar a cabo tus crímenes. ¿Es allí dónde tienes a la Dra. Mota? —preguntó la inspectora abalanzándose sobre el detenido, quien no respondió y se tapó la cara con las manos—. ¡Contesta! —le gritó esta vez al oído.

—No he alquilado ninguna casa, no he secuestrado a nadie y menos aún he acabado con la vida de nadie. ¿Por qué no me creen? —dijo con voz temblorosa y con alguna lágrima despuntando en sus ojos.

—Y también nos dirás que no has tenido nada que ver con la muerte del Dr. Agirre en Lleida, ¿verdad? —cambió de rumbo del interrogatorio.

—Inspectora, ¿me está acusando de inducir al suicidio al Dr. Agirre? ¿De verdad? —preguntó desconcertado ante lo absurdo que le parecía el cariz que estaba tomando la situación.

—Pol, ¿sabes dónde he estado esta mañana antes de venir aquí?

—No, inspectora. ¿Cómo quiere que lo sepa?

—Por cierto, Dr. Martí, antes de que sigamos con el interrogatorio, ¿desea que su abogado esté presente? Ante los nuevos resultados que hemos obtenido en la investigación en las últimas horas, creo que sería recomendable que le acompañara en estos momentos —el subinspector interrumpió un instante ante el miedo a que cualquier respuesta que pudieran obtener del sospechoso fuera invalidada por la ausencia de su abogado.

—Mi abogado, el Sr. Ramón Mustienes, con el que tuve el placer de hablar ayer, hoy tiene un juicio importantísimo en Zaragoza y no se puede desplazar hasta aquí, pero me dio unas recomendaciones que intentaré seguir al pie de la letra, por lo que podemos continuar sin su presencia.

—Pol, te repito la pregunta que te he hecho con anterioridad, ¿sabes dónde he estado esta mañana antes de venir aquí?

—Inspectora, y yo le repito la mía, ¿cómo quiere que lo sepa?

—Esta mañana he estado en el Institut de Medicina Legal de Lleida hablando con el forense y revisando el caso del Dr. Agirre y, ¿sabes qué hemos descubierto?

—No, no lo sé, pero supongo que me lo va a decir ahora.

—¡Que el Dr. Agirre no se suicidó! ¡Que alguien lo mató y simuló un suicidio! —le gritó de nuevo al oído, pero esta vez cambiando de lado.

—¿Qué? ¿Qué alguien mató al Dr. Agirre? —respondió con gran sorpresa.

—Lo que oye «bueno, después de los dos gritos de Laura no creo que oigas mucho» —le respondió el subinspector.

—Pero ¿quién querría matar al Dr. Agirre? Si era un buen hombre. Si no entendía lo del suicidio, lo del asesinato menos aún —dijo el detenido con cara de asombro.

—No me hagas reír, Pol. Tú tenías motivos para matarlo. Te puteó bien cuando la muerte de tu amigo Ramon. Tú nos lo has explicado y hemos hablado con su esposa y nos ha confirmado este enfrentamiento y lo duro que fue para ambos —a cada palabra que expresaba la inspectora aumentaba el volumen de su voz y se aproximaba cada vez más a la cara del Dr. Martí.

—Inspectora, yo sé que tengo un pronto muy fuerte y que a veces digo cosas un poco salidas de tono, pero nunca mataría a nadie y menos de una forma premeditada. ¡No estoy loco! —dijo gritando de desesperación.

—Dr. Martí, para asesinar a alguien no hace falta estar loco. Con ser un psicópata o tener un mal momento es suficiente —apuntó el subinspector.

—Ahora me acusan de asesino y de psicópata. Esto ya es lo último.

—Pol, ¿cómo asesinaste al Dr. Agirre? —retomó las preguntas la inspectora.

—Que yo no he matado a nadie, ¡joder! —se dejó ir el Doctor.

—No grites y responde la pregunta.

—Inspectora, por favor, créame. Yo no he matado a nadie, de verdad —afirmó con una voz baja y temblorosa continuando su explicación con el mismo tono—. La gran demora en acabar la intervención hizo que no pudiera despedirme de mi amigo, cierto, y eso me causó gran dolor, pero no es motivo para asesinar a nadie. Además, el Dr. Agirre me telefoneó al día siguiente y se disculpó por ello. Y les puedo asegurar que su disculpa era sincera. Sería un cirujano mediocre, pero era una grandísima persona que era muy estimada por todos y cuando las cosas con sus pacientes no iban todo lo bien que él quería, lo sufría en su interior como nadie que yo haya conocido. No, inspectora, el Dr. Agirre no se merecía que nadie lo asesinara y no, yo no he sido su asesino.

El Dr. Martí rompió a llorar fruto de la tensión y los recuerdos y ambos policías le dejaron tranquilo unos instantes. Sabían que no iban a poder seguir con el interrogatorio en esas circunstancias, por lo que prefirieron esperar a que recobrara la calma. Cuando parecía que estaba en mejores condiciones, la inspectora retomó las preguntas.

—Pol, pasemos de alguien que no merecía morir a alguien que quizá sí. ¿Te suena el nombre del Dr. Luis Javier López de Osuna?

—Claro que me suena. Es un cirujano con el que coincidí en Zaragoza —respondió ignorando la que se le venía encima.

—Ah, ¿que coincidiste con él en Zaragoza? —preguntó la inspectora con sorna.

—Sí, después de unos años en Lleida tuve la oportunidad de ir a un gran hospital en Zaragoza y me trasladé allí.

—Y, ¿qué opinión tiene del Dr. López?

—¿Como cirujano o como persona?

—Queremos su opinión de ambas facetas, Dr. Martí —aclaró el subinspector.

—Como cirujano es un prodigio, pero como persona es un hijo de la gran puta —respondió sin pelos en la lengua sin saber que se estaba autoincriminando.

—Y, ¿qué relación tuvo con él en su periplo por Zaragoza?

—No tuve una buena relación con él, pero ¿qué tiene que ver eso con Barcelona y Lleida? —preguntó desconcertado de nuevo.

—Y, ¿no es cierto, doctor, que tuviste un problema en quirófano con el Dr. López, la pérdida de una paciente, y que el susodicho hizo que la familia de la fallecida te denunciara? —la inspectora empezaba a preparar el terreno para su ataque.

—Sí, así es, pero sigo sin entender qué relación tiene esto con el motivo de mi detención.

—¿Y no es cierto también que el juicio fue largo y duro y que causó un gran perjuicio en tu imagen?

—Sí, fue muy duro para mí y para la familia de la víctima, que no se merecía que el doctor López después de asesinar a Vicenta, porque fue un asesinato, les hiciera creer que la culpa de la muerte fuera mía y les empujara a denunciarme para que él pudiera limpiar su reputación.

—¿Nos está diciendo que el Dr. López cometió una negligencia y le quería hacer cargar con el muerto a usted y que encima hizo que le denunciaran?

—Eso es exactamente lo que estoy diciendo.

—Y ¿eso no es motivo para desearle la muerte al Dr. López?

—Sí, es motivo para desearle la muerte. Pero no solo por eso, después del juicio, cuando me absolvieron, me amenazó públicamente con que aquello no iba a acabar así y estuvo semanas

enviándome mensajes amenazadores. Claro que le deseé la muerte, como él deseaba la mía.

—Y, ¿sabes por qué dejó de amenazarte, doctor? —preguntó la inspectora con inocencia.

—Supongo que se cansó de que no le contestara, de que no le hiciera caso. No debía ser divertido para él ver que no me asustaba ni me alteraba. Estoy seguro de que si le hubiera seguido el juego aún estaría enviándome mensajes amenazadores.

—No, doctor, esa no es la causa y tú bien lo sabes. Dejó de amenazarte porque lo mataste la madrugada del 30 de junio —le acusó la inspectora con un brusco cambio de tono de voz tras levantarse y abalanzarse sobre el Dr. Martí.

—Pero ¿qué dice? ¿Que el Dr. López está muerto? —le preguntó sorprendido al mismo tiempo que se retiraba hacia atrás todo lo que pudo.

—¡Efectivamente, Dr. Martí! Muerto y enterrado, bueno, incinerado. Solo han quedado de él las cenizas —le gritó volviendo a aproximar su rostro al del detenido—. No te hagas el sorprendido ya que fuiste tú el que acabó con su vida —prosiguió más calmada.

—¿De qué me están hablando? Si ni siquiera sabía que estuviera muerto —se defendió con vehemencia ante tal acusación.

—Me dirá que no fue usted quien tras emborracharlo le inyectó cocaína en una vena para simular una sobredosis —intervino esta vez el subinspector con la misma dureza que había utilizado su compañera.

—Pero ¿cómo se supone que voy a hacer eso si de vernos nos hubiéramos enzarzado en una pelea? ¿Están ustedes locos? —volvió a defenderse con rotundidad.

—¿Locos? ¿Locos por pensar que finalmente te vengaste de quien te había hecho imposible la vida? —le volvió a gritar la inspectora quien sacó de una carpeta la foto que le dieron en Zaragoza de la sala donde encontraron el cadáver del Dr. López y con un gran golpe la colocó sobre la mesa delante de las narices del Dr. Martí.

—¡Mira esta foto de la casa del Dr. López y dime que no fuiste tú el que lo emborrachó y después le administró la cocaína! —volvió

a abalanzarse sobre él gritándole como una loca y con los ojos saliéndosele de las órbitas.

—¿Y encima dicen que lo maté en su casa? Pero ¿que no ven que no tiene ningún sentido? Un tío que me odia y al que yo odio me va a invitar a su casa para tomar algo. ¿Que no lo ven? ¿Es que no se dan cuenta de que su hipótesis no tiene ni pies ni cabeza? —gritó desesperado al ver lo ciegos que estaban los dos policías.

—¿Nos está diciendo que usted nunca ha estado en esta casa? —insistió ahora el subinspector señalando la foto.

—¡Claro que no! ¿A santo de qué iba ese hijo de la gran puta a invitarme a su casa? ¿Para reconciliarnos? ¿Para echar un polvo? —respondió completamente sorprendido por la estulticia de sus interrogadores.

—Pero mira la foto, ¡joder! —le ordenó la inspectora con gran agresividad.

El Dr. Martí cogió la foto como pudo y la sostuvo entre sus dos manos esposadas. Recorrió la estancia con la mirada hasta que reparó en una vitrina que presidía la sala y se quedó observándola con un rictus que cada momento que pasaba desprendía más sorpresa, más estupefacción y acabó por mostrar terror.

—Inspectora, eso que se ve en la foto, eso de ahí —señaló como pudo con un dedo— ¿es una vitrina en la que hay expuesto instrumental quirúrgico antiguo? —preguntó el Dr. Martí en cuya voz se percibía un gran temor y preocupación.

—Sí, sí lo es —afirmó con rotundidad—. Según parece el Dr. López era un gran coleccionista. Pero, déjate de gilipolleces y mira su cadáver y confiesa de una puta vez que fuiste tú quien lo asesinó —retomó la inspectora su tono agresivo.

Tras oír la respuesta de la inspectora el Dr. Martí entró en shock y su mente retrocedió unos días hasta la conversación que tuvo con su amigo Bruno…

…—Por supuesto que sí. Ambas cosas. Por cierto, ¿qué es eso que te has escondido tan rápidamente en el bolsillo en cuanto he entrado en la sala? —le preguntó a pesar de que lo había visto perfectamente.

—Nada, no es nada —le dijo al mismo tiempo que apoyó su mano en el bolsillo como si su amigo tuviera superpoderes y pudiera ver a través de la tela.

—Venga, dime qué es, hombre.

—Nada, es… un regalo para tu cumpleaños —le soltó lo primero que le vino a la cabeza.

—¿Un regalo para mi cumpleaños? Pero si es el treinta de marzo y estamos en diciembre.

—Ya, pero es que yo soy muy previsor. Bueno, me tengo que ir. Adiós

—¿Pero, a dónde vas tan rápido? Oye, espera, oye —le gritó sin resultado alguno—. ¿Me va a regalar eso para mi cumpleaños? ¿De dónde cojones lo habrá sacado?...

—Dr. Martí, vuelva. ¡Hola! —le gritó la inspectora al mismo tiempo que lo zarandeaba empujándolo por los hombros.

—¡Nooooo! ¡Bruno, nooooo! —gritó con un gran dolor reflejado en su voz y con lágrimas brotando de sus ojos.

—Dr. Martí, ¿qué le ocurre? —preguntó el subinspector muy sorprendido por la actitud del detenido.

El Dr. Martí continuó sin abrirse al exterior rememorando todos los momentos en los que él y su amigo Bruno habían hablado de venganzas: la ópera de Don Giovanni, la cena con los anestesistas en Lleida, la vuelta a casa después de la celebración… y siempre concluían que él no sería capaz de ejecutarlas. Por eso, al recordar el escalpelo que llevaba Bruno y pensando que podía proceder de la colección del Dr. López, su mente ató cabos y vio que su amigo había hecho en su lugar lo que él mismo nunca se hubiera atrevido a hacer: ¡Vengarse!

—Dr. Martí. ¿Bruno? ¿Qué tiene que ver Bruno Ferran en todo esto? —preguntó el subinspector desconcertado.

El Dr. Martí se encontró entre la espada y la pared. Tenía que decidir entre ocultar lo que había descubierto y encubrir a su amigo a riesgo de que la Dra. Mota pudiera morir o delatar a Bruno para intentar salvar una vida inocente. Su conciencia no hubiera podido

cargar con una muerte innecesaria e injusta y, muy a su pesar, decidió explicar lo que sabía.

—El otro día estuve con Bruno en el descanso del área quirúrgica y le sorprendí con un escalpelo antiguo que muy bien podría haber pertenecido a la colección del Dr. López —explicó entre lágrimas y con la voz entrecortada.

—Y ¿por qué iba a tener el Sr. Ferran un escalpelo del Dr. López? —la inspectora no dio credibilidad al detenido.

—Porque él estuvo en la escena del crimen —afirmó con aflicción.

—¿Nos estás diciendo que Bruno Ferran asesinó al Dr. López? —preguntó incrédula la inspectora.

—Sí, eso estoy sugiriendo —respondió con lágrimas en los ojos, unas lágrimas de tristeza porque Bruno hubiera sido capaz de asesinar a alguien y unas lágrimas que reflejaban al mismo tiempo el orgullo de tener un amigo que demostrara tanto amor por su persona.

—Y, ¿cree que también habrá asesinado a los doctores Agirre, Torres y Trullols? —preguntó el subinspector empezando a sospechar que el Dr. Martí pudiera creer realmente lo que estaba diciendo.

—Efectivamente. Creo que Bruno pudo haberlos matado a todos para vengarme ya que sabía que yo no lo iba a hacer —el doctor empezó a recuperar la calma en su voz, pero las lágrimas seguían brotando de sus ojos.

—¿Quieres hacernos creer que el Sr. Ferran es el asesino y no tú? Y, ¿por qué iba a asesinarlos, Dr. Martí? —insistió la inspectora, que no daba ningún crédito a la historia que les estaba relatando el anestesista.

—Porque Ferran y yo somos amigos desde que nacimos. Hemos compartido los mejores y los peores momentos de nuestras vidas y yo siempre estuve cuando él me necesitó. Cuando en el colegio era acosado por unos compañeros yo estuve allí para defenderlo y acabé en el hospital tras pelearme con uno de ellos. Cuando en el conservatorio tuvo un paro cardíaco yo estuve allí para reanimarlo y dar tiempo a que llegara la ambulancia. Le salvé la vida. Siempre hemos sido "*cul i merda*". Él sabía el daño que me

había causado el Dr. López y como supo que yo no iba a hacer nada por vengarme, quizá creyó que era el momento de devolverme lo que yo había hecho por él.

—¡Gilipolleces, Dr. Martí! ¡Eso son gilipolleces! ¿Ahora intentas cargarle el muerto a tu amigo? ¡Eres una mala persona, un desgraciado! —la inspectora descargó sobre él la ira que tenía acumulada en su interior.

—¿Y el resto de las víctimas? —continuó el subinspector dando la oportunidad al detenido de que se explicara ya que no encontraba tan descabellada su versión.

—Son personas con las que he tenido problemas profesionales; pero, a excepción del Dr. Torres, no creo que ninguno debiera haber sufrido el menor daño por ello.

—Si lo que nos estás diciendo es cierto…

—¡Joder, inspectora! —respondió perdiendo el control de su discurso—. ¡Claro que es cierto! Y si usted no fuera tan obtusa y me concediera el beneficio de la duda, aún podríamos estar a tiempo de salvar a la Dra. Mota si nos diéramos prisa. ¿Qué podrían perder si les estuviera mintiendo? —le respondió a pleno grito mientras se levantaba de la silla a la que la inspectora le hizo volver de un empujón.

—Pues podría ser que nos estuvieras mareando para que no encontremos a la Dra. Mota a tiempo de salvarle la vida —le contestó la inspectora empezando a creer que quizá ella pudiera estar equivocada.

—Inspectora, por favor, créame. Yo no he matado a nadie y la única persona que creo que puede haberlo hecho es Bruno —el Dr. Martí parecía hundido de repente. La inspectora no le creía y si no actuaban podría ser que tuvieran que sumar otra muerte a las ya contabilizadas.

—Está bien, Dr. Martí. Te vamos a dar una oportunidad, pero no por ti sino por la Dra. Mota —le comunicó la inspectora sin estar convencida del todo de lo que iban a hacer.

—Si te parece, Laura, llamaremos al hospital para saber si el Sr. Ferran está allí e ir a detenerlo —propuso el subinspector a su compañera.

—Me parece bien. Voy a ir a hacer la llamada.

La inspectora salió de la sala mientras el subinspector decidió retirarle las esposas al detenido. Tras unos minutos volvió a entrar con mala cara.

—El Sr Ferran no ha ido hoy a trabajar. ¿Sabes dónde podemos encontrarlo?

—Tiene un pequeño apartamento en el Raval, pero no creo que esté allí si tiene secuestrada a la Dra. Mota. Supongo que estará en su torre —respondió más calmado ya que su inocencia podría ser que fuera demostrada, pero triste al mismo tiempo de que el culpable pudiera ser su amigo del alma. Sentía que estaba actuando mezquinamente con Bruno, pero él era médico y salvar la vida de una persona estaba por encima de todo.

—Bien, pues condúzcanos a ella —le sugirió la inspectora.

—Me encantaría hacerlo, pero no recuerdo donde está —le contestó ansioso.

—¿Nos está diciendo que no sabe dónde está la torre de su amigo del alma? —preguntó la inspectora pensando que igual no era tan buena idea y que lo que quería el detenido era ganar tiempo.

—La tiene desde hace poco tiempo y solo he estado allí una vez y era de noche por lo que no recuerdo muchos detalles del trayecto —se disculpó desesperado el Dr. Martí.

—¿Y no tiene en el GPS del coche memorizados sus últimos destinos? —sugirió esa posibilidad el subinspector.

—Mi coche es muy antiguo y no tiene esas comodidades modernas —volvió a disculparse el doctor cada vez más apesadumbrado.

—¿Y en el teléfono tampoco? —la incredulidad de la inspectora volvió a resurgir.

—No, tampo… sí, en el teléfono sí—exclamó aliviado.

—Pues vamos a buscar sus pertenencias.

Los tres salieron del área de interrogatorios y fueron a buscar los objetos personales del detenido. Tras recuperar su teléfono y conectarlo a la red unos instantes para que tuviera un mínimo de batería salieron corriendo hacia el vehículo de la inspectora y subieron a él.

—Bonito coche, inspectora. Un Audi Coupé, todo un clásico. Me encanta —expresó con verdadera admiración a pesar de lo complicado de la situación.

—Muchas gracias, pero no pierda el tiempo y busque la dirección del Sr. Ferran en su GPS, doctor.

—Ya voy, pero es que no recuerdo cómo la memoricé. Bueno, de hecho, me la memorizó él.

Fue buscando posibilidades: Ferran, anestesia, Anästäsia, hasta que recordó la broma de Torre Bruno. Bingo, esa era la clave.

—Ya lo tengo, ahora me indicará el rumbo. ¿Quieren que le llame para intentar averiguar algo sutilmente? —se ofreció el Dr. Martí.

—¡No! De ninguna manera —lo detuvo la inspectora—. Él sabe que usted está detenido y si recibe una llamada suya podría sospechar alguna cosa. Sigamos con el plan. Doctor, inicie el guiado al destino.

—Ahora mismo, inspectora.

42

Tras algo más de veinte minutos de conducción entre carretera y caminos llegaron a una zona que le resultó familiar al doctor hasta que finalizaron el recorrido en un camino sin salida que topaba con una verja coronada por un cartel en el que se podía leer TORRE ANÄSTÄSIA.

—¡Es aquí! —gritó el Dr. Martí al tiempo que la inspectora detenía el vehículo.

Los tres ocupantes descendieron del coche y se dirigieron a la puerta del vallado de la finca con intención de entrar, pero un candado impedía la apertura de la puerta.

La inspectora regresó a su coche y del maletero sacó una pata de cabra con la que intentaría reventar el cierre. Tras varios intentos infructuosos y rechazar dos veces la ayuda de su compañero consiguió abrir la verja.

—A golpes hubiera sido más fácil, pero no quería advertir al asesino de nuestra presencia —justificó así la demora en abrir la puerta.

El Dr. Martí al oír la palabra asesino refiriéndose a su íntimo amigo sintió como si un caballo le hubiera dado una coz en el estómago. No podía creer que Bruno hubiera asesinado a alguien para devolverle todo lo que había hecho por él, pero «¿Para qué están los amigos?», supuso que Bruno pensó cuando decidió vengarle. ¿Para qué están los amigos?

—Usted quédese aquí, Dr. Martí. Esto es un asunto policial.

—Pero, inspectora, ahí dentro puedo serles de utilidad. Si la Dra. Mota está viva quizá pueda convencer a Bruno para que la libere sin que nadie sufra ningún daño. ¡Por favor, inspectora!

—Está bien, puede que tenga razón. Acompáñenos. ¿Por dónde vamos ahora?

—Inspectora, ya les he dicho que sólo he estado aquí una vez y ni tan siquiera llegué a entrar.

—Mirad, ahí está la puerta principal, pero quizá sea mejor buscar una entrada alternativa —propuso el subinspector.

—Ahí hay un almacén y parece que la puerta está entreabierta —comentó el Dr. Martí.

Los dos policías desenfundaron sus armas y junto con el Dr. Martí, al que se le hizo un nudo en la garganta al observar las pistolas, se dirigieron con sigilo hacia la puerta del almacén. Cuando llegaron a ella fue la inspectora la que introdujo la cabeza para echar un vistazo inicial y decidir cuál sería el siguiente paso. Por suerte había algo de iluminación en el local y tras una ojeada en profundidad se retiró hacia el exterior para comentar con sus compañeros lo que había visto.

—Es un almacén muy grande y me ha dado la sensación de que comunica con el interior de la casa, pero lo que me ha parecido más importante de todo es que he visto los vehículos de los doctores Torres, Trullols y Mota —explicó a su compañero y al Dr. Martí, quien se sintió derrotado al confirmarse lo que tanto deseaba que no fuera verdad, que su amigo era el asesino que buscaban.

—Lo siento, doctor, pero parece que tenías razón con Bruno. También sentimos haberte acusado a ti, pero todo nos llevaba hacia tu persona —se disculpó sinceramente la inspectora sin obtener respuesta alguna de un afligido Dr. Martí.

Los tres, guiados por la inspectora, pusieron rumbo hacia la puerta que se veía al fondo del almacén, y una vez allí, Laura repitió la maniobra típica de un submarino con un periscopio. Divisó un pasillo largo con dos puertas a cada lado y una al final del corredor. Todas estaban cerradas por lo que entrar en el pasillo no parecía arriesgado y se decidieron a hacerlo. El subinspector propuso que cada uno de ellos se acercara a una puerta y pusiera la oreja para comprobar la existencia de actividad en el interior y así lo hicieron sin obtener resultado alguno en las cuatro puertas laterales y así los tres acabaron encontrándose frente a la puerta final a través de la cual se podía sentir cierto murmullo.

—Se oye algo de ruido, pero no puedo identificar qué es.

—Yo tampoco lo identifico, Laura, pero si Bruno está en la torre tiene que estar aquí dentro.

La inspectora tomó el pomo de la puerta y lo giró con cautela con la intención de comprobar si podrían entrar sin hacer ruido o deberían tirarla abajo con brusquedad. Por suerte el pomo giró con suavidad hasta desbloquear la cerradura, pero la inspectora decidió no abrir la puerta hasta hablar con su compañero.

—David, no sabemos lo que nos vamos a encontrar ahí dentro. No sabemos si habrá un cadáver o la Dra. Mota aún seguirá con vida y tampoco sabemos con certeza si Bruno estará dentro.

—Yo creo que Bruno está en la casa. El cuarto vehículo que había en el almacén es el único que tiene y junto a la puerta he visto su bicicleta. No creo que con lo aislada que está esta torre haya ido andando a ningún sitio —expresó su opinión el Dr. Martí.

—De acuerdo. ¿Qué propones, Laura?

—Abriremos suavemente la puerta, pero no dispararemos si no es estrictamente necesario, ¿de acuerdo?

—Por favor, no lo matéis —suplicó el Dr. Martí sujetando el brazo armado de la inspectora.

—Pol, no tenemos la intención de matar a nadie, pero no podemos permitir que muera otro inocente —le explicó con rotundidad la inspectora.

—Lo sé, inspectora, pero es que Bruno es como mi hermano, más que eso, es como mi gemelo y no quisiera que muriera. Por favor, déjame hablar con él si no atiende a razones —le imploró a la inspectora con voz temblorosa.

—Dr. Martí, ya le hemos dicho que no tenemos intención de matarle. Si no hay riesgo para la vida de la Dra. Mota haremos todo lo posible para detenerlo vivo y si tienes que ser tú quien lo convenza para que se entregue dialogando con él, así será —tranquilizó el subinspector al preocupado doctor.

Una vez hubieron planificado la actuación que llevarían a cabo, la inspectora repitió la maniobra con el pomo de la puerta, pero en esta ocasión la abrió lentamente y fue su arma la que avanzó en cabeza. Cuando la puerta ya estuvo entreabierta introdujo su cabeza y observó la sala. Las baldosas blancas de las paredes le recordaron

una carnicería antigua, «mal augurio» pensó. En el centro había una mesa en la que se encontraba estirado un cuerpo, presumiblemente el de la Dra. Mota y sentado a su lado había un hombre que no podía ser otro que Bruno Ferran. Con el máximo sigilo del que fueron capaces entraron en la sala y cuando tuvieron al hombre a tiro la inspectora le pidió que levantara las manos.

—¡Policía! ¡Manos arriba! ¡Sr. Bruno Ferran, queda usted detenido! —le ordenó la inspectora al tiempo que le apuntaba con su arma.

Bruno se sorprendió de la intromisión y se levantó de la silla, pero no se alejó de la mesa que se interponía entre él y los intrusos, entre los cuales aún no había distinguido a su amigo Pol.

—¡No se acerquen o la mato! —gritó Bruno al verse sorprendido y amenazado.

—¡Levante los brazos! ¡Ahora! —gritó el subinspector.

—¡No se muevan o le inyecto el contenido de esta jeringuilla! Hay suficiente cloruro potásico como para volver loco el corazón de un elefante —amenazó Bruno dejando ver lo que lleva entre sus manos.

—¡No, Bruno! ¡No, no lo hagas! —le pidió el Dr. Martí a su amigo con una voz enérgica, pero cargada de sufrimiento.

—¿Pol? ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí? —preguntó muy sorprendido al descubrir que era su amigo quien estaba con la policía.

—Sí, soy yo, Bruno y he venido para intentar que no lo empeores todo, para evitar la muerte de la Dra. Mota —le dijo con gran serenidad.

—¿Está viva todavía? —preguntó la inspectora.

—Sí, agente, está viva todavía, de otro modo no amenazaría con matarla si se mueven —respondió con una sonrisa en los labios al mismo tiempo que señalaba la jeringuilla cargada de cloruro potásico.

—Soy la inspectora Sans y este es mi compañero, el subinspector Palau, y le recomiendo que no haga ningún movimiento en falso si no quiere que le llene el cuerpo de plomo.

—Bruno, por favor, suelta la jeringuilla y deja que atienda a la Dra. Mota —le suplicó Pol a su amigo.

—No puedo hacer eso, Pol. La doctora merece morir.

—Pero ¿por qué merece morir? ¿Por qué lo has hecho?

—¿Que por qué lo he hecho, Pol? Tú mejor que nadie deberías saberlo.

—No, Bruno. Ni lo sé ni lo entiendo —le respondió con una voz apagada y desconcertada.

—Pol, ¿qué es lo que no entiendes?

—Bruno, no entiendo por qué has matado a cuatro personas —le dijo con lágrimas en los ojos—. Aunque no todos eran unos ángeles, no creo que merecieran morir, ni tan siquiera el Dr. López.

—Pol, el Dr. López era un cabronazo hijo de la gran puta que para intentar salvar su culo puso a todo el mundo en tu contra, obligó a la familia de la fallecida a que te denunciara y como no se salió con la suya siguió jodiéndote la vida con mensajes y amenazas. Si no lo hubiera matado hubiera continuado su presión hasta conseguir que te volvieras loco, amigo mío.

Laura intentó aproximarse a Bruno aprovechando que este conversaba con su amigo y no la miraba, pero no le pasó desapercibida la estrategia de la inspectora.

—¡Inspectora!, no dé un paso más o verá cómo late un corazón fibrilando —le gritó mientras señalaba con el mentón el tórax de la Dra. Mota.

—Está bien, Bruno. No me moveré más.

—Bruno, entiendo que quisieras ayudarme, pero no era necesario que lo mataras.

—Pero ¿que no has estado mucho más tranquilo desde que lo quité del medio? ¿Que no has estado más relajado desde que murió el Dr. Torres?

—Es verdad, Bruno, pero esa no era la manera de solucionar el problema —le dijo en un tono paternalista.

—Pol, ¿no recuerdas todas las veces que hemos hablado de venganza?

—Claro que lo recuerdo, pero era una manera de hablar. Era un modo de expresar un sentimiento, pero nunca con la intención de

llevarlo a cabo.

—Pero no me negarás que el Dr. López y el Dr. Torres se merecían la muerte —intentó Bruno que su amigo le respaldara en su decisión.

—Claro que merecían la muerte y te lo agradezco enormemente, Bruno, pero ¿qué ha hecho la Dra. Mota para merecerla?

El Dr. Martí creyó que dándole la razón en el caso de la muerte de dos malas personas conseguiría que su amigo entendiera que quizá la Dra. Mota, una persona que nada tenía que ver con los doctores Torres y López, no era merecedora de ese castigo. El subinspector entendió rápidamente la estrategia del anestesista, pero la inspectora inicialmente pensó que el Dr. Martí se había trastocado por la situación.

—¿Que qué ha hecho? No os ha permitido a ninguno de vosotros que ayudarais a sus pacientes, ni durmiendo los ojos ni proporcionándoles un mínimo de confort con una ligera sedación.

—Sí, pero eso no es motivo para que muera, ¿no crees?

—Pol, la verdad es que ya no sé qué creer. Cuando te he visto sufrir tanto a causa de los problemas que has tenido he sentido que tenía que devolverte todo lo que habías hecho por mí —la voz de Bruno empezaba a perder tensión.

—Bruno, no tenías que devolverme nada, amigo. Yo siempre te he ayudado en lo que he podido porque eres mi amigo y te quiero más de lo querría a un hermano.

—Precisamente por eso, porque nos queremos tanto no podía quedarme de brazos cruzados cuando alguien te estaba haciendo daño —las lágrimas aparecieron en los pómulos de Bruno y sus palabras comenzaron a entrecortarse—, verte sufrir me rompía el alma y no podía soportarlo ni consentirlo —las lágrimas se convirtieron en llanto.

—Bruno, amigo, por nuestra amistad y por todo lo que nos queremos, suelta la jeringuilla y deja libre a la Dra. Mota. No quiero que el mejor amigo que he tenido nunca y que nunca tendré pase más tiempo del imprescindible alejado de mí.

—Pol, lo siento mucho. Pensaba que estaba haciendo lo correcto. Tú me has salvado la vida en dos ocasiones y no dudé en sacrificar la mía si era necesario para que tú recuperaras la tuya.

En ese momento los dos amigos empezaron a llorar desconsoladamente y parecía que todo iba a concluir de la mejor manera cuando de repente sonó el timbre del temporizador que alertaba a la Dra. Mota que en cinco segundos, si no apretaba el pulsador, se produciría una descarga eléctrica. Sorprendida por el sonido, la inspectora Sans apretó el gatillo de su pistola y la bala que salió de su cañón fue a alojarse en el hombro derecho de Bruno y este, al caer al suelo por el impacto, dejó caer la jeringuilla que contenía el suero que podía haber acabado con la vida de la Dra. Mota.

—¡Brunooooo! —gritó el Dr. Martí y salió corriendo para ver en qué estado se encontraba su amigo. Al llegar a él descubrió que afortunadamente sólo tenía un rasguño en el hombro.

La inspectora Sans corrió también hacia Bruno e intentó esposarlo, pero el Dr. Martí se lo impidió. No quería ver a su amigo así y ella, después de haber acusado y acosado injustamente al doctor, entendió que no era necesario imponerse por la fuerza en ese momento.

El subinspector Palau se dirigió hacia la Dra. Mota para liberarla de sus ataduras y, cuando estuvo a punto de tocarla, se produjo sobre el cuerpo de la oftalmóloga la descarga eléctrica que estaba programada, pero la doctora no reaccionó ante el dolor causado ya que estaba en coma después de casi cinco días sin poder conciliar un sueño reparador.

—¡Pol, desconecta esos cables! —le gritó Bruno a su amigo al mismo tiempo que intentaba señalarlos con su brazo herido.

El subinspector Palau se adelantó al anestesista y arrancó los cables que unían a la Dra. Mota con el artilugio creado por Bruno para no dejar dormir a la oftalmóloga, especialista en anestesias tópicas sin sedación, mientras que el Dr. Martí se quedaba con su amigo llorando los dos abrazados.

43

Unos días después

La inspectora Sans, el subinspector Palau y el comisario Pou se encontraban en el despacho de este último cerrando la investigación que habían estado realizando en las últimas dos semanas.

—Antes de entrar en cuestiones policiales, ¿cómo está la Dra. Mota? —el comisario se interesó por el estado de la última víctima de Bruno Ferran.

—La Dra. Mota continúa en cuidados intensivos, pero ya la han sacado del coma inducido en el que la habían mantenido desde que fue liberada. No saben qué tipo de secuelas físicas y psíquicas le quedaran, pero tienen la esperanza de que se recupere al cien por cien —sintetizó David Palau.

—Me alegra oírlo, David. Vayamos con algunas dudas que tengo respecto al caso.

—Tú dirás, Jordi.

—¿Por qué Bruno pasó de asesinar médicos que realmente eran malas personas y habían causado gran daño a su amigo a asesinar pobres doctores inocentes que carecían de maldad?

—La verdad, Jordi, una vez concluidos los interrogatorios hemos podido deducir que tras ajusticiar al Dr. López le embargó un deseo, una necesidad de liberar a su amigo de todas aquellas personas que le podían causar daño. Él pensaba que su amigo estaba sufriendo por las acciones de sus compañeros de quirófano.

—¿Podemos decir que se trastocó?

—En cierta manera, sí.

—Y ya que estamos aprovechando tus conocimientos en psicología, ¿por qué crees que intentó que los dos primeros asesinatos pasaran desapercibidos, intentó que uno pareciera un accidente y el otro un suicidio, pero en cambio quiso evidenciar que

los dos siguientes, los de Barcelona, habían sido asesinados por su condición de médicos? —preguntó la inspectora intentando resolver una duda que hasta ese momento no había verbalizado.

—Bajo mi punto de vista, en los dos primeros casos su deseo fue castigar a las víctimas por sus actos y en el caso del Dr. López evitar que siguiera martirizando a su amigo, pero creo que pensó que esas muertes no servían de ejemplo a otros médicos, que nadie aprendería la lección, por lo que consideró que si todo el mundo era conocedor del motivo de su muerte, que habían sido castigados por una conducta inapropiada con sus compañeros, puede que alguno aprendiera la lección y rectificara su actitud.

—Bueno, como teoría no es descabellada en la cabeza de alguien que se ha trastocado, pero no creo que nadie se sintiera invitado a cambiar su actitud después de esas muertes —concluyó el comisario.

—Yo tampoco —coincidió la inspectora con su superior.

—Ni yo, pero no se me ocurre otra explicación.

Durante unos minutos más y otro café siguieron cerrando los últimos flecos antes de confeccionar el informe final sobre el caso. Cuando todo estuvo atado la inspectora se levantó de la silla con intención de abandonar el despacho.

—Compañeros, permitidme que me ausente, pero he quedado con el Dr. Martí para pedirle las disculpas que creo que le debemos. Lo acusamos y lo acosamos y después resultó ser inocente y además nos ayudó a resolver el caso en el que, para más inri, estaba incriminando a su mejor amigo lo que le hizo sentir despreciable y mezquino.

—De acuerdo, Laura. Discúlpate también en nuestro nombre —le dijo el comisario.

—Así lo haré —respondió la inspectora al abandonar el despacho.

44

Tras conducir hasta el Hospital del Mediterrani la inspectora estacionó su vehículo lo más lejos que pudo de las oficinas del parquin y se dirigió a la salida del edificio que daba al paseo marítimo.

Pasados apenas cinco minutos el Dr. Martí salió por la puerta del hospital. Había concluido su guardia de veinticuatro horas y aún era noche cerrada ese día de diciembre. La inspectora se acercó a él mientras le saludaba con el brazo en alto para que percibiera su presencia.

—Hola, Dr. Martí —saludó con una dulzura impropia de ella.

—Hola, inspectora Sans.

Ambos se aproximaron hasta que en el momento que ya estaban lo suficientemente cerca no supieron si darse un beso en la mejilla o chocarse la mano. Hicieron el amago de besarse, pero finalmente acabaron estrechándose la mano.

—Buenos días, doctor. ¿Cómo ha ido la guardia?

—La guardia, como siempre. Mal, mucho trabajo y muy complicado. He podido descansar un par de horas y dormir apenas unos treinta minutos.

—Si quiere podemos dejar el café para otro día si está muy cansado —sugirió la inspectora con cierto tono de decepción en sus palabras.

—No se preocupe, inspectora, estoy acostumbrado a dormir tan poco. Podemos tomarnos ese café, pero después de nuestra relación tan próxima en estos días previos, creo que podría llamarme Pol, ¿no cree? —le dijo con una sonrisa en la cara.

—Tienes razón, Pol. Y tú llámame Laura, por favor —le respondió con cierto sentimiento de culpa por el trato que le había dispensado en los interrogatorios.

—De acuerdo, Laura. ¿Quieres que vayamos a algún bar del paseo marítimo? —le propuso Pol.

—Si no te importa, prefiero que vayamos a uno que conozco que está por la parte de atrás del hospital, nada más cruzar la calle. Es un bar donde van los Mossos que hacen servicios de vigilancia en el hospital si hay algún ingresado que la precise.

—Me parece perfecto —le respondió Pol.

Ambos comenzaron a caminar en dirección a la parte posterior del hospital bordeándolo por el flanco sur hasta llegar a la calle. Como el semáforo para los peatones estaba en rojo, se detuvieron esperando su turno para cruzar.

—Mira, ese coche lo conduce Ramoncín —dijo la inspectora de un modo espontáneo sin pensar que seguramente el Dr. Martí no iba a saber a qué se refería.

—Vaya, tienes razón —le respondió con la normalidad del que entiende el juego que le proponen.

—¿Sí? ¿Sabes por qué lo digo? —preguntó sorprendida.

—Pues claro. Me encanta jugar con las letras de las matrículas. Ramoncín es conocido como "el rey del pollo frito". La marca más famosa de pollo frito que existe en el mundo es "Kentucky Fried Chicken" y las letras de la matrícula de ese coche son KFC. Fácil —le explicó su deducción con gran naturalidad.

—Vaya, me dejas sorprendida. No sabía que hubiera más gente que jugara con las letras de las matrículas.

—Con las letras y con los números —añadió Pol.

—¿Con los números también?

—Sí, desde pequeño se me han dado muy bien tanto las cifras como las letras. Tengo un amigo que me dice que soy un hombre del renacimiento.

—¿También pintas y haces esculturas? —preguntó maravillada.

—¡Qué va, eso se me da fatal!

Ambos sonrieron y se mantuvieron en silencio hasta que entraron en el bar. Tomaron asiento en una mesa ubicada frente a una ventana desde la que se divisaba la inmensidad del hospital e inmediatamente llegó un camarero que les preguntó qué deseaban a tomar.

—Yo tomaré un café con leche, sin azúcar —le indicó la inspectora.

—Pues yo querré un café con leche con dos sobres de azúcar y un croissant de chocolate. Muchas gracias.

—No te cuidas mucho para ser médico, ¿no? —le preguntó sorprendida Laura por el desayuno de Pol.

—Si te hubieras pasado veinticuatro horas trabajando casi sin parar te darías permiso para esto y para mucho más, pero si estás preocupada por mi salud, que sepas que el resto de los días me cuido mucho —le dijo sonriendo.

—Me alegra saberlo, Pol.

En ese momento apareció el camarero con el desayuno y lo depositó cuidadosamente en la mesa. El Dr. Martí tomó los dos sobres de azúcar y los vertió en su taza de café con leche y empezó a removerlos. La inspectora miró con mucha atención cómo lo hacía.

—Pol, me he fijado que estás haciendo girar la cucharilla para remover el azúcar en sentido contrario a las agujas del reloj «como lo hago yo».

—Sí, siempre lo hago así. ¿Qué tiene de especial?

—Pues tiene de especial que la mayoría de la gente lo hace al revés, hacen girar la cucharilla en el mismo sentido que lo hacen las agujas del reloj.

—Ah, pues no lo sabía y mira que a mí se me escapan pocas cosas.

—Pol, ¿te importa si te hago un pequeño test? —se atrevió a preguntar al ver la gran compatibilidad que presentaba el anestesista con ella.

—¿Perdón? —respondió sorprendido Pol.

—No, que si te puedo… no, nada, tonterías mías —le respondió Laura tras recordar la contestación que le dio el doctor la primera vez que hablaron y este expuso que la anestesia no era un algoritmo.

—Bueno, si tú crees que es una tontería.

—Sí, es una tontería «no lo creo, pero no lo entenderías». Pol, cambiando de tema. Quería hablar contigo porque creo que te mereces una disculpa por todo lo que has pasado estos días —

empezó a entrar en el tema real del encuentro con cierta dificultad ya que no estaba acostumbrada a disculparse.

—Soy todo oídos, inspectora —le respondió intentando que Laura se sintiera más liberada.

—Pol, te acusamos injustamente, te presionamos todo lo que pudimos, incluso te insultamos y te apretamos las esposas más de lo que tocaba, pero…

—¿Pero? —preguntó con cierta sorna el Dr. Martí invitando a la inspectora a que siguiera con su disculpa.

—Pero es que eras el sospechoso que daba mejor el perfil del asesino. Tenías motivos, habilidades para matar del modo que murieron, no podías aportar coartadas creíbles y, además, tu comportamiento en los interrogatorios aumentaba la creencia de que tú habías matado a los doctores. La sangre fría con la que afrontabas nuestra presión y lo desafiante que te mostrabas en ocasiones fortalecía las sospechas y nos hizo pensar que eras un psicópata que estaba jugando con nosotros.

—Laura, entiendo que sospecharais de mí. Es normal que lo hicierais —intentó tranquilizar a la inspectora.

—Así es, Pol, pero estábamos equivocados y por eso quería disculparme.

—Estás en lo cierto, estabais equivocados —le respondió haciendo un juego de palabras.

—Pol, hay una cosa que no entiendo. ¿Por qué no te defendiste? Mi compañero David me ha explicado su teoría, pero prefiero que me des tu versión, ya que no acabo de comprenderlo.

—Laura, ni yo mismo lo entiendo. Hay veces que hago alarde de un autocontrol propio de un monje budista y en otras ocasiones exploto por lo más mínimo, pero el hecho de ser algo tan grave, una acusación de asesinato, hizo que mi parte más zen dominara mi estado de ánimo —explicó Pol.

—¿Así de sencillo?

—No, la verdad es que no. En mi profesión es muy importante tener un gran autocontrol en las situaciones complicadas. Si yo no soy capaz de mantener la calma cuando la vida de una persona está en juego, el resto del personal de quirófano tampoco la mantendrá y

allí reinaría el caos, por lo que la vida del paciente correría más peligro aún.

—Eso lo entiendo, pero no me acaba de cuadrar del todo.

—Es normal, Laura. A esto se le añade el hecho de que recientemente había pasado por una situación muy parecida. Había sido acusado injustamente de la muerte de una paciente y eso me había afectado mucho. La acusación, el juicio…

—El caso del Dr. López en Zaragoza —le interrumpió Laura.

—Exactamente. Vuestras acusaciones me hicieron volver a esos momentos tan duros y mi mente lo rememoró todo y me obligó a asumir que me encontraba de nuevo en una situación parecida y que luchar no serviría de mucho. Mi cerebro me hizo bajar los brazos, aunque a veces me pudiera revelar y mostrar chulería o prepotencia ante vuestras preguntas.

—Creo que empiezo a entenderlo. Tu defensa psicológica era no luchar ante una batalla que no podías ganar en ese momento. No desgastarte inútilmente en algo que no te iba a beneficiar, es más, te perjudicaría.

—Así lo entiendo yo, aunque era todo de manera inconsciente. Yo no actué así premeditadamente.

—Pol, te pido disculpas, en mi nombre y el de mis compañeros. Sentimos mucho haberte hecho pasar ese trago y nos duele más aún que te haya ocurrido por segunda vez —la inspectora se disculpó con total sinceridad al tiempo que alguna lágrima se le escapaba. Se levantó con la voluntad de abrazar al Dr. Martí quien leyó su intención y también se levantó. Ambos se fundieron en un abrazo en el que la inspectora pudo sentir la fortaleza del torso de Pol y el aroma de masculinidad que desprendía.

—Voy a pagar que va siendo hora de que regrese a casa —dijo el doctor rompiendo ese momento que tanto había gustado a la inspectora.

—De eso nada, Pol. ¿Te vengo a pedir disculpas y encima vas a pagar tú? —le dijo mientras se le adelantaba en su camino hacia la barra.

—A sus órdenes, mi inspectora.

Cuando la inspectora hubo pagado la consumición y salieron a la calle el Dr. Martí inició la despedida.

—Laura, no te guardo ningún rencor por todo lo que ha pasado. Tú estabas intentando hacer tu trabajo lo mejor que podías y yo he sido víctima, otra vez, de las circunstancias.

—Gracias por entenderlo, aunque eso no hará que me sienta menos culpable, aunque si me permites que te lleve a casa en coche, quizá disminuya mi malestar.

—Te lo agradezco en el alma, pero tú no sabes el placer tan enorme que es volver a casa después de una guardia dando un paseo que me despeja la cabeza y me calma la ansiedad del enclaustramiento sufrido en las últimas veinticuatro horas.

—Después de tantas horas sin dormir, ¿no tienes prisa por volver a casa y meterte en la cama a echarte en los brazos de Morfeo, como se dice vulgarmente?

—Laura, llegaré a casa y me tumbaré en la cama, pero no dormiré. Mi cerebro está acostumbrado a dormir muy poco.

—Y, ¿por dónde vas a ir a casa?

—Volveré al paseo marítimo y llegaré hasta Juan de Borbón y desde allí ya subiré hasta Gràcia.

—¿Te importa si te acompaño un rato? —le preguntó con cierto nerviosismo.

—Por supuesto, acompáñame si quieres —le respondió con satisfacción.

Ambos se dirigieron al paseo marítimo y empezaron a recorrerlo en dirección sur, uno al lado del otro, ambos vestidos con camiseta deportiva, tejanos, chaqueta de montaña Ternua y zapatillas Salomon.

—Entonces, podríamos decir que eres el anestesista insomne —le dijo la inspectora al Dr. Martí.

—Sí, así es. Soy el anestesista insomne.

EPILOGO

Lunes, 29 de junio de 2020

Después de muchas semanas de seguimiento e investigación de los hábitos y costumbres del Dr. López de Osuna había llegado el día. Había urdido un plan perfecto que estaba a punto de ejecutar. El Dr. López era un asiduo de La Romareda, de los buenos restaurantes y de los pubs de su ciudad y el Dr. Bartolo había tomado buena nota de todo ello.

Ese lunes de finales junio, día de San Pablo, se celebraba el derbi aragonés de segunda división. El Real Zaragoza contra la Sociedad Deportiva Huesca, el partido de mayor rivalidad que pudiera celebrarse en Aragón, y a pesar de ser lunes y que el encuentro daba comienzo a las 21:45, las gradas estaban abarrotadas.

El Dr. Bartolo eligió ese día teniendo en cuenta de que a pesar de que el estadio estaría lleno, una vez acabado el encuentro la gente se dispersaría y no sería complicado hacer un seguimiento del Dr. López, aunque si seguía su rutina habitual, sabría dónde encontrarlo en caso de pérdida. Había comprado su entrada con antelación para evitar que se agotaran y porque también quería disfrutar del partido y del ambiente. No era muy futbolero, pero esos eventos siempre son atractivos de ver. Disfrutó más de las gradas que del césped.

Cuando faltaban cinco minutos para el final de los noventa reglamentarios decidió abandonar el estadio para posicionarse en un lugar desde el cual pudiera localizar a su víctima y seguirla hasta su destino más probable: su restaurante habitual.

El hecho de que saliera antes del pitido final hizo que se perdiera el gol con el que la Sociedad Deportiva Huesca ganaba el partido y se hacía con el derbi aragonés. Javi Galán marcó el 0-1 en

el minuto 95 y permitía así al conjunto altoaragonés soñar con el ascenso a primera división. Los fatos no reblaron y consiguieron doblegar a los maños en su estadio. Él tampoco reblaría en su empeño de llevar a buen puerto su venganza.

Una vez el trencilla dio por finalizado el encuentro, el estadio empezó a vaciarse de los alegres triunfadores y de los tristes perdedores, pero al Dr. Bartolo sólo le interesaba uno de ellos, el Dr. López. Cuando lo distinguió entre la multitud se dirigió hacia él y lo siguió a una distancia prudencial. No iba a ser reconocido porque nunca se habían visto, pero no quería por nada del mundo que el Dr. López se pudiera sentir vigilado o perseguido.

El Dr. Bartolo había dejado aparcado su coche en las proximidades de la Romareda por si su víctima hubiera decidido ese día no seguir su costumbre de ir al restaurante andando, pero no cambió sus hábitos. Él y sus amigos tomaron el Paseo de Isabel la Católica en dirección al centro. Cuando el Dr. López y sus acompañantes tomaron la calle de los Mártires el Dr. Bartolo no pudo más que pararse a reír.

—No puede ser más acertado el nombre de la calle. No vas a ser un mártir, pero finalizarás como uno de ellos —dijo intentando contener la risa para no llamar la atención de los viandantes.

El Dr. López y sus colegas continuaron su camino hasta llegar a la calle de los Estébanes, lugar donde se encontraba su restaurante favorito: "Los manjares del tubo", al que accedieron inmediatamente.

El Dr. Bartolo decidió que mientras su víctima cenaba tranquilamente, él aprovecharía para tomar un bocado y eso hizo en una pequeña taberna muy próxima. Cuando hubo comido algo rápido se apostó en la puerta de Los manjares esperando la salida del Dr. López.

Pasadas más de dos horas el grupo de amigos salió del restaurante y empezaron su habitual peregrinaje por los bares del tubo. Después de dos paradas, el Dr. Bartolo vio que el vía crucis era el habitual y decidió ir a esperarlos al pub que le había parecido el idóneo para llevar a cabo su parte final del plan: "El que tubo, retubo". Ese lugar le pareció perfecto ya que el lavabo estaba muy

cerca de la salida y no había que pasar por delante de la barra ni de la pequeña pista de baile, si a diez metros cuadrados se le puede llamar así, para salir a la calle.

Cuando el Dr. Bartolo consideró que el Dr. López y sus amigos no podían tardar mucho en llegar al pub entró en él, se sentó a la barra y pidió una cerveza sin alcohol, ante lo que el camarero le regaló una mirada nada amistosa. Quince minutos más tarde entró el grupo de amigos que esperaba y se dirigieron a una mesa que estaba libre y tomaron asiento. Pidieron sus consumiciones y continuaron su particular fiesta.

En un momento dado, el cirujano se levantó de la mesa y se dirigió zigzagueando al baño, momento que aprovechó el Dr. Bartolo para entrar detrás de él. Ambos se ubicaron en urinarios contiguos con la mirada pegada a la pared. El Dr. Bartolo giró discretamente la cara y miró al cirujano y empezó a contarle un chiste como si no lo conociera de nada.

—Se levanta el telón y se ve a Tom Cruise en esta misma posición que tenemos tú y yo. Se baja el telón. Se levanta el telón y media hora más tarde Tom Cruise continua en la misma posición. ¿Título de la película?

—¿Perdón? —respondió sorprendido de la pregunta y de la situación en la que había sido realizada.

—Sí, es un chiste-adivinanza. ¿Título de la película? —repitió el Dr. Bartolo haciéndose más el simpático si cabe.

—Ni idea —respondió el cirujano con voz gangosa.

—¡¡Micción Imposible!! —ambos se pusieron a reír a carcajadas, las del Dr. Bartolo forzadas y las del Dr. López facilitadas por las grandes cantidades de alcohol que había ingerido.

—Muy bueno… la verdad es que es muy bueno.

—¿Dr. López? ¿Es usted el famosísimo Dr. López de Osuna? —preguntó simulando gran sorpresa y admiración.

El Dr. López se lo quedó mirando, y balanceándose y casi balbuceando le respondió:

—Pues claro que soy el famosísimo Dr. López. El mejor puto cirujano de Zaragoza, Aragón y casi de toda España.

—Por supuesto que sí que es usted el mejor cirujano de España, su fama le precede. Sus logros saltan de árbol en árbol desde los Pirineos hasta Gibraltar sin que nadie los desconozca —le dijo a modo de prueba para conocer el estado de embriaguez del doctor y como parecía que había pasado el test continuó con su plan — y además es el poseedor de una de las mejores colecciones de material quirúrgico antiguo de España.

—Efectivamente, pero no una de las mejores, la mejor.

—¡Qué gran orgullo para mí poder hablar con usted! Mi nombre es Bartolomé Pinares y en más de una ocasión he coincidido con usted en el "Hospital Policlínico" ya que allí trabajé unos meses — continuó con sus halagos.

Le tendió la mano con la que hasta ese momento había estado sujetando su miembro y cuando se la acercó se detuvo y se disculpó.

—Perdón, quizá debería lavarme primero las manos.

—Bartolomé, claro que me acuerdo de ti «no tengo ni puta idea de quién eres». Un gran…

—Anestesista.

—Eso, un gran anestesista. ¿Qué cojones lavarnos las manos? Ni que fuéramos dos enfermeras finolis de esas nuevas que empiezan ahora. Con las cosas que han pasado por mis manos en un quirófano. Venga esos cinco —se chocaron la mano y ambos rieron a carcajadas.

Tras hablar un rato en el baño el Dr. Bartolo le ofreció una rayita de coca que el Dr. López en principio rechazó porque decía que allí era muy famoso y no quería que nadie le viera esnifar, aunque era sabido que lo hacía.

—Ya sabes lo que dicen de la mujer del césar, que aparte de serlo debe parecerlo, o algo así.

—No solo debe serlo, sino parecerlo. Haciendo referencia a su honestidad —le respondió el Dr. Bartolo.

—Pues eso, que debe parecer que soy honesto y yo ya me encargaré de intentar serlo, aunque no sé si seré capaz de conseguirlo —rieron de nuevo a carcajadas.

El Dr. Bartolo le propuso entonces que fueran a su casa y le enseñara su magnífica colección de material quirúrgico antiguo y que allí se tomaran la raya. Insistió mucho en ver la colección de material quirúrgico. El Dr. López aceptó y salieron hacia la calle sin ser vistos por los compañeros del cirujano, ya que la mesa a la que estaban sentados quedaba alejada de la puerta de salida. El Dr. Bartolo se ofreció a conducir ya que el Dr. López no era capaz de llevar su coche y este aceptó. El Dr. Bartolo sabía que su víctima aparcaba su vehículo cerca de los bares en los que iba a finalizar la noche para poder volver a casa en él, aunque tuviera que desplazarse andando o en taxi hasta el lugar donde iba a empezar la ruta festiva.

Tras una dificultosa guía del recorrido hasta el domicilio del Dr. López finalmente consiguieron llegar. Allí se tomaron algunas copas más, hablaron de las cirugías en las que supuestamente habían coincidido los dos y el Dr. Bartolo siguió con su táctica de dar coba a su anfitrión. Cuando vio que estaba a punto de perder el conocimiento le hizo esnifar una raya de coca y seguidamente le obligó a beber un whisky a palo seco, cosa que no fue nada fácil ya que estaba tan borracho que no era capaz de deglutir sin atragantarse. Finalmente, el Dr. López entró en coma etílico y el Dr. Bartolo sacó del bolsillo una jeringuilla que tenía preparada, le puso un esmarch en el brazo derecho y le inyectó una dosis letal de cocaína.

—Ahora morirás como murió la Sra. Vicenta, con el corazón desbocado e infartado —le dijo con gran desprecio.

Cuando vio que no respiraba posó dos dedos sobre su carótida derecha para constatar que su venganza se había consumado. El pulso que debería haber llegado por el bombeo de su corazón era inexistente. Algo paradójico teniendo en cuenta que hacía solo unos instantes latía desbocado a más de 200 pulsaciones por minuto. El Dr. Bartolo se incorporó y recogió los vasos en los que habían bebido whisky, dejó una cucharilla con restos de agua y cocaína en una mesita, ordenó meticulosamente todo lo que pudiera estar fuera de lugar y observó toda la sala buscando indicios de su presencia. Se cercioró de que nadie nunca supiera de que la víctima había fallecido

en compañía de algún invitado. Se dirigió hacia la puerta, pero antes se detuvo en la vitrina donde el fallecido guardaba su colección de instrumentos quirúrgicos antiguos y tomó la última adquisición de su víctima: un escalpelo del siglo X.

—Esto me lo llevo como recuerdo, doctor —dijo mientras sopesaba el escalpelo en su mano derecha—. Supongo que nadie lo echará de menos ya que como no lo tenía usted ubicado todavía en su vitrina no habrá un vacío en su colección—. Se encaminó hacia la puerta del apartamento limpiando posibles huellas con un pañuelo de papel con el que tomó el pomo de la puerta y la abrió. Antes de salir se giró hacia el finado y le dijo:

—Ilustrísimo Señor Don Doctor, ya me voy, pero no hace falta que se levante —sonrió maliciosamente y esperó unos segundos como si aguardara una respuesta—. ¿Que no le dice nada al Dr. Bartolo? Bartolo, palabra esdrújula, ¡eh! —siguió sin recibir respuesta—. ¡Oh, qué groseros y maleducados se vuelven algunos cuando mueren! En fin —echó una última mirada al apartamento para asegurarse de que todo estaba donde debería estar y atravesó el umbral de la puerta, pero se detuvo un instante, se giró hacia la víctima y le soltó —como dijo Gerard Piqué una vez: "contigo empezó todo". Ahora voy a por el siguiente de la lista.

Acabó de salir y cerró silenciosamente tras de sí.

AGRADECIMIENTOS

En el mundo en el que yo me muevo, la medicina, la labor individual es imprescindible, pero sin un buen equipo de personas que trabajen en la misma dirección, los resultados puede que no sean los deseados. Esta novela no hubiera sido posible únicamente con mi propio empeño y una parte importante del producto final se lo debo a varias personas que, de un modo u otro, han contribuido a la optimización de mi esfuerzo.

En primer lugar, quiero darle las gracias a Raquel por su apoyo durante la travesía del desierto que ha supuesto la escritura de esta novela. Sin su complicidad no hubiera sido posible acabarla y me llena de alegría que todo el proceso haya servido para retroalimentarnos y motivarnos mutuamente. Su papel como crítica lectora beta ha sido fantástico ya que sus comentarios me han ayudado mucho para tener un punto de vista diferente del relato y de los aspectos médicos que en él aparecen y eso es otro motivo de gratitud. T'estimo, amore.

También quiero darles la gracias a mis padres por muchísimas cosas, pero en especial por la serenidad que tuvieron en los duros inicios de mi carrera de medicina. No fueron fáciles y sin ellos esta novela, de haberla escrito, hubiera versado sobre otros temas. Os quiero mucho.

Mi hermano también merece mi reconocimiento por asesorarme en cuestiones policiales y las relacionadas con la psicología, aunque posiblemente me haya permitido más licencias literarias de las recomendadas. Te pido disculpas, David. Te quiero.

Mi más sincero agradecimiento a mis lectores Beta. Albert Que, el mejor crítico constructivo que haya podido encontrar. No se podía esperar menos de un gran arquitecto. Pilar Lasmarías, criminalista en ciernes y enamorada de la novela negra. Yolanda Manresa, que como buena docente me ha mostrado donde debía utilizar la goma de borrar. Y en último lugar, y no por ellos menos importante, Aliki Zanessis: mujer grecoitaliana, enamorada del catalán y que me ha corregido faltas en castellano. Ella es todo un ejemplo de superación y una fuente de inspiración para todos los que la conocemos. Gràcies a tots.

También quiero expresar mi gratitud a todos aquellos que me han prestado sus nombres para que aparecieran en mi novela. Pretendía que fueran un punto de realidad dentro de esta ficción. Gracias a todos por querer formar parte de esta locura.

Òscar Cusidó: muchísimas gracias por tus fantásticas y maravillosas portada y contraportada. Me has puesto el listón muy alto para que el contenido supere al continente, o al menos lo iguale. Châpeau i gràcies.

Agradecer a Daniel Zaragoza su impulso inicial y su acompañamiento en la escritura de esta novela y en todos los procesos posteriores hasta verla publicada.

Mención aparte merece el Ilustrísimo Señor Don Doctor Antonio Romero Lafuente, mi mejor amigo, la carne de mi uña, el Mandinga de mi Peret durante muchos años. En decenas de ocasiones me dio el empujoncito que me hacía falta y, aunque seguramente no le he dado las gracias por todo lo bueno que hemos pasado juntos, él sabe que le estoy y le estaré eternamente agradecido por muchas cosas en esta vida.

Gracias a todos.

¡Gracias por llegar hasta el final!

Si te ha gustado este libro, por favor, deja tu valoración y tu comentario en Amazon, porque con ello me ayudarás a que llegue a más gente.

Muchas gracias.

Pablo Sanz Martín